Sophie Saint Rose

Serie época



Déjame amarte, preciosa

(Lo siento, preciosa 3)

Déjame amarte, preciosa

Lo siento, preciosa 03

Sophie Saint Rose

Índice

DÉJAME AMARTE, PRECIOSA
Índice
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

Sinopsis

Lady Richelle se ha criado en uno de los colegios de señoritas más rígidos de Inglaterra y desde que sus padres la enviaron allí, ya ha pasado por siete tutores que debían velar por sus intereses.

Enterarse del fallecimiento de su último tutor no era precisamente lo que esperaba, pero para su sorpresa el hombre que asumiría su tutoría a partir de ahora, deseaba acabar con su situación cuanto antes y casarla en lo más pronto posible.

Al fin saldría de allí, al fin sería libre. Solo tenía que encontrar el marido adecuado y puede que la ayuda de sus nuevas amigas no le viniera nada mal para conseguir sus fines.

Capítulo 1

Lady Richelle dio otra pincelada a la acuarela y miró hacia Melissa, que ya había cambiado de posición por enésima vez. Sus preciosos ojos azules mostraron su exasperación, porque su amiga en la inopia, levantó la margarita hacia el cielo mientras la ligera brisa agitaba los rizos castaños que reposaban sobre su hombro. A saber lo que estaba pensando. Carraspeó y Melissa la miró sorprendida. —¿Me he movido?

—Un poquito —dijo con una dulce sonrisa en el rostro.

—Ya queda menos para la primavera.

Al parecer no podía quedarse quieta y sonrió sabiendo que nunca acabaría el retrato. —Sí, ya me había dado cuenta. Hace un día precioso, ¿verdad?

Emocionada se levantó mostrando su precioso vestido de mañana de muselina rosa. —¡Ya queda menos, ya queda menos! —dijo emocionada.

Sí, definitivamente se había acabado la sesión de pintura y divertida aclaró el pincel. —¿Estás nerviosa?

—En unos días enviarán la carta para que vuelva a casa e iniciaré los trámites de mi presentación.

Richelle se levantó mostrando su vestido negro, que indicaba el luto por el que estaba pasando y destacaba aún más su cabello pelirrojo. —Espero que llegue pronto.

Melissa la cogió del brazo e iniciaron el camino hasta el gran edificio donde habían vivido casi toda su vida. —Qué ganas tengo de salir de este maldito sitio, aunque te echaré muchísimo de menos.

Acarició su mano. —Yo también te echaré de menos. En estos años casi no nos hemos separado, será difícil no tenerte cerca.

—Estaremos en la misma ciudad. Seguro que el conde te permite visitarme y mis padres me dejarán verte, porque te adoran.

—Yo no podré presentarme, Mel.

—Pero eso no significa que no nos veamos. Y nos escribiremos con cada novedad.

La señorita Dalton salió a la terraza y las miró fríamente. Melissa perdió la sonrisa poco a poco como Richelle. Ambas se enderezaron soltándose a toda prisa antes de coger sus faldas y empezar a subir los escalones de piedra.

—Miladies, creo que ya está bien de tomar aire fresco, les esperan sus quehaceres. Lady Melissa, ¿algún día me entregará su bordado para que pueda verlo? —Melissa iba a decir algo, pero la interrumpió. —¿Y ha dado hoy su práctica de piano?

—No, señorita Dalton.

—Pues ya está tardando, ¿no cree?

—Sí, señorita Dalton.

La mujer miró a Richelle a los ojos. —A usted la esperan en el despacho de la señora Goulden. Ahora.

Eso indicaba que no podía perder ni un segundo. El lacayo que había recogido su material de pintura pasó a su lado abriendo la puerta para que entrara sin rechistar. Lo hizo agradeciéndoselo con la mirada y este intentó disimular su admiración por la hermosura pelirroja, que dejó a su paso un embriagador aroma a rosas. Richelle caminó por el impecable suelo de mármol gris y llegó hasta la puerta labrada de la dueña del colegio. Otro lacayo abrió la puerta sin tener que indicárselo siquiera y entró en la estancia donde estaba la mujer tras la gran mesa llena de papeles. —Lady Richelle, buenas tardes.

Hizo una reverencia, aunque no debería hacerlo porque la superaba en estatus. —Buenas tardes.

La mujer la miró de arriba abajo evaluando su aspecto y asintió dándole el visto bueno. —Puedes sentarte —dijo tuteándola

como siempre que estaban a solas.

Se acomodó en la silla que estaba ante la mesa y la señora Goulden suspiró. —Llevas aquí desde los siete años, ¿no es cierto?

—Sí, señora. Desde que me enviaron mis padres.

—Y después de su fallecimiento has tenido siete tutores. —Levantó una hoja para dejársela delante. —Siento comunicarte esto, pero el conde ha fallecido.

Perdió todo el color de la cara. —No.

Hizo una mueca. —Sí, niña, no tienes suerte, eso es evidente. Ha pasado a mejor vida por una tuberculosis.

Leyó la carta a toda prisa y reprimiendo las ganas de gritar susurró —Así que ahora paso a manos del siguiente tutor hasta los veintiún años.

—Como estipuló tu padre. El duque fue muy específico, ya lo sabes. Si a alguno de sus amigos le ocurría algo, pasarías al siguiente de la lista. A quien quisiera hacerse cargo de ti, no a sus hijos ni a los herederos del tutor fallecido, sino que se debía seguir exclusivamente esa lista. Afortunadamente había varios nombres en ella y el marqués de Conwfall, que es el siguiente, ha dado su consentimiento. ¿Le recuerdas?

Negó con la cabeza. No le recordaba a él ni a ninguno de los anteriores. Crispó los labios porque eso significaba otro año de luto. Llevaba media vida de luto por gente que ni había conocido, no era justo. —¿El marqués ha dado indicaciones?

Le puso otra carta delante. —Vendrá a conocerte, al parecer lo está deseando.

No pudo disimular su sorpresa. —¿De veras? —Ninguno de los anteriores se había molestado en conocerla.

—Al parecer piensa tomarse tu tutoría muy en serio. Por lo que dice en la carta llegará en una semana. Tengo la sensación de que se tomará muy en serio tu búsqueda de marido. Cree que ya has sufrido demasiado esta situación. Te presentará prontamente.

Se le cortó el aliento y cogió la carta a toda prisa para leerla impaciente. La ilusión la recorrió. —Va a presentarme. No quiere que pase más luto.

—Y estoy de acuerdo con él. De hecho, el conde ya debería haberte casado para que no tuvieras que pasar por esto de nuevo. Pero apartó sus responsabilidades. Bueno, ahora ya da igual. El marqués se ocupará.

—¿Y cómo es? ¿Sabe algo de él? —preguntó impaciente.

Sonrió. —Un hombre cabal y de palabra. Muy responsable. Según me han dicho no hay nadie en toda Inglaterra que pueda decir algo malo de él.

Suspiró del alivio antes de mirar la carta de nuevo. —No dice nada de mi herencia. ¿Debería enviarle una carta al abogado?

—El marqués se habrá ocupado. Tranquila, es un hombre que ha aumentado su patrimonio enormemente. De hecho, es famoso en Londres porque tiene tres fábricas en la ciudad, así que no debes temer por tu herencia porque a él no le interesará en absoluto.

Menos mal, con su segundo tutor tuvo problemas porque quiso gastar su dinero. Afortunadamente su abogado se negó en redondo a que tocara un solo penique, lo que la salvó del desastre. Su padre había hecho bien en contratarle.

—¿Cree que tendré que irme con el marqués la semana que viene?

La señora Goulden sonrió muy satisfecha. —Sí, estoy convencida. Que vayan preparando tu equipaje.

Se llevó la mano al pecho porque no esperaba ese tipo de noticias.

—Felicidades niña, tu vida empieza en este momento.

Muy nerviosa apartó la cortina de nuevo para mirar el camino que llevaba a su colegio, pero el carruaje del marqués no llegaba. —Dios mío, se me va a salir el corazón del pecho.

Melissa tumbada en su cama apartó el libro. —No te pongas nerviosa, no sabes si llegará hoy.

—Han pasado seis días. —Respiró hondo. —Debo estar preparada. —Apartó la cortina y se le cortó el aliento porque se aproximaba un carruaje. —Ahí está.

Su amiga corrió hacia la ventana y la miró con los ojos como platos. —Eres un poco bruja. Si ni ha pasado una semana.

—He tenido este presentimiento desde que me levanté esta mañana. —Caminó hacia el tocador para revisarse el peinado. Un rizo se le había soltado de la sien y cogió el peine a toda prisa para que volviera a su sitio. —Espero que sea buena persona.

—Seguro que sí. —Su amiga se puso tras ella mientras se echaba perfume. —Te mereces que sea muy bueno contigo.

Se volvió sonriendo y la abrazó. —Espero agradarle.

—Con lo maravillosa que eres, seguro que le agradarás.

Se apartó para mirar por la ventana y vio como el coche se detenía ante la puerta principal. Los lacayos de la casa salieron a la escalinata y un lacayo del marqués se bajó del carruaje para abrir la puerta. Ambas mirando por la ventana retuvieron el aliento mientras bajaban el escalón. Richelle se mordió su grueso labio inferior y vio una mano que cogió el lacayo de inmediato. Un botín de hombre se apoyó en el escalón antes de mostrar un bastón y apareció una cabeza morena. El marqués bajó del carruaje con esfuerzo.

—Es cojo —dijo Melissa. —¿Cuántos años crees que tendrá?

—Es mayor de lo que sería mi padre si viviera. ¿Unos sesenta?

Él se enderezó mirando hacia el edificio y Richelle sonrió porque era bien parecido con un semblante agradable. —Es un buen hombre. —En ese momento él miró hacia allí y sintió que se había dado cuenta de que le observaba. Se apartó de la ventana avergonzada porque la hubiera pillado mirándole.

—¿Crees que nos ha visto? —preguntó su amiga preocupada. —Si se entera la señora Goulden nos regañará por espiar.

—El marqués no dirá nada. —Sin darse cuenta se llevó la mano al vientre. —Siento un poco de vértigo.

—Es lógico, has pasado aquí casi toda tu vida. Sientes miedo por lo desconocido, pero te irá muy bien, estoy convencida.

Llamaron a la puerta y Richelle dijo —Adelante.

La doncella abrió la puerta y sin entrar dijo —La esperan en el salón, milady.

—Gracias, Lili.

Respiró hondo antes de caminar hacia el pasillo e ir hacia la gran escalera. Se sujetó las faldas para empezar a bajar los escalones y cuando llegó al hall torció a la izquierda para ir por el pasillo lleno de vidrieras con escenas de caza. Llegó a la puerta y el lacayo la abrió para dejarle paso. El marqués estaba sentado en el sillón que estaba ante la chimenea y ella hizo una reverencia hasta el suelo. Levantó la vista hasta sus ojos que eran de un increíble color verde. El marqués sonrió dulcemente. —Eres igual que tu madre.

Sorprendida susurró —¿De verdad?

—¿No lo sabías?

—No, nadie me lo había dicho nunca y no la recuerdo.

Él frunció el ceño. —¿No has visto nunca un retrato de tu madre?

Negó con la cabeza. —No, marqués.

Disgustado con eso apretó los labios. —Desgraciadamente el heredero de tu padre ha redecorado su casa en Londres y sé que ha quitado el retrato de tu madre para poner el suyo. Dudo que lo haya conservado.

—Es una pena.

—Lo averiguaré. ¿Y a tu padre le recuerdas?

—No.

—Un buen hombre, un gran hombre. Suerte de que estabas a salvo aquí, tengo entendido que el cólera arrasó su casa.

—Me han dicho que fue una mala época para mucha gente, sobre todo en algún barrio de Londres. El tutor que designó mi padre también murió meses después.

—Murió mucha gente, pero dejemos de hablar de fatalidades. Siéntate niña, tenemos mucho que decidir.

Se sentó en el sofá a su lado. —¿Decidir?

—Soy de la opinión de que hay que discutir los temas a tratar en lugar de imponer mi autoridad. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto —dijo impresionada.

Él sonrió. —Bien. Aunque te voy a imponer una cosa.

—¿El qué?

—Llámame Spencer. Eres mi protegida, no quiero que me llames marqués a todas horas. Tutéame, niña. Ahora es como si fuéramos familia y mi hijo no me habla de usted.

Se sonrojó de gusto. —Será un placer.

—Perfecto. Ahora cuéntame algo de tu vida aquí. —Miró su vestido. —Sé que te llaman la viudita.

Jadeó. —¿En serio te han contado eso?

Él se echó a reír asintiendo. —La señora Goulden ha tenido la amabilidad de enviarme una extensa carta con tu vida aquí.

—¿De veras?

—Me llegó poco antes de mi partida y la he releído en el viaje varias veces. Al parecer eres una pintora de talento y te encantaría tocar el piano como tu amiga Melissa.

Gruñó. —Sí, a ella se le da mucho mejor.

—Sabes llevar una casa y las cuentas mejor que ella. —Richelle se sonrojó de gusto. —Y tengo entendido que eres una jinete magnífica.

—Exagera.

—No lo creo. Dice que no tiene alumna más disciplinada que tú.

—Prefiero hacer mis tareas y así tener tiempo libre sin preocuparme por lo que no está hecho.

—Un pensamiento inteligente. —La observó durante unos segundos. —¿Has sido feliz aquí?

—Es lo único que he conocido.

—Lo que es una pena.

Hizo una mueca. —Tengo amigas que han sido más felices aquí que en su casa.

—Pues lo siento por ellas. Yo desearía que fueras muy feliz en mi casa, Richelle.

—Yo también lo deseo.

—¿Qué esperas de tu futuro?

—Tener una familia —dijo sin dudar.

—Comprendo que digas eso. Y haré lo que sea por ayudarte.

En ese momento se abrió la puerta y el mayordomo dejó una bandeja de té ante ella. —¿Le sirvo, milady?

—Ya lo hago yo, Roberts. Gracias.

—A sus pies, milady.

Salió de allí a toda prisa inclinando la cabeza antes de cerrar la puerta y ella alargó el brazo para coger la jarra de plata. —¿Con leche?

—Y dos terrones de azúcar.

Le miró divertida. —¿Goloso?

Gruñó. —Bastante, niña. Y mi médico me regaña continuamente.

Le sirvió el té y extendió el brazo. —¿El médico le visita a menudo?

Rio por lo bajo cogiendo el platillo. —Qué manera más delicada de preguntar si estoy enfermo, pero después de siete tutores fallecidos no me extraña nada. Afortunadamente excepto de la pierna estoy muy bien.

—¿Un accidente?

—Me caí del caballo con él encima.

Richelle hizo un gesto de dolor.

—Sí, desgraciadamente se rompió por varios sitios y no quedó bien.

—Lo siento mucho.

—Hace diez años de eso. Ya decía mi hijo que ya era demasiado viejo para saltar vallas.

—¿Tiene hijos? —preguntó ilusionada.

—Uno. Mi heredero.

—Se nota que está orgulloso de él.

—Lo estoy. Y lo estaría aún más si sentara la cabeza.

—¿No le ha dado nietos todavía?

—Desgraciadamente no. No se ha querido casar. Dice que no existe la mujer que pueda alterar su corazón. —Bebió de su té. —Pero sé que está equivocado.

—¿Es cínico?

El marqués rio. —Sí, mucho. Algún día el amor le explotará en la cara.

Sonrió maliciosa. —¿Es atractivo?

—Niña, ¿me has visto a mí? No hay soltero más apuesto en todo Londres.

—Exagera.

—Hablo en serio, niña. Y ese es parte del problema. —Carraspeó. —Igual no debería hablar de esto con una joven tan inocente como tú.

—Si estamos hablando de amantes, puede hablar con tranquilidad —dijo dejándole en shock. Ella susurró —Sé todos los cotilleos de la casa. Y le aseguro que hay muchos amoríos.

—¿No me digas?

—Oh, sí. Lili es la amante del mayordomo y eso que él está casado con la modista, que a su vez tiene un affaire con el jefe de establos. Vamos, que si se enterara la señora Goulden se quedaría sin empleados.

La risa del marqués se escuchó hasta en el jardín y Melissa que jugaba a la pelota con otras de las residentes sonrió porque su amiga había tenido suerte esta vez. Se verían en Londres, no podía ser más feliz.

El lacayo cogió su mano y la ayudó a bajar del carruaje. Impaciente e ilusionada miró hacia la gran casa frente al parque. Era hermosa, de ladrillo rojo y ventanas blancas. Hasta había flores en los alféizares de las ventanas como dando la bienvenida al buen tiempo. El marqués bajó del carruaje, —Vamos niña, me muero por un whisky.

—¿Te duele la pierna? —preguntó preocupada.

—Nada que no se pase con un buen descanso.

El mayordomo esperaba en la puerta. —Fred, amigo, ¿cómo ha ido todo en mi ausencia?

—Muy bien, marqués.

—Como siempre. Te presento a la nueva habitante de la casa, la deliciosa Lady Richelle Goldwell.

El mayordomo inclinó la cabeza. —Es un gusto tenerla entre nosotros, milady.

—El gusto es mío. —Sonrió encantada. —Me alegra mucho estar aquí.

—Vamos, niña. Fred, un whisky y mi láudano.

—Enseguida, milord.

Entró en la casa tras él y admirada miró la gran lámpara de cristales que había en el hall. —¿La bajan cada vez que quieren encenderla?

—Así es, milady.

—Es hermosa.

—Pues esta noche la verás encendida y pensarás que es aún más hermosa.

—¿Me permite su abrigo, milady?

La voz de una mujer la hizo volverse. Allí estaba una joven de unos veinte años. —Sí, por supuesto. —Se lo desabrochó a toda prisa.

—Ella es Page, milady. Será su doncella, si le parece bien.

—Me parece muy bien.

Page cogiendo su abrigo se sonrojó de gusto.

—Niña, ven que te presente a mi hijo.

—Oh… —A toda prisa fue hasta el salón y al llegar a la puerta se detuvo en seco al verle mirando por la ventana. Su perfil la dejó sin aliento, pero cuando volvió la cara hacia ella sintió que su corazón se estremecía a pesar de que la miraba con una fría ironía. Era alto, más que Spencer y su porte indicaba que hacía ejercicio. De hecho, era mucho más fuerte que los hombres que había conocido y su traje marrón le quedaba increíblemente bien, tanto que le robó el aliento.

—Niña, él es Lord Oxton Cooledge, el barón de Hedbung, título que heredé de mi padre a la mayoría de edad y que ahora ostenta mi hijo. Esta encantadora joven es Lady Richelle Goldwell, hija de mi buen amigo el Duque de Sellmund.

Richelle fue capaz de hacer una reverencia y cuando miraba al suelo pensó en que solo por vivir bajo el mismo techo que ese hombre, merecían la pena todos y cada uno de los años en los que no había tenido hogar. Sintió que era como haber pasado la penitencia antes de cometer el pecado y fue muy consciente de que él sería su pecado muy gustosa. Y también fue consciente de que muchas pensarían lo mismo, por eso el marqués temía por su hijo, porque las mujeres debían caer rendidas a sus pies.

—¿Acaso cree que está haciendo una reverencia a la reina de Inglaterra? —preguntó con una voz grave que sobresaltó su corazón.

Se levantó lentamente con una suave sonrisa en los labios. —Solo estaba practicando para cuando llegue el momento, milord.

El marqués rio por lo bajo. —Querida, ¿quieres tomar un té?

—Sería maravilloso. —Se acercó al sofá más cercano a él y se sentó. La bandeja no tardó en aparecer ante ella y sonrió a Fred. —Gracias.

—Milady, su doncella ya está colocando su equipaje.

—Que no se moleste mucho, Fred. Irá a hacerse vestidos nuevos cuanto antes.

—Iré después del té.

—Niña, ¿no estás cansada?

Sus ojos fueron a parar a Oxton que no dejaba de observarla. Apartó la vista a toda prisa. —Tengo mucho que hacer hasta mi presentación y sabes…

—Que te gusta hacer las cosas cuanto antes.

—Exacto. ¿Té, barón? —preguntó tímidamente.

—No. —Se acercó y se sentó en frente mientras se servía ella. —Así que a la búsqueda de marido, ¿no?

Ya la había advertido el marqués de que intentaría provocarla con ese tema. —Soy mujer, tengo una fortuna que administrar y es lo que se espera de mí, que haga rico a algún gandul que necesite mi dinero, milord.

Él sonrió divertido antes de mirar a su padre. —Buena respuesta.

—Es inteligente, hermosa y con dinero, no me costará encontrar algo decente.

—Padre, es pelirroja —dijo como si fuera una desgracia. —Y tiene pecas.

—Cierto, milord —dijo ella antes de morder la pasta que había cogido.

—Una desgracia —dijo Oxton. —No está nada de moda.

—Precisamente, una rareza entre tanta debutante. Llamará la atención.

—Tengo entendido que Madame Blanchard no está en la ciudad, pero me han hablado muy bien de la señora Hoster.

—Ya tengo modista —dijo sorprendiéndole. —Mi amiga Melissa se hace los vestidos con la señora Manville y estoy deseando conocerla. Hace unos vestidos maravillosos.

—Que no sean demasiado escandalosos, querida.

Se sonrojó porque sabía perfectamente a lo que se refería. —No, no quiero llamar la atención para mal. La señora Goulden nos ha dejado muy claro a lo largo de estos años lo que es decente y lo que no.

—Perfecto. Sé que algunas muchachas se dejan llevar por lo que les dicen y llevan vestidos de lo más indecentes, no sé cómo sus padres se lo consienten.

—Padre, tú eres muy anticuado.

El marqués advirtió a su hijo con la mirada. —No confundas a Richelle, hijo. Sabes perfectamente de lo que hablo.

Suspiró poniéndose cómodo. —Intentan llamar la atención, hay mucha competencia. Además, este año el soltero de oro será Harold de nuevo ya que el año pasado nadie le consiguió, tienen que darse codazos para llegar a él. —La miró a los ojos. —Intenta no hacer eso. Puede resultar patético.

—Milord, yo no me acercaré a ningún hombre —dijo en serio. —Deben ser ellos los que se acerquen a mí.

El marqués se echó a reír al ver la sorpresa en el rostro de su hijo y como este iba a decir algo, pero de repente se quedaba en blanco. —Hijo, nuestra Richelle es una chica chapada a la antigua. No me la imagino dándose codazos con nadie.

—No, Spencer. —Miró a Oxton a los ojos. —Yo dejaré que me conquisten.

—Y no te precipites. Deja que hable tu corazón.

—Es exactamente lo que pienso hacer.

Al día siguiente poco después de que amaneciera bajó los escalones con su vestido de montar y en ese momento el mayordomo abrió la puerta para dejar pasar a Oxton, que aún en traje de noche entró en casa dándole el sombrero de copa a Fred. —Buenos días, milord. ¿La fiesta fue agradable?

—Como todas. —Fue hasta la escalera y al verla se detuvo en seco. —Buenos días, milady.

¿Fiesta? ¿Qué fiesta? Esto te pasa por estar cansada e irte a dormir sin asistir a la cena. Que no te enteras de nada. —Buenos días —logró farfullar.

Él subió la escalera con agilidad y cuando pasó a su lado le llegó un penetrante perfume de mujer. Atónita volvió la vista hacia él, que al llegar al piso de arriba giró hacia el pasillo de la derecha. ¿Había estado con una mujer? Sintió que la rabia la recorría porque al parecer no había sentido lo mismo que ella al conocerle. Paciencia, Richelle. Es evidente que no le has impresionado, pero aún hay tiempo. Bajó los escalones que le quedaban y se acercó a Fran. —Que ensillen el mejor caballo de la casa.

—Es el del barón, milady.

—Se va a dormir, no creo que le importe.

—Entendido, milady.

Esperando a que la avisaran, paseó por el hall pensando en él, en qué podía hacer para conquistarle. En sus largas conversaciones el marqués le había advertido que su hijo no creía en el amor. Y con razón, porque el matrimonio de sus padres no había sido precisamente feliz. Su enlace había estado concertado por sus familias casi desde sus nacimientos y no se habían amado.

—Mi hijo no ha visto el amor que se tuvieron mis padres. Otro matrimonio concertado, pero que sí llegó a buen puerto. —El

marqués sonrió con tristeza. —De hecho, se amaron tanto que cuando murió mi madre, mi padre no tardó en enfermar.

—Lo siento mucho. ¿Nunca te has enamorado?

—Sí. —Sonrió. —Pero ella estaba casada. No me entiendas mal, jamás pasamos esa línea que marca la sociedad, pero sí, la amé, la amé muchísimo.

—Hablas de ella en pasado.

Sonrió con tristeza. —Murió en el parto de su cuarto hijo.

—Lo siento mucho.

—Me gustaría que mi hijo experimentara algo de ese sentimiento alguna vez en la vida. Y si puede compartir su futuro con ella mejor que mejor. —Suspiró. —Pero esa mujer no ha llegado aún y sigo sin nietos. Temo que se case por obligación, por eso no le he presionado demasiado para que elija esposa.

—Y haces muy bien. A mí también me gustaría amar a mi marido. Sé de chicas que se han casado porque debían hacerlo, ya que sus padres las obligaban a elegir marido el año de su presentación, y me expresaban en sus cartas que eran infelices.

—Es trágico. Pero tranquila, que tú conseguirás un marido que te ame por encima de todo.

Recordó como miró hacia la ventana del carruaje deseando que fuera así y conocer a Oxton le había dado esperanzas por primera vez en su vida. Esperanzas de conseguir una familia. Sentía que le necesitaba. —Paciencia, Richelle. Tendréis tiempo a conoceros mejor.

Capítulo 2

Estaba comiendo con el marqués cuando Oxton llegó al comedor. Estaba muy apuesto con el traje gris que llevaba.

—Hijo, ¿qué tal la fiesta de anoche?

—Tan aburrida como todas las demás. —Se sentó frente a Richelle y el lacayo empezó a servirle la sopa de guisantes. —Por cierto, padre, esta tarde debo ir al club para pagar una apuesta. ¿Me acompañas?

—¿Una apuesta?

—Sí, perdí cien libras con un mal caballo.

—¿Cien libras? —preguntó ella sin disimular su sorpresa.

La miró aburrido. —Sí, milady. Cien libras.

—Qué locura —dijo sin pensar. —Es lo que gana mucha gente en todo un año.

—Cierto, niña.

—Te lo recordaré cuando llegue la factura de los vestidos.

Se sonrojó porque era cierto que eran caros. Miró al marqués. —La modista no es tan cara como otras. Me he asegurado de eso y…

—No tienes que regatear en tu vestuario, niña.

—Hablaré con el abogado para que se paguen de mi herencia.

—Ni se te ocurra mencionarlo de nuevo. No me avergüences. —Miró a su hijo. —Y sobre las apuestas, elige mejor los caballos, hijo. Últimamente no estás muy fino.

—Padre, el año pasado gané mil libras. ¿No me perdonas cien?

—En pérdidas ya son trescientas este año. Será mejor que lo dejes, has perdido tu toque.

Gruñó antes de coger su copa de vino. —Puede que tengas razón. Después del club pasaré por la fábrica de telas del puerto.

—¿No vas a salir hoy?

—Padre, esta noche tenemos la cena en casa, tienes invitados.

El marqués le miró sorprendido. —¿Era esta noche? Rayos no.

—Pues sí.

—Richelle, lo siento, no lo recordaba.

—No pasa nada. —Forzó una sonrisa porque no podría asistir, ya que no había hecho su presentación todavía. Si los invitados fueran muy próximos al marqués y le visitaran a menudo, puede que la hubieran dejado asistir, pero era evidente que no era así porque no se había sugerido. —Cenaré en mi habitación.

—Serán pocos invitados y se irán pronto.

—Padre, no mientas. Cuando te pones a jugar al whist con tus amigos pierdes la noción del tiempo. ¿Juegas a las cartas, Richelle?

Le dio un vuelco al corazón porque era la primera vez que la llamaba por su nombre. —Sé las reglas, pero nunca he tenido la oportunidad de jugar. La señora Goulden decía que el juego era una tentación pecaminosa, que el diablo ponía en nuestras vidas para demostrar si somos débiles o no.

Los hombres carraspearon revolviéndose incómodos en sus asientos y ella soltó una risita. —Al parecer vosotros…

—No termines esa frase —dijo Oxton haciéndola reír, pero él con la copa en la mano levantó una ceja demostrando que su comentario no le había gustado nada.

Richelle perdió la risa de golpe y miró de reojo al marqués que tampoco parecía contento. Era evidente que no le había gustado que destacara sus defectos, qué sensibles. A ella la señora Goulden se los había señalado a todas horas. En silencio siguió tomando su sopa a la que por cierto le faltaba sabor, pero antes de decir nada se mordía la lengua.

—¿Y por qué vas a ir a la fábrica, hijo?

—El señor Williams dice que hay problemas con unos trabajadores. Se niegan a trabajar con las nuevas contratadas. Alegan que las mujeres les quitan los trabajos.

—Qué estupidez, tendrán derecho a dar de comer a sus familias como ellos, digo yo. Despídelos de inmediato. No quiero que siembren malos pensamientos en otros empleados. Todos son iguales.

Ella sonrió porque sabía que no muchos hombres, y más de la alta sociedad pensaban así, pero era evidente que ellos no eran como los demás, ya que tenían negocios, hecho insólito entre sus pares. Incluso la dejaban elegir marido. Muchas debutantes no tenían esa suerte y debían casarse con quien le imponía su padre.

—¿Qué opinas de eso, Richelle? ¿Tenéis los mismos derechos que un hombre?

La sorprendió la pregunta de Oxton. Normalmente los hombres no querían saber las ideas sociales o políticas de las mujeres. —Debería ser así, pero la sociedad no está preparada para ello. —Le miró con picardía. —¿Será que los hombres nos tenéis miedo?

El marqués sonrió divertido. —Seguramente, querida. Mi madre crio diez hijos, dirigía tres casas, cuidaba a mi padre y se carteaba con medio Londres.

—¿Y qué hacía tu padre?

—Hablar con el administrador e ir al club —respondió a punto de reírse.

—Padre, no puedes hablar en serio.

—Hablo muy en serio. Mi madre trabajaba cien veces más que mi padre. Tareas que se dice que son de dama, pero las hacía. Y me quedo corto. Se ocupaba de nuestra educación supervisándola muy de cerca, se ocupaba de nuestro vestuario, de nuestras comidas, de si estábamos enfermos, de que todo en la casa rodara a la perfección… A las diez de la mañana cada día se ocupaba de su correspondencia y te puedo asegurar que no era poca. Todo se lo consultaban a ella, por lo que la interrumpían constantemente. Y encima diseñaba muebles y bordaba como los ángeles.

—Madre no hacía eso —dijo dejando la cuchara en la sopa.

—Claro que sí, hijo —dijo asombrado. —¿No lo recuerdas?

Confundido negó con la cabeza. —Claro que no.

—¿La perdisteis hace mucho? —La miraron sin comprender. —¿Cuándo falleció?

—Niña, mi esposa no ha muerto.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo?

—Ella vive en el campo y nosotros aquí. A ella le gusta más Cooledge Hall, allí es feliz.

—¿Así que viven separados?

—Desde hace unos cuantos años ya. ¿Te escandaliza?

—No, todo lo contrario —dijo sinceramente. —Si no erais felices mejor cada uno por su lado.

—Es una idea muy progresista para una joven debutante que se ha criado en un rígido colegio de señoritas —dijo Oxton.

—Creo que no es cuestión de ser progresista o no, sino de ser prácticos y sobre todo felices. La vida es demasiado corta como para desperdiciarla siendo infeliz, ¿no crees?

Él gruñó en respuesta y miró a Fred. —El segundo, tengo prisa.

Confundida miró al marqués que hizo una mueca antes de seguir comiendo a toda prisa para que les quitaran el plato. De segundo les pusieron perdiz. Otro plato que no sabía a nada y mira

que la carne era de primera. Incluso las verduras que lo acompañaban estaban de lo más sosas. Solo estaban cocidas y ya está. Asombrada porque era algo muy simple de hacer, miró a los hombres que comían como si nada. Ni se imaginaba lo que dirían los asistentes a la cena de esa noche. Ella era ahora la mujer de la casa, ¿no debería hacer algo? Se mordió el labio inferior y Oxton la miró. —¿Qué ocurre? ¿No te gusta la comida?

Se acercó. —No quiero ser…

—Habla, niña.

—Está insípido. Es una carne excelente y no sabe a nada.

El marqués suspiró. —Es difícil encontrar un buen cocinero en la ciudad. Suerte que tenemos a Rose.

—¿De veras? —Entrecerró los ojos. —¿Puedo hablar con ella?

Oxton se tensó. —La cena de esta noche es muy importante para nuestros negocios.

—¿Y quieres quedar mal?

El marqués entrecerró los ojos. —¿Hablas tú con ella?

—Déjalo en mis manos. —Se levantó en el acto y ambos parpadearon.

—¿No terminas de comer?

—Cuanto antes mejor. —Empujó la puerta de servicio mientras Fred la seguía a toda prisa. —Puedo llegar sola, Fred.

—Milady, sea delicada. Si nos quedamos sin cocinera estaremos en problemas.

—Tranquilo, que seré de lo más delicada. —Siguiendo el pasillo llegó a la cocina y vio a varias personas limpiando mientras una mujer estaba sentada a la larga mesa donde debía comer el servicio. Y para su sorpresa estaba comiendo una de las perdices. Se quedó con el tenedor en alto viéndola entrar en la cocina hasta detenerse ante la mesa. Parecía confundida y miró a Fred antes de levantarse a toda prisa con tenedor y todo. —Milady. —Hizo una reverencia.

—¿Su nombre es?

—Rose Powell, milady.

—Soy lady Goldwell. Supongo que es la cocinera. —Miró a su alrededor. Era evidente que no hacía su trabajo, porque las ollas no relucían como deberían y el suelo estaba sucio. —Está despedida —dijo dejando a Fred con la boca abierta.

—¿Disculpe? —dijo Rose asombrada.

—Recoja sus cosas, Fred le pagará lo que se le debe.

—¿Por qué?

—Por vaga, sucia y no saber hacer su trabajo. —Se volvió a los demás. —Y si vosotros queréis seguirla, vais por buen camino. Esta cocina necesita una limpieza a fondo ya. Y cuando digo ya, es ahora mismo. ¿Qué menú hay para esta noche, Fred?

—Seis platos, milady. Desde canapés a rosbif —dijo sudando y todo.

—¿Quién es el segundo cocinero?

—No tenemos, milady.

—Bien. —Dejándolos con la boca abierta se desabrochó el botón de la manga y empezó a subírsela. —Pues manos a la obra. Llame a las doncellas de la casa para que ayuden a limpiar, hay que preparar una cena digna del marqués.

Escuchó desde la cocina como los asistentes reían y sonrió mirando con ojo crítico las tartas que los lacayos esperaban sacar en unos minutos.

—Una obra de arte, milady —dijo Page a su lado admirando los pajaritos de azúcar.

—No está mal. —Le hizo un gesto a Fred. —Cuidado con las rosas de la tarta de limón.

—Por supuesto, milady.

Respiró más tranquila y se volvió hacia los demás que casi habían fregado todo lo que había utilizado. Juntó las manos y sonrió. —Buen trabajo. —Miró hacia una chica. —Te llamas Lori Anne, ¿no es cierto?

Hizo una ligera reverencia. —Sí, milady.

—He visto actitudes en ti, me has ayudado mucho. A partir de ahora tú te encargarás de la cocina.

Palideció. —Milady, yo no sé hacer lo que hace usted.

—Mientras esté aquí te iré dando instrucciones. Aprendes rápido, no habrá problema. Que me envíen a mi habitación agua caliente para asearme. Buenas noches a todos.

—Milady… —dijeron haciendo una reverencia.

Fue hasta la escalera de servicio y Page la siguió a toda prisa. —¿Cansada, milady?

—¿Cansada? Si no he hecho nada.

La doncella no disimuló su admiración mientras subía las escaleras. Cuando llegaron al primer piso, escucharon las exclamaciones de los invitados y como después aplaudían. Sonrió satisfecha. —El marqués estará contento.

—Sí, milady.

Al llegar frente a su habitación, su doncella se apresuró para abrirle la puerta y Richelle pasó a su gran estancia. Todavía no se creía que estuviera allí. Se acercó al dosel de su cama y acarició la seda de damasco azul claro. —Prepárame la ropa de cama.

—Sí, milady. —Mientras la sacaba del tocador la miró de reojo. Estaba pensativa. —Enseguida traerán el agua.

—No hay prisa. —Fue hasta el tocador y se miró al espejo empezando a quitarse ella misma las horquillas que sujetaban su recogido en la nuca. —Dime Page, ¿estás contenta en la casa?

—Sí, milady. Tuve mucha suerte de conseguir este trabajo.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Dos años hará en julio, milady.

—¿Tienes novio?

La chica no contestó mientras dejaba el camisón y la bata sobre la cama. Richelle se volvió para mirarla. —Estoy esperando.

Se puso como un tomate y se apretó las manos nerviosa. —Milady, yo soy muy decente.

Parpadeó sorprendida. —¿Y eso qué tiene que ver?

—No me van a dejar en estado, milady, no debe preocuparse.

—¿Pero tienes novio o no?

—Sí.

—¿Y? Chica, cuéntame algo, ¿no ves que me tienes intrigadísima?

Page se relajó. —¿Así que solo quiere cotillear?

—Pues sí, ¿no es evidente?

Su doncella se acercó y le quitó una de las horquillas dejando caer la mitad de su cabello en su hombro. —Se llama Jimmy y es el hijo del administrador.

—Un buen partido…

—Sí, pero su padre no me acepta, milady. Solo soy una simple doncella.

—No eres una simple doncella, eres la doncella principal de la casa de un marqués.

Se sonrojó de gusto. —Para el señor Dixon no es suficiente.

—Pues una dama no va a conseguir…

—Pretende que se case con una maestra, que tiene arrendado uno de los pisos del marqués. No hace más que invitarla a cenar a su casa, cuando a mí no me han invitado nunca.

—Ya veo. Creen que no eres lo bastante culta.

Page la miró a través del espejo pensando en ello. —Rayos, milady, no había pensado en ello, pero tiene toda la pinta de que tiene razón.

—¿Sabes leer?

—No muy bien. Pero sé contar mejor que muchos hombres, a mí en el mercado no me timan con las vueltas.

Sonrió. —Eso está muy bien. ¿Tu Jimmy te quiere?

Su cara se iluminó. —Dice que no podría vivir sin mí.

—Es maravilloso.

—Dice que nos casaremos en un par de años. Está ahorrando lo poco que le paga su padre para comprar una casita para nuestra familia. Y sabe de un periódico que busca gente para trabajar. Está pensando en pedir trabajo allí e independizarse de su padre, pues le echará en cuanto se entere de que se ha casado conmigo.

—Entiendo. ¿Y en ese periódico pagan bien?

—Mucho mejor que su padre, milady —dijo impresionada. —Casi el doble.

—Pues debe pedir ese trabajo de inmediato. Lo más importante es vuestra familia y si su padre no te acepta, debéis ignorarlo. Ya lo aceptará cuando lleguen los nietos.

Soltó una risita. —No le quedará otra.

—Exacto.

Se abrió la puerta y ambas miraron sorprendidas hacia allí. Oxton se detuvo en seco mirando su cabello y dijo —Disculpa, no me he dado cuenta y no he llamado.

Se levantó. —No pasa nada. ¿Ocurre algo?

—He hablado con Fred y me ha dicho que te has encargado de la cena.

Sonrió. —No fue nada. ¿Os ha gustado?

—Ha sido… —Apretó los labios como si lo que fuera a decir no le gustara un pelo. —Magnífica.

—Me alegro mucho.

—No vuelvas a hacerlo.

Su rostro mostró su confusión. —No entiendo.

—Page déjanos solos.

—No puedo, milord. No es decente —dijo la doncella incómoda.

Miró a su doncella. —Date la vuelta y tápate los oídos.

Page lo hizo de inmediato y ella se acercó a Oxton. —¿Y bien?

—Apestas a cocina —dijo entre dientes.

Se sonrojó por el reproche. —Es lo que tiene cocinar.

—Eres una dama, no tienes que rebajarte a cocinar para nosotros como si fueras una sirvienta más.

—No es algo que vaya a hacer a menudo, pero si hay que hacerlo no se me van a caer los anillos. Por algo me han enseñado a hacerlo. —Levantó la barbilla. —No sé por qué te molestas tanto, ¿hubieras preferido que tu padre hubiera quedado mal con una cena incomible?

—Hablaré con Fred para que contrate a alguien cuanto antes, pero tú no te acerques más a la cocina.

Sintió que la rabia la recorría porque en lugar de agradecérselo la había insultado mencionando su olor y no solo eso, quería dejarle muy claro cuál era su sitio. Y si quería un hueco en esa casa, debía dejar claras cuales eran sus obligaciones. —Pues va a ser que no.

—¿Perdón?

—He elegido ya a la cocinera.

—¿Pero cómo te atreves?

—Me atrevo porque soy la protegida de tu padre, la dama de más rango de la casa y también tengo que comer aquí. Y no pienso comer bazofia. —Cogió el pomo de la puerta. —Y ahora si no te importa, voy a darme un baño para quitar ese olor que te molesta tanto. —Cerró la puerta de golpe y cuando se volvió vio la cara de asombro de Page. —¿Qué?

—Nadie le habla así —susurró.

Gimió por dentro aparentando que le daba igual cuando llamaron a la puerta. Page fue a abrir de inmediato mientras ella iba

hacia la ventana. —Es milord otra vez, milady.

Se volvió haciendo volar sus rizos pelirrojos. —¿Algo más, barón?

Parecía incómodo con lo que iba a decir —¿Sabes tocar el piano? No tenemos quien entretenga a los invitados y algunos no quieren jugar a las cartas.

Eso sí que no se lo esperaba. —Sí, sé tocar el piano.

—Pues abajo en diez minutos. Y arréglate el cabello.

Se fue sin cerrar la puerta y ella jadeó del asombro. Podía tocar el piano para sus invitados, pero no podía cocinar. Atónita miró a Page. —¿Has entendido algo?

—Quiere que haga cosas de damas, milady. —Cerró la puerta. —Debe ser para que no la critiquen las brujas.

Le dio un vuelco al corazón. —¿Eso crees?

—O para que no les critiquen a ellos, que también puede ser.

Eso le encajaba mejor. —Tráeme el vestido de noche, rápido.

—¿Y el baño?

Se acercó a la jarra del aguamanil. —Esto tendrá que valer.

Bajó las escaleras y al llegar al último escalón se dijo que debía tener valor. Nunca había estado entre la alta sociedad más allá de sus amigas, con el marqués y su hijo. Debía ser positiva, era una prueba antes de su presentación. Además, viviendo en Londres habría meriendas y eventos de ese estilo a los que ella podría asistir antes de la gran fiesta de su llegada a la sociedad. Una prueba.

Fred salió en ese momento del salón con una bandeja de plata y se detuvo en seco al verla realmente hermosa con el vestido de noche que se había hecho ella misma para la fiesta de Navidad del colegio. Una preciosidad de tul negro con abalorios en el pecho y bordados de rosas en el corpiño que caían por su falda. Pero lo que llamaba la atención eran sus rizos rojos en un recogido no tan

apretado como de costumbre, que dejaba caer tirabuzones sobre sus hombros de alabastro. —Milady, si me permite, está tan hermosa que quita el aliento.

Se llevó la mano al cabello algo insegura. —¿De veras?

El mayordomo sonrió. —De veras. —Dio un paso hacia ella como si guardara un secreto. —Una de las invitadas la conoce. Es la madre de una de sus compañeras de colegio.

Se le cortó el aliento. —¿Su nombre?

—Lady Clare Highwater.

—La condesa de Petterton, la madre de Glory —dijo con desagrado.

—La misma. Me imagino que sabe lo que ha estado haciendo toda la noche.

Levantó la barbilla porque seguro que había contado todo lo que su desagradable hija le había dicho de ella. —Sí que me lo imagino.

—A por ellos, milady.

Sonrió bajando el escalón y sintiendo que se le aceleraba el corazón fue hasta la puerta con paso suave y aspecto sereno. Cruzó la puerta y todos se quedaron mirando hacia ella, cortando la animada conversación de golpe. Se la quedaron mirando como si fuera una aparición. En silencio hizo una perfecta reverencia y cuando se enderezó seguían observándola con los ojos como platos. Sus ojos fueron a parar a Oxton que ante la chimenea encendida fruncía el ceño como si viera algo que no le gustara nada. Fue el marqués el primero en reaccionar. —Niña, estás realmente hermosa.

Sonrió aliviada. —Eres muy amable, tío.

—¿Tío? —preguntó la condesa de Petterton.

—Le he dicho que ya que soy como su familia, debe llamarme tío. Al fin y al cabo, vive en mi casa bajo mi protección.

Los hombres se levantaron dándose cuenta de sus modales y el marqués les fue presentando uno por uno. Ella daba su mano

para que se la besaran haciendo una ligera inclinación. —Exquisita —dijo el barón de Frogerton.

Llegó hasta la condesa que ni se había levantado y simplemente cogió los bajos de su vestido haciendo una reverencia. —Condesa, me alegro de verla.

Levantó la barbilla. —Mi hija ya se ha casado, ¿sabes?

—Me alegra saberlo.

—Y con un conde. A ver lo que encuentras tú —dijo como si fuera imposible que encontrara algo mejor.

—Yo solo aspiro a que me ame, milady. El título no es tan importante para mí —dijo dejándola como una arribista.

La condesa se sonrojó. —¿Pero qué dices, niña? El título es muy importante.

—El título, milady, no te da abrazos ni cariño. No te consuela cuando tienes miedo o sufres. No te acompaña en los malos momentos ni celebra contigo los buenos. Yo solo aspiro a un compañero de vida, pero cada uno tiene sus prioridades.

Se volvió hacia el marqués, que sonrió alargando su mano para coger la suya. —¿Nos deleitas con unas melodías?

—Sí, por supuesto. —Apretó su mano y se volvió hacia Fred. —El láudano del marqués.

El mayordomo salió de inmediato y serena fue hasta el piano de cola. Se sentó en el banco extendiendo su falda y levantó la tapa antes de sonreír a su anfitrión. —¿Beethoven?

—Mientras sea algo alegre, lo que quieras, niña —dijo acariciándose el muslo.

Decidió empezar por la sinfonía número cuarenta en G menor de Mozart. Tocando la bonita melodía sonrió y elevó la vista. Sus ojos se encontraron con los de Oxton que parecía que estaba aún más enfadado que antes. Confundida miró hacia las teclas a punto de perder el ritmo. ¿Pero qué le pasaba a ese hombre? Tampoco era para tanto lo de la cena. Igual es que ahora que la conocía un poco más no era de su agrado. Ese pensamiento la inquietó porque ella

cada vez se sentía más atraída por él. Su corazón se lo demostraba porque era mirar sus ojos y se alteraba de una manera alarmante. Terminó la pieza y los asistentes aplaudieron. Ella inclinó la cabeza contenta con que les hubiera gustado.

—Tocas maravillosamente —dijo Spencer. —Y ella piensa que no es excepcional, ¿podéis creerlo?

—Mi amiga Melissa toca mucho mejor. Es un placer oírla.

—Pues debe ser una concertista increíble —dijo otro de los invitados impresionado.

—Lo es.

—Continúa, querida.

—¿No sabes tocar algo más complicado? Eso lo sabe tocar todo el mundo, querida —dijo la condesa a mala fe.

Todo un reto. La miró divertida. —¿Qué le parece "Hammerklavier"?

Varios se echaron a reír. —Esa sonata de Beethoven es la más larga y complicada que escribió. ¿Estás segura? —preguntó con ganas de dejarla en evidencia.

—¿Para qué sugerirla si no sé tocarla? Sería ridículo, ¿no?

Miró al frente y apretó los labios antes de mirar el teclado. Colocó las manos y respiró hondo antes de empezar a tocar. Dos de los invitados se levantaron acercándose al piano para verla mover los dedos con agilidad y al poco estaba rodeada por todos, incluido el marqués a pesar de que le dolía la pierna. Le sonrió justo antes de empezar a tocar con tal velocidad que varios jadearon asombrados y cuando terminó esa parte aplaudieron entusiasmados sin que ella dejara de tocar. No le gustaba especialmente esa pieza, si la había aprendido es porque su profesora la había retado y al parecer el reto se repetía. Elevó los párpados y sus ojos se encontraron con los de Oxton que la seguía observando con expresión seria. Sí que era difícil de impresionar. Cuando la terminó, dejó caer las manos sobre su falda mientras la aplaudían con ganas y ella se levantó para hacer una reverencia.

—Magnífico—dijo el marqués encantado. —¡Magnífico!

Miró a la condesa con una dulce sonrisa en los labios y esta crispó los suyos con rabia. Era evidente de donde había sacado la mala leche su hija. Mala y rencorosa, cuidado con ella, Richelle, es condesa y puede ser mala enemiga. —¿Le ha gustado, condesa?

—Aceptable.

—Pero mujer, ¿qué dices? —preguntó su marido asombrado. —Ha estado soberbia. —El conde le dio la mano. —Se nota que has trabajado mucho para llegar a ese nivel.

—En el colegio hay mucho tiempo que llenar, conde. Lo sabrá por su hija.

—Mi hija no toca ni la mitad de bien —dijo divertido.

—Esposo no digas eso, Glory toca muy bien.

—Mujer deja de fastidiar —dijo entre dientes llegando a su límite.

Su mujer se sonrojó antes de volverse para sentarse en el sofá. Todos volvieron a sus sitios hablando entre ellos y sintió a Oxton a su lado. —Mañana estarás en boca de todos y no sé si para bien—le susurró. —¿De veras le tiraste de los pelos a su hija?

—Y más que debería haberle hecho, llevaba tiempo provocándome. Una semana antes de que la dejara medio calva, me rompió un cuadro en el que llevaba trabajando seis meses en mis ratos libres y me contuve, pero cuando le hizo daño a Melissa, que es un amor, se sentenció a sí misma.

Él levantó una ceja. —Un cuadro, ¿eh? ¿Era bueno?

Le miró como si hubiera dicho una estupidez y para su sorpresa Oxton rio por lo bajo.

—¿Debo seguir tocando?

—Nada podrá superar eso, mejor retírate con la gloria.

Se acercó al marqués y le susurró al oído que si se podía retirar. —Por supuesto querida, estarás agotada. Gracias por entretenernos.

—Ha sido un placer. —Hizo una reverencia. —Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron los invitados con una sonrisa en el rostro.

Aún no había salido del salón cuando escuchó —Marqués, es encantadora.

—Lo es.

Salió del salón y escuchó —Cuidado barón, puede llegar a perder su soltería —dijo la condesa con ironía.

Richelle se detuvo en seco para escuchar su respuesta. —Es la protegida de mi padre, hasta ahí llega mi interés por ella, milady.

Sintió una decepción enorme y apretó los labios.

—Pero es hermosa y con fortuna —dijo otro hombre. —Por el amor de Dios, ¿qué más quiere?

Sin aliento esperó su respuesta. —Supongo que busco eso que se llama amor —dijo con ironía. —¿Alguien de aquí lo conoce?

Varios rieron demostrando el cinismo de la alta sociedad, que imponía reglas para demostrar matrimonios perfectos cuando no lo eran en absoluto.

Un movimiento tras ella la sorprendió y vio que allí estaba Fred que susurró —No haga caso, milady.

—No, si a mí me da igual —susurró sin ser capaz de disimular su disgusto.

Subió las escaleras a toda prisa y entró en su habitación casi sin aire. Al ver la bañera preparada miró sorprendida a Page, que sonrió. —Venga milady, ya verá como el baño le sienta estupendamente y dormirá de un tirón.

Escuchó el sonido de los pájaros y se volvió en la cama suspirando de gusto. Abrió los ojos y a través de la luz que se filtraba por los huecos de las gruesas cortinas vio que ya hacía sol. Tendría que renunciar a su paseo matutino.

La puerta se abrió de golpe sobresaltándola y se sentó en la cama para ver como Oxton furioso entraba en su habitación vestido con ropa de montar.

—¿Qué has hecho? —preguntó fuera de sí.

—¿Yo?

—¿Ayer montaste a Tormenta?

—Sí.

—¡Está cojo! —gritó.

Palideció. —Estaba bien cuando llegamos. Te lo juro, yo…

—¿Eres estúpida? ¡Estaba convaleciente! ¡El hombre que cuida de mis ejemplares prohibió que saliera de paseo hasta la semana que viene!

Se llevó la mano al pecho. —Lo siento, no lo sabía. No me dijeron nada y parecía estar bien.

La señaló con la fusta. —Ni se te ocurra acercarte a mis caballos, ¿me oyes? Si no sabes lo que haces no deberías acercarte a caballos tan costosos.

—Lo siento, pero…

Él salió dejándola con la palabra en la boca y dio un portazo que la sobresaltó de nuevo. Sus ojos se llenaron de lágrimas de la frustración porque sabía que no había hecho nada malo. El lacayo del establo tendría que habérselo advertido. Pero lo que más le dolía es que la odiara. Porque la odiaba, sus ojos se lo habían demostrado. Jamás conseguiría que la amara, ahora ya no, se había cerrado totalmente a ella. Recordó las palabras de la señora Goulden: "Si os dais cuenta de que no tenéis el interés del pretendiente que deseáis, pasad al siguiente de la lista. La temporada es corta y podéis perder a un buen candidato por intentar conseguir a otro que no tiene interés en vosotras. Debéis ser listas, vuestro futuro está en juego." Una lágrima cayó por su mejilla y agachó la cabeza sintiéndose muy triste por su desprecio. Había hecho lo posible por agradarle y no había conseguido nada. Entrecerró los ojos. La señora Goulden tenía razón, solo tenía esa

temporada para conseguir marido ya que no podía abusar de la hospitalidad del marqués, así que tendría que pasar al siguiente candidato. Y ya que tenía que elegir, parecía que ese Harold era el soltero de oro. Tendría que averiguar quién era.

Bajó a desayunar con su traje negro y el cabello pulcramente peinado. Llegó a la sala de desayuno y sintió no ver al marqués en la cabecera, pero sí estaba Oxton que leía el periódico. —Buenos días —susurró antes de ir a toda prisa hacia su asiento.

Él la miró aún enfadado y Richelle con la cabeza gacha esperó a que el lacayo se acercara. —Té.

—Sí, milady.

Oxton dio un golpe seco al periódico y siguió leyendo sin dirigirle la palabra. Richelle miró las bandejas sintiendo el estómago cerrado, pero tenía que desayunar, así que estiró la mano para coger el cucharon y servirse unos huevos con unos riñones. Comió en silencio y el dio otro golpe seco al periódico sobresaltándola antes de pasar la hoja de malas maneras.

En ese momento un lacayo entró en el comedor. —Milord, Presvot necesita hablar con usted.

Él apartó el periódico. —¿Tormenta está peor?

—De eso mismo quiere hablarle, milord. Al parecer no es que estuviera cojo, es que uno de los lacayos ayer por la noche le sacó al patio y se le metió una piedra en el casco. Presvot le está herrando ahora mismo.

Richelle sintió un alivio enorme, pero siguió desayunando como si nada mientras Oxton se levantaba a toda prisa para salir del comedor. Entonces los huevos le supieron a gloria y los saboreó con una sonrisa en los labios. Se estaba tomando el té cuando regresó todavía más enfadado y de malas maneras se sentó ante ella antes de carraspear. —Al parecer sí tenía una piedra. —Ella levantó una ceja. —¡Pero eso no significa que puedas coger mi caballo cuando te

venga en gana! —Cogió el periódico de nuevo. —¡De hecho, te lo prohíbo!

La indignó que no se disculpara. ¡La había llamado estúpida! Apretó los labios con rabia, ¿pero quién se creía que era? —Tranquilo, milord. Me compraré uno, no quiero alterarle más. Hoy mismo enviaré una carta a mi abogado para decírselo y que me envíe los fondos. —Se levantó con la espalda muy recta y salió del comedor bajo su atenta mirada.

—¡Pues estupendo!

Se detuvo en el hall y se volvió para mirarle con una sonrisa en los labios. —Que pase un buen día. Fred, ¿puedes venir un momento?

El mayordomo fue hacia ella de inmediato y se alejaron hacia el salón. —¿Dónde puedo comprar un caballo? El mejor ejemplar de Londres.

Fred cerró las puertas del salón y sonrió. —¿Quiere el mejor caballo de esta ciudad?

Sus ojos brillaron. —Sí, quiero que cada vez que lo vea se muera de la envidia.

—Entonces tiene que comprarle uno de sus caballos a la marquesa de Thirenwood, son la envidia de toda la clase alta.

—¿Y la marquesa está en Londres? Porque tengo algo de prisa.

—Precisamente ayer dio una fiesta.

Sonrió. —Le escribiré una carta.

—Seguro que está deseando recibirla. ¿Y quiere un consejo?

—Estoy deseando oírlo, amigo.

—Cuéntele lo que ha pasado. Tengo entendido que la marquesa y sus amigas son dadas a ayudar a debutantes.

—¿No me diga?

—Sí, y tienen ojo para formar matrimonios dichosos.

—Entonces ahora con más razón le escribiré de inmediato. A ver si me sugieren alguien interesante.

Capítulo 3

Fely dejó la carta sobre la mesa de centro y miró a sus amigas que tomaban el té. —¿Qué opináis?

—Que deberías venderle el caballo. Es obvio que la pobrecita necesita ayuda —dijo Ingrid. —Mira que llamarla estúpida.

—Que la insultara le hizo daño y si la dañó es porque siente algo por el hijo de su tutor —dijo Mary Anne.

—Sí, tengo esa misma sensación. —La marquesa de Thirenwood se levantó mostrando su hermoso vestido azul. —Me da pena que sea huérfana. Este es su octavo tutor, por Dios. Ni quiero pensar lo que es criarse sola en un internado.

—Colegio de señoritas —la corrigió Rose.

—Internado al fin y al cabo, madre.

Se quedaron en silencio. —¿Creéis que podemos ayudarla?

—¿A conseguir un marido decente entre tanta paja? —preguntó Ifigenia.

—No, a que él se enamore de ella. —Todas la miraron. —Es quien ella quiere. Tiene que ser él.

—No funcionamos así —dijo Mary Anne. —Ifi decide quién es el adecuado y siguiendo su pálpito de pareja correcta, vamos a por él.

—Richelle ya ha decidido, le ha entregado su corazón a lord Oxton —dijo Ingrid.

Ifi hizo una mueca y Fely se preocupó. —¿No es adecuado para ella?

—No la he visto, no sé cómo es. Pero desde ya os digo que Lord Oxton no es de trato fácil. Como no tenga carácter para enfrentarle, no hay nada que hacer. Y esa carta demuestra que no es muy fuerte de carácter, porque está pidiendo ayuda cuando cualquiera de vosotras le hubierais pegado cuatro gritos a vuestros maridos y os hubierais quedado tan panchas.

—Al menos ha tenido valor para pedir ayuda —dijo Fely pensativa.

—Eso es cierto —añadió su madre. —¿Le venderás el caballo?

—No, madre, se lo regalaré —dijo dejándolas a todas de piedra porque adoraba cada uno de sus caballos. —Tengo la sensación de que lo cuidará bien.

—Pero si todavía no la has conocido.

—Es un pálpito como los que tiene Ifi. Por cómo me ha abierto su corazón en esas letras, siento que seremos grandes amigas.

El carruaje de la marquesa se detuvo ante la casa y el lacayo la ayudó a bajar a ella, a Ingrid y a su madre. En el carruaje de atrás llegaban las demás listas para la batalla. El lacayo cogió de las riendas a Morfeo y llevó el caballo blanco hasta la entrada de la casa. Fely sonrió satisfecha antes de tirar de la campanilla con todas ante el caballo.

Fred abrió de inmediato y se enderezó. —Marquesa de Thirenwood… —dijo haciéndose a un lado.

—Venimos a ver a Lady Goldwell, ¿se encuentra en casa?

—Sí, milady. Está pintando en el invernadero.

En ese momento una chica pelirroja increíblemente hermosa salió del pasillo que estaba al lado de la escalera y se detuvo en seco al verla. —¿Eres Richelle?

—Sí, milady.

Sonrió radiante. —Soy Fely.

La miró sin comprender. —Es la marquesa de Thirenwood —le aclaró el mayordomo a toda prisa.

—Oh… —Se acercó de inmediato. —Siento si le ha importunado mi carta, pero…

—No me ha importunado en absoluto. De hecho… —Le mostró con la mano a sus acompañantes que se hicieron a un lado soltando unas risitas para mostrar el caballo blanco más hermoso que hubiera visto jamás.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —No, ¿es para mí?

—Es nuestro regalo de bienvenida a la ciudad.

Emocionada salió de la casa y acarició su pelaje. Era un ejemplar único y sus ojos se llenaron de lágrimas por tan increíble obsequio. —Gracias, gracias.

Fely sonrió. —Es evidente que lo apreciarás tanto como yo. Se llama Morfeo.

Acariciando su quijada le miró a los ojos. —Eres hermoso, Morfeo. —Se le escaparon unas lágrimas y abrazó el cuello de su caballo sintiéndose especial por primera vez en su vida. Que esa mujer, que no la conocía en absoluto, tuviera ese detalle tan hermoso la emocionó como nunca nada en la vida. Se apartó de Morfeo y se limpió las lágrimas a toda prisa algo avergonzada por haber perdido la compostura. —Lo siento.

—No tienes que disculparte —dijo Ingrid emocionada.

—Espero que lo disfrutes muchísimo.

—Lo haré, muchas gracias, marquesa. —Miró al mozo. —Por favor, cuídelo mucho.

—Eso haré, milady, no se preocupe. —El chico admirado tiró de las riendas y el caballo le siguió.

—Por favor, pasen —dijo apretándose las manos.

Sus invitadas pasaron al interior de la casa y Fred cogió sus sombreros y sus capas cortas antes de llevarlas al salón.

—Estas son mis mejores amigas y mi madre —dijo la marquesa. Comenzó a presentarlas—. La duquesa de Wimergton… —Ingrid le guiñó un ojo. —La condesa de Arnfield… —Mary Anne hizo una inclinación de cabeza. —Lady Cheatley, la baronesa de Petworth. —Ifi sonrió mientras Richelle hacía una reverencia. —Y mi querida madre, Rose Monterroso, hija del difunto conde de Beardwood.

—Es un gusto tenerlas aquí. Por favor, siéntense. —Ella lo hizo en el sillón del marqués, esperaba que no se molestara. —La verdad es que ni sé qué decir.

—Tranquila, que ya hablamos nosotras —dijo Mary Anne haciendo que sonriera. —Fely nos ha leído tu carta, espero que no te importe.

Se sonrojó con fuerza. —No, claro que no, condesa. No es que cuente nada que no sepa todo el mundo, salvo…

—Tranquila, que esa palabra tan desagradable que ha dicho el barón de Hedbung no la sabrá nadie más.

Suspiró del alivio. —Gracias. Me avergüenzo de haber sido tan indiscreta.

—No te preocupes —dijo Fely. —Te dolió, ¿verdad?

Se miró las manos. —Sí, no me lo esperaba. Me atacó sin saber realmente lo que había ocurrido, pero me atacó. Está furioso.

—Sí, querida, ahora estará aún más furioso porque ha metido la pata y su orgullo le impide pedir perdón. —Ifi suspiró. —Tiene mal carácter.

—Sí, lo tiene.

—Y aun así te agrada —dijo Ingrid inquisitiva.

Se sonrojó con fuerza y todas sonrieron. —Bueno…

—¿Te gustaría que fuera tu esposo? ¿Altera tu corazón? ¿Piensas en él a todas horas?

Sorprendida miró a la marquesa. —¿Cómo lo sabe?

—Porque hemos pasado por eso. —Fely sonrió. —Es el adecuado. —Todas asintieron antes de mirar a Ifigenia que entrecerró los ojos. —Por Dios, amiga, no me digas que no.

—No, no es eso. Es que es muy parecida a Serine, oculta su verdadero yo.

Todas sonrieron radiantes. —¿No me digas, amiga?

—Bueno, es lógico, ella también era huérfana y disimulaba para evitar los castigos. —Ifi miró a Richelle a los ojos. —Lo mismo que tú en tu colegio, ¿no es cierto? Debías ser lo que se esperaba de ti, no lo que realmente eres.

—No sé a qué se refiere.

—Mira, hermosa —dijo la marquesa—, nuestros maridos huían del matrimonio antes de conocernos, ¿y sabes por qué?

—No, acabo de conocerlas.

Ingrid rio por lo bajo y Fely chasqueó la lengua. —Ya, ¿queréis ayudarme?

—Lo que quiere decir mi hija es que una debutante todo sonrisas y con falta de personalidad, nunca conquistará a un hombre como lord Oxton.

Entrecerró los ojos. —¿No me diga?

—Y es evidente que tú tienes el carácter necesario para enfrentarle, porque en cuanto te ha insultado has buscado otro caballo para darle en las narices y además no uno cualquiera sino uno de los míos que son los mejores de Londres. Pero entérate bien, tienes que enfrentarle de verdad. La frialdad de una dama, esa frialdad que te han enseñado en el colegio y que se supone que debes tener, no funcionará para conquistarle. Necesitan pasión, gritos y una patada en el trasero de vez en cuando.

Entrecerró los ojos. —Así que he obrado mal cuando me ha insultado. —Todas asintieron. —Tenía que haberle dicho cuatro cosas. —Asintieron de nuevo. —Comportarme como una dama solo me ha perjudicado. ¡Pero me han enseñado a ser así!

—Y con los demás puedes ser así, es lo que se espera de ti. Pero tu esposo, tu compañero de vida quiere conocerte a ti, va a estar contigo no con todos los demás.

—Ponme un ejemplo —dijo tuteándola y sus nuevas amigas sonrieron dándole el visto bueno.

—Esta mañana mi marido se levantó antes que yo en lugar de hacerme el amor como todas las mañanas. —Richelle se puso como un tomate, pero continuó escuchando —Cuando me desperté ya no estaba —dijo indignada. —Así que bajé al despacho donde estaba con su administrador y le solté cuatro gritos. El administrador salió pitando y mi marido volvió a la cama, vaya si volvió. Y eso que ya estaba vestido y todo. —Suspiró. —No nos levantamos hasta el mediodía.

Las chicas rieron y Richelle sonrió sin poder evitarlo. Eran divertidas, de eso no había dudas. Y agradables, serían buenas amigas. Además, debían saber de lo que hablaban porque estaban casadas. Por seguir sus consejos no perdía nada. Se adelantó. —¿Qué tengo que hacer?

Llegó al salón donde estaban esperando los hombres. —Oh, aquí está la mujer más afortunada de todo el país. —Spencer dio una palmada. —Lo acabo de ver, es magnífico.

—La marquesa ha sido muy amable.

—¿Puedes explicarnos cómo ha pasado esto? —preguntó Oxton cortante.

Se sentó en el sofá. —Le escribí para comprarle uno de sus ejemplares y se presentó aquí amablemente para regalarme uno como bienvenida a la ciudad.

—¡Eso no puede ser, todo Londres sabe que los adora!

—Sí, por eso su regalo es aún más importante para mí. ¿Te gusta?

Él entrecerró los ojos sin contestar y el marqués rio. —Está loco de la envidia, niña.

Richelle sonrió radiante. —Y eso no es todo, tío. ¡Ella y sus amigas han decidido amadrinarme para mi presentación!

El marqués no pudo disimular su agrado. —Es un gran paso para ti, niña. Son damas de mucho prestigio en la ciudad y muy selectivas con sus amistades.

—Son un grupo de malditas alcahuetas.

Le fulminó con la mirada. —No hables así de mis amigas.

—¿Qué amigas? Si las acabas de conocer. ¡Esas buscan algo!

—Mi amistad y casarme bien, eso buscan. ¡Y lo hacen sin pedir nada a cambio!

—¿Casarte bien? ¿En serio te vas a fiar de ellas?

—Por supuesto que sí, todas han encontrado maridos estupendos. ¡Y maridos que las aman!

—Eso no puedes negarlo, hijo. El amor del marqués por su esposa es de dominio público y de las demás también. Son una rareza entre la alta sociedad. —El marqués asintió. —Apruebo esa amistad. De hecho, te animo a fomentarla.

—¿Entonces puedo visitarlas?

—Claro que sí. Lady Ifigenia y Lady Mary Anne son muy respetables. Conozco a sus maridos desde hace muchos años. Y aunque no he tratado tanto a la marquesa de Thirenwood y a las demás, son damas a las que no puedo reprocharles nada.

—Oh, por Dios, padre. Una es española y la otra americana. Y se habla que lady Felicity persiguió a su marido hasta América.

—¿De veras? —preguntó ella entrecerrando los ojos y susurró —Fue insistente.

—¡Ya le están metiendo ideas raras en la cabeza!

—Hijo, no sé a qué viene tanta oposición a estas amistades, la ayudarán a entrar en sociedad por la puerta grande. Además, le

buscarán un marido mucho mejor de lo que pueda encontrarle yo, pues están muy al tanto de todo lo que sucede en la ciudad.

Gruñó. —Exacto, son unas cotillas.

—¿Pero cómo te atreves? ¡No insultes a mis amigas!

—¡Deja de decir que son tus amigas, no las conoces!

Se levantó. —Al menos ellas no me tratan con desprecio ni me asustan acusándome de cosas que no he hecho. —Se volvió. —Creo que es hora de cenar, ¿no Fred?

—Sí, milady, o se enfriará la sopa de espárragos.

Cuando llegó al comedor esperó a que llegara el marqués. La tensión se mascaba en el ambiente y en cuanto Spencer se sentó, ella lo hizo también sin esperar a que Oxton se acomodara.

—¿Quiere vino, milady?

—No, gracias, me conformo con el agua.

La sirvió y después sirvió agua a los demás antes de llenar sus copas de vino. Oxton se sentó ante ella y el marqués apretó los labios antes de que les sirvieran la crema. Olía deliciosamente, al parecer las pautas que le había dado a Lori Anne habían dado resultado. Cogió la cuchara sintiéndose observada por los dos. Oxton carraspeó. —Yo no te trato con desprecio y me ofende que lo digas.

—Lo has hecho, me has acusado de dañar tu caballo y me has llamado estúpida.

—Hijo, discúlpate ahora mismo —dijo el marqués entre dientes.

—Lo siento.

Se encogió de hombros como si le diera igual, pero ambos se dieron cuenta de que seguía dolida.

—Me disculpo de veras.

—Muy bien, disculpas aceptadas. ¿Ahora podemos cenar?

—Sí, cenemos —dijo entre dientes.

El marqués miró a uno y luego al otro antes de empezar a cenar en silencio y ese silencio se extendió durante todo el primer

plato. Realmente incómodo forzó una sonrisa. —¿Y tus amigas han pensado en algún evento para que conozcas gente?

Sus ojos brillaron de la alegría y sonrió para alivio del marqués. —Fely dice que organizarán una merienda en mi honor. Habrá juegos y han dicho que invitarán a Melissa que al parecer llegará a Londres pasado mañana.

—Seguro que lo pasarás muy bien. ¿Nosotros estamos invitados?

—Sí, por supuesto, también estarán sus maridos. Y varios…

—¿Varios qué? —preguntó Oxton.

—Pretendientes aceptables.

—¡Todavía no se te ha presentado! ¡Padre, no lo consientas!

—Serán amigos de los marqueses, no harían nada inapropiado y yo estaré allí. Aunque creo que tú no deberías ir con esa actitud, hijo. Es evidente que no estarías cómodo.

—No digas estupideces, padre.

—¿Ahora soy yo el que dice estupideces?

Oxton se tensó. —Perdona, padre.

—Déjame a mí la tutela de Richelle, hijo. Y tú sigue ocupándote de tus cosas.

Se levantó tirando la servilleta a un lado y la miró con rabia antes de salir del comedor dejándola de piedra. Ella no quería que padre e hijo se enfadaran por su culpa. —Siento todo esto.

—Niña, no te disculpes por su comportamiento —dijo molesto. —Es inconcebible e irrazonable. Los marqueses son personas buenas y no entiendo su razón para negarse a que trates con ellos. Eso sí que es una estupidez. —Apretó los labios. —Olvídalo, se le pasará. Ahora hablemos de tu vestuario, ¿tardará mucho en llegar?

Estaban con el postre cuando escucharon a alguien hablar en el hall. Al mirar hacia allí vieron pasar a Oxton, que vestido con traje de noche se puso la capa y el sombrero antes de salir de la casa.

Richelle agachó la mirada. Pues haberle enfrentado no había dado muy buen resultado. Igual debería pensar mejor eso de hacerle caso a sus nuevas amigas.

Se volvió para que la modista le cerrara el vestido. Una hermosura en gasa rosa con flores bordadas en blanco en los bajos y las mangas. E increíblemente quedaba muy bien con su tono de piel y de pelo.

—Estás hermosa —dijo Fely impresionada con las manos que tenía esa mujer. —¿Admite más clientes?

—Lo siento marquesa, pero tengo una familia que cuidar y con mis clientas ya tengo mucho trabajo.

—Pero podría contratar a alguien para que la ayude.

—Ya lo hice en el pasado y salió muy mal. Me fío de mi trabajo, no del de nadie más.

—Gracias por ayudarme —dijo Richelle.

La señora Manville sonrió. —Es lo menos que puedo hacer con lo que me ha ayudado usted. Además, es un placer.

Fely e Ingrid se miraron. —¿En qué la ha ayudado? —preguntó la marquesa muerta de curiosidad.

—No fue nada —dijo Richelle a toda prisa.

—Milady es muy modesta. Mi esposo estaba enfermo y necesitaba que le viera un médico muy caro que estaba especializado en su enfermedad pulmonar. Nosotros no nos atrevíamos a molestarle y fue ella la que se puso en contacto con él para que visitara a mi marido y vino a casa —dijo impresionada. —Y jamás nos cobró nada.

—Mi amiga Melissa también quería ayudar, ella fue la que me comentó el problema —dijo sonrojada.

—Sí, pero tú escribiste la carta —dijo Fely pensativa.

—Bueno, es que ese médico es amigo de su padre y temía que se enfadara. A mí no me regañaba nadie.

—Salvo la directora del centro donde estabas.

Se encogió de hombros como si le diera igual el castigo. Richelle sonrió volviéndose. —¿Qué opináis?

—Maravillosa.

La señora Manville la miró con ojo crítico. —Igual está un poco largo.

—Es porque no lleva botines —dijo Ingrid. —He visto unos botines blancos en Bond Street que son una hermosura.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —Nunca he tenido botines blancos.

—Pues hay que surtirte, amiga. Necesitas de todo.

—¿Cuándo estará listo? —preguntó ilusionada.

—Mañana le enviaré este.

—Mañana podré dejar de vestir de negro —dijo a sus amigas que sonrieron.

—Y dejarás de ser la viudita —dijo Fely enternecida por su ilusión.

Se pasó toda la mañana de compras con sus amigas y se lo pasó tan bien haciendo cosas que no había hecho nunca, que se dio cuenta de hasta qué punto había estado aislada en aquel colegio. Se dio cuenta de hasta qué punto la habían privado de vivir y se juró a sí misma que nunca más dejaría que su vida fuera dominada por otras personas.

Cuando el carruaje llegó a la casa, los lacayos se emplearon a fondo en sacar todos los paquetes mientras ella se quitaba el abrigo. Oxton salió del salón con un libro en la mano y vio como el servicio subía las escaleras con los brazos llenos de cajas. —Veo que has sabido aprovechar el tiempo.

Más ironía. Se quitó el sombrero y se lo dio a Page. —Y más que lo voy a aprovechar. Debo estar hermosa para mis pretendientes.

—Para eso tendría que haber una base y no la hay.

Intentó ignorar la pulla, pero no pudo. Le dio muchísima rabia que no la considerara hermosa. —Menos mal que mi futuro matrimonial no depende de ti y que tu opinión importa muy poco a la hora de elegir esposo.

—Todavía puedo advertir al posible incauto.

Le miró con furia. —Es evidente que quieres ponerme las cosas difíciles, pero te aseguro que te plantaré cara. No vas a jugar con mi futuro porque no sepas comportarte y tengas tan poca hombría como para no reconocer tus errores. ¡Cuando uno se equivoca, debe disculparse cuanto antes!

Dio un paso hacia ella aún más enfadado. —¿Acabas de decir que soy poco hombre?

—¿Te ofendes?

—Si fueras varón…

Sonrió con descaro. —Pero soy mujer, y a pesar de ti voy a casarme. —Cogió sus faldas y empezó a subir las escaleras con la espalda muy recta mientras él no le quitaba ojo. Al llegar arriba le miró. —Apártate de mi camino, Oxton. Será lo mejor para los dos.

—Como dejes mal el apellido Cooledge no tendrás donde esconderte.

Se detuvo y se acercó a la barandilla para hacerle un corte de manga. Oxton asombrado miró a Fred. —¡La que aparenta ser una dama!

—Milord, que usted tampoco se ha quedado corto.

—¡Me saca de quicio!

—Debería preguntarse por qué, ya que milady no le ha hecho nada —dijo dejándole de piedra.

—¿Quién te ha preguntado? —gritó antes de meterse en el salón de nuevo y pegar un portazo.

Sus amigas se echaron a reír con ganas y ella roja como un tomate levantó su taza de té. —Estuvo todo el día insoportable. Su padre no sale de su asombro.

—¿Estuvo en la comida? —preguntó Mary Anne.

—Gruñendo casi continuamente. Y cómo me miraba, como si quisiera tirarse sobre mí para morderme. El marqués ya ni sabía que conversación sacar, porque Oxton contestaba con monosílabos continuamente.

—¿Y por la tarde qué hizo?

—Fue al club y perdió otras quinientas libras, por lo que estaba aún de peor humor. Sobre todo después de la cena, cuando canturreé mientras bordaba una canción infantil que habla sobre el diablo que ronda a los débiles de carácter.

Las chicas rieron de nuevo hasta que se les salieron las lágrimas. —¿Lo he hecho bien?

—Vas estupendamente —dijo Mary Anne sacando un pañuelo.

—¿Y no terminará odiándome en lugar de que me ame?

—¿No te das cuenta? Un hombre como él está más que curtido en este tipo de envites. Su fina ironía la ha desarrollado así —dijo Ifi. —Si le estás fastidiando, es que le importas, aunque no lo sepa.

—¿Y hasta dónde hay que llegar?

Ellas elevaron una ceja. —¿Hasta dónde llegarías?

Se sonrojó. —Mientras sea decente a donde sea. Nunca me he sentido más viva que discutiendo con él.

Fely sonrió y cogió su mano. —Dale una de cal y otra de arena. Sonríele de vez en cuando como si le alentaras, ¿entiendes?

—Sí.

—Debe estar confundido. Y después le rematas —dijo Rose haciendo que todas la miraran. —¿Qué?

—Lo que quiere decir mi madre, es que puede que tengas que arriesgar tu reputación para que se ahorque con su propia cuerda.

Las miró asombrada. —Queréis que le comprometa, que me comprometa para que tenga que casarse conmigo.

—Te aseguro que si llega a tu cama y más viviendo en su casa, es porque no puede resistirse. Y ahí cumplirá con su deber.

—Pero yo quiero que me ame —dijo casi con desesperación.

—No te angusties —dijo Ifi. —Sigue así y le conseguirás, garantizado.

Esa tarde estaba en el invernadero pintando y juró por lo bajo porque se había salido de la fina línea del tallo del bouquet de flores que estaba haciendo.

—Aquí hace frío.

Se sobresaltó mirando hacia la puerta y Oxton entró. —Bonito, muy bonito.

—¿Qué quieres?

—Te han llegado unos paquetes.

Su rostro mostró su ilusión. —Será el vestido. —Siguió pintando.

—¿No vas a verlo?

—Es un vestido de mañana —dijo distraída. —Y ya lo he visto.

Él miró su cabello suelto hasta llegar casi al suelo. —No sueles ser descuidada con tu aspecto.

—Aquí no debería verme nadie y me duele algo la cabeza.

Apretó los labios. —Si quieres avisamos al médico.

—Ya se me está pasando. Es por el recogido. —Emocionada hizo otro tallo porque parecía que no quería irse. —¿Tu padre ya ha llegado del club?

Se apoyó en una mesa llena de macetas. —Y podrás ser fastidiosa con él, ha perdido doscientas libras.

Le miró asombrada. —¿Pero a vosotros qué os pasa? ¿Os gusta tirar el dinero?

Hizo una mueca. —Debe ser el aburrimiento.

—No sé cómo puedes aburrirte, en esta ciudad hay mil cosas que hacer.

—Como salir a cabalgar. No lo has hecho.

Sonrió. —Ahora entiendo la visita. Quieres sacarlo.

—No debería estar tanto tiempo en el establo, debes ser responsable.

—He estado ocupada y no puedo sacarlo ahora porque queda una hora para la cena. Saldremos mañana.

—Te acompañaré. —Carraspeó incómodo. —Es para asegurarme de que puedes dominarlo.

—Creí que esta noche tenías una fiesta. Todo Londres habla de ella —dijo disimulando la alegría que la invadió porque quisiera acompañarla.

—Será como todas las demás. ¿Cuándo te presentas?

—He hablado con tu padre y hemos pensado en el día quince de abril.

—Quedan dos semanas.

—El vestido está casi preparado.

—Pero no tenemos cocinera.

—Lori Anne lo está haciendo muy bien, ¿o no? Además, no será una cena formal. Ya la estoy enseñando a hacer los canapés y la mesa del buffet. Aprende muy rápido, lo hará de maravilla. Tu padre se encargará con su secretario de las invitaciones y Fred ya ha pedido las bebidas.

—¿Y la música?

—Pues no sé, lo hablaré con tu padre.

—Con tantas fiestas hay que encargarse de la orquesta con tiempo.

Se mordió el labio inferior porque era cierto que no había mucho tiempo. —Tu padre encontrará una solución.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos.

Le miró con desconfianza. —¿Y lo harías?

Sonrió. —Por supuesto, por la protegida de mi padre lo que sea.

Suspiró dejando el pincel y se levantó poniéndose ante él. —¿Sabes que si no se presentan esa noche o si son terriblemente malos, la responsabilidad será tuya y serás tú quien quede mal ante todos y no yo?

—No necesito hacerte quedar mal, porque lo harás tú solita.

Apretó los labios. —Más quisieras. Mi presentación será perfecta.

—¿Porque te has preparado toda tu vida para ello?

—Exacto. —Levantó la barbilla. —Es mi sueño. Toda mi vida he esperado ese momento y he fantaseado con esa noche millones de veces en las horas de encierro en ese colegio. Así que te lo advierto, fastídiamelo y te despellejaré vivo.

Oxton rio por lo bajo. —Repito, lo fastidiarás tú sola.

Se le quedó mirando a los ojos y él incómodo se enderezó. —¿Qué?

—No sé qué he hecho para que me trates así, pero espero que estés disfrutando al menos.

Mostrando su enfado dio un paso hacia ella. —Conmigo no vayas de inocente.

—No entiendo a qué te refieres.

—Has aprovechado un malentendido para que mi padre se enfade conmigo.

—¡Nunca fue mi intención, solo me defendí!

—Y puede que yo hubiera hecho lo mismo. Pero me llamó la atención que la tímida y educada Richelle mostrara una cara que no habíamos visto. Y eso me hizo pensar que igual la condesa de Petterton tenía razón en los cotilleos que contó la noche de la cena.

Palideció. —No sé de lo que hablas.

—Ah, ¿no? Su hija Glory ha sido tan amable de recibirme y me ha contado muchas cosas.

—¿Qué te ha contado, eh? ¿Que le tiré de los pelos?

—No, querida. Me ha contado como te escapaste del colegio con un muchacho del pueblo. —Sus ojos mostraron su satisfacción. —No eres tan pura como aparentas. Tardaste tres días en volver y la directora del centro intentó taparlo todo diciendo que habías estado enferma. ¿Qué fue? ¿Otro dolor de cabeza?

Perdió todo el color de la cara. —Eso es mentira.

—He escrito una carta a la directora del colegio. Su respuesta estará al caer. Llegará mañana o pasado como mucho.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la frustración. —No hice nada malo.

—Eso ya lo veremos. —Fue hasta la puerta. —No sueñes mucho con esa presentación, querida. Puede que nunca se lleve a cabo.

Las lágrimas cayeron sobre su pecho y se tapó el rostro sollozando. Aquello no podía estar pasando.

Capítulo 4

Minutos después, algo más calmada se acercó a la puerta del despacho del marqués. Levantó la mano para llamar y cuando él le dio permiso respiró hondo. Abrió la puerta y entró mostrando su rostro congestionado. El marqués sentado en su sillón con un libro en la mano, al ver su cara lo cerró de golpe. —¿Qué ha ocurrido?

—Tengo que contarte algo.

—¿Y tan grave es para que estés así?

—Sí, de hecho, la hija de la marquesa de Petterton ya está hablando de ello a quien quiera escucharla.

Dejó el libro sobre la mesilla que tenía al lado. —Cuéntame.

Apretó sus manos dando un paso hacia él. —Hace cuatro años me escapé del colegio.

El marqués no podía estar más sorprendido. —¿Y se puede saber por qué?

—Porque estaba asustada.

Spencer se adelantó. —¿De qué?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No quería hacerlo, juro que no.

—Niña, cálmate y cuéntame lo que pasó.

—Maté a un hombre.

El marqués se quedó de piedra. —¿Cómo has dicho?

—Montaba a caballo a menudo, siempre al alba para que no afectara a mis tareas. Varias veces llegué hasta una finca de uno de los arrendatarios. Este me saludaba a menudo y parecía agradable.

Incluso hablaba con él. Una mañana me estaba esperando. Me dijo que bajara del caballo, que si podía ayudarle porque se había cortado la mano clavando la valla. Por supuesto bajé porque tenía la mano envuelta en un paño con sangre y cuando me di cuenta me había tirado al suelo.

—Dios mío…

—Me asusté, no podía defenderme, era mucho más fuerte que yo. Ni sé cómo conseguí agarrar la piedra. Ya me había rasgado la ropa y le golpeé en la cabeza varias veces para quitármelo de encima hasta que cayó a un lado. Entonces fue cuando me di cuenta de que ya se había bajado los pantalones y fui consciente de lo que pretendía. Mi primera reacción fue gritar, pero luego me di cuenta de que estaba muerto y entrando en pánico me subí al caballo. Temiendo que me detuvieran fui a ver a un amigo. John era el hijo de uno de los jardineros del colegio y nos conocíamos de toda la vida. Me ayudó a huir y me escondió en el granero de su casa hasta que me dijo que el alguacil no pensaba que hubiera sido alguien del colegio, sino que otro, un forastero había intentado robarle.

—¿Creyó que era un robo?

—Al parecer le encontró su esposa y debió subirle los pantalones. Nunca pensaron que había intentado violar a alguien.

—Entiendo.

—Así que regresé tres días después. La señora Goulden me interrogó sobre lo que había pasado, pero nunca dije nada ni John tampoco. Pero ella no era tonta. Sabía que siempre salía a cabalgar en esa dirección y que desapareciera justo cuando ese hombre había muerto…

—Levantó sus sospechas.

—Sí, aunque siempre me apoyó. Intentando protegerme a mí y la reputación del colegio, ya había dicho a las alumnas que estaba enferma, porque no podía tolerar que alguien se enterara de que una de sus pupilas había escapado. Es más, cambió a mi compañera de habitación y cerró la nuestra con llave hasta que llegué para que

nadie supiera la verdad, mientras ella y otra profesora de absoluta confianza me buscaban.

—¿Y cómo se enteró la hija de la marquesa de que te escapaste?

—No lo sé. Pero va diciendo que me fui con John poniendo en entredicho mi reputación. Si la gente se entera de que me escapé justo en ese momento, puede que lleguen a la muerte de ese hombre.

El marqués se levantó y fue hasta la ventana. —Es evidente que debió oír algo. No se atrevió a contarlo allí pues podría ser castigada, pero libre de los profesores nadie retendrá su lengua, sobre todo con la inquina que te tienen ella y su madre.

—Lo siento, yo…

La miró. —Niña, no te disculpes. Deberíamos avergonzarnos nosotros por no protegerte como deberíamos haber hecho. Tu padre te dejó a nuestro cargo y ninguno de los tutores tomó las medidas necesarias para encargarse de tu educación. Todos te abandonaron en el colegio que había elegido tu padre, todos somos culpables de que hubieras pasado por ese trance.

Sollozó. —No, fue culpa mía.

El marqués se acercó y la abrazó. —Cálmate, niña. No es tan grave como piensas. Tenemos el testimonio de la directora, que no cambiará de versión para no perjudicar su negocio.

Se le cortó el aliento porque tenía razón.

—Además ese John… —Sollozó de nuevo. —¿Niña?

—Murió poco tiempo después.

El marqués vio en su rostro el dolor por la pérdida de su amigo. —Lo siento. ¿Cómo fue?

—Su padre estaba cortando la rama de un árbol y se le cayó encima.

—Pobre hombre, mató a su hijo.

—Se ahorcó dos días después.

—Válgame Dios —dijo horrorizado. —Siéntate, pareces al borde del desmayo.

—Le echo mucho de menos, él me comprendía.

—Lo siento mucho, niña. —Acarició su cabello.

—Solo me quedaba Melissa, pero se iba en vacaciones.

—¿Has pasado todos estos últimos años sola en las vacaciones?

Sollozando asintió. —Nos quedábamos en el colegio dos profesores, una cocinera, una doncella y yo. Ellos tampoco tenían familia, pero…

El marqués susurró —Tú eres una dama y no se relacionaban contigo.

Negó con la cabeza antes de sollozar.

—Dios mío…

—Si alguien se entera de lo de ese hombre, iré a prisión.

—No, no irías a prisión porque se atrevió a tocar a una dama. Ningún tribunal te condenaría. Pero eso no va a pasar, porque no se va a enterar nadie. Y tampoco arruinarán tu reputación porque me vas a contar los trapos sucios de esa muchacha.

Se le cortó el aliento levantando la vista hacia él. —¿Los trapos sucios de Glory?

El marqués sonrió malicioso. —Seguro que sabes algo que pueda hundirla. Esto ya es un sálvese quien pueda y no hay mejor defensa que un buen ataque. Venga niña, recuerda, seguro que podemos ponerla en entredicho. —Acarició su mejilla con ternura. —La clase alta funciona así y esas amigas tuyas pueden ayudarte. Pero no olvides nunca que esto te lo tienes que llevar a la tumba. Nunca más se lo cuentes a nadie.

—¿Ni a Oxton? Cree que no soy pura porque me fui con John.

—Ni a Oxton. No sé qué le pasa a mi hijo, pero siento decir que no es de fiar en este caso. Nunca se lo cuentes, en lo que a ti se refiere mi hijo tiene momentos irracionales y temo que en un

arranque de furia pueda poner tu reputación y tu futuro en peligro. ¿Me entiendes?

Se quedó sin aliento porque no se fiaba de su propio hijo y eso le hizo pensar que ella no le conocía. No sabía realmente cómo era y eso podía ser peligroso. —Entiendo.

Suspiró. —No me entiendas mal, es cabal, justo y un gran hombre, pero no sé qué le ocurre contigo. Te le has atragantado y ahora solo ve en ti puntos negativos. Temo que cometa un error y quiera desenmascararte para justificar su actitud.

Asintió porque unos minutos antes el mismo Oxton le había dicho algo parecido, pero que su padre se hubiera dado cuenta la asombraba. Spencer sonrió. —Le conozco muy bien y sé lo que piensa incluso antes que él. Y ya te voy conociendo a ti, por eso te digo que si tienes esperanzas de que esté en tu futuro, será mejor que lo olvides.

Separó los labios de la impresión. —¿Estás seguro?

—Totalmente. ¿Por qué crees que no te animé desde el principio? Mi hijo necesita otro tipo de mujer.

—¿Qué tipo?

—Alguien a quien admire.

Apretó los labios agachando la mirada. —Y en mí no admira nada.

—Siento ser tan crudo, pero no. No eres su prototipo ni en belleza, ni en estilo, ni te sabes relacionar en la alta sociedad. Este caso lo demuestra.

—¿Cómo debería haber actuado?

—No tendrías ni que habérmelo contado a mí. Tendrías que haber sacado la artillería contra esa mujer y haber cargado contra ella con todas tus amistades. Sutilmente, pero sin piedad.

Los ojos de Richelle brillaron de la rabia y se levantó. —Gracias por escucharme, a partir de ahora me encargaré yo.

—No tengas piedad, niña. No la tendrán contigo.

Salió del salón con un nudo en la garganta y cuando fue hacia la escalera no se dio cuenta de que Oxton salía del salón y se la quedaba mirando. Apretó los labios al ver su perfil sonrojado por las lágrimas y arrugó con rabia la carta que tenía en la mano.

Sentados a la mesa Oxton miró el sitio vacío de Richelle. —¿No va a cenar con nosotros?

—Le duele la cabeza —dijo su padre antes de hacer un gesto para que le sirvieran más vino. —Eso me ha dicho Fred.

Miró al mayordomo. —¿Necesita un médico?

—No lo creo, milord. Su doncella le ha dado una cucharita de láudano y se ha quedado dormida.

—Necesita descansar, eso es todo. Han sido unos días demasiado agitados para ella —dijo su padre antes de meterse el tenedor en la boca. —El asado está delicioso. Esta niña cada vez cocina mejor.

Fred sonrió. —Gracias a las lecciones de milady, marqués.

—A ver cuando le enseña a hacer esas deliciosas tartas.

Oxton asintió distraído y su padre le miró. —¿Ocurre algo, hijo?

—No.

Su plato estaba apenas sin tocar. —¿No tienes hambre?

—No mucha —dijo como si estuviera cansado.

—Tienes un comportamiento extraño últimamente —dijo como si nada cogiendo su copa de vino.

—No sé a qué te refieres.

—Hijo, ella es mi pupila, no voy a hacerte de menos por ella.

—¿Crees que estoy celoso? —preguntó asombrado.

—¿No es así? Siempre has tenido toda mi atención.

—Joder padre, ni que fuera un crío.

—¿Entonces qué es?

—Nada, de verdad.

—Llevas dos días sin salir excepto al club y las fábricas. Hoy había una fiesta estupenda y no has asistido, a ti tiene que pasarte algo. —Preocupado le miró bien. —¿No estarás enfermo? De ahí tu mal humor.

—Estoy perfectamente, padre. ¿Quieres dejarlo?

Entrecerró los ojos antes de mostrar su sorpresa. —La falta de apetito, tus cambios de humor, no sales de casa… ¿No te estarás enamorando?

—Por Dios padre, ¿de ella? —preguntó con burla. —¿Cómo se te ocurren esas cosas? —Bebió de su copa y le miró de reojo haciendo que su padre dejara caer la mandíbula del asombro. —¡Qué no!

—Yo no te he dicho de quien. Eres tú quien la ha mencionado.

—Padre, no me líes.

—¿Seguro que no…?

—¡No! —dijo tajante. —Simplemente no he querido salir para otra fiesta aburrida.

—Perfecto. —Sonrió de oreja a oreja. —Porque no funcionaría.

—No, no funcionaría. —Le hizo un gesto al lacayo para que le retirara el plato. —Richelle no tiene nada que ver conmigo.

—Eso mismo le he dicho yo esta tarde.

No pudo disimular su sorpresa. —¿Que le has dicho qué?

—Que no sois el uno para el otro.

—¿Acaso ella está interesada? —preguntó intrigado.

—No me ha dicho eso.

—¿Entonces por qué se lo has mencionado?

—Hijo, no te alteres, creí que era mi obligación dejar las cosas claras. Vivís juntos y ella es una joven impresionable que no ha

vivido lo suficiente. Se irá curtiendo en cuanto se presente, estoy seguro, pero mientras tanto mejor advertirla.

—¿Advertirla de mí? —preguntó pasmado.

—Bueno, hijo… Eres algo cínico, apuesto, con título y dinero. Cualquier mujer podría pensar que eres un buen candidato. No quería que se hiciera ilusiones.

Entrecerró los ojos. —¿Y ella qué dijo?

—Creo recordar que no dijo nada al respecto. De hecho, creo que lo aceptó.

—Lo aceptó.

—Sí, eso me pareció.

Oxton fulminó al lacayo con la mirada. —¡Dónde está el postre!

—¿Te molesta?

—¿Que no haya postre? Sí, muchísimo.

—Hijo, hablo de Richelle. Pareces molesto.

—¡Claro que no! Has hecho bien, padre. Cuantas menos ilusiones se haga, mejor.

El marqués sonrió. —Claro que sí, hijo. Tiene muchos candidatos entre los que elegir.

Oxton gruñó y al ver el pedazo de tarta que le pusieron levantó una ceja. —Todavía no la ha instruido en las tartas, eso es evidente.

—Se lo sugeriré a Richelle mañana. Qué mujer… Su marido la adorará. Sobre todo cuando pruebe su tarta de limón.

Bajó los escalones con su traje de montar de terciopelo negro y distraída se llevó la mano al sombrerito, porque el alfiler que lo sujetaba estaba tirando de su pelo. Fred llegó al hall y se detuvo al verla. —Milady, ¿sale a cabalgar?

—Sí, que ensillen a Morfeo. —Se acercó al espejo y se quitó el alfiler para colocar bien el sombrero antes de deslizarlo de nuevo entre su cabello.

—¿Lista?

Se volvió sorprendida y al ver a Oxton tras ella con pantalones de montar beige y una chaqueta de terciopelo marrón sobre su camisa blanca, tragó saliva porque estaba realmente guapo.

—¿Nos vamos a cabalgar?

Al mirar sus ojos vio que parecía sorprendido con su actitud. —Oh, sí. —Soltó una risita. —Te has levantado temprano.

—No necesito dormir mucho. ¿Y tú dolor de cabeza? ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy muy bien. Como nueva.

Él abrió la puerta y Richelle pasó recibiendo el frío de la mañana. Miró hacia el cielo. —Va a llover.

—Aunque no hasta el mediodía.

Dos lacayos se acercaron con los caballos y el suyo destacaba frente al de Oxton, que gruñó haciendo que ella reprimiera la risa.

—¿Silla de amazona? —preguntó como si eso no le gustase un pelo.

—Una dama debe montar a lo amazona.

—Más de una se ha desnucado por montar así.

—Eso no me pasará a mí.

Se acercó al caballo y al no haber escalón le miró levantando una ceja pelirroja. Oxton se acercó y la cogió por la cintura para subirla al caballo. —Deberías montar en silla normal.

Sentada de costado se colocó la falda para no mostrar las botas y agarró las riendas. —¿Temes que no te siga el ritmo?

—Preciosa, ni con ese caballo me alcanzarías.

Rio y agitó las riendas para salir a galope cruzando la calle sin mirar para entrar en el parque. Miró hacia atrás para ver que la

seguía y no parecía nada contento. Rio de nuevo agitando las riendas y pasaron al lado del lago hasta llegar al puente. Richelle lo cruzó haciendo resonar los cascos en la madera. Pero para su sorpresa escuchó que pasaba el puente justo tras ella. ¡La estaba alcanzando! Eso le pasaba por montar a la amazona. Oxton se puso a su lado y cuando le cortó el paso, ella tiró de las riendas haciendo que el caballo elevara sus patas delanteras. Giró el caballo y gritó —¿Estás loco?

—¡Loca tú! ¡Te podías haber matado!

—¡Ya ves que lo domino! —Empezó a llover y con fuerza. Elevó la vista hacia el cielo. —Rayos. Al mediodía, ¿eh? No das una.

Se acercó a ella. —Preciosa, empiezo a pensar que quieres provocarme. —La agarró por la chaquetilla del traje y la atrajo a él para atrapar sus labios. Jadeó de la sorpresa y él le metió la lengua. ¡La lengua! Uy, pero qué gusto.

Él se apartó y Richelle aún con los ojos cerrados extendió los labios. Oxton carraspeó y ella abrió los ojos como platos dándose cuenta de lo que estaba pasando. —¡Me has besado! ¡Aprovechado!

Oxton se echó a reír. —Ha sido el peor beso de mi vida, te lo aseguro.

Furiosa le dio un puñetazo, pero él se apartó por un pelo y del impulso salió disparada de la silla, cayendo de morros al fango y golpeándose la frente con una piedra.

Él rio más fuerte al verla boca abajo. —Preciosa, te vas a ahogar. —Al darse cuenta de que no se movía, perdió la sonrisa poco a poco. —Richelle, no tiene gracia. —Seguía sin moverse y Oxton bajó del caballo de un salto arrodillándose a su lado. —¡Richelle! —La volvió y al ver la sangre en su frente gritó —¡No, no! —La cogió en brazos y comprobó que respiraba acercando su rostro para sentir su aliento en la mejilla. Respiró del alivio cuando lo sintió. —Vamos preciosa, despierta. —Se agarró a la silla como pudo y gritó del esfuerzo al subirse al caballo. Miró su rostro. La sangre caía por su sien manchando su chaqueta. Estaba sangrando muchísimo. Hincó los talones en su caballo y salió a galope hacia la casa. Cada

segundo se le hacía eterno y cuando su mano cayó sobre su muslo temió que hubiera muerto. —No me hagas esto —dijo más asustado que en toda su vida. Llegó a su casa entrando por la zona de carruajes y al ver la situación dos lacayos se acercaron a toda prisa. —¡Qué envíen por el médico, rápido! —Tendió su cuerpo inerte a uno de ellos mientras otro salía corriendo y Oxton se bajó del caballo como una exhalación para cogerla de sus brazos y correr hacia la casa. Fred mantenía la puerta abierta y pasó ante él.

—¿Qué ha ocurrido, milord?

—Se ha caído del caballo. —Llegó a las escaleras y las subió encontrándose con su padre en el piso superior.

Spencer pálido le siguió. —¿Está muerta?

Page en la habitación de su señora jadeó llevándose la mano a la boca mientras el barón la tumbaba sobre la cama. Oxton acercó su rostro a su pecho y sintió su corazón. —No, aún vive. ¡Agua, rápido!

Su doncella corrió hacia la jarra y cogió las toallas de lino para llevárselas. Oxton se la arrebató antes de coger el paño para empaparlo y limpiarle la cara de barro y la sangre. —Una piedra, una maldita piedra. Había una piedra entre el barro. —Limpió con delicadeza su mejilla, pero la sangre no paraba de manar. —Dios mío…

—Déjame a mí, milord.

—¡Aparta! —Frenético cogió la jarra para mojar la otra toalla. —¡Trae más paños!

Page salió corriendo y él siguió limpiándola. Pudo ver que tenía una herida en la parte derecha de la frente casi donde la entrada del pelo. Una herida lo bastante grande como para ponerle los pelos de punta. Page llegó corriendo y ella misma puso el paño húmedo sobre la herida para presionar.

El marqués con las manos en la cabeza dijo —Los golpes así son fatales.

—¡Padre, cállate!

Con el corazón en la boca siguió limpiando su rostro y al ver que sus rizos también estaban sucios los cogió uno a uno para pasar el paño. A Page se le cortó el aliento por su delicadeza y le observó hasta que terminó con todos. —Vamos, despierta —susurró angustiado. —No me hagas esto.

Page cambió el paño y dijo —Parece que sangra menos, milord.

—¿Por qué tarda tanto el médico? —Fue hasta la puerta y gritó —¡El médico!

—Todavía no ha llegado, milord —dijo Fred. —Estoy pendiente de su llegada.

—Hijo, no han pasado ni cinco minutos desde que llegasteis.

Con rabia se volvió para regresar a su lado y cogió su mano sentándose en la cama antes de poner la mejilla sobre su pecho. —Aún respira.

—Es muy fuerte, milord. Saldrá de esta —dijo Page. —Alguien que ha sobrevivido a toda una infancia de encierro, que no le importaba a nadie, no va a rendirse ahora que tiene la vida que desea al alcance de su mano.

—¿La vida que desea?

—Una familia, alguien que la ame. —Sonrió con tristeza. —Su esposo será muy afortunado, sabrá apreciarla como se merece. Lo conseguirá, estoy segura. —Miró a su señora y acarició sus rizos con la mano libre. —Es muy buena, ¿sabe? Siempre quiere ayudar a todo el mundo. Coloca su ropa ella misma para que no tenga que hacerlo yo y se niega a que la ayude a asearse como otras damas. Y desde que sabe que el padre de mi novio se niega a nuestro matrimonio, está buscando la manera para que nos casemos con su consentimiento para que mi prometido no pierda a su familia.

El marqués asombrado dio un paso hacia él. —¿Hablas de mi administrador? ¿Por eso estaba hablando con él antes de ayer? Salí del despacho y les vi en el hall.

Page sonrió. —A mi señora no le gusta perder el tiempo. Le dijo a Fred que cuando llegara, la avisara y le interceptó antes de que se fuera. —Soltó una risita. —Él no tuvo más remedio que escucharla. ¿Y saben qué? Cuando esa noche mi hombre llegó a casa, su padre le dijo que quería conocerme mejor. No sé lo que le dijo, pero consiguió que no se cerrara en banda a nuestro matrimonio.

Oxton miró hacia ella y apretó los labios antes de volver a agacharse para sentir su aliento. Cerró los ojos con fuerza deseando que abriera los suyos. —Vamos, preciosa. Abre los ojos. —Elevó sus párpados rezando porque se hubiera despertado, pero no hubo esa suerte.

—¡El médico! —gritó Fred desde abajo.

—Gracias a Dios. —El marqués fue hasta la ventana y vio cómo se bajaba del caballo.

Esos segundos se hicieron eternos y cuando escucharon sus pasos todos miraron hacia allí. El joven doctor Herrold entró en la habitación muy serio y dejó el maletín sobre la cama. —¿Qué ha ocurrido?

Oxton se levantó soltando su mano. —Se ha caído del caballo.

Se acercó a la paciente y le hizo un gesto a Page para que quitara el paño. El hombre apretó los labios con disgusto. —Es una buena herida, puede infectarse. Muchacha trae agua limpia caliente y paños. Que vengan otras dos doncellas para desvestirla, tengo que comprobar que no tenga nada más. —Miró hacia ellos. —Salgan de la habitación, por favor.

—Vamos, hijo.

Oxton apretó con fuerza los puños sintiéndose impotente y salió de la habitación tras su padre. Spencer dijo —A mi despacho, ya.

Bajaron la escalera y Fred esperaba instrucciones. —Que traigan su caballo, tuve que dejarlo en el parque. Se disgustará si no lo encontramos.

—Ya está aquí, milord. Debió seguirles, algo realmente extraño con el poco tiempo que lleva en esta casa, pero al parecer sabía dónde tenía que ir.

—¡Si ese caballo ha provocado esto, no lo quiero en esta casa! —gritó el marqués.

—Padre, no fue culpa del caballo.

Le miró sin entender y Oxton apretó los labios. —Fue culpa mía.

—Pasa a mi despacho —dijo entre dientes.

Pasó después de su padre y este cerró de un portazo. —¡Explícate!

Enderezó la espalda. —Me propasé y ella intentó pegarme. Cuando la esquivé, se cayó del caballo y se golpeó la cabeza contra una piedra.

Dio un paso atrás de la impresión. —¿Te propasaste?

—La besé. Y ella no se lo tomó muy bien —dijo tenso.

—Dios mío… —Cojeando fue hasta su sillón y se dejó caer. —Tendré que ceder su tutoría.

—¿Pero qué dices, padre?

—¡Es evidente que no está segura en esta casa! ¡No está segura contigo! —gritó haciéndole palidecer. —¡Mi responsabilidad como tutor, es mantenerla a salvo hasta que su marido se haga cargo de ella!

—Me casaré con ella.

—¡Después de esto jamás aceptará tu mano y yo tampoco!

—Padre, no puedes decirlo en serio.

—Su padre nos la entregó para que cuidáramos de su bienestar y es evidente que tú no estás a la altura.

—¡Ha sido un accidente!

—¡Estaba a tu cargo y te propasaste! ¡Ni quiero pensar en lo asustada que estaba después de haber pasado por un intento de violación siendo una niña! —Oxton se quedó sin color en la cara.

—¡Reaccionó como haría cualquier mujer, se defendió y todo lo ocurrido es responsabilidad tuya! —Fue hasta la puerta. —Haz el equipaje, te vas de Londres. No te quiero ver por aquí mientras esté en esta casa. Y reza porque sobreviva, porque si no es así, tú no heredarás mi título. En cuanto se reponga llamaré al abogado para traspasar su tutoría al siguiente de la lista que dejó el duque.

Cerró de un portazo y Oxton se llevó las manos a la cabeza justo antes de escuchar un grito de dolor que le puso los pelos de punta. Salió del despacho corriendo y subió las escaleras como una exhalación.

Page salía en ese momento con una sonrisa en el rostro. —Está despierta, se ha despertado cuando le ha limpiado la herida con el alcohol, milord. El doctor ha sonreído, todo va bien.

Sintió tal alivio que se dobló apoyando las manos en sus rodillas para tomar aire. Entonces vio la sangre en sus uñas, su sangre y juró por lo bajo antes de enderezarse para recorrer el pasillo hacia su habitación. Abrió la puerta y Page escuchó que le decía a su valet —Prepara mi equipaje. Me voy a Cooledge Hall.

Al día siguiente sentada en la cama, se llevó la mano a la venda que le cubría la mitad de la cabeza. Se abrió la puerta y sonrió al doctor que correspondió a su sonrisa. —Buenos días, milady.

—Buenos días, doctor.

—Veo que se encuentra despierta y alerta. ¿Ha dormido bien?

—No mucho, me duele.

—Y no ha querido tomar el láudano.

—Como me dijo que era mejor no hacerlo, decidí que por sufrir un poco no pasaba nada.

Él se sentó a su lado y cogió su barbilla para ver el hematoma que empezaba a bajar hacia la mejilla. —Ha tenido mucha suerte, milady. Un poco más hacia la sien y hubiera sido el fin.

—Pero eso no ha pasado, así que no vamos a preocuparnos más de lo necesario.

El doctor Herrold sonrió. —Cierto, me gusta su manera de pensar. Veamos cómo está esa herida. No queremos que se le infecte.

Asintió y él se levantó para empezar a quitarle las vendas. Page entró en la habitación con una bandeja llena de cosas que dejó en el tocador.

—¿Cuánto tardará en curar? —preguntó impaciente.

—Eso depende de cada persona y de hasta donde llegue el morado.

—¿El morado?

—Es evidente que no se ha mirado, milady, no es muy coqueta.

—Cuando te estalla la cabeza se te quitan las tonterías.

—Pues eso, a curarse y paciencia.

—Tenía mi presentación en dos semanas.

—Habrá que retrasarla. Por un par de semanas más no pasa nada.

—Sí, supongo que sí —susurró.

Él rio por lo bajo. —Veo que no está de acuerdo.

—Cuando llevas toda tu vida esperando por ese momento, hasta un día se te hace eterno.

—Piense que así tiene más tiempo para cuidar los detalles y hacer esa noche aún más especial.

Sonrió. —Sí, tiene razón.

Él quitó la gasa de encima de la herida y sonrió. —Va muy bien, milady. No veo signos de infección.

—Menos mal.

El doctor miró a Page. —¿Ha desayunado?

—Estaba un poco revuelta y no ha comido mucho. Pero sí se ha tomado el té y la medicación que le dejó.

—Poco a poco. No la fuercen a comer sino quiere.

—Entendido, doctor.

Sintió que untaba su frente con una pomada y que volvía a cubrir la herida. —Estoy muy contento con su evolución, milady.

—¿Se notará mucho?

El doctor se mantuvo en silencio y Richelle suspiró. —Eso es que sí.

—Nada que un par de rizos no puedan cubrir —dijo sin darle importancia.

—¿Ha visto al marqués?

—Sí —respondió terminando de vendar su cabeza. —Es lógico que se interese por su estado.

—Yo no le he visto —dijo disgustada.

—Eso es culpa mía, le he dicho que no la molesten en su recuperación al menos hasta mañana. Debe descansar.

—Oh, ¿ha sido por eso?

—Claro que sí, ¿creía que no querían verla?

Se sonrojó porque debía pensar que era tonta. —Se me ha pasado por la cabeza. —Le miró asustada. —A ver si me he quedado tonta.

El doctor se echó a reír y el marqués que estaba esperando impaciente fuera de la habitación entrecerró los ojos y así estuvo la media hora que el doctor se mantuvo en el interior de la habitación. Cuando escuchó la risa de la niña su tensión fue a más y se dijo que aquello ya no era normal. Page salió en ese momento y tampoco tenía muy buena cara. El marqués le hizo un gesto para que se acercara. —¿Por qué tarda tanto?

—Pues…

—Habla claro.

—Creo que la está enamorando, milord.

—¿Cómo has dicho?

—Creo que al médico le agrada milady, ya me entiende. Le hace ojitos como mi Jimmy me hacía a mí y sonríe mucho. Le está haciendo preguntas de su vida, como si se muriera por conocer cada detalle y ahora él le está contando como estudió su carrera.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes antes de ir hacia la puerta y abrirla de golpe.

El doctor Herrold se levantó de la cama de su paciente y carraspeó. —Marqués, ahora mismo salía.

—Por supuesto que saldrá ahora mismo. ¡Y no vuelva!

—Pero tío…

—Niña, déjame a mí —dijo muy serio mientras el doctor recogía su maletín a toda prisa.

—Puede tomarse una cucharadita de láudano. Ya no es necesario que se reprima porque habla y reacciona correctamente.

—Gracias, doctor.

Él sonrió. —Volveremos a vernos —dijo cortándole el aliento.

—¡Eso será por encima de mi cadáver! —gritó el marqués. —¡Largo de mi casa!

El doctor se acercó a él y dijo —No podrá evitarlo. Me voy a casar con esa mujer —dijo dejándola de piedra por su osadía.

Con los ojos como platos vio como salía de la habitación con una seguridad que dejaba pasmada y cuando se fue miró al marqués. —No he hecho nada, lo juro.

—¡Niña, no sonrías tanto!

Asintió sin salir de su asombro.

Capítulo 5

Esa noche después de que Page le quitara la bandeja de la cena, su doncella empezó a recoger la habitación porque dijo que aún no tenía sueño. —¿Dónde está lord Oxton?

Cogiendo las toallas que había usado para asearla antes de la cena, se detuvo en seco y la miró de reojo. —Se ha ido a Cooledge Hall. Su padre le ha echado.

—¿Por mi accidente?

—El marqués se ha enfadado muchísimo. Se oyeron algunos gritos. Hasta amenazó con desheredarle. Eso me lo ha dicho Mary que estaba limpiando en el salón en ese momento.

—¿Y que más te contó Mary?

—Milady, no quiero meterla en líos.

—No diré nada, te lo juro. Cuéntame, por favor.

Page se acercó a toda prisa y susurró —Le dijo que no la había protegido, que estaba bajo su responsabilidad y había abusado de usted. —Se sonrojó. —Habló de cuando intentaron violarla de niña. El marqués le gritó que era inconcebible que él se hubiera comportado así.

Se quedó sin aliento. —¿Que le dijo qué?

—Y dijo que usted no estaba segura en esta casa. Que si se reponía traspasaría su tutoría al siguiente de la lista. Le ordenó a su hijo que no volviera hasta que usted ya no estuviera en esta casa.

—No —susurró nerviosa sentándose en la cama.

—No se altere, milady. No se me altere, que ya no tenemos médico. —La empujó ligeramente por el hombro y Richelle volvió a apoyarse en las almohadas. —A mí también me sorprendió porque el marqués adora a su hijo, pero fue así. Hasta rechazó su propuesta de matrimonio y le dijo que jamás le daría su mano, milady.

Se llevó la mano al pecho. —¿Propuesta de matrimonio?

Page entrecerró los ojos. —Sí, le pidió su mano para reparar el daño, pero el marqués le rechazó.

—No, no…

Su doncella sonrió. —Ya sabía yo que aquí había mucho detrás. Le ama, ¿verdad?

Se sonrojó. —No, claro que no.

—Porque yo creo que él la ama a usted, milady.

Su corazón pegó un vuelco en su pecho. —Eso no puede ser.

—Sí, incluso puede que él no lo sepa, pero si hubiera visto lo asustado que estaba cuando la trajo a casa, cómo le limpió la cara con una ternura que enternecía…

—¿De veras?

Hizo una mueca. —Pero su padre le rechazó.

Muy nerviosa se apretó las manos y preguntó angustiada —¿Qué puedo hacer?

—Tiene que lograr que el marqués cambie de opinión, milady. Y cuanto antes mejor.

Lady Audrey Cooledge entró en el salón en silencio y se encontró a su hijo mirando por la ventana. Y siendo de noche no es que hubiera mucho que mirar. Apretó los labios yendo hacia el sofá. —Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, madre. —Se volvió y sonrió. —Estás muy hermosa. El rojo te sienta bien.

Se sonrojó de gusto y coqueta se llevó la mano a sus rizos castaños que ya empezaban a mostrar algunas canas. —Eres muy galante. —Le miró a los ojos. —¿Hay noticias?

Negó con la cabeza. —No, no ha llegado correspondencia de padre.

—Siempre ha sido un cabezota. —Cogió la copa de jerez que le ofreció el lacayo. —¿Qué piensas hacer?

—Madre, sabes muy bien que no puedo hacer nada —dijo molesto cogiendo el jerez que se bebió de golpe.

—Ha sido duro, ¿no es cierto?

—¿Que amenazara con desheredarme? Ambos sabemos que no lo haría nunca, pero sí, dolió escucharlo. —Apretó los labios. —Eso no me preocupa.

—Te preocupa Richelle.

—Joder, debe pensar que no me importa lo que le ocurrió.

—Pues escríbele para contarle que no es así.

Se le cortó el aliento. —¿Que la escriba?

—Y para que tu padre no intercepte las cartas, yo pondría bien visible que la carta proviene del colegio. Una amiga suya de allí. Tengo un lacayo nuevo que no conocen en la casa, se lo creerán.

Su hijo se levantó de inmediato para ir hacia el escritorio y Audrey sonrió satisfecha antes de beber de su jerez.

Se sentó en el diván para coger el libro y Page entró en la habitación con una bandeja en la mano que contenía varias cartas. —Sus amigas le han escrito, milady.

—Siempre tan amables. —Cogió las cartas y pasó la de Ingrid para ver quien más la había escrito. La pobre había tenido que guardar cama por un pequeño resfriado y esperaba que se encontrara mejor. Una letra que no conocía hizo que volviera la carta. Ponía Lady White y el nombre de su colegio, pero al darle la

vuelta el sello no correspondía al del lugar donde se había criado. De hecho, no había ningún sello grabado sobre el lacre rojo. —Tráeme un té.

—Enseguida, milady.

Rompió el lacre e intrigada abrió la carta y cuando vio en el encabezado Cooledge Hall se le cortó el aliento.

"*Ni sé cómo empezar. Puede que no deba escribirte, pero necesitaba saber si estabas mejor y esta era la única manera de averiguarlo. No sé si sabes que me han prohibido acercarme a ti y estoy en el campo pasando una temporada. ¿Cómo te encuentras? Deseo intensamente que te encuentres mejor. Igual ya has dejado de leer esta carta al darte cuenta de que la he escrito yo y no puedo culparte porque mi comportamiento fue deleznable, pero espero sinceramente que continues leyendo, porque necesito explicarme. No quería que ocurriera lo de aquella mañana. Te aseguro que jamás te haría daño.* —Emocionada se llevó la mano al cuello sin dejar de leer ávida de noticias. *—Aunque no voy a disculparme por haberte besado, seguí un impulso y a pesar de lo que dije después, lo disfruté enormemente. Si soy sincero conmigo mismo era algo que llevaba pensando desde que te vi por primera vez. ¿No es una locura? No sé qué me ocurre contigo, preciosa. No te saco de mi cabeza y a la vez no puedo evitar rechazarte. Aunque ahora todo eso da igual, seguramente no nos veremos más hasta que tu futuro no esté decidido y puede que sea mejor así. Espero que consigas esa familia que tanto deseas y siento haberte hecho daño. Lo siento de corazón.*

Lord Oxton Cooledge

Postdata: Si decides contestar esta carta, mi lacayo esperará al final de la calle hasta las tres de la tarde. Intenta que padre no se entere de que te he escrito, ¿quieres? Seguro que no le gustaría saber que me he puesto en contacto contigo. Odio tener que comportarme como un niño, pero le debo respeto y no quiero

enfadarle más, porque aún tengo esperanzas de que levante su prohibición de acercarme a ti y pueda comprobar por mí mismo que estás bien."

Con los ojos llenos de lágrimas se llevó la carta al pecho de la emoción. Le había escrito. Se preocupaba por ella. A toda prisa se levantó y fue hasta el escritorio. Cogió la pluma y la mojó en el tintero quedándose en blanco ante la hoja. Tomando aire empezó a escribir. Apretó los labios porque no era hora de ser tímida o recatada.

"Mi querido Oxton:

Siento que tu padre haya sido tan duro contigo cuando no fuiste del todo responsable de lo que ocurrió. Fue un accidente y afortunadamente me recupero de él poco a poco. El doctor Creswell, que es quien me trata ahora, dice que me recuperaré del todo y en unas semanas podré presentarme en sociedad. Así que ya ves, no tienes que torturarte por ello, todo pasará. Intentaré hablar con tu padre para hacerle cambiar de opinión y que puedas regresar a Londres. Y no te preocupes, entiendo perfectamente que le debes respeto y debes seguir sus órdenes. Espero llegar a convencerle y que cambie de opinión."

Se mordió el labio inferior porque odiaba terminar la carta así. Era muy fría, ¿no? Mejor le preguntaba cómo estaba.

Cuando llegó Page ya había escrito seis hojas y la doncella frunció el ceño. —Milady, tiene mucho que contarle a esa amiga suya.

—Y que lo digas. —Pegó el lacre y se la tendió. —Necesito que me hagas un favor.

Esa noche insistió en asistir a la cena y se sentó a la mesa con el marqués con uno de sus vestidos nuevos. El médico ya le había dicho que debía dejar la herida al aire y después de deshincharse ya no era tan grotesca como al principio. En cuanto se curara del todo, podría cortar un par de rizos para que le cubrieran la cicatriz.

—La sopa está deliciosa. —El marqués frunció el entrecejo. —Niña, ¿has cocinado?

Se sonrojó. —He supervisado.

—Deberías descansar.

—Me moría por hacer algo. Ya verás como ha quedado la tarta de limón.

El marqués sonrió. —Mi favorita.

—Lo sé. —A ver si con la tarta le ablandaba un poco.

—Cuando te cases la echaré de menos.

—Te haré una todas las semanas.

—Niña, no es necesario. —Soltó una risita. —Pero no voy a rechazarlas.

—Spencer…

—¿Sí, niña?

—Tengo entendido que has echado a Oxton de casa.

Se tensó. —Una temporada en el campo le sentará bien.

—Si fue por lo que ocurrió, no fue culpa suya. Fui yo la que me caí de la silla.

—Otra cosa que ya he arreglado.

Frunció el ceño. —¿Qué quieres decir?

—No montarás a lo amazona nunca más.

—Pero no es decente.

—Me importa un pito. ¡O montas en silla de hombre o no montas! No sé a quién se le ocurrió idear ese artefacto.

—Pero me criticarán.

—Hablando de criticar, niña, esa bruja que fue contigo al colegio se está empleando a gusto contigo.

Gimió. —Se me había olvidado.

—Pues ella no se ha olvidado de ti. Hay que contratacar cuanto antes. —Al ver que ella no decía nada se adelantó. —¿Tan gordo es?

—No quiero arruinar su matrimonio.

—Sí que es gordo, sí.

—Tío, tengo que pensarlo mejor.

—¿No te había dicho ya que tienes que endurecerte? Es imprescindible para enfrentarse a las malas lenguas de la alta sociedad.

—Sí, tío. Y mis amigas también me han advertido.

—Pues hazles caso, que ellas están acostumbradas a lidiar con estas cosas.

—Hablaré con ellas mañana, ¿vale? Sobre Oxton…

—No volverá. —La miró fijamente. —¡Ambos sabemos lo que ocurrió para que te cayeras y traspasó una línea inquebrantable! ¡No! ¡No volverá hasta que hayas salido de esta casa para casarte!

Rayos. Tendría que consultarle a sus amigas eso también.

Sentada en el salón con todas rodeándola, chasqueó la lengua porque nadie decía nada. —Chicas, necesito ideas.

—Hay unos polvos que te los pones en la cara y pueden disimular las pecas, así que supongo que te taparán el morado —dijo Ingrid. —¿Quieres que te compre unos?

—No hablo de la cara, pero sí, esos polvos no estarían nada mal. Gracias, amiga.

Ingrid sonrió. —Sobre la carta no tengo muchas ideas.

Fely suspiró. —La verdad es que está difícil. Si él no quiere desobedecer a su padre…

—En realidad en su carta no dice nada de que la ame. Era muy pronto para que pasara esto, ¿por qué iba a arriesgarse por ella? —preguntó Mary Anne. —Solo dice que no se la saca de su cabeza.

—¿Y no te parece bastante? Prácticamente la acaba de conocer —dijo Ifi impresionada. —Creo que ha avanzado muchísimo dadas las circunstancias. Su confusión respecto a ella demuestra que algo sucede en su corazón. Lo que no es bueno es que estén separados en este delicado momento. Hay que hacer algo.

—Si él no puede venir, debes ir tú al campo —dijo Fely decidida.

—¿Cómo?

—Tiene que ser algo de fuerza mayor. Algo que el marqués no pueda eludir y deba irse de inmediato. ¿Qué cosas no se pueden evitar?

—La muerte —dijo Richelle. —¿Un funeral?

—Evidentemente no podemos matar a nadie, ¿pero y si su suegra se estuviera muriendo? —preguntó Mary Anne. —¿Creéis que el marqués se trasladaría al campo?

Fely asintió. —No le quedaría más remedio por como son las malas lenguas en esta ciudad. Por muy poco que la quiera, debería ir a verla.

—¿Y cómo hacemos para que la mujer se enferme? —preguntó Rose con los ojos como platos.

—No hace falta enfermarla, con que lo finja…

—Hija, ¿cómo vas a convencer a toda una marquesa para que colabore en esto?

Sonrió maliciosa. —Pienso escribir una carta desgarradora, madre.

—No, la escribiré yo.

Ingrid la miró impresionada. —Vas a exponer tu juego, ¿no es cierto? Como ella no pase por el aro, puede descubrir tu plan y decírselo a su hijo.

—Necesito su colaboración, debe saber cómo me siento. —Sus ojos brillaron. —Y si me ayuda, será porque ve algo en su hijo o le habrá hablado de mí. Será muy buena señal.

—Y si metes la pata y se escandaliza, se lo dirá a tu tutor y puede que te despachen hasta de la casa —dijo Mary Anne. Entrecerró los ojos. —Pero si yo enfermo, siendo tu amiga, tendrías que trasladarte para saber si estoy bien.

Todas la miraron sin comprender.

—Si estoy de viaje por la zona y enfermo, la marquesa se verá obligada a acogerme hasta que me recupere.

—Qué lista eres —dijo Ingrid antes de fruncir el ceño. —Oh, pero si la acción se traslada de la ciudad no podré ir.

—Tranquila, que ya nos ocupamos las más veteranas —dijo Ifi como si su intervención no fuera necesaria.

—¡Oye maja, que el caballo lo he puesto yo!

—Y todo lo que sabes es gracias a mí —dijo Mary Anne.

Richelle asombrada vio cómo se ponían a discutir sobre quién debería ir a Cooledge Hall a simular que estiraba la pata.

—Disculpad. —Nada, ni caso. Ahora Rose se ponía de parte de su hija. —¡Disculpad! —Las cinco la miraron con cara de mala leche. —¿Y el médico de la marquesa, el que asista allí a la supuesta enferma, no tendrá nada que decir en esto?

—Viajaré con mi propio médico —dijo Mary Anne. —A alguno podré convencer para que me siga la corriente.

Sus ojos fueron a parar a las flores que le habían llegado ese día y todos los días desde que se había caído. Sonrió maliciosa. —Ya sé a quién podemos llevar, creo que querrá ayudarnos.

Todas miraron las flores y abrieron los ojos como platos. —Eres maquiavélica, amiga —dijo Ingrid soltando una risita.

—Así también podré conocerle.

—Y algo de competencia no le vendrá mal al barón —dijo Fely divertida. —Pero el doctor no debe saber nuestros planes o pensará que queremos ayudarle…

—A ver si Oxton se ofende y se retira de escena —dijo Ingrid perdiendo la sonrisa de golpe. —Estamos corriendo un riesgo.

—Demostrará su interés. —Richelle hizo una mueca. —Si es que lo hay.

—Perfecto, ¿pues cuándo nos vamos, amiga? —preguntó Ifi.

Mary Anne levantó una ceja mirando a Fely. —¿Tú vas a venir?

—Intenta impedirlo.

Ingrid hizo pucheros. —Yo no puedo salir de la ciudad. Mi duque tiene compromisos.

—Tranquila amiga, te iremos informando.

—¿Y mi presentación?

—Habrá que posponerla, tu caída es la excusa perfecta.

—Glory aprovechará para ir diciendo que me avergüenzan sus rumores —dijo molesta.

—Eso es cierto, pero hasta que no te presentes no podemos hacer nada más allá de decir que sus cotilleos son mentira. —Fely cogió una pasta. —De momento vamos empatadas, ya la remataremos. Mamá, ¿vas a venir?

—¿Y quién se queda con los niños? —preguntó asombrada.

—Ah, pues es verdad. —Se volvió hacia sus amigas. —Ella se encarga.

—No es justo —dijo Ingrid.

—Tranquila, que esto no acabará en la casa de campo —dijo Mary Anne.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Richelle la miró indignada. —¿Insinúas que no puedo rematar esto en el campo?

—Con lo tiquis mikis que eres…

Jadeó. —Eso es mentira.

—No quieres seducirle, eso acorta bastante el noviazgo, ¿sabes?

—¿Pero tú has visto lo que tengo en la frente? ¡Casi ni he tenido tiempo a estar a solas con él!

—Y cuando te besa te estrellas —dijo Fely reprimiendo la risa. —Menudo susto se debió llevar. Le va a costar besarte de nuevo.

—¿Eso crees? —preguntó decepcionada.

—Y recuerda, déjate agasajar por el médico, pero jamás dejes que te toque un pelo —la advirtió Fely.

Asintió con vehemencia.

—Sí, amiga, eso le sentaría fatal a tu Oxton —apostilló Ingrid. Se acercó a ella y la besó en la mejilla. —Te deseo suerte. Y recuerda, si se pone tonto no le permitas ni una.

Entrecerró los ojos. —Eso pienso hacer. ¿Cuándo os vais?

—Esta misma tarde —dijo Fely. —No hay que perder el tiempo.

Cinco días después estaba muy nerviosa. Algo había salido mal y no habían podido quedarse en la casa de la marquesa, porque no habían podido enviarle la carta que debía haber recibido ya. Tenía entendido que la casa de la marquesa estaba a día y medio de camino, tiempo de sobra para llegar. Miró el reloj de la chimenea, era la hora de la comida y puntualmente Spencer entró en el salón. —Niña, ¿qué hay hoy de menú?

—Pastel de riñones y pescado —dijo distraída.

Se frotó las manos encantado. —Estoy hambriento. ¿Pasamos?

Cogió su brazo pensando en sus cosas. —Niña, ¿te preocupa algo? Te aseguro que la cicatriz con ese corte de pelo casi ni se nota.

—¿De veras?

—Sobre tu presentación…

—Aún está algo sonrojada y el morado no se ha ido del todo. Y no me gustan los polvos que amablemente me envió Ingrid. Me resecan la piel.

—No tienes que echarte nada, niña. Esperaremos, no hay prisa. Y cuando llegue tu noche estarás preciosa.

—Esto ha ocurrido en el peor momento —dijo dramática. —Este encierro me está volviendo loca.

—Debes tener paciencia. Es una fatalidad que tus amigas se hayan tenido que ir de viaje.

—Tenían el viaje previsto incluso antes de conocerme. Ya lo habían retrasado por asistir a mi presentación, no era justo que esperaran más. Pero me han prometido que en cuanto les diga el día de la fiesta regresarán a Londres para asistir y darme su apoyo.

—Son muy amables.

—Al menos la duquesa y la madre de Fely aún están en Londres.

—¿Y te han visitado hoy?

—No, tenían una merienda. —Se sentó como si eso fuera el colmo y suspiró exageradamente.

—Paciencia, niña. En cuanto se quite ese morado, nos pondremos en marcha.

Sonrió poniéndose la servilleta en el regazo. —Eres muy amable conmigo.

—Qué tontería. Fred, ¿has oído?

—Milady se lo merece todo.

Se sonrojó de gusto y cogió la copa de agua para dar un sorbito. En ese momento sonó la campanilla de la puerta y se sobresaltó. —Niña, estás algo nerviosa.

—Me ha sorprendido. ¿Quién será? —Gimió por dentro porque había sonado muy falso. Vamos Richelle, no es la primera vez que

mientes, en el colegio lo hacías a menudo.

Fred apareció en la puerta del comedor con la carta en la mano y su corazón se aceleró. —Milord, es urgente, la ha traído un lacayo de Cooledge Hall.

—Espero que no sea nada.

Spencer tenso rasgó el lacre y leyó la carta a toda prisa. —Fred, que preparen el carruaje.

—¿Qué ocurre? ¿Es Oxton?

—Le han disparado.

Se quedó en shock. —¿Cómo que le han disparado? —Sin poder creérselo se levantó lentamente, eso no podía ser. ¡Eso no entraba en el plan!

—Dice que vaya de inmediato —dijo tan sorprendido como ella. —Al parecer está grave. Le han disparado cuando visitaba a unos arrendatarios. No saben quién ha sido. —Apretó los labios. —Mi esposa dice que teme que muera.

Richelle pálida salió corriendo. —¡Page! ¡Mi traje de viaje!

El marqués preocupado dijo a Fred —Prepáralo todo para el viaje, nos vamos de inmediato.

—Sí, milord. —Iba a volverse, pero se detuvo. —No se preocupe, marqués. El barón es un hombre muy fuerte.

—La última vez que le vi, le grité. Estaba furioso con él.

—Lord Oxton no se lo tiene en cuenta, milord. Sabe que le ama más que a nadie.

Spencer asintió. —Date prisa, por favor.

—Podrán salir de inmediato.

Y efectivamente fue así. Menos de media hora después ya estaban de camino. Spencer se tocaba el muslo y ella sentada frente a él se dio cuenta. —Te duele, tómate un poco de láudano.

—Ni sé dónde lo tengo —dijo distraído. —Como muera no me lo perdonaré jamás.

Richelle se agachó para coger el maletín que Fred había puesto allí. Sonrió al ver el tarro de cristal. Le quitó el corcho y preocupada porque no tenía una cucharilla susurró —Intenta no beber mucho.

Él cogió el frasco y bebió un poco suspirando del alivio.

—Tranquilo, seguro que se pone bien.

—¿Qué diablos habrá pasado? Esta incertidumbre me va a volver loco.

Ella también se preguntaba qué había pasado para que todo hubiera salido tan mal. ¿Y sus amigas? —Aprovecha el láudano e intenta dormir un poco.

Él cogió su mano. —Es un alivio tenerte conmigo. Si hubiera estado solo hubiera perdido la cordura.

—No he hecho nada.

—Desde el primer momento has tomado el mando. —Apretó su mano. —Me arrepiento de haber dicho que no estabas a su altura, yo…

—Sé que no querías hacerme daño.

—Siento que me he equivocado en todo. Al ver tu palidez fui consciente de todo lo que te importa. Y tú le importas a él, sino jamás te hubiera besado. He sido un estúpido y os he separado.

—Shusss, te estás torturando por nada. Se pondrá bien.

Los ojos del marqués se llenaron de lágrimas. —Estoy muerto de miedo.

Ella le abrazó sintiendo lo mismo. —Se pondrá bien, estoy convencida. Le han puesto en mi camino y no sería justo que el señor me lo quitara ahora.

Spencer sonrió. —Tienes razón, niña. Ya has sufrido bastante, mereces esa familia que tanto deseas. Y espero verlo, lo espero más que nada en esta vida.

Llegaron al alba y Richelle impaciente miró la enorme mansión estilo isabelino. De la parte central, que culminaba en una cúpula parecida a las de las iglesias, salía un ala a cada lado. Estas giraban y se extendían hasta los jardines haciendo forma de U. Era una casa realmente impresionante y en otro momento hubiera preguntado mil cosas, pero lo único que quería saber era si Oxton seguía vivo.

El carruaje giró por el camino para aproximarse a la impresionante escalera de piedra y Richelle abrió la puerta antes de que se detuviera del todo. Fely salió corriendo de la casa para llegar hasta ella. —Está vivo. Está mejor que ayer, eso dice el médico.

El alivio les recorrió y bajó del carruaje cogiendo la mano de su amiga. —Qué buena noticia —dijo Spencer antes de mirar a Fely confundido. —Perdone, ¿pero usted qué hace aquí?

—Un imprevisto de camino a Escocia, amigo. Menos mal que estábamos cerca y su esposa al saber la amistad que tenemos con su protegida nos acogió.

—Oh, qué fatalidad lo que les ha sucedido —dijo bajando del coche con esfuerzo.

—Sí, últimamente estamos algo gafados. ¿Se encuentra bien?

—Estaré bien cuando vea a mi hijo.

La marquesa de Conwfall salió de la casa mostrando un hermoso vestido azul y negro. Miró fríamente a su marido. —Spencer…

—Audrey… —Pasó a su lado sin decirle nada más y Fely miró a Richelle levantando una ceja.

—No se extrañen, miladies, hace años que no nos hablamos. —Miró hacia Richelle y sonrió. —Creo que tú eres quien ha conquistado el corazón de mi hijo.

Se sonrojó de gusto. —¿Eso cree?

—No es que lo crea, es que lo sé. Ya no es el mismo, hecho que me congratula enormemente.

Subió los escalones mostrando en sus preciosos ojos azules su preocupación. —¿Cómo está?

—Aguanta, que ya es mucho. Afortunadamente sus amigas iban acompañadas de un médico que pudo atenderle de inmediato y le salvó la vida.

Asombrada miró a Fely que dijo —Sí, fue providencial.

—Gracias a Dios. Marquesa, si me permite…

—Ve, niña. Estoy segura de que cuando abra los ojos, la primera persona que querrá ver será a ti.

Corrió por el gran hall para subir por la escalera doble hasta llegar al primer piso. No le costó encontrar la habitación porque delante de esta un hombre que no conocía estaba hablando con el doctor Herrold, que perdió el hilo de lo que estaba diciendo para verla correr hacia ellos antes de empujar la puerta de la habitación y entrar como una exhalación.

Richelle se acercó a la cama para ver que tenía el pecho desnudo y cubierto en parte por una venda. Estaba inconsciente y demacrado, pero lo que realmente la asustó es que sudaba con fuerza y temblaba. —Dios mío…

—He tenido que operarle —dijo el doctor llamando su atención. El marqués sentado al lado de su hijo se levantó. —La bala entró por su axila derecha, lo que indica que tenía el brazo levantado. Afortunadamente dio en el hueso antes de llegar al pulmón, pero no le voy a mentir, marqués, ha sido una operación difícil y me costó mucho sacarla. La infección era inevitable.

—¿Tiene posibilidades?

—Siempre hay posibilidades. Pero como la infección llegue a los pulmones estará perdido. Esperemos que no sea así. —Miró hacia ella y sonrió. —Me alegra volver a verla, aunque hubiera esperado que hubiera sido en otras circunstancias. —Se acercó y apartó los rizos de su frente para ver la cicatriz. —Perfecta.

Se sonrojó y el marqués entrecerró los ojos. —¿Puede dejarnos solos con mi hijo, doctor?

—Sí, por supuesto. Iré a comer algo. Milady… —Agachó la cabeza antes de salir de la habitación cerrando la puerta.

Richelle se volvió y su tutor la miró con desconfianza. —Ya me contarás qué hacen tus amigas aquí y con ese, además.

Puso cara de tonta. —Pues no sé… Igual acompañaba a Lady Mary Anne, últimamente estaba algo delicada.

—Esa mujer tiene una salud de hierro.

—Qué mentira. No te fíes de lo que dice la gente.

Spencer entrecerró los ojos, pero escucharon un quejido de Oxton y centraron su atención en él. Richelle se acercó a toda prisa y se sentó a su lado. Vio una palangana sobre la mesilla y cogió el paño para escurrirlo antes de colocárselo en la frente. Oxton suspiró del alivio. —Sí, estoy aquí —dijo ella suavemente cogiendo su mano. —¿Se puede saber en qué lío te has metido? —Con la otra mano acarició su pelo húmedo. —Y todos piensan que el campo es tranquilo.

El marqués sonrió. —No se puede decir que mi hijo no tenga enemigos, niña. Suele ser algo intransigente con la estupidez y su ironía pone de los nervios a mucha gente.

—Voy a tener que pensarme que seas mi esposo. No puedo permitir que te me mueras pronto. ¿Sabes cuánto tiempo he estado de luto? Ah, no, no pienso consentirlo.

En el rostro de Oxton se formó una sonrisa robándoles el aliento. Abrió los ojos y la miró. —¿Eres un sueño?

—¿Te parezco un sueño? —Apretó su mano. —Tu padre también está aquí.

Él volvió la cabeza hacia Spencer que estaba muy emocionado. —Hijo…

—No pongas esa cara, padre. No pienso dejarte sin heredero.

El marqués sonrió. —Bien dicho, hijo.

Richelle sintió como apretaba su mano y miró hacia ella. —Me alegro de verte.

—Y yo a ti —dijo emocionada.

—He leído tu carta mil veces.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Y yo la tuya.

—Lo siento, preciosa.

—No fue culpa tuya. Es que soy muy mala pegando golpes.

Él sonrió y sus ojos se cerraron del agotamiento.

—Duerme, tendremos tiempo de hablar.

—¿Cartas? ¿Qué cartas? —preguntó el marqués.

Gimió volviendo la vista hacia su tutor. —Pues…

Spencer sonrió. —Déjalo. —Fue hacia la puerta. —Voy a beber algo más fuerte que un jerez, lo necesito.

—Yo me quedaré con él.

—Entonces está en buenas manos.

Cuando se quedaron solos le cambió de nuevo el paño de la frente y para refrescar su cuerpo pasó otro por sus brazos. —No, preciosa. —Inquieto movió la cabeza. —¡Richelle! No, preciosa. No te mueras.

Emocionada porque soñaba con ella se acercó a su oído. —Shusss, estoy bien, estoy aquí. —Besó su mejilla. —Estoy aquí, contigo.

Se calmó y ella suspiró del alivio. —Eso es, cielo. Descansa. Tienes que reponerte para averiguar quién te ha hecho esto.

Capítulo 6

Estaba sentada a su lado cuando la puerta se abrió y el médico llegó hasta ellos. —¿Se va a casar con él, milady?

Se sonrojó. —No creo que tenga derecho a hacerme esa pregunta.

—Tenía la esperanza de que me diera una oportunidad.

Se avergonzó por querer utilizarle, pero prefirió ser sincera. —Si no le hubiera conocido a él no me hubiera importado conocerle a usted.

—¿Aunque no tenga título ni posición?

—Eso a mí no me importa.

—Entonces aún tengo esperanzas, milady.

Se le cortó el aliento volviendo la vista hacia él. —¿No me ha entendido?

—Lo he entendido perfectamente, pero puede que el barón y usted no lleguen a casarse. Puede que él la rechace, muera o se lo piense mejor. Puede que hasta usted cambie de opinión cuando me conozca. Aún no está casada y después de lo que ha dicho aún tengo esperanzas.

—No quiero que piense…

—Lo que piense es cosa mía, milady. Por cierto, mi nombre es Austin. Recuérdelo, lo dirá mucho a partir de ahora. —Con descaro le guiñó un ojo y salió de la habitación.

Con los ojos como platos por su osadía miró a Oxton e hizo una mueca. —Qué lío.

Bajó a cenar mientras la doncella y el doctor cambiaban el vendaje. Después de su convalecencia, Austin se negaba a que se agotara y casi había sido una orden que bajara a cenar.

Entró en lo que creía que era el comedor y forzó una sonrisa a sus amigos que ya estaban cenando.

Fely se levantó. —¿Cómo se encuentra?

—Suda menos.

La marquesa suspiró del alivio.

—Eso es una buena señal —dijo el hombre que estaba al lado de Fely.

—No he tenido oportunidad de presentarte a mi marido, amiga. Él es Royden.

—Marqués, es un placer conocerle.

—Déjate de formalidades, Richelle, somos amigos.

El marido de Mary Anne sonrió. —Yo soy George.

—Y yo Charles —dijo el esposo de Ifi que le guiñó un ojo.

—Niña, siéntate a cenar. —El marqués en la cabecera le indicó el sitio de su izquierda.

Se sentó y forzó una sonrisa hacia Lady Audrey, que estaba muy callada. —¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien, gracias.

—Mi esposa es dura de pelar —dijo Spencer sorprendiéndola con su ironía.

—No soy como otras damas que lloran por las esquinas. —Cogió su copa de vino. —¿Acaso sirve de algo?

—Claro que no, mostrar sentimientos de qué va a servir.

—Que no los muestre no significa que no los tenga.

—Eso es cuestión de opiniones.

—Así que Oxton está mejor —dijo Royden cambiando de tema. —Es una suerte que Mary Anne tuviera ese dolor en el costado y tuviéramos que detenernos.

—Sí, llegamos unos minutos antes de que trajeran al barón —dijo Ifi.

—Creía que ya estaríais en Escocia.

—Es que se nos rompió una rueda de camino —dijo Fely exasperada. —Y tuvimos que pasar dos días en una posada, ¿te lo puedes creer?

—No sé si ha sido buena o mala suerte, la verdad. —Cogió la copa de vino y se bebió la mitad. —No he sabido nunca lo que es la suerte, así que no sé si podría reconocerla.

Todos la miraron preocupados. —Niña, come algo.

—Sí, debo volver. —El lacayo le sirvió una sopa de pescado y suspiró. —No tengo mucha hambre.

—Llevas muchas horas sin comer —dijo Fely suavemente. —Prueba un poco, por favor.

—Tienes razón, tengo que recuperar fuerzas —dijo pensativa.

Fely miró a Ifi preocupada y esta frunció el ceño como si algo no le gustara un pelo.

Richelle se mantuvo en silencio toda la cena a pesar de que intentaron incluirla en la conversación. Era evidente que estaba preocupada y el marqués susurró —Niña, ¿me ocultas algo? Has dicho que le ha bajado la fiebre. ¿No está mejor?

Forzó una sonrisa y cogió su mano. —Sí, claro que sí. Es que estoy cansada, eso es todo.

Distraída con sus pensamientos comió la sopa y les estaban poniendo el segundo cuando llegó el doctor que sonrió agradablemente. —El paciente está mucho mejor.

Todos aplaudieron. —¿Ya se sabe lo que ha ocurrido? —preguntó Richelle haciendo que todos se centraran en ella. —¿Ya habéis averiguado quién ha sido? ¿El alguacil sabe algo?

—No, niña. Esta tarde ha estado aquí y no tienen ni idea de lo que ha pasado.

—Pero alguien debe saber algo.

—Estaba hablando con uno de los arrendatarios que estaba moliendo el grano y mi hijo levantó el brazo para señalar unos pastos. El hombre ni escuchó el disparo por el sonido de la piedra del molino, Oxton simplemente cayó del caballo. Fue al ver la sangre cuando se dio cuenta de lo que había pasado. No vio nada y los que viven por los alrededores tampoco. No hay forasteros por la zona o al menos en una semana no han visto a nadie.

—Entonces es de por aquí —dijo ella antes de mirar a los demás. —Puede ser, ¿no?

—Es lo más probable —dijo Royden.

—¿Quién puede querer matarle? ¿Tiene enemigos por la zona?

—No me imagino a nadie que pueda hacer algo así, aunque no se lleva bien con el señor Prescott. Tuvieron sus más y sus menos por los lindes de unas tierras al norte.

—Ese hombre, hay que hablar con él.

—No ha sido él —dijo la madre de Oxton con desprecio. —Pero qué sabrás tú si no has venido por aquí en años.

—¿Por qué cree eso, milady? —preguntó Fely.

—Peter y mi hijo arreglaron sus desencuentros el año pasado en la fiesta que di por Navidad. Es más, cantaron juntos mientras yo tocaba el piano. —Bebió de su copa de vino. —Por aquí no se llevaba mal con nadie, no tanto como para esto. Este problema se lo trajo de Londres.

—¿Cree que le siguieron? —preguntó George.

—Los empleados de la fábrica —dijo Richelle antes de mirar a Spencer. —¿Despidió a esos hombres? ¿Los que no querían a las

mujeres trabajando con ellos?

—Sí, les despidió. Mi hijo me contó que les había dicho que allí mandaba él y que no trabajarían más para los Cooledge.

—Igual fue por venganza.

—¿Crees que un obrero se trasladó hasta aquí para matar a mi hijo? —preguntó el marqués.

—No sé qué pensar, pero alguien ha intentado matarle.

Se levantó saliendo del comedor a toda prisa y Fely la siguió cogiéndola del brazo. —Eh… Cálmate.

—¿Cómo voy a calmarme si no saben nada? No han averiguado nada —dijo angustiada. —¿Y si vuelve a pasar? ¿Y si es alguien de esta casa? ¿Y si es alguien que cree amigo?

—Ahora estamos alerta, prevenidos.

—No lo entiendes —dijo angustiada. —Nunca he tenido nada. Nunca me he sentido así y la idea de que muera me aterra. Durante estas horas que ha estado inconsciente, que he estado sentada a su lado pendiente de cada respiración, he pensado mil veces que moriría y es algo que me hiela la sangre. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y Fely la abrazó. —Jamás he tenido a nadie. Todos para los que debería ser importante terminan muriendo. Pero él no, no puede morirse.

—No se va a morir.

—Le necesito —dijo desesperada.

Fely se apartó. —Ven conmigo, necesitas descansar. El viaje y todas estas emociones te están abrumando.

—Sí, necesito descansar —dijo ida en sus pensamientos.

Royden vio como subían las escaleras mientras su mujer intentaba consolarla.

—Pobre niña —dijo Charles. Su mujer le cogió del brazo y él sonriendo le palmeó la mano. —Se pondrá bien en cuanto vea que se recupera. Son los nervios, eso es todo.

Ifi muy preocupada miró hacia el primer piso. —Sí, son los nervios. Solo necesita tiempo para darse cuenta de que todo está bien.

Vestida de negro como si fuera un hombre, con el cabello y el rostro tapado, dejó el caballo que había robado de la casa en una arboleda porque al fin había encontrado el molino. Cubierta por las sombras de la noche caminó por un sendero hacia la edificación de madera. Al llegar cerca de la casa vio el humo del hogar y se acercó a la puerta. La golpeó dos veces y escuchó susurros. Entrecerró los ojos y escuchó —¿Quién es?

—Soy yo.

La puerta se abrió de inmediato y Richelle apuntó con su pistola la cara del molinero, que intentó cerrar, pero ella metió la bota empujando con el hombro con fuerza, golpeándole en la cara con el canto y haciendo que trastrabillara hacia atrás. —Ahora me vas a contar la verdad.

—No, por favor.

Su esposa chilló desde la cama y tres niños asustados se juntaron los unos a los otros. Agarró al molinero de su sucia camisa empujándole contra la pared. —¿Fuiste tú? —Le puso la pistola bajo la barbilla. —¿Fuiste tú? —gritó. —¿Quién disparó al barón?

—Yo no fui, se lo juro.

—Pero sabes quien ha sido —dijo con rabia. —¡Dímelo!

—¡Díselo, te va a matar! —gritó la mujer.

Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas. —Fue mi sobrino. El barón le advirtió a su padre que como no le pagara la renta les echaría. ¡Todos los que viven en los contornos están hartos de mi hermano porque se emborracha y busca problemas! Mi sobrino tuvo miedo y cogió mi escopeta. Le disparó él, pero es un buen chico.

Sus ojos le revelaban que había mucho más. —¿Un buen chico? ¿Dices que es un buen chico? No me mientas.

—Ha tenido algún problema, pero es que mi hermano…

—¡No me mientas!

Pálido se mantuvo callado y su mujer gritó —¡Es el demonio! ¡Envidia al barón, cree que todos debemos ser iguales y odia que naciera rico! ¡Le envidia desde niño y al enterarse de que le iban a echar de sus tierras, quiso vengarse!

Apretó los labios con rabia. —¿Dónde vive?

—Él y su padre viven dos millas al norte. La casa tiene un pozo justo delante, no tiene pérdida.

Se apartó apuntándoles. —No me habéis visto, no sabéis lo que ha pasado. Como digáis una sola palabra, regresaré y no volveréis a hablar jamás, eso os lo juro por mis muertos.

La mujer asintió muerta de miedo.

—Mañana os iréis de aquí.

—Pero…

—¡Le ocultasteis! ¡Ocultasteis a esa escoria! ¡Saldréis de las tierras de los Cooledge para no volver jamás! La muerte de vuestros familiares os dará la excusa para iros de estas tierras, ¿me habéis entendido?

La mujer sollozó, pero aun así asintió. —Como diga.

—Mi hermano…

—Tu hermano está tan muerto como su hijo por no saber retenerle. —Sin dejar de apuntarles fue hasta la puerta. —Seguro que él le metió esas ideas absurdas en la cabeza, ¿no es cierto?

El molinero apretó los labios.

—No hace falta que me digas más, me lo has confirmado. —Salió de la casa y se ocultó en la noche.

El hombre cerró la puerta a toda prisa y Richelle escuchó que su mujer gritaba —¿Ves lo que has conseguido por ocultar a esos cabrones? ¡Ahora estamos sin nada!

—¡Cállate, mujer! ¡Me tienes harto!

Escuchó un golpe y un grito de la mujer. Furiosa volvió y dio una patada a la puerta abriéndola de golpe. Ese malnacido la agarraba por el cabello y tenía el brazo en alto dispuesto a golpearla de nuevo. Al ver la sangre en la nariz de la mujer la furia la recorrió de arriba abajo elevando el cañón de la pistola.

—¡No, no!

El tiro entre los ojos le hizo caer sobre la mesa de la cocina tirando varios cuencos de barro y la mujer gimoteó. —Gracias, gracias. Era un malnacido como su hermano.

—Olvida lo que he dicho, vosotros podéis quedaros—dijo antes de salir de la casa.

Sentada al lado de Oxton sonrió acariciando su brazo. Ya casi no sudaba y su respiración era pausada. —Vamos, cielo, tienes que despertar de nuevo. —Alargó la mano para coger el vaso de agua y la cucharilla. Con cuidado fue poniéndole en el labio inferior unas gotas que se fueron deslizando al interior de la boca. —Eso es. Poco a poco.

La doncella entró en la habitación dejando la puerta abierta y colocó unas toallas limpias en el soporte al lado del aguamanil. —Trae agua fresca.

—Enseguida, milady.

Entonces escucharon una exclamación y después varias voces. —¿Qué ocurre abajo?

La miró con los ojos como platos. —No lo sé, milady.

—Vigila al barón. Avísame si se despierta. —Dejó el vaso y la cucharilla sobre la mesa y salió a toda prisa de la habitación. En lo alto de la escalera vio a varios hombres con ropas de aldeanos hablando con el marqués. Ifi se acercó a ella y observaron.

—¿Muertos? ¿Se sabe quién ha sido? —preguntó Spencer.

—No, milord.

Royden y los demás invitados varones se acercaron. —Que llamen al alguacil —dijo la marquesa. —Hay que averiguar lo que ha pasado.

—¡Déjame esto a mí! —ordenó el marqués. —Que llamen al alguacil.

Audrey apretó los labios cogiendo sus faldas antes de alejarse molesta. Cuando entró en el salón cerró la puerta.

—Es evidente que está furiosa —dijo Ifi. —Es la señora de la casa para todo hasta que llega el marqués. Debe ser frustrante.

—Spencer le habla de una manera tan déspota… No me lo hubiera imaginado.

Ifi asintió. —¿Qué opinas de esas muertes? Mucha casualidad después de lo que ha sucedido a lord Oxton, ¿no crees?

La miró sorprendida. —¿Crees que está relacionado?

Entrecerró los ojos observando su rostro atentamente. —¿Tú no lo crees? He oído al servicio decir que jamás había pasado algo así por aquí. O al menos no lo recordaban. Y en unos días… Además, han matado al molinero. ¿Puede que perdiera la vida porque era un testigo?

—Tienes razón, demasiadas casualidades.

—¿Cómo que su mujer no vio nada? ¿Acaso está ciega? —Spencer estaba a punto de perder los nervios. —¡Que traigan a esa mujer de inmediato! ¡Y a los niños!

—Pero milord, no estaban en la casa. Ella y sus hijos estaban con la vaca que estaba pariendo.

—¿Y James? ¿Cómo murieron James y su hijo?

—Les encontraron en el establo, milord. Estuvieron en la cantina hasta que cerró y estaban borrachos como cubas. Les reventaron la cabeza a palazos.

—Válgame Dios —dijo Ifi llevándose la mano al pecho. —Qué barbaridad.

—Igual se lo merecían—dijo ella mirándola inocente. —Esto huele a ajuste de cuentas.

—Y que lo digas, niña —dijo mirándola de reojo. —Y que lo digas.

Fely se acercó aún más a su amiga en el sofá donde estaban sentadas. —Tienes que estar de broma.

—Te digo que sí —dijo Ifi mirando hacia la puerta. —Tengo el pálpito de que ha sido ella. Cuando se volvió para regresar a la habitación del barón sonrió satisfecha, lo vi en el espejo. Y niña, sus ojos eran de hielo. Se me pusieron los pelos de punta.

—No es mala —dijo Mary Anne. —Nos hubiéramos dado cuenta antes.

—No. —Fely asintió. —Estoy segura de que no lo es.

—Ayer en la cena me di cuenta de que algo no iba bien con ella —dijo Ifi.

—¿Qué quieres decir, amiga?

—Lo sentí, noté como si el mal creciera en su interior. Me alertó. Lo supe como cuando sé que una pareja es perfecta.

—Y dinos, amiga, ¿crees que el barón y Richelle son perfectos el uno para el otro?

Ifi suspiró. —Sí, lo creo. Pero también creo que ella guarda muchas cosas dentro, demasiadas y no sé si él llegará a conocerla algún día. Lo que será un problema porque solo cuando el barón la conozca surgirá el verdadero amor.

—Bueno, pues si se ha vengado, a mí me parece muy bien —dijo Fely para asombro de las demás. —¿Qué? Si a mi Royden le hicieran algo así, les despellejaría vivos. Y vosotras también lo haríais por vuestros maridos, así que no veo dónde está el problema.

—Tiene razón. —Mary Anne sonrió. —Además, me agrada.

Royden entró en el salón con el traje de montar después de haber llegado del pueblo y al verlas con esas caras inocentes suspiró. —¿Qué pasa ahora?

—Nada marido, ¿qué puede pasar?

—Fely lo tuyo no es disimular.

—¿Se sabe algo más?

—Se ha encontrado sangre en la pala que les mató. En la empuñadura, así que están buscando hombres con heridas en las manos.

Ifi entrecerró los ojos antes de mirar a Mary Anne. —¿Se cree que tiene una herida en la mano?

—Sí.

Fely sonrió. —¿Ves como no era ella?

Royden se acercó al mueble bar y se sirvió. —¿Ella?

—Ifi tenía la teoría de que fue Richelle.

Rio por lo bajo. —¿De veras? No habéis visto la envergadura de esos hombres. —Bebió de su jerez.

—Estaban borrachos y al molinero le pegaron un tiro en la frente, para eso no hay que tener mucha fuerza.

Royden se puso ante Ifi. —¿En serio crees que ella podría ser capaz de algo así?

—Sí, lo creo. Se ha criado en un colegio, sola, estoy segura de que nadie conoce su verdadera personalidad.

Richelle escuchando tras la puerta de la biblioteca donde había cogido un libro para estar entretenida, apretó los labios por las conclusiones de Ifi. Esa vieja era muy lista. Cuidado Richelle, no te confíes. Salió de la biblioteca sin hacer ruido y estaba en mitad de las escaleras cuando escuchó —Amiga, ¿estás aquí?

Se volvió mostrando su nuevo vestido de gasa azul claro. Fely estaba abajo con una sonrisa. —Sí. —Le mostró el libro. —Iba a dejar este tomo en la biblioteca cuando recordé que tengo otro en la habitación.

—¿Por qué no bajas a tomar un té con nosotros? Royden acaba de llegar del pueblo. Trae noticias.

—Oh… —Bajó a toda prisa. —Devolveré los libros después.

—Qué raro en ti.

—¿El qué?

—Dejar las cosas para después. Siempre dices que es mejor hacer las cosas pendientes cuanto antes.

Sí, eran muy listas. —Por una vez no pasa nada.

Entrando en el salón Fely le cogió el libro. —¡Oh, una edición del Quijote! ¿Te ha gustado?

—Sí, mucho.

—¿Cuál es tu parte favorita?

—Hablaremos del libro después, ¿quieres? Me muero por saber lo que ha descubierto tu marido.

—Sí, supongo que te mueres de curiosidad.

Se sentó en el sofá al lado de Mary Anne y se dio cuenta de que todas le miraron las manos sin disimular demasiado.

En ese momento llegó Audrey. —Buenas tardes.

—Marquesa, ¿tomamos el té? —preguntó Mary Anne.

—Por supuesto, condesa. —Chasqueó los dedos y el lacayo que la seguía se alejó.

—Déjese de formalidades, Audrey —dijo Mary Anne. —Me gustaría que nos tuteáramos.

Audrey sonrió. —Sería estupendo. Siento no haberlo sugerido antes, pero…

—Es lógico que con todo lo que ha pasado estuvieras más pendiente de otras cosas. Pero ahora ya puedes relajarte, tengo la sensación de que ya ha pasado todo y que alguien ha decidido tomar la justicia por su mano.

—¿Eso crees? —preguntó sorprendida. —¿Crees que el molinero ha tenido algo que ver?

—Estaba presente cuando a tu hijo le ocurrió eso. Sí, creo que es muy posible. Si no lo hizo él, algo sabía.

Audrey asintió. —Tienes razón.

—Fely ha dicho que trae novedades del pueblo, marqués —dijo Richelle mirando a Royden directamente.

—Llámame Royden, por favor.

Ella se sonrojó de gusto. —¿Sabes algo más, Royden?

—Creen que el asesino tiene una herida en la palma de la mano.

—¿De veras? —Sonrió. —Entonces solo tienen que encontrar al que esté herido.

—¿No preguntas por qué creen que está herido y por qué piensan que esa herida la tiene en la mano? —preguntó Ifi.

—Si los hombres opinan que está herido, será por algo —respondió como si nada con rostro de niña buena.

—La pala con la que le mataron está manchada por la empuñadura.

Estaba claro que podía sentirse muy a salvo con sus apresuradas conjeturas. —Y creen que es su sangre.

—Exacto.

Sonrió. —¿Han empezado a mirar las manos? Igual quien les mató sabe quién hirió a Oxton.

—Estoy segura de eso —dijo Ifi divertida por su cara de niña buena.

Se levantó como si nada. —Mejor voy a subir, estoy algo inquieta por si Oxton se despierta. —Cogió el libro de manos de Fely. —Mi parte favorita es cuando don Quijote quiere luchar con los molinos pensando que son gigantes. Te hace pensar, ¿no crees? A veces vemos cosas donde no las hay.

—¿Crees que don Quijote estaba loco?

—Creo que su lucha era la correcta, en el sitio y el momento equivocado. Pero hay que seguir luchando, ¿no crees? Era buena

persona, eso es lo que importa.

Se fue del salón dejando el silencio tras ella y Royden hizo una mueca. —Vaya, vaya…

—Ahora ya no tengo ninguna duda —dijo Ifi satisfecha.

—¿De qué habláis? —preguntó Audrey.

—¿Has leído Don Quijote de la Mancha?

La marquesa negó con la cabeza.

—Oh, pues tienes que leerlo —dijo Mary Anne. —Fely nos obligó a leerlo a todos. —Soltó una risita. —Es muy insistente con ese libro.

—Cervantes era un genio —dijo convencida mirando hacia la puerta.

—Tendré que leerlo.

—Hazlo, no te arrepentirás.

—Mi esposa tiene una colección de Quijotes que deja con la boca abierta. Algunos son auténticas obras de arte con unas ilustraciones increíbles.

—Cielo, esos están en español.

—Los tiene en varios idiomas.

—Sí que debe gustarte el libro.

—Ni te lo imaginas. Siempre que lo leo descubro algo nuevo. Es como la vida misma.

Iba a entrar en la habitación cuando la puerta se abrió y el doctor salió en ese momento. —Milady, qué gusto verla.

—¿Cómo está?

—Mucho mejor, se repondrá.

—No se despierta.

—Igual es que le tratamos muy bien y prefiere seguir descansando —dijo divertido.

Ella frunció el ceño. —¿Cómo ha dicho?

Perdió la sonrisa de golpe y carraspeó. —Se despertará pronto.

—Lleva mucho sin comer —dijo preocupada.

—El cuerpo es muy sabio, milady. Se despertará cuando esté preparado.

—¿Richelle?

Entró en la habitación como una tromba, casi empujándole para que la dejara pasar y sonrió al ver que tenía los ojos abiertos. —Estás despierto. —Se acercó a toda prisa y cogió el vaso de agua. —Bebe, debes estar sediento. —Acercó el vaso a sus labios y bebió con ganas. —¿Te duele mucho? —Miró hacia atrás. —Está despierto, ¿qué hace ahí? ¿No tiene que revisarle?

El doctor se acercó y sonrió. —¿Cómo se encuentra, milord?

Entrecerró los ojos. —¿Nos conocemos?

—Atendí a milady en Londres, ¿no lo recuerda?

Se tensó por cómo había dicho milady. —¿Y qué hace aquí?

—Salvarle la vida, ¿le parece poco? —preguntó divertido.

Miró a Richelle. —¿Le has traído tú?

—No, claro que no —dijo indignada disimulando como podía. —Ya estaba aquí. Vino con Mary Anne.

—¿Mary Anne?

—La condesa de Arnfield.

—¿Está enferma?

—Ahora está sana como una manzana —dijo el doctor. —Pero al parecer tuvo unos mareos y se asustó un poco, así que me contrató para acompañarla a Escocia. Suerte que se indispuso de nuevo con un dolor en el costado y que estábamos cerca de aquí. El destino está de su parte, barón. —Se acercó y le cogió el brazo colocándoselo encima de su vientre. —Intente no moverlo demasiado. Milady, ¿puede dejarnos solos? El barón tendrá que aliviarse y hay que cambiar las sábanas.

—Puedo ayudar.

—Milady, por Dios, hay servicio para eso.

Indecisa miró a Oxton y él le guiñó un ojo haciéndola sonreír. —Volveré después. Avisaré a tus padres y al servicio para que vengan de inmediato.

—Gracias, preciosa. —Ella fue hasta la puerta y Oxton dijo —Richelle…

Se volvió para mirarle.

—Gracias por venir.

Se sonrojó de gusto y tímidamente sonrió antes de salir de la habitación.

En cuanto salió, Oxton perdió la sonrisa de golpe y miró al doctor Herrold fríamente. —¿Sabe doctor? Los de mi familia solemos cuidar lo nuestro y tengo la sensación de que usted pretende algo que no le pertenece.

—Vaya, qué directo. ¿Tanto se me nota?

—No podría ser más evidente.

—Ya intentó alejarme su padre, pero el destino me ha puesto en su camino de nuevo. ¿Teme un poco de competencia? ¿Duda del afecto de milady?

—Es la protegida de mi padre —dijo entre dientes.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Intenta dañar su imagen, su reputación, insinuando que hay algo entre nosotros?

Se tensó. —Jamás la dañaría y que lo sugiera es insultante. —Fue hacia la puerta. —Voy a hacer todo lo posible para que acepte mi mano, quieran ustedes o no.

—¡Por encima de mi cadáver!

—Hace unos días eso pudo haber pasado —dijo divertido. —Por fortuna no será así gracias a mí. Me debe la vida, barón, aunque no hace falta que me lo agradezca. Solo intente recuperarse lo más pronto posible. —Se volvió con la mano en el pomo. —Por

cierto, a partir de ahora prohibiré que Richelle entre para atenderle. No creo que sea bueno para esa reputación que le importa tanto.

—¡Serás cabrón!

Rio divertido. —Ya va recuperando fuerzas, así me gusta.

Capítulo 7

—¿Cómo que no puedo subir a verle? —preguntó Richelle en la cena.

—Niña, compréndelo, es la habitación de un soltero y ahora ya está despierto —dijo Audrey. —No podemos dejar que estés a solas con él.

Rayos. Al mirar hacia el doctor vio como este con la copa de vino en la mano sonreía de medio lado como si estuviera satisfecho. Al parecer tendría que librarse del doctor cuanto antes, tenía la sensación de que empezaba a complicarle las cosas. Sonrió como una niña buena. —Si creéis que es lo mejor…

Spencer sonrió. —Claro que sí, niña. Además, si conozco a mi hijo se levantará antes de que nos demos cuenta.

Mirando los ojos castaños del doctor asintió. —Sí, yo también estoy convencida de ello. Oxton se repondrá muy pronto.

Fely y Royden se miraron antes de volver la cabeza hacia ella. La sonrisa de Richelle les alertó y Mary Anne se inclinó para susurrar al oído de Fely —¿En qué estará pensando esta niña ahora?

—No tengo ni idea, pero habrá que estar atentas.

Esa noche estaba en la cama e inquieta se volvió abrazando la almohada. Necesitaba verle. Atenta escuchó. Todos se habían ido a la cama. Decidida apartó las mantas y se levantó poniéndose las zapatillas. Agarró la bata y se la puso a toda prisa yendo hacia la puerta. Había dejado las cortinas abiertas para ver los muebles y no

chocarse con ellos, pues no se sabía la habitación de memoria como la que tenía en el colegio. Había luna llena y veía bastante bien, esperaba que cuando abriera la puerta no se notara demasiado y la luz no alertara a algún lacayo que estuviera abajo.

Abrió la puerta en una rendija. Había una luz en el pasillo, lo que indicaba que dejaban alguna lámpara de aceite encendida por si alguno de los invitados salía de la habitación. Sacó la cabeza para mirar a un lado y a otro. No había ningún lacayo allí. Sabía por la señora Goulden que las grandes casas solían tener lacayos en cada piso, sentados en una silla por si alguien los necesitaba durante la noche. Pero al parecer allí no tenían esa costumbre porque las dos noches que había salido, no había nadie. Salió de la habitación sigilosa y caminó sin hacer ruido hasta la puerta de la habitación de Oxton. Al abrirla intentó no hacer ruido. Había una luz encendida lo que la sorprendió y al abrir más la puerta le encontró despierto. Miraba el techo pensativo y cuando ella entró sonrió antes de mirarla. —Sabía que vendrías.

—Shusss… —Cerró la puerta y se acercó. —¿Cómo te encuentras?

Agarró su mano y la obligó a sentarse junto a él. La observó durante varios segundos. Sus rizos rojos, su pálida piel, sus gruesos labios… —Debo retractarme, milady.

—¿De veras?

—Te dije que con tu aspecto te costaría encontrar marido.

Sonrió. —Lo recuerdo muy bien.

—No podía estar más equivocado, eres muy hermosa.

—Entonces encontraré marido enseguida.

Él cogió su mano y entrelazó sus dedos con los suyos. —No dudo que no tendrás problema para encontrarlo.

Fascinada con su tacto cerró los dedos alrededor de su mano. —Así que te gustó mi carta —dijo ella.

—Me la sé de memoria. Pero la parte que más me gustó fue cuando dijiste que pensabas en mí.

—No dejo de pensar en ti —susurró.

Él sonrió. —Ni yo en ti. Aparta el cabello, quiero verla.

—No fue culpa tuya.

—Aparta el cabello, preciosa.

Con la otra mano apartó los rizos que cubrían su cicatriz y él apretó los labios. —Mierda.

—¿Se nota mucho?

—Joder…

—Eso es que sí.

—Lo siento, no debí propasarme.

—No debí intentar golpearte. —Se sonrojó con fuerza. —Sobre todo porque me gustó. Sé que a ti no, pero…

—Creo que deberíamos empezar a ser sinceros el uno con el otro, ¿no crees?

Mirando sus ojos susurró —Sí.

—Pues te diré que me muero por besarte de nuevo.

Su alma se calentó por la intensidad de su mirada.

—Te besaría entera, preciosa. Cada centímetro de tu cuerpo. ¿Te gustaría que lo hiciera?

—Sí.

Oxton sonrió. —Entonces deberíamos comprometernos, ¿no crees?

Que hubiera cambiado de opinión respecto a ella tan rápido la confundía. No podía ser sincero respecto a sus sentimientos, algo no iba bien. Asustada porque todo se estaba precipitando dijo —¿Lo haces por la cicatriz? ¿Te sientes obligado?

—No, preciosa. Desde que te conozco no puedo dejar de pensar en ti. Sé que fui grosero, distante, pero era porque no quería aceptar lo que me estaba pasando. A tu lado me siento… Pensarás que no estoy bien de la cabeza. No me extraña que tengas dudas. —Apretó su mano. —Te cortejaré —dijo preocupado porque le rechazara. —Y en un par de meses te preguntaré otra vez.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿Me cortejarás?

Él sonrió. —Por supuesto.

—¿Y me sacarás a bailar?

—Bailaremos toda la noche.

—No, dos bailes como mucho. Y deberé llevar dama de compañía.

—¿Te preocupas por tu reputación? Preciosa, estás en mi habitación a solas y en medio de la noche —dijo divertido.

Soltó una risita. —Soy muy atrevida.

—Valor no te falta.

—Hasta te besé cuando no me veía nadie —susurró.

—¿Te aprovechaste de mí?

—Solo comprobaba que tuvieras aliento.

—¿No me diga, milady? ¿Quieres comprobarlo de nuevo?

Se agachó sin pensarlo y sus labios rozaron los suyos antes de apartarse. Oxton levantó una ceja divertido. —Preciosa, eso no es un beso.

—¿Y entonces qué es? —susurró contra sus labios antes de pasar la lengua por su labio inferior cortándole el aliento.

—Mucho mejor. —La cogió por la nuca acercándola y atrapó su boca.

Richelle sintió que su lengua entraba en ella. Fascinada apoyó las manos sobre el colchón para acercarse y acariciarle con la suya haciendo que ambos gimieran. Entonces ella se dio cuenta de lo que estaba haciendo y apartó su boca mostrando sorpresa. —¿Qué haces?

—Preciosa, yo no me he movido, tú has venido a mí —dijo divertido.

Se enderezó de golpe con los ojos entrecerrados. —Milord, es un seductor.

Él sonrió con picardía, pero perdió la sonrisa cuando se levantó y fue hacia la puerta. —¿A dónde vas? Mujer, no puedes irte

ahora.

—Ya he comprobado que estás bien, ahora ya puedo dormir.

—Pues yo voy a dormir poquísimo, te lo aseguro.

—Buenas noches, milord.

—Preciosa…

Salió de la habitación y él gruñó dejando caer la cabeza en las almohadas. No podía negar que le había sorprendido. A pesar de lo dolorido que sentía el cuerpo miró hacia su sexo endurecido y gruñó de nuevo. Eso sí que la hubiera asustado. Paciencia Oxton, ya llegará.

Riendo sentada en el jardín rodeada de sus amigas, cogió un pedazo de manzana del platito de porcelana mientras Mary Anne contaba las andanzas de su hijo cuando se había enamorado de su nuera. —Así que vosotras intercedisteis para que se conocieran.

—Son el uno para el otro. Ahora están de visita en nuestra casa de Escocia y son muy felices —dijo la condesa satisfecha. —Son tremendamente felices.

—Me alegro mucho.

—Te llegará —dijo Fely poniéndose de rodillas para mirar hacia los hombres que tiraban al arco. —Uy, uy… Royden ha fallado.

Todas se volvieron. —¿Quién va ganando? —preguntó Richelle.

—Creo que George.

—¿Mi marido? —preguntó Mary Anne sorprendida. —No me lo puedo creer. Muy mal día debe tener Royden.

Fely soltó una risita. —Estará cansado. No es que haya dormido mucho.

—Niña, no se habla de esas cosas.

—Ifi, nuestra pupila lo descubrirá enseguida. ¿No ves que ya está casi comprometida?

Roja como un tomate cogió otro pedazo de manzana. —¿Y cómo es? —Todas rieron. —Sé que no es apropiado hablar de eso, pero… Nunca me lo han contado.

—Has vivido en el campo —dijo Fely. —Así que algo sabes.

—Sí, por supuesto. Y he estudiado anatomía, pero no sé cómo…

—Tengo entendido que tu futuro prometido sabe lo que hace —dijo Mary Anne. —No debes preocuparte. La noche de bodas no la olvidarás en la vida.

Miró a Fely confundida y esta al darse cuenta de que no sabía de lo que hablaba chasqueó la lengua. —Es una maravilla. Después de los besos, las caricias y todo lo demás introduce su miembro en ti y después de eso, se derrama haciéndote más feliz que en toda tu vida.

—¿De veras? —Asombrada miró hacia las demás que asintieron vehementes. —Qué maravilla.

—Y que lo digas —dijo Ifi. —Si tu marido es galante, te hará muy feliz en el lecho, querida.

—Así que ha tenido amantes.

—Cielo, ¿qué hombre con su edad no ha tenido amantes? —dijo Mary Anne. —Te lleva al menos diez años. Que yo haya oído, al menos ha tenido dos. Pero es muy discreto. —Se acercó. —Como su padre.

Se le cortó el aliento. —¿El marqués tiene amantes?

—Sí, niña. Ahora frecuenta a una viuda que tenía fortuna, pero que la despilfarró de manera escandalosa. Sobre todo la perdía en las mesas de juego. Ahora despilfarra el dinero del marqués.

Se tensó antes de mirar a la casa. Lady Audrey estaba sentada en el asiento de la ventana que daba al salón. Debía estar leyendo o bordando. —Me da pena, es como si llevara una tristeza dentro.

Todas miraron hacia allí. —¿Os habéis fijado que casi no se relaciona con nosotras? —preguntó Fely. —¿No es extraño? Prefiere

estar sola.

—Vive sola en esta casa durante todo el año —dijo Mary Anne. —Se ha vuelto una ermitaña.

Richelle se volvió hacia ellas. —¿Sabéis qué ocurrió?

Mary Anne miró a Ifi que apretó los labios. —Les casaron por obligación y estas son las consecuencias. Un matrimonio concertado. Audrey no tuvo presentación siquiera, salió de la casa de sus padres para ir a la casa del marqués. En aquel momento el padre de Spencer todavía vivía. Sola con dos hombres en casa estaba asustada y quiso escaparse dos días después de su boda.

Richelle apretó los labios. —Supongo que hubo consecuencias.

—Desgraciadamente sí. Estuvo sin salir de casa todo un año, no sé si por rebeldía o por voluntad propia. Ni asistió al funeral de su hermano alegando que estaba enferma. Nos enteramos del nacimiento del heredero por casualidad y cinco años después se fue al campo dejando a su hijo con su padre.

—La convivencia debía ser insoportable —dijo Fely. —Ya le había dado un heredero y no habían llegado más hijos, era hora de liberarla.

Ifi y Mary Anne asintieron. —Y vino aquí. De donde no ha vuelto a salir excepto para entierros de sus familiares, al menos que nosotras sepamos. Nadie nos ha comentado que la haya visto en ningún sitio. De hecho, muchos si la vieran ni la reconocerían. Los jóvenes no, por supuesto. Yo solo la había visto un par de veces y una fue en la boda, su padre invitó al mío y acudimos. —Mary Anne apretó los labios. —Y hubiera jurado que aquel día era muy feliz.

—¿De veras?

—A pesar de ser un matrimonio concertado, yo hubiera apostado todo lo que tengo a que iban a ser muy felices. Ella parecía enamorada y él también sonreía mucho. De hecho, recuerdo que bailaron toda la noche.

Fely entrecerró los ojos. —Qué extraño.

—Sí que es extraño porque son el uno para el otro —dijo Ifi dejándolas de piedra.

—¿Pero cómo puedes decir eso? —preguntó Fely. —¿Has visto como le habla el marqués? ¡Es un déspota con ella!

—Sí.

—Además, el marqués estuvo muy enamorado de otra mujer —dijo Richelle captando la atención de todas. —Al parecer estaba casada y murió cuando dio a luz a su cuarto hijo.

Ifi bufó. —Eso es ridículo. Se ha imaginado cosas.

—De hecho, habla como si fuera el amor de su vida.

—Igual la conoció poco después de casarse y la marquesa no lo soportó. Es humillante que tu marido ame a otra —dijo Fely.

—Os digo que son el uno para el otro. Ocurrió algo para que Audrey se fuera dos días después de la boda y esa brecha se hizo tan grande que les alejó al uno del otro. El marqués se enamoraría de esa mujer por despecho, pero os aseguro que no sintió ni la mitad de lo que sintió por su esposa, aunque no lo reconocería ni muerto. —Ifi asintió cogiendo una pasta.

Pensativa volvió la cabeza para mirar a su futura suegra y esta que las estaba mirando desvió el rostro a toda prisa.

—¿Se sabe algo de ese despiadado asesino? —preguntó Fely haciéndose la tonta. —¿Han averiguado algo más?

—El alguacil no tiene ninguna prueba —dijo Mary Anne.

—¿Y de lo que le ocurrió a Oxton? —preguntó Richelle centrándose en la conversación.

—Aún nada tampoco. Qué misterio, ¿no creéis?

—Igual Audrey tiene razón y es un problema que trajo de Londres. —Richelle se levantó. —Por cierto, voy a…

—¿Milady?

Se volvió de golpe para ver ante ella al doctor Herrold con unas bellas flores silvestres en las manos. —¿Para mí? —preguntó

ilusionada. Las cogió rozando su mano y se sonrojó. —Gracias, son hermosas.

—No tan hermosas como usted, milady.

—Es muy galante.

—¿Le gustaría pasear por el jardín? Hace una tarde de lo más agradable.

—Ve, niña —dijo Mary Anne. —Te vendrá bien el ejercicio y el aire puro.

No debía ser grosera con él después de haberle salvado la vida a Oxton, aunque si le daba alas, podía hacerse ilusiones sobre que ambos tuvieran una relación. El doctor ofreció su brazo y ella forzó una sonrisa cogiéndoselo. —Hace una tarde maravillosa.

—Ahora ha mejorado mucho.

Se sonrojó aún más.

—¿Se quedarán mucho por aquí? —preguntó él.

—Pues no lo sé. Supongo que hasta que el marqués decida regresar a Londres. ¿Y usted?

—Me quedaré solo un par de días más. Debo regresar, tengo pacientes. Y al parecer a la condesa se le han ido los mareos.

—Sí, parece que está mucho mejor de salud. Debe ser el aire puro del campo.

—¿Le gusta el campo, milady?

—No sé qué decirle. Londres es emocionante, pero me gusta más cabalgar por el campo.

—Sí, sobre todo porque antes no había tenido accidentes.

Se sonrojó. —Cierto.

—Vi su caballo cuando llegó a la casa. Un hermoso ejemplar.

—Regalo de la marquesa de Thirenwood.

—Un regalo muy generoso.

Sonrió. —Mis amigas son muy generosas.

—¿Y las echaría de menos?

—Por supuesto que sí.

Él se detuvo para mirarla a los ojos. —Milady, no puedo ocultar lo que siento por usted.

Iba a decir algo, pero él la interrumpió. —Discúlpeme por mi atrevimiento, pero temo no poder tener muchas más oportunidades para hablar con usted a solas. Su tutor no quiere que tenga contacto con usted, así que puede que sea la última vez que pueda decirle esto. Por favor, escúcheme.

Se quedó en silencio y el doctor sonrió. —Tengo la ocasión de trasladarme a Hertfordshire, es una ciudad más pequeña y la condesa me ha ofrecido una buena casa para que ejerza mi profesión allí. La casa sería mía en propiedad y en una buena zona para formar una familia. Sé que no puedo ofrecerle la vida a la que está acostumbrada, pero puedo permitirme dos personas de servicio y ganaré un buen sueldo.

—Doctor…

—La amo. —Se le cortó el aliento mientras él continuaba diciendo —La amo intensamente, no puedo dejar de pensar en usted y haría lo que fuera para conseguir su amor. Deme una oportunidad, le aseguro que no encontrará a nadie que la ame como yo. —Intentó coger su mano, pero ella la apartó. Él apretó los labios. —Entiendo, me he precipitado.

No quería ser grosera con él, pero después de haber hablado con Oxton no tenía ninguna duda. —Siento si le he dado esperanzas o he alentado a que piense que en el futuro nuestras vidas se unirían, pero debo decirle que mis sentimientos no son los mismos.

El doctor apretó los labios. —Sé que le agrado.

—Eso no es suficiente.

—No me conoce. Deme una oportunidad.

—Disculpe doctor, pero tengo que ir a ver lo que hace la marquesa. —Se alejó hacia la casa y se dio cuenta de que Lady Audrey que estaba en la ventana observándoles.

Subió los escalones y al verla confirmó que estaba furiosa. Entró por la puerta doble de cristal y ella la interceptó. —Pasa al salón. Quiero hablar contigo.

—Sí, por supuesto.

Entró en el salón y su futura suegra dijo —Cierra la puerta, por favor.

La cerró y dejó las flores sobre una mesilla, antes de unir sus manos observando como Audrey caminaba de un lado a otro frente a la chimenea como si estuviera muy nerviosa, hasta que al fin dijo —No hagas eso.

—¿El qué?

—No flirtees con otros hombres. —Se quedó sin aliento. —Mi hijo no merece eso.

—No pretendía flirtear, milady.

—Oxton no se lo tomará bien.

Decidió ser más cercana con ella. —¿Eso es lo que te pasó a ti? —Dio un paso hacia ella. —¿Por eso os separasteis y viniste aquí, porque no se tomó bien un flirteo inocente?

La fulminó con la mirada. —Deja de decir estupideces —dijo furiosa. —Solo te estoy advirtiendo, nada más.

Sonrió. —El marqués ya sabe las pretensiones del doctor. Y dudo que Oxton no las sepa ya.

—¿Y esas amigas tuyas te animan a que le des celos con él?

Vaya, era muy lista. —No sé de dónde has sacado esa idea.

—¿No? ¡Llegan aquí con él diciendo que la condesa no se encuentra bien justo en el momento en que disparan a mi hijo!

Se le cortó el aliento. —¿Crees que tienen algo que ver?

—Digo que todo esto es muy sospechoso. —Dio un paso hacia ella. —Dime qué ocurrió. ¿Erraron el tiro? ¿Se les fue de las manos?

—No, no fue así. Pensaban avisarme sobre que la marquesa no se encontraba bien para que yo pudiera venir a Cooledge Hall y

ver a Oxton.

—¡Y casualmente traen a un doctor que quiere casarse contigo!

—Opinamos que la competencia no le vendría mal.

—¡Así que tenía razón!

Apretó los labios. —En parte sí que la tenías.

—Olvídalo, lo digo por tu bien.

—La verdad es que cuando ideamos la manera de venir, creíamos que me costaría mucho más conquistar a tu hijo. —Divertida se sentó dejándola de piedra.

Audrey la miró de otro modo. —No eres como aparentas.

—¿Cómo aparento ser? ¿Una débil y tímida debutante? ¿Como lo eras tú cuando te casaste con él? ¿Qué te ofreció a ti ser así excepto tristeza, vergüenza y soledad?

—¿Qué pretendes?

—¿Qué pretendo? —Rio divertida. —Ser baronesa, nada más. Oxton es mío. Al fin tendré la vida que me merezco, la familia que me merezco. Pero no te equivoques yo no soy como tú, si hace algo que no me gusta no me voy a quedar de brazos cruzados ni me voy a venir al campo para evitar las discusiones. No voy a dejar que sea mi marido el que dirija mi vida. Ya he soportado eso bastante en ese colegio que parecía una cárcel. Pagué mi penitencia incluso antes de vivir, pues la vida que me queda pienso disfrutarla el doble. —Sus ojos mostraron una frialdad que la dejó de piedra. Asombrada se dejó caer en el sillón y Richelle rio con ganas. —Esto no te lo esperabas, ¿verdad?

—No eres lo que quiere, si eres así no.

—No digas tonterías —dijo con desprecio. —Me desea con locura. Le llevaría a mi cama cuando quisiera. Ayer noche lo demostró con creces y eso que está convaleciente. Es mío, ya no hay quien me lo quite, ni siquiera tú. Además de la débil florecilla se aburriría pronto, quiere una mujer como yo.

—¿Y cómo eres tú?

—¿Cómo soy? Fuerte, decidida, cuido lo mío y no tendré pelos en la lengua para dejarle claro que a mí no me van a pisar como te pisaron a ti. —Inclinó la cabeza mirándola bien. —¿Qué ocurrió? ¿Por qué quisiste escapar?

—Cierra la boca —dijo furiosa.

—Me enteraré. El marqués me lo contará, solo tengo que pillarle en el momento adecuado. Y te aseguro que encontraré el momento. Sabré las dos versiones tarde o temprano.

Audrey entrecerró los ojos. —Porque la información es poder, ¿no es cierto?

Se echó a reír. —Claro que sí, suegra. Eso lo aprendí hace muchos años. Por eso la directora del colegio comía de mi mano, porque le contaba cosas que la ayudaban mucho en su trabajo. Cosas que las alumnas jamás contarían a la directora del colegio. No me juzgues duramente, debía sobrevivir y teniendo su favor todo era mucho más sencillo. Así que me convertí en su alumna favorita como de casi todos.

—¿Y tus tutores?

—No se molestaron en conocerme siquiera —dijo con desprecio. —Solo tenía que esperar al momento adecuado. Y llegaría en el momento de mi presentación, al que le tocara debía acogerme para llegar a Londres. —Sus ojos brillaron. —Fue una suerte que conociera a tu hijo en cuanto llegué. Lo supe entonces, ¿sabes? Tenía que ser mío.

—Advertiré a mi hijo de que no eres como piensa.

—Puedes hacer lo que quieras, en este momento lo único que piensa es cómo meterme en su cama.

—Tú no eres pura.

Se tensó con fuerza. —Te equivocas, y lo mío me ha costado, te lo aseguro. —Se adelantó. —¿Te parezco una desvergonzada? Nos meten en esos colegios para que seamos las perfectas futuras esposas de los hombres más importantes del país, ¿has asistido a esos colegios? —La marquesa negó con la cabeza. —La primera vez

que tuve que defender lo mío tenía siete años. Mis padres habían muerto y yo tenía en mi habitación una casita de muñecas que me habían regalado en las últimas navidades. Jugaba con la casita continuamente, fingía que era mi casa, donde aún vivía con mis padres. Una profesora intentó apartarme de ella y me puse a gritar hasta que conseguí llegar hasta la casa de nuevo. ¿Sabes que hizo ella? Cogió la casa y la tiró por la ventana.

La marquesa se llevó la mano a la boca de la impresión. —Lloré, lloré y lloré porque ya no tenía nada de ellos. Recogí los pedazos. Los diminutos pedazos de porcelana de los platos, los pequeños muñecos, lo recogí todo. Y la reconstruí entera. —Sonrió. —¿Sabes lo que le ocurrió a esa profesora?

Pálida susurró —No, no lo sé.

—Se puso muy enferma, mucho. Tuvo que irse, la pobrecita.

—Oh, Dios mío.

—Sí, terrible. Tengo entendido que se repuso. —Hizo una mueca. —Aunque no quedó igual, claro, se le cayeron los dientes y el pelo. Pero se lo merecía, mi casita tampoco quedó igual. —Se levantó y cogió las flores. —Ahora voy a ver a mi amorcito, me ha estado mirando por la ventana y está enfadado. Voy a animarle un poco.

Pálida vio como salía del salón y se quedó allí sin saber qué hacer. Entonces escuchó las voces de las mujeres que regresaban del jardín y Fely sonriendo se detuvo ante la puerta para perder la sonrisa poco a poco. —¿Ocurre algo, marquesa?

Elevó la vista hacia ella. —¿Puede pasar? Me gustaría hacerle unas preguntas, si puede ser.

—Sí, por supuesto.

Capítulo 8

Entró en la habitación sin llamar y allí estaba mirando por la ventana, ya vestido con un pantalón negro y una camisa blanca. —Creía que estabas dormido. Deberías descansar, estás muy débil.

—¿Qué quería ese? —Se volvió para mirarla fríamente mostrando su brazo en cabestrillo.

—Me ha pedido matrimonio.

—¿Cómo se atreve? —dijo entre dientes.

—¿Te molesta? —Se sentó en la cama dejando ver la media hasta la mitad de la pantorrilla. —Cuando esté en Londres para mi presentación también recibiré propuestas de matrimonio. Lo importante no es quien me lo pida, sino a quien diga que sí.

Se acercó a ella. —¿Eso es lo importante?

—Sabes que sí, yo elijo. —Soltó una risita. —Es mi privilegio. —Se acercó a ella aún más y se colocó ante sus piernas. Divertida se apoyó en los codos sobre el colchón y levantó un pie apoyando el botín en su vientre. —No se acerque más, milord.

Él elevó la mano y acarició su muslo por encima de los pololos. —Eres un descarado. —Riendo se apartó para salir por la otra parte de la cama.

—Preciosa…

—Las manos quietas, Oxton —dijo muy seria. —Se ha acabado la broma.

Confundido vio que iba hacia la puerta. —¡Se irá hoy mismo!

—A mí mientras estés bien, me da igual.

Él sonrió satisfecho.

Richelle fue hasta su habitación para cambiarse para la cena y estar muy hermosa para él. Pero en cuanto abrió la puerta se detuvo en seco porque estaban allí todas sus amigas. —Pasa —dijo Fely irónica. —Y cierra la puerta.

Gruñó. —¿Se ha chivado?

—¿No te lo esperabas?

—Con lo poco sociable que es me sorprende un poco. —Como si nada fue hasta el armario.

—Así que no eres tan mosquita muerta como aparentas.

—¿Acaso no somos todas así? —Cogió un vestido azul claro con volantes blancos y gruñó. —Qué ganas de estar casada para vestir otros colores. —Se volvió para que Fely empezara a desabrocharla y al ver que Ifi fruncía el ceño dijo —¿Qué? ¡Vosotras también disimuláis como sois de verdad! Aparentáis ser damas respetables cuando sois unas alcahuetas.

Jadearon. —Oye maja, que somos damas respetables —dijo Mary Anne.

—Y yo también. —Levantó la barbilla. —Nadie podría reprocharme nada.

—Quizás si la gente supiera que has matado a tres hombres hace dos noches cambiarían de opinión —dijo Ifi.

—¿Tienes pruebas de eso? —Rio dejando caer el vestido. —Nadie te creería.

Fely asombrada dio la vuelta para mirarle la cara. —¿Pero tú te estás oyendo?

—Venga, no vayas de inocente conmigo. Perseguiste a tu marido hasta América y le libraste de su primera esposa. Y fíjate, ahora es duquesa.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó escandalizada.

—En el colegio hay muchas, muchas, muchas alumnas. Alguna viene de Boston. Tu marido tiene negocios allí, ¿no es cierto?

El problema del juego del padre de su primera esposa era de dominio público. Y qué casualidad que ahora seáis tan buenas amigas. Solo tuve que escribir un par de cartas. Encontré un sacerdote muy amable. Le mentí sobre nuestro parentesco, lo reconozco, pero él amablemente me explicó el resto.

—¡La madre que lo parió! —dijo Mary Anne.

Soltó una risita. —Todas guardamos secretitos. Pero entre buenas amigas no se cuentan.

—Cierto —dijo Fely.

—Oh, no te enfades. —La abrazó. —Cuando ese sacerdote me envió la carta supe que seríamos muy buenas amigas. Y mi regalo me encantó. Jamás te haría daño, a no ser que me hagas daño a mí.

Fely con los ojos como platos se apartó. —¿Por qué querría hacerte daño?

—No lo sé. Pero a lo largo de mi vida me he encontrado con unas cuantas personas a las que no les importó hacerlo.

—¿Como quién?

Se apartó para coger el vestido del suelo. —Unas cuantas. Mira, para que veas que confío en ti te contaré una historia.

—Estoy impaciente por oírla.

—Supongo que mi suegra ya os ha hablado de la casa de muñecas. —Las tres asintieron mientras colgaba el vestido en una percha. —Así que os contaré otra historia. Hace un par de años un buen amigo, un gran amigo me escondió, había matado a un hombre, un labriego que había intentado violarme y temía que me detuvieran. —Fely dejó caer la mandíbula del asombro. —Así que confié en él. Llorando y desesperada se lo conté todo. Me llevó a su granero y allí dijo que podría esconderme hasta que todo pasara. Después me ayudaría a llegar a Londres. Pero me engañó, allí nos esperaba su padre. En cuanto entré en el establo, me golpearon en la cabeza y me encerraron en una caja de madera. Jamás pasé tanto miedo en mi vida. Quería convencerme de que le diera mis joyas o

sino hablaría de lo que había hecho. —Fely apretó los labios. —¿Qué hice yo? Escaparme. Me desollé las manos de tirar de los maderos de aquella maldita caja, pero conseguí salir y llegar al colegio. La directora me protegió. —Sonrió con ironía. —Porque no le quedaba otro remedio, la verdad. Los secretos que sabía de aquella institución la hubieran destruido y hubiera perdido todo lo que tenía, así que me encubrió. ¿Qué pasó con el muchacho? ¿Aquel gran amigo? —Rio cogiendo el otro vestido. —No podía vengarme en aquel momento. Es más, ante otras alumnas hice como si no pasara nada. Pero después… Qué pena que su padre se subiera a una rama que había que podar y que la noche anterior había sido levemente serrada. Esta se le cayó encima a mi fiel amigo justo cuando estaba debajo buscando uno de mis pendientes.

Ninguna movió un gesto y se volvió para que Fely la abrochara. —¿No os escandaliza?

—Pues no, la verdad —dijo Fely. —Yo hubiera hecho lo mismo.

Se volvió con una sonrisa y la besó en la mejilla. —Sabía que erais así.

—Pero niña, no puedes ir matando por ahí a todo el que te hace daño —dijo Ifi.

—¿Por qué no? ¿Crees que el molinero que pegaba a su mujer o su hermano y su hijo que envidiaban a Oxton tuvieron piedad por él? No, el molinero mintió y los otros… Una escoria, nadie les echará de menos.

—¿Y si te cogen? —dijo Mary Anne asustada por ella.

Sonrió. —Hasta ahora no lo han hecho. Y no lo harán.

—Tu suegra está muy nerviosa. ¿Por qué se lo has dicho? Ella no es como nosotras, no lo entiende.

—Porque quiero que empiece a entenderlo. —Cuando Fely terminó de abrocharla dijo —Gracias, maja. —Se acercó al espejo y se sentó en el tocador. —No pienso consentir que el marqués siga tratándola así. —Cogió unos pendientes y se los puso ante la oreja

para ver como quedaban con el vestido. —¿No os da rabia? Y él no es así, solo es así con ella. Parece que la odia.

—Sí, todos nos hemos dado cuenta —dijo Mary Anne. —La deja en evidencia ante el servicio. Mi marido jamás ha hecho eso, lo que digo yo va a misa.

—Y su tono… —Cogió otros pendientes.

Fely se sentó a su lado. —¿Qué piensas hacer?

—¿Qué va a ser? Espabilarla.

—¿Piensas salir a la luz?

La miró divertida. —¿Y que mi hombre se asuste? No, debo seguir siento una niña buena hasta la boda.

Ifi soltó una risita. —La que le espera.

—Muy graciosa —dijo sin ofenderse. Fely le señaló los pendientes de la derecha y sonrió poniéndoselos.

—¿Crees que le agradará a tu marido tu verdadera personalidad?

—¿Acaso a ti no te gusta?

Rio divertida. —Mucho más que la otra, te lo aseguro.

—¡Esta es la mejor debutante que hemos tenido nunca! —dijo Mary Anne emocionada.

—Mi Oxton se aburriría con mi sumisa personalidad. Él me necesita a mí, por eso voy a dejar de disimular, pero cuando tenga el anillo en el dedo.

Ifi sonrió. —Buena decisión.

—¿Me das el visto bueno, Ifi?

—Vas por muy buen camino.

—Perfecto. Sé que tienes ojo para esto.

Ifi carraspeó. —¿Y qué sabes de mí?

Rio. —¿No lo vas a dejar? ¿Qué más da? Ahora estamos en igualdad de condiciones.

—Dame una pista.

—Un noviete que tuviste antes de casarte. La abuelita de una de mis compañeras, una mujer muy dulce, me contó que tuviste un affaire con cierto muchacho. ¿Era lacayo?

Ifi como un tomate miró de reojo a Mary Anne que parecía asombrada. —No me lo contaste.

—Fue hace mucho tiempo. Y fue un error.

—Un error con el que casi se escapa.

—Menos mal que mi Charles apareció en escena. ¿Quién era la vieja que te lo contó?

—Tranquila, ya está muerta.

—Sí, ¿pero quién fue?

Se volvió para mirarla. —Fue tu madre.

Jadeó. —¡No! ¡Pero si murió hace diez años!

—Siempre he sido muy precoz.

—Lo que debes saber de todo el mundo —dijo Fely impresionada.

—Hay que protegerse las espaldas, amiga. Como dice mi suegra la información es poder.

—Y lo tienes apuntado, ¿no?

Se echó a reír. —Te mueres de curiosidad.

—Ni te lo imaginas.

—Puede que algún día te cuente más cositas.

—¿Entontes por qué has dejado que esa bruja te ponga verde por la ciudad? —preguntó Mary Anne confundida.

—Cuanto más se sube, más alta es la caída.

—¿Rencillas de colegio? —preguntó Fely divertida.

—Con esa tengo una cuenta pendiente. Le hizo daño a Melissa. Hace dos años la humilló ante todos porque se puso muy nerviosa al leer en voz alta y vomitó encima del libro. A partir de ahí Melissa sufre si es el centro de atención.

—Buff, pues está perdida.

—Yo no lo habría expresado mejor. —Se levantó mostrando su atuendo. —¿Cómo estoy?

Ifi sonrió. —Preciosa.

—Voy a ver si pillo a Spencer en el despacho para enterarme de lo que ocurrió con Audrey cuando se casaron.

Fely susurró —Luego nos cuentas.

Le guiñó un ojo antes de salir de la habitación. Asombradas se miraron las unas a las otras. —Me encanta esa mujer —dijo Fely.

—Ha tenido que criarse sola y ha aprendido por las malas —dijo Ifi con admiración. —Y ha sobrevivido. Con lo que sabe se va a hacer con toda la ciudad.

—Pues estoy deseando verlo.

Llamó a la puerta y respiró hondo intentando parecer serena. —Adelante.

Abrió y sonrió al marqués que estaba tras su mesa mirando una hoja de papel. Niña, ¿qué ocurre? —Miró su vestido. —Estás realmente hermosa.

—Siempre tan amable. ¿Puedo comentarte algo que me preocupa un poco?

—Sí, por supuesto. Pasa y siéntate.

Lo hizo y se sentó en la silla tapizada en seda verde. —¿Qué ocurre, niña?

—Es tu esposa —dijo tímidamente. —No es feliz.

El marqués se tensó. —¿Te lo ha dicho ella?

—Solo hay que verla. No se acerca mucho a nosotras, casi no se relaciona. Y he pensado, tanto tiempo sola aquí… Eso no es sano, tío.

—Es la vida que quiere tener.

—Ah, ¿sí? Yo pensaba que tú… Como te enamoraste de esa mujer…

—¿Creías que le había ordenado que se fuera?

—No te ofendas, por favor. Pero es que tu mujer me ha caído en gracia.

—¿No me digas? —Molesto se levantó demostrando que estaba furioso. Fue hasta el mueble bar y se sirvió un coñac. —Dirás que te da pena.

—Eso también.

—Pues no tienes por qué. Tiene exactamente la vida que quiere porque le paso una asignación más que decente para que viva donde le venga en gana.

—Nadie podría decir de ti que no eres generoso. Pero creo que ella necesita más.

—No necesitaba más cuando me abandonó —dijo dolido.

—Así que fue ella la que decidió irse.

Él asintió. —Aunque se había ido ya casi desde que nos casamos.

—¿La notabas ausente?

Rio por lo bajo. —Eso es decir poco. —Se sentó en su sillón de cuero y suspiró. —La verdad es que no sé muy bien lo que ocurrió. Cuando me casé con ella creía que nuestro matrimonio sería como el de mis padres.

—Y que terminaríais amándoos.

—Sí, pero dos días después de nuestra boda, el día en que nos íbamos de luna de miel por el continente desapareció, se escapó. Así sin más.

—¿Cuando apareció le preguntaste por qué se fue?

—Me gritó que no me quería y que ella nunca había deseado ese matrimonio.

Era evidente que eso le había dolido. —Y te apartaste de ella.

—¿Tú no lo hubieras hecho?

—Sí.

—Pues eso hice yo. Se anuló la luna de miel y yo seguí con mi vida. Cuando era evidente que no estaba en estado compartíamos lecho, pero nada más. Cenábamos separados, dormíamos separados y cada uno desayunaba en su habitación.

—Oh, Dios mío…

—Hasta que se quedó en estado y nació Oxton. Le exigí otro hijo, pero no llegaba. Una tarde llegué del club y se había ido.

—¿Sin explicaciones?

—Oh, sí, me dejó una carta donde decía que ya me había dado cinco años de su vida y no pensaba perder ni un día más.

Apretó los labios. —¿Y Oxton?

—Estaba acostumbrado a que sus padres prácticamente ni se vieran. No le costó aceptar nuestra separación.

—Es terrible.

—Sí que lo es —dijo mirando su copa. —No nos soportamos, es lo que hay. Cuando más distancia haya entre los dos mucho mejor, te lo aseguro.

Su dolor era tan evidente que la apenó muchísimo. Sufrían los dos y no entendía el por qué. —Sé que no es asunto mío, ¿pero nunca te has preguntado qué ocurrió para que ella intentara escaparse?

—Se lo pregunté millones de veces y no fui capaz de sacarle ni una sola palabra. Cuando se lo preguntaba, simplemente me miraba fríamente antes de encerrarse en su habitación, a veces semanas enteras.

—Es un comportamiento muy extraño.

—Ella es así —dijo con desprecio.

Apretó los labios, era evidente que se había cerrado totalmente a ella y en ese momento se negaría a escuchar cualquier cosa que pudiera aproximarles. Su orgullo estaba herido de muerte y se preguntó si su hijo sería también así. Seguramente sí. Debía tener cuidado de no dañarle de ninguna manera. —Me apena.

—Oh, por Dios, tiene una personalidad extraña.

—Cuando te casaste con ella creías que era de otra manera.

—¡Me engañó! Niña, si quieres que tu matrimonio funcione siempre debes ser sincera con tu esposo. —Fuera de sí fue hasta la puerta. —¡Así no irá engañado a un matrimonio sin futuro!

Cuando se fue Richelle apretó los labios y miró al frente. Se levantó y se sirvió un coñac. —Te has quedado como estabas. Vamos, Richelle, alguien tiene que saber algo. —Bebió su copa de un trago. —Probemos con el servicio.

Entró en el salón con una dulce sonrisa en el rostro y sus amigas rieron por lo bajo al ver como sus ojos brillaban al ver a Oxton. —Oh, estás levantado. Te recuperas rápido.

Él sonrió. —Sí, preciosa.

—Uy, qué familiaridades —dijo Mary Anne como si estuviera ofendida.

—La condesa tiene razón. —Spencer molesto miró a su hijo. —Demasiadas para mi gusto.

—Padre, vive con nosotros.

—¡Estamos en público! ¡Y hay servicio!

En ese momento entró Audrey, que como toda una marquesa levantó una ceja. —Cierto, hay servicio y te está escuchando.

—Como si eso te importara. Tú, que eres la primera que gritas cualquier cosa que se te pasa por la cabeza sin importarte quien esté delante.

Richelle pensó que aquello era interesante y se volvió para mirar a su suegra que había palidecido. Y sintió muchísima rabia, tanta que dijo —Oxton puede llamarme así, no me molesta.

—Pero a mí sí. Cualquiera que le oiga pensará que hay algo entre vosotros.

—Es que hay algo entre nosotros, padre —dijo Oxton. —Pretendo que sea mi esposa, así que voy a cortejarla.

—Eso está muy bien, amigo —dijo Royden dándole una copa de jerez a su esposa. —Pero recuerda que vivís rodeados de personas y algunos pueden tener la lengua muy larga. No querrás destrozar la reputación de tu futura esposa antes de tiempo, ¿no es cierto?

Oxton cogió su mano y la besó. —A partir de ahora te llamaré fea.

Sonrió. —Lo soportaré.

—Muy gracioso —dijo su padre ente dientes.

—Padre, relájate, estamos entre amigos.

—Pues ya que estás tan relajado, vete preparándote para regresar a Londres.

—¿Y eso?

—La niña tiene pendiente su presentación y debemos encargarnos de los negocios.

Ah, no, no pensaba dejar que abandonara a su suegra allí de nuevo. —Pero Audrey vendrá, ¿no es cierto?

La aludida la miró sorprendida. —¿Cómo?

Sonrió dulcemente. —Tienes que venir, suegra. La gente murmuraría si no estuvieras en Londres para mi presentación. Creerán que no estás de acuerdo con esta posible unión.

Audrey entrecerró los ojos. —¿De veras pensarán eso?

—Milady, puede que lleve fuera de Londres un tiempo, pero no puede haber olvidado lo afiladas que son las malas lenguas —dijo Mary Anne.

—No son esas lenguas las que me preocupan.

—Madre, ¿si se trata de apoyar socialmente a mi futura esposa no deberías acompañarnos?

La marquesa asintió. —Iré.

Oxton sonrió. —Perfecto. —Agarró de la cintura a Richelle y la besó en la sien haciendo que se sonrojara mientras sus invitados reían por lo bajo y su padre ponía los ojos en blanco.

—Oxton —siseó Richelle. —Contrólate.

—Cierto. —Cogió su mano. —¿Cenamos? Estoy hambriento.

De la que iba hacia el comedor ella dijo —Todavía no he dicho que sí.

—Pero lo dirás.

—Aún no he conocido a los otros candidatos.

—No me llegan ni a la suela de las botas.

—No sabía que eras tan engreído.

—Mujer, no has visto nada. Soy barón, hijo de un marqués y soy muy rico, tengo que ser engreído.

Sonrió sin poder evitarlo. —Y como eres barón, ¿ya has echado al doctor? Porque no le veo.

—Ni le vas a ver. En este momento debe estar camino a Londres. ¿Te molesta?

—Ya te dije que no, pero no creas que puedes dominarme con el dedo meñique y que siempre diré que sí a todo lo que quieras.

—De momento no has dicho que sí a lo que más me importa.

Sonrió sentándose en el sitio que había ocupado la noche anterior. Oxton carraspeó. —Preciosa, ese es mi sitio.

—Lo dudo.

—Cuando está mi padre sí.

Gruñó por dentro sentándose en la silla de al lado y sonrió radiante. —Todo tuyo.

Se sentó a su lado y los demás se distribuyeron por la mesa según fueron llegando. La marquesa se sentó a la derecha de Spencer, aunque era evidente que no quería hacerlo. Ni se miraban. —Estupendo —escuchó que decía Oxton por lo bajo.

Preocupada por él puso la mano sobre su muslo llamando su atención y sonrió débilmente. Él bajó la suya para acariciársela. En ese momento llegó un lacayo para servirles el vino y apartaron las manos a toda prisa.

—Hará un día estupendo de caza —dijo George encantado.

—¿Caza? —preguntó ella sin saber de lo que hablaban.

—Mañana los hombres se van de caza —dijo Fely como si fuera un aburrimiento. —¿Quieres ir?

Sabiendo que Oxton no iría negó con la cabeza. —Prefiero quedarme, el viaje a Londres es largo y prefiero descansar para el día después. Han sido días agitados y he dormido mal.

—Lo entendemos, niña —dijo George. —Igual nosotros deberíamos descansar también.

—Sí, marido. Ya no eres un jovencito.

—Mujer, estoy hecho un toro.

—Vale, haz lo que quieras.

—Sí, igual Richelle tiene razón —dijo Spencer pensando en su dolorida pierna. —Podemos ir a pescar al lago. Al menos no nos cansaremos sentados en las barcas.

—Mucho mejor —dijo George. —Me encanta la pesca.

—Perfecto, pues cenaremos lo que pesquemos.

—Pues no cenaremos mucho —dijo Ifi divertida.

Las mujeres reprimieron las risas. —Al parecer no tienen fe en nosotros, marqués —dijo Royden.

—Se van a llevar una sorpresa.

Sus amigos empezaron a relajar la velada con anécdotas sobre pesca y como Royden tuvo que sacar a su esposa del agua en una ocasión porque se empeñaba en conseguir el mejor pez de los contornos. Riendo miró hacia Audrey, que pensativa miraba su plato a medio comer mientras su marido a su lado hablaba con los caballeros como si no existiera. Richelle perdió la sonrisa poco a poco porque vio en ella una profunda tristeza. Se debió dar cuenta

de que la estaba mirando porque levantó la vista hasta sus ojos y disimulando cogió su copa de vino.

—Oxton es un excelente pescador.

—¿Hay algo que su hijo no haga bien, marqués?

—Nada en absoluto —dijo haciéndoles reír.

—Padre, exageras.

—Niña, si te casas con mi hijo te llevarás un partido estupendo. No puedo decir otra cosa.

—Lo tomaré en cuenta, tío. Ahora dejar que hable mi posible suegra. ¿Qué opinas de tu hijo?

Audrey sonrió mirándole. —Que es maravilloso, cabal y un gran hombre. Trabajador y justo. Si hubiera soñado con mi hijo antes de tenerle, seguro que sería como él.

—Teniendo en cuenta que le he criado yo, me alegro de que digas todas sus virtudes, esposa —dijo con ironía. —Porque algo habré tenido que ver en que sea así.

—Sí, todo el mérito es tuyo —dijo fríamente. Se levantó. —Si me disculpan, me duele un poco la cabeza.

—Sí, vete a tu habitación —dijo su marido como si estuviera harto de su presencia.

—Buenas noches —susurró antes de salir del comedor.

Impresionada miró a Oxton que estaba muy tenso. Más de lo que lo había visto nunca y le dio muchísima rabia que la relación de sus padres le afectara de esa manera. Los invitados ni sabían qué decir.

—Espero que se mejore. ¿Necesitará láudano? —preguntó Richelle antes de levantarse. —Voy a ver si tiene.

—Puede ir un lacayo, niña.

—Quiero asegurarme de que esté bien.

Salió corriendo del comedor y subió los escalones a toda prisa. La encontró en el pasillo a punto de llorar y sorprendiéndola la

cogió por el brazo tirando de ella hacia su habitación. Cuando entraron cerró la puerta.

—¿Qué haces?

—¿Qué hago? ¿Qué haces tú?

—Me duele…

—Oh, por Dios, ¡déjate de historias! Plántale cara.

—No puedo —dijo impotente.

—¿Por qué?

—Porque tiene razón en su odio. Todo fue culpa mía.

—Dime qué está pasando.

Se volvió para irse y de repente Audrey escuchó el sonido de un percutor que la detuvo en seco. Se volvió lentamente para verla con una pequeña pistola en la mano. —¿Qué haces?

—Mira, voy a averiguar la verdad. Y me la vas a contar.

—Muérete.

—Sí, eso hubiera querido el heredero de mi padre para quedarse con mi dinero también, pero eso no va a suceder. ¿Por qué te quisiste ir dos días después de tu boda?

—No vas a disparar.

—Claro que sí —dijo como si nada. —Puedo hacer eso y mucho más. Por supuesto no te mataré, pero el agujero no te lo quita nadie. ¿Crees que tu marido me creerá a mí o a ti?

—No pienso decirte nada.

—¿Ni por tu hijo? —Los ojos de Audrey se llenaron de lágrimas. —¿No lo harías por él?

—¿Para qué quieres saberlo? —gritó.

Se la quedó mirando. —Quiero saberlo porque lo que ocurre entre vosotros hace daño a Oxton y no voy a consentirlo. ¿No os dais cuenta de que esta situación os hace sufrir a los tres? Voy a contar hasta diez. Por cierto, ¿dónde quieres el tiro?

Levantó la barbilla. —Pierna derecha.

Richelle disparó sin pensar y su suegra cayó al suelo. —¡No has contado hasta diez!

Le puso la pistola en la sien. —Dímelo.

—¡Estás loca! —dijo espantada.

Alargó el brazo y cerró la puerta con llave. —Uno…

—¡O por Dios, déjame salir!

Empezaron a gritar abajo preguntándose qué había sido ese ruido. —Dos…

—¡Le odio!

—¿Por qué? ¿Por qué le odias?

—¡Dejó que mi hermano muriera!

Se le cortó el aliento. —Explícate.

—El día de la boda retaron a mi hermano a duelo porque le acusaron de hacer trampas en un juego de naipes. Spencer no le protegió ni quiso ser su padrino. No impidió el duelo. —Sollozó. —Tenía quince años.

Bajó el arma. —Entonces me ha mentido, sabe la razón de tu actitud.

—Claro que la sabe. ¡Me asqueó que mi marido, el hombre que debía protegerme a mí y a mi apellido no se pusiera de mi parte!

—Las damas que hay ahí abajo no saben nada de ese duelo.

—Por supuesto que no. Mataron a Daniel al alba siguiente a las afueras de Londres. Mi padre recogió su cuerpo y se lo llevó a la finca para enterrarlo solo con la familia. ¡Mi marido ni me permitió ir a su entierro! ¡Por eso me escapé! —Se miró la pierna, le había dado en el muslo. —Oh, por Dios, voy a desangrarme.

—Eso no es nada —dijo como si tal cosa.

—¡Eres el diablo!

—Me ha mentido… Para que te fíes del viejo. Supongo que después no quisiste compartir su cama y él te presionó.

—¡Exacto! ¡Era su esposa y me debía a él! Pero en cuanto pude…

—Llegó un punto que ya se hartó de intentar retenerte.

—¡Por su culpa murió mi hermano!

Chasqueó la lengua. —Igual si no hubiera hecho trampas no se hubiera metido en ese lío, ¿no lo has pensado?

Se apretó la herida. —Que llamen a un médico.

—Te digo que no es nada. —Las voces se acercaban y dio un paso hacia ella. —¿Le quisiste alguna vez?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Dime la verdad!

—Sí, le amaba. Cuando al fin me casé con él era la mujer más feliz del mundo, pero no era como yo pensaba.

—Tienes toda la razón, hasta a mí me ha engañado. —Giró la llave y justo en ese momento se abrió la puerta dando paso a Royden. —Upsss, ha sido un accidente.

—¡Está loca!

—¿Me estás acusando? —preguntó aparentando asombro.

—¡Sí!

—Pero si te has disparado tú. Menos mal que te he cogido el brazo a tiempo para desviar el tiro, podría haber sido mucho más grave. ¿Para qué juegas con las armas? ¿Temes que después de que dispararan a tu hijo nos vaya a pasar algo? Es lógico, pero si no sabes usarla no la toques.

Asombrada miró a su hijo que se agachó a su lado. —Cielo, está loca.

—Madre, ¿qué has hecho?

Richelle sonrió de oreja a oreja y perdió la sonrisa de golpe cuando Oxton la miró. —¿Estás bien?

—Sí —dijo como si estuviera asustada. —Tu madre estaba muy rara. No hay que perderla de vista.

—Joder, necesitamos un médico.

En ese momento llegaron los demás y el marqués palideció al ver la sangre. —Pero Audrey, ¿qué ha pasado?

—¿Queréis dejar de preguntar eso e ir a por un médico? —dijo Richelle como si ya estuviera aburrida de la conversación.

Royden retuvo la risa y ella le advirtió con la mirada mientras Spencer se arrodillaba con esfuerzo al lado de su esposa. —Padre, no es grave. La bala ha salido, solo hay que vendarla hasta que llegue el médico.

—¿Ves lo que pasa por echar al médico? —preguntó histérico.

—Tienes razón, marqués, siempre deberíais tener un médico en casa —dijo Royden. —Creo que por aquí se va a necesitar.

—Muy gracioso, marqués —dijo Richelle. Dio un paso hacia él y susurró —Tu mujer te lo ha contado, ¿no?

—No tiene secretos para mí.

—Rayos.

—Preciosa, ¿tú estás bien? —preguntó Oxton levantándose.

—Sí, menos mal que no me disparó a mí.

El marqués cogió a su mujer y gimió cuando intentó levantarla. —Esposa, ¿estás más gorda?

De repente Audrey se echó a llorar y Spencer palideció. —No, no estás más gorda, soy yo que ya soy un viejo. —Gimió intentando levantarla y cuando no pudo más la dejó caer al suelo de culo.

Audrey lloró más fuerte y Richelle hizo una mueca por los esfuerzos de su tutor. —Cariño, le va a dar un ataque como siga intentando levantarla.

—Padre… —Spencer lo siguió intentando y ya estaba rojo como un tomate. —¡Padre! ¡Deja que la lleve Royden!

—No, ya puedo yo. —La levantó con esfuerzo y con las piernas dobladas del peso y muy separadas empezó a tambalearse. Cuando se inclinó a un lado todos gritaron asustados, pero pudo sostenerla hasta llegar a la cama. La soltó y la marquesa cayó en el

borde antes de botar para caer a sus pies gimiendo. —¿Gatita? ¿Estás bien? No he calculado bien.

—Richelle dame la pistola.

Las carcajadas de los que estaban allí se escucharon en toda la casa y una doncella que pasaba por el hall dijo —Estos ricos cada vez están más locos.

Capítulo 9

Al día siguiente sentadas en el salón de lo más aburridas escucharon a la marquesa gemir frotándose la pierna. —Niña, me debes un vestido.

—Bah, se le pone un bordado y listo —dijo dando una puntada a su labor.

Fely rio por lo bajo antes de mirar hacia la ventana. —El que se suponía que sería un día radiante ha terminado. Está lloviendo.

—Mi marido se resfriará —dijo Ifi molesta. —Menudo viaje me va a dar.

La marquesa gimió de nuevo.

—¿Te duele mucho, suegra?

La fulminó con la mirada.

—Lo que no entiendo es como le diste en la pierna con las faldas que llevaba —dijo Fely con admiración.

—Uno de los pliegues se apoyaba en su muslo. Debes apuntar hacia el interior del pliegue, ¿entiendes?

—Buen consejo.

—¡Sois todas una panda de locas! —dijo la marquesa escandalizada.

—Anda, esta… —Mary Anne ofendida se levantó. —¡Loca tú que has dejado a tu marido por una tontería!

—Mataron a mi hermano, no es una tontería.

—Pues deberías haber volcado tu odio hacia quien lo mató. —Richelle dio otra puntada antes de mirarla. —Por cierto, ¿quién

fue?

—¡No se lo digas! —gritaron todas.

—Niña, que estás a punto de presentarte en sociedad. No puedes ir vengándote de quien mató a tu tío postizo.

—Era el tío de mi futuro prometido. Hay que vengar a la familia.

Oxton entró en el salón y no tenía muy buena cara. Se levantó de inmediato. —¿Te duele mucho?

—Claro, a él le duele y yo soy una quejica.

Ignorándola se acercó preocupada y él sonrió. —No mucho, pero no he dormido muy bien.

—Igual tendríamos que retrasar el regreso a Londres. Tu operación fue muy delicada. —Miró a su suegra. —Al contrario que otras.

Chasqueó la lengua y varias rieron por lo bajo. Richelle enlazó su brazo con Oxton. —Deberías descansar más.

—Me aburro en mi habitación. Allí necesitaría tu hermosa compañía.

—Qué más quisieras, barón—dijo haciéndole sonreír.

Las chicas sonrieron mientras le sentaba en el sillón de su padre. —¿Me sirves un whisky?

—Por supuesto.

—Hijo, es muy temprano. Apenas acabas de desayunar.

—Sírvele otro a mi madre.

—Mejor un coñac —dijo a toda prisa.

Richelle sonriendo les sirvió a los dos y les llevó las copas. —Vaya dos.

—¿De qué hablabais?

—Oh, de justicia. Cielo, ¿consideras que si alguien te la hace la tiene que pagar?

—Por supuesto.

Sonrió radiante. —Yo también soy de esa opinión.

Sus amigas gimieron y Oxton las miró. —¿He dicho algo malo?

—No, por supuesto que no. —Fely se adelantó. —Por cierto, ¿tienes alguna idea sobre quién te disparó?

—No, aunque la teoría de mi padre de que pueden ser los trabajadores de la fábrica toma fuerza.

—¿No me digas? —preguntó Richelle con inocencia. Se sentó a su lado. —Cuéntanos.

—Hay un hombre, un tal Robert Green, que ha unido a muchos trabajadores en un sindicato para proteger sus derechos. Y no me parece mal que sean solo unos pocos los que nos vengan con sus reivindicaciones. De hecho, en las otras dos fábricas nos ha beneficiado porque los trabajadores están más contentos. Se han comparado con otras fábricas y salimos ganando porque tienen mejor sueldo que otros.

—¿Entonces?

—Este tal Robert no deja de incordiarnos con peticiones absurdas. Cree que la fábrica es suya para hacer y deshacer lo que le venga en gana. El día antes de irme de Londres pretendía que los del sindicato no trabajaran y se dedicaran solo a hablar con los trabajadores.

—¿Pero qué es eso? —Asombrada miró a las demás. —¿Habíais oído algo igual alguna vez?

—No —dijo Fely. —Y nosotros también tenemos negocios. Amigos nuestros tampoco han pasado por eso.

—El problema es que ha amenazado con ir a la huelga —dijo Oxton con rabia. —Pero lo que más me enerva es que las mujeres de la fábrica están intimidadas por ellos. Muchas son viudas y necesitan el trabajo para sobrevivir. Algunas han renunciado porque las presiones para que se fueran las asustaron. A una la acorralaron en un callejón. Y no me lo contó ella, sino un primo que fue quien le consiguió el trabajo.

Richelle entrecerró los ojos. —¿No me digas? —Miró a sus amigas y levantó una ceja. Todas mostraron que aquello no les gustaba un pelo.

—Y lo peor es que no puedo despedirle, eso sería una huelga.

—¿Y crees que alguno de ellos o él mismo ha venido hasta aquí? —preguntó inocente. —No lo creo, ¿por qué querría hacerte daño? Al fin y al cabo, si tú te mueres tendría que lidiar con otro jefe, estarían igual.

Oxton apretó los labios y Richelle se tensó. —¿Qué?

—En nuestra última reunión me llamó explotador y ladrón. Perdí los nervios y le di un puñetazo. No se lo tomó muy bien. No, no se lo tomó nada bien. —Bebió el resto de su whisky.

—Matándote demostraría su liderazgo entre los demás —dijo su madre molesta.

—Eso mismo he pensado yo.

—¿Crees que estás en peligro?

—Preciosa, acaban de intentar matarme, creo que es evidente.

Sus amigas hicieron una mueca. —¿Y no crees que tu disparo fue algo relacionado con el molinero?

—Claro que lo hemos pensado. Pero el molinero estaba delante de mí, lo recuerdo perfectamente. Él no tuvo nada que ver. Le mataron como a los demás porque eran testigos. Seguro que su hermano y su sobrino llegaban en ese momento y esa escoria de Green y sus compinches les amenazarían para que no le dijeran nada al alguacil y después los del sindicato se lo pensaron mejor, así que les mataron para eliminar problemas. Sí, creo que tuvieron que deshacerse de ellos para que no les delataran si les presionábamos demasiado.

La verdad es que su teoría tenía base, aunque era totalmente errada. —Al parecer ese Robert es un problema…

Ifi gimió y ella la fulminó con la mirada. —¿Te duele algo?

—Pues la verdad es que no me vendría mal una copita de coñac.

Cogió la copa vacía de Oxton y se levantó. Antes de que nadie se diera cuenta todos tenían una copa en la mano.

—Y cuéntame, querido, ¿cómo es que habéis dejado que ese hombre llegara tan lejos?

—Hace dos años fue elegido por sus compañeros para pedir el cambio de una máquina y me pareció razonable. Robert se encarga de las reparaciones y ya la había reparado varias veces, así que di mi consentimiento y se puso una máquina nueva. Desde ahí ya no paró.

Se pasaron hablando de eso media mañana y de ahí pasaron a otras conversaciones como los negocios de Fely, los que tenía en Boston y en Londres, el pazo que le había hecho su marido, las casas de campo de Ifi y Mary Anne y todo derivó a qué se dedicaba Audrey en aquella gran casa cuando estaba sola todo el día.

Cuando llegaron los hombres con los peces en las manos perdieron la sonrisa de golpe al verlas a todas borrachas riendo a carcajadas mientras que Richelle al lado de la chimenea con cara inocente decía —Cenaremos pescado.

—¿Qué ha pasado aquí? —vociferó Royden. Su mujer en ese momento intentó levantarse para saludarle y el marqués tuvo que correr hacia ella porque escoraba tanto a la derecha, que a punto estuvo de caer sobre Mary Anne.

Esta se echó a reír a carcajadas mientras George no salía de su asombro. —Mujer, ¿estás borracha?

—Dos copitas… —Levantó tres dedos, cuatro y luego con la misma mano hizo un gesto como si le diera igual antes de eructar con fuerza.

Ifi rio de nuevo mientras Richelle gemía por dentro. Igual no tenía que haberles dado tanto alcohol.

Spencer asombrado miró a su esposa que con la pierna herida sobre el respaldo del sofá roncaba con la cabeza sobre el regazo de

Ifi, que no paraba de reír. —¡Hijo, cómo has permitido esto!

Sonrió levantándose. —¿No se habían quedado para descansar y relajarse antes del viaje? Creo que lo han conseguido. —Alargó la mano. —Preciosa, ¿me acompañas? Paseemos hasta el invernadero.

—Sí, me apetece caminar.

Salieron del salón. —Ha sido una conversación de lo más interesante. ¿De veras la marquesa de Thirenwood nos acaba de decir que su esposo próximamente va a comprar una fábrica que me hará la competencia?

—Eso he entendido yo también. —Sonrió divertida. —¿Qué opinas?

—¿Sería desleal robársela en sus propias narices?

—Él te quiere hacer la competencia, ahora que sois amigos, no debería comprarla.

Entrecerró los ojos. —Tienes razón. Además, si no la compra él la comprará otro y para eso me adelanto yo.

—Qué inteligente eres, cielo.

—Zalamera.

Soltó una risita. —Al parecer no te afecta el alcohol, querido.

—No te confundas, debo estar totalmente borracho porque no me duele nada.

—¿De veras? Pues no se te nota.

—Demasiadas fiestas.

—Estoy deseando conocer esa parte de Londres.

—Contigo las veré de otra manera. ¿Piensas emborrachar a toda la alta sociedad para averiguar sus secretos, querida?

Se detuvo en seco para verle la cara. —Eres muy listo, barón.

—No, preciosa. Tengo la sensación de que no te llego ni a la suela de los zapatos. —Le pasó la mano por la mejilla. —¿Haces esto a menudo?

—La información es poder, querido.

Él sonrió de medio lado. —¿Y la utilizas a menudo?

—Solo cuando me hartan.

Rio por lo bajo y continuó caminando. Ella le siguió. —¿Estás enfadado?

—No, creo que contigo voy a divertirme de lo lindo.

Sonrió cogiendo su brazo de nuevo y caminó a su lado. —Todavía no he dicho que sí.

—Preciosa, todos lo dan por hecho. Yo más que nadie.

Elevó la barbilla. —Igual tienes competencia.

—Lo dudo.

—¿Y ese Harold? Mis amigas me han dicho que es más que probable que se fije en mí.

—¿El aburrido conde de Presbutt? Querida, no le soportarías.

—¿Baila bien? —preguntó coqueta.

—Impecablemente.

—¿Es apuesto?

—Como un Adonis.

—¿Agradable?

—No lo hay más.

Bufó. —Tienes razón es muy aburrido, pero le daré una oportunidad. Si es rico estás en problemas, barón. —Sin darse cuenta la giró pegándola a la pared y ella se echó a reír.

La miró intensamente. —¿Le besarías?

—Puede.

—Mujer, no me provoques. —Acercó sus labios. —No te besaría como yo. —Los rozó encendiéndola y Richelle suspiró de gusto. Oxton acarició su nariz con la suya antes de bajar a sus labios de nuevo. —No sería como yo y me necesitas a mí.

—Casi no nos conocemos —susurró antes de mirar sus ojos y él vio un atisbo de miedo. —¿Y si luego no te agrado?

Él acarició uno de sus rizos mirándolo como si fuera lo más hermoso que hubiera tocado nunca. —Me agrada todo de ti y te deseo. Es mucho más de lo que jamás he sentido por ninguna otra mujer.

Sus ojos brillaron de la alegría. —Me acabas de hacer muy feliz, barón. Tú… Me agradas.

Él rio por lo bajo. —¿Y nada más?

—Y me gusta tocarte.

—Vamos avanzando. —Rozó sus labios. —En dos meses me amarás tanto que dirás que sí en cuanto te lo pida.

—No sin que tú me ames primero, cielo.

Él rio apartándose. —¿Siempre tienes que ganar?

Le miró divertida. —Yo gano siempre, querido. Vete acostumbrándote.

Después de comer se pasaron toda la tarde juntos, porque los demás estaban en las habitaciones descansando. Fueron a la biblioteca y comentaron algunos libros. La asombró lo inteligente que era, hablaba cuatro idiomas y había leído muchísimo. Pero lo que más la sorprendió era la memoria que tenía. Recordaba frases literales de los libros y jugaron durante un rato con algunos ejemplares de novelas famosas.

—¿Cómo lo haces? —preguntó asombrada con un libro en la mano después de cerciorarse que la frase que él había dicho era exacta a como el autor la había plasmado. Se sentó a su lado en el sofá de cuero.

—No lo sé, me pasa desde siempre. A veces puedo recordar todo un texto.

—Impresionante.

—Sí, es útil. Sobre todo cuando mi profesor me dictaba una lección. No tenía que estudiar.

—Daría lo que fuera por ser como tú. —Entrecerró los ojos. —¿Te sirve para todo?

—¿A qué te refieres?

—Cuentas, mapas…

Él sonrió y Richelle jadeó. —¡Venga ya! ¡No es justo! ¡Yo me dejaba las pestañas estudiando latín!

Oxton rio. —No es algo que pueda evitar.

Gruñó dejando el libro a un lado y se estiró en el sofá poniendo las piernas sobre las suyas para estar más cómoda. —¿Lo sabe alguien?

Él acariciando su pierna por encima de su falda asintió. —Mi tutor lo sabía y por supuesto mis padres. Mi tutor murió, así que solo mis padres.

—¿Alguien fuera de la casa?

—Preciosa, ¿por qué lo preguntas?

—No te hagas el tonto. ¿Cuentas las cartas en los juegos de naipes?

Él rio a carcajadas. —¿En serio estás preguntando eso?

—Sí, te lo estoy preguntando.

—No puedo negar que alguna vez lo he hecho, pero es inevitable, no es hacer trampas.

—Ahora sé lo que no tengo que hacer contigo.

—Podemos hacer muchas cosas más —dijo acariciando su tobillo hasta llegar a su media.

—¿Sabes más juegos?

—Sé mil.

—Entonces me recordarías siempre, ¿estás seguro de que quieres jugar conmigo?

—Preciosa, lo estoy deseando.

También cenaron solos y después de la cena ella tocó para él. Fue una velada maravillosa, pues si antes había tenido alguna duda de que era perfecto para ella, sus dudas se borraron. A su lado se sentía mil veces mejor, era como si le necesitara. Terminando la sonata le sonrió y él alargó la mano para ayudarla a levantarse. Se la cogió sin dudar y él dijo —Debemos irnos a la cama, preciosa. Mañana será un día largo.

—Siento que se termine.

—Habrá muchos días más.

Sonrió acariciando su brazo y pegándose a él. —Tú también debes estar muy cansado.

—Me siento mejor cada minuto que pasa. Eres la mejor medicina.

—Es el cumplido más halagador que me han hecho nunca.

—¿Te han dicho muchos?

—Bueno, recuerdo uno sobre que las pelirrojas no estaban de moda…

Él rio por lo bajo. —Tú también tienes buena memoria, preciosa.

—Lo intento.

Llegaron hasta la puerta de su habitación y él iba a decir algo cuando escucharon un grito que les sobresaltó. —¿Qué ha sido eso?

Oxton salió corriendo hacia la puerta de la habitación de su madre y la abrió de golpe. Las puertas dobles que daban al balcón estaban abiertas y las cortinas de hilo se movían de un lado a otro por el viento frío. Oxton entró en la habitación. —¿Madre?

Richelle reteniendo el aliento fue hasta el balcón mientras él revisaba la habitación. —¡Madre!

Se acercó al borde y rezando miró hacia abajo. Fue un alivio no verla en el suelo. Su suegra colgaba de la parte baja de la balaustrada de piedra sujetándose con ambas manos. —¡Ayúdame!

—¡Oxton, pide ayuda! —Se agarró a la barandilla de piedra y pasó una pierna al otro lado. Sujetándose con fuerza a la barandilla pasó la otra pierna con cuidado de no pisarla.

Oxton llegó hasta ella y gritó agachándose para coger a su madre con el brazo sano a través de los huecos para evitar que cayera. —¡Royden! —gritó. —¡Preciosa agárrala!

Sujetándose a la barandilla se agachó y la agarró del cabello haciéndola chillar. —¡Richelle agárrala del brazo!

Su suegra soltó el brazo que no le sujetaba su hijo y empezó a darle de manotazos.

—¿Pero estás loca? ¡Sujétate!

—¡Serás bruta!

Royden llegó solo con los pantalones puestos y al ver la situación intentó pasar al otro lado de la barandilla, pero ella gritó —¡No! ¡No aguantará el peso de los tres! ¡Poned colchones abajo! ¡La sujetaremos hasta entonces!

—¡Está muy alto! ¡Se romperá las piernas!

—Está demasiado abajo para poder atarle una cuerda a la cintura. ¡Y por ella misma no aguantará su peso mucho tiempo y menos podrá subir!

—¡La cuerda, la cuerda! —gritó su suegra.

Richelle gruñó. —No podrás subir…

—¡Sí que podré, burra! ¡Suéltame el pelo!

—Uy, lo que me ha llamado.

—Madre, Richelle tiene razón, no podrás subir por la cuerda tú sola.

El marqués llegó en ese momento y al mirar abajo palideció. —Pero mujer, ¿qué te pasa últimamente?

Sollozó. —¡Esto no ha sido culpa mía!

Los lacayos aparecieron abajo y gritaron corriendo de un lado a otro. —Mierda —dijo Richelle mirando hacia Royden que gritaba dando órdenes. Tardarían demasiado. Como siguiera tirándole del

cabello la iba a dejar calva. Sería una muerta calva porque las manos de Audrey se estaban resbalando y Oxton estaba demasiado débil como para sujetarla con una sola mano. —¡Spencer trae un cinturón!

El marqués salió corriendo y Oxton preguntó —¿Qué vas a hacer?

—No pondrán los colchones a tiempo.

Spencer llegó con el cinturón en la mano y gritó —¿Qué hago?

—Ata el cinturón a la parte baja del barrote de piedra cogiendo mi tobillo también.

Él se agachó al lado de su hijo para hacerlo.

—Átalo dejando un poco de holgura.

Lo hizo lo más rápido que pudo. —Ya está.

—Bien. —Respiró hondo tirando del tobillo para asegurarse de que estaba bien sujeto.

—Preciosa, ¿qué vas a hacer?

De pronto soltó sus manos dejándose caer hacia atrás y todos gritaron viendo como las faldas caían cubriendo su rostro, pero sus manos agarraron los tobillos de su suegra. —¡Soltadla!

—¡Estás loca! —gritó Audrey histérica.

—¡Suéltala Oxton, la correa no aguantará mucho tiempo!

Oxton la soltó y su suegra cayó quedando boca abajo. Su camisón se deslizó hasta sus axilas dejándola en cueros ante todos los que estaban abajo mientras gritaba como una loca bajo el camisón. Richelle gimió. A ver si inventaban algo para cubrir las partes pudendas cuando una se ponía el camisón, esto su suegra no se lo iba a perdonar nunca. —¡Royden!

—¡Estoy listo, suéltala!

Lo hizo de inmediato y escuchó como caía el metro que quedaba hasta Royden. Y la dejó en el suelo muy rápido antes de ponerse de pie y mirar hacia ella. Richelle levantó el pulgar para que

supiera que estaba bien. Tomó aire. Ahora quedaba lo más difícil, subir. Y con el corsé se complicaría.

—¿Preciosa?

—¡Estoy bien!

Para asombro de todos endureciendo los abdominales se dobló y alargó una mano para agarrar la correa. Logró sacar el botín y apoyó el pie en la piedra. Tirando de su cuerpo consiguió colocar el otro pie y soltando la correa se impulsó agarrando la barandilla, haciendo que los hombres que estaban arriba dejaran caer la mandíbula del asombro. Saltó con agilidad al otro lado y dio dos palmadas en sus manos para limpiárselas. —Spencer, creo que tu esposa va a necesitar algo de tu láudano para dormir esta noche. —Se acercó a Oxton. —¿Estás bien?

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Fely que estaba en la habitación con las demás intentando no estorbar.

—En el colegio hacíamos mucho ejercicio. Y subíamos a los árboles, ¿sabes?

—¿Árboles?

—Árboles enormes. —Miró a Oxton. —¿Estás bien?

—Sí, preciosa.

Sonrió besándole en la mejilla antes de alejarse. —Veamos qué es lo que ha pasado, si tu madre puede contarlo.

Atónitos fueron tras ella. —Preciosa, cojeas.

—Bah, no es nada. Demasiado peso. Mañana el tobillo estará como nuevo.

Al llegar abajo Royden metía a su suegra en casa y la dejó sentada en el sofá del salón. Se acercaron a ella que no hacía más que llorar. Richelle se puso ante ella y se cruzó de brazos. —Sí, ha sido muy estresante.

Audrey volvió a sollozar.

—Un coñac para mi esposa —dijo el marqués.

—Deberíamos llamar al médico —dijo Royden.

Un tortazo le volvió la cara a Audrey y todos miraron asombrados a Richelle. —Bien, ahora que te has calmado, cuéntanos qué ha pasado.

Miró de reojo a su marido. —Me han empujado. Estaba en el balcón, necesitaba aire y alguien me empujó. —Sollozó de nuevo mirando sus manos llenas de heridas por aferrarse a la rugosa piedra. —Conseguí agarrarme y después llegasteis vosotros.

Richelle suspiró antes de mirar a Oxton, que tenía el ceño fruncido. —Miente.

—Eso parece.

—¿Pero qué dices? —preguntó su padre escandalizado. —Hay que llamar al alguacil, hay…

—¡Padre, nosotros estábamos en el pasillo y revisé la habitación en cuanto oí el grito! ¡No había nadie allí y nadie podría haber huido sin que nosotros le viéramos!

Todos se quedaron de piedra antes de mirar a Audrey que no dejaba de llorar. Richelle se agachó ante ella. —Te ibas a tirar y después te arrepentiste, ¿no? Pero caíste e intentaste sujetarte.

Sin ser capaz de hablar asintió mientras temblaba con fuerza.

—Válgame Dios —dijo el marqués impresionado dando un paso atrás.

—¿Por qué? —preguntó Richelle suavemente.

—No lo soporto.

Su marido perdiendo todo el color de la cara se tensó con fuerza y de repente la furia traspasó su rostro, antes de salir del salón tan rápido como podía teniendo en cuenta lo que le dolía la pierna.

Richelle miró a los demás. —¿Podéis dejarnos solos?

—Sí, por supuesto —dijo Mary Anne impresionada.

Salieron poco a poco del salón hasta que Oxton, Audrey y ella se quedaron solos. —¿Qué es lo que no soportas, madre?

Levantó la vista hasta su hijo. —Esta situación. Ya no lo soporto más, he pagado mi penitencia con creces.

—¿Tu penitencia?

—Tu padre no me lo perdona y ya estoy harta. —Se miró las manos. —Estáis mejor sin mí.

—Madre, no digas eso. —Se sentó a su lado y la abrazó por los hombros pegándola a él. —Eres muy importante para mí.

Las lágrimas cayeron sobre sus manos. —Cuéntanos qué es lo que ocurrió para que quisieras irte de Londres, pero dinos la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó Oxton. —Siempre me has dicho que vuestro matrimonio no funcionaba, que la ciudad no te gustaba porque habías nacido en el campo.

—Mentí. Cuando llegó la hora de casarme con Spencer estaba muy emocionada, no solo por casarme con él sino porque al fin conocería Londres. Y lo disfruté, lo disfruté muchísimo a pesar de no ser presentada, a pesar de que nuestras familias precipitaron todos los preparativos de la boda para casarnos lo más pronto posible.

—Mary Anne dice que el día de tu boda estabas dichosa.

La miró sorprendida. —¿Estaba allí?

Richelle asintió.

—No sabía que había sido invitada. Recuerdo ese día como en una neblina, solo le recuerdo a él y lo felices que fuimos.

—¿Y qué ocurrió, madre?

—La noche de bodas.

Oxton entrecerró los ojos.

—Fue un desastre absoluto.

Su hijo carraspeó incómodo. —¿No te satisfizo?

—No, discutimos.

—Por tu hermano —dijo Richelle.

—Le habían pillado haciendo trampas.

—Contaba las cartas como tu hijo.

Oxton no podía estar más sorprendido. —¿Qué?

Richelle decidió aclarárselo. —Tu tío Daniel era igual que tú. Tenía una habilidad para recordar cosas y sabía solo con un vistazo las cartas qué tenía su contrincante.

—Eso no es trampa —dijo él indignado. —Era más inteligente, eso es todo.

Audrey sollozó. —Se pasó de listo, su contrincante le tendió una trampa dejándole en evidencia ante sus compañeros, que al ver las cartas sí que creyeron que hacía trampas con algún método que no conocían. Tu padre estaba delante y cuando Daniel aceptó el reto no se puso de su parte.

—Lo que llevó a una discusión en la noche de bodas.

—Me negué a pasar la noche con un hombre que no protegía mi apellido. Él me gritó que no podía justificar lo injustificable. Furioso dijo que tenía que ejercer mis obligaciones conyugales. No me lo podía creer, así que accedí, pero sin tocarle en ningún momento.

—Lo que ofendió a padre todavía más.

Audrey asintió. —Se fue de la habitación en cuanto terminó. Al día siguiente me enteré de la muerte de mi hermano, me prohibió ir al funeral porque nos íbamos de luna de miel. Así que me escapé. Lo consideró otra ofensa. Me prohibió salir de casa, se canceló la luna de miel y entre nosotros todo iba a peor. Entonces…

—¿Qué, madre?

—Mi familia vino a cenar una noche y fue cuando me enteré de lo que realmente había pasado con Daniel. Durante la cena de boda se había insinuado a su contrincante y ese maldito francés…

Richelle impresionada se llevó la mano a la boca mientras Oxton se tensaba. —Madre, no hablas en serio.

Sollozó. —Se ofendió y aprovechó el juego para darle una lección. Y le mató. Me puse como loca, le exigí a mi marido que tomara medidas, pero él simplemente dijo que cuando me comportara como una esposa podría empezar a exigir. ¡Lo dijo

delante de mis padres! No me lo podía creer. Me sentí humillada y le grité que si él fuera un marido como Dios manda, sería más hombre en la cama. Mi padre se levantó y me dio un tortazo que me tiró sobre la mesa diciéndome a gritos que ante él respetara a mi marido. —Con la mirada perdida susurró —Spencer no hizo nada. Simplemente dijo que me fuera a mi habitación y no saliera. —Apretó sus manos angustiada. —Entonces perdí la cabeza. —Sollozó.

—Madre, ¿qué hiciste?

—Me metí en la cama con mi doncella.

Asombrada miró a Oxton, que palideció. —¿Qué has dicho?

—No hicimos nada, te juro que no. Le di unos pendientes de perlas para que aceptara porque tenía pensado irse de la ciudad y los pendientes le vendrían bien. Cuando Spencer llegó a la habitación y la vio en la cama se puso como loco. Casi la mata y a mí…

—¿Qué hizo?

Sollozó. —Me miró fríamente, no volvió a hablarme nunca más cuando estábamos solos.

Audrey se sentó en sus talones ignorando el dolor del tobillo. —¿Nunca más?

Negó con la cabeza. —Desde entonces una anciana insoportable me seguía a todas partes. Era una chivata que informaba de todo lo que hacía. Ella se encargaba de ser mi doncella y nadie más podía servirme en mi habitación. Spencer me visitaba cada noche hasta que me quedé en estado. Era como si quisiera que le diera un heredero cuanto antes. Jamás hubo una caricia, jamás hubo una sonrisa, solo desdén. Después de dar a luz intentó dejarme en estado de nuevo, pero el bebé no llegaba. Una noche bajé a cenar por obligación, por orden suya. Había invitados. Entonces me di cuenta. Una de sus invitadas era su amante, ella no se reprimía a la hora de dejarlo claro. Me sentí tan humillada que me fui.

Se hizo el silencio y Audrey miró a su hijo. —Hice mal, pero lo pagué con creces y ya no lo soporto más. Ir a Londres sería una tortura.

—No hace falta que vengas, madre.

—¿Perdón? —preguntó Richelle asombrada.

—Preciosa, no quiero que sufra más.

—¿Pero no te das cuenta de lo que está pasando aquí?

—No te entiendo.

—Es obvio que no entiendes. ¡Ella le ama! ¡Y él a ella porque sino le hubiera dado igual lo que hubiera hecho en el pasado!

—Si se amaran, ninguno de los dos se hubiera comportado así.

—¡Precisamente porque se amaban no supieron controlar sus sentimientos! ¡Cuando no se siente nada no se sufre por los actos de otra persona, Oxton!

—No puedo ir a Londres.

—Tu pequeña jugada te ha salido de perlas —dijo con desprecio levantándose para ir al mueble bar y servir un coñac. Se volvió con la copa en la mano. —¿No, suegra? Tu escena de esta noche te ha venido estupendamente para que tu hijo se ponga de tu parte.

—¡Richelle basta ya!

Le tendió la copa. —Bebe, a ver si así calmas los nervios y dejas de hacer estupideces.

Oxton estaba asombrado. —¿Pero tú quién eres?

—La mujer con la que quieres casarte. —Alargó más el brazo. —Bebe.

—¡Richelle deja de presionarla!

—Es que alguien tiene que hacerlo, porque cuando piensa por sí misma destroza la vida de tres personas.

—¡Basta! ¡No la tortures más!

Se agachó frente a ella. —Eres una pequeña manipuladora, ¿verdad? No tuviste agallas de reconocer que tu hermano metió la pata exponiendo a su propia familia, a ti misma el día de tu boda y cuando hubo consecuencias responsabilizaste a tu marido. ¡Y para colmo después le humillaste una y otra vez! —Audrey sollozó tapándose el rostro con las manos. —¡No te atreves a enfrentarte a él! ¡Lo único que haces es humillarle como acabas de hacer ante sus invitados! Su mujer quiere quitarse la vida porque no le soporta. ¡No dijiste no soporto esta situación! ¡Dijiste no lo soporto para que pensáramos que hablabas de él, que es lo que todos han creído! ¡Eres muy lista! ¡Solo has querido hacerle daño porque no te dio la razón y lo de la doncella demuestra que tienes un lado oscuro!

Apartó las manos y la miró con rabia. —¡Como tú! ¡Eres una experta en encubrir tu verdadero carácter!

Rio. —Bravo, al fin te muestras como eres. —Miró a Oxton que estaba atónito. —¿La ves? ¿Ves su verdadero yo? Solo ha intentado manipularnos a todos y dejar mal a tu padre. ¡De nuevo! —Se bebió el coñac de golpe y dejó la copa ante la mesa.

—¿Pero por qué?

—Porque no pudo soportar que tu padre se enamorara de otra mujer.

Audrey furiosa cogió la copa y se la lanzó, pero ella la esquivó por un pelo.

—¡Madre!

Richelle se echó a reír. —¿Vas a dejar de comportarte como una niña?

—¡Muérete!

—Lo menos que podías hacer es darme las gracias, porque con tu jueguecito pudimos morir las dos. Te he salvado el pellejo. —Soltó una risita. —Por cierto, felicidades, aún estás de muy buen ver.

—¡Te odio!

Puso los ojos en blanco antes de mirar a Oxton, que furioso siseó —Madre…

Le miró con los ojos entrecerrados. —¿Qué?

—Irás a Londres —sentenció . —¡Y te comportarás como se espera de ti! —gritó haciendo que perdiera todo el color de la cara. —¡Apoyarás a tu futura nuera y a tu hijo! ¡Te llevarás bien con tu marido y serás la anfitriona perfecta!

—¿O sino qué?

Amenazante dio un paso hacia ella. —Haré que te internen y con lo que acaba de pasar nadie me lo reprocharía.

—¡Eres igual que tu padre!

Se acercó otro paso. —No te equivoques, si yo hubiera encontrado a Richelle con otra persona en la cama, los hubiera matado a los dos. Vuelve a intentar hacer algo como lo de esta noche y antes de que te des cuenta estarás en una institución mental. —Se volvió y salió del salón dando un portazo.

Richelle se mordió el labio inferior. —Me lo has enfadado.

—Cállate —siseó.

—No culpes a nadie de tu mala suerte. Has jugado con fuego y te has quemado.

—Si no hubieras estado tú…

—Te habrías salido con la tuya, pero estoy aquí para que no intentes engañar a nadie más. Acéptalo, sigue adelante y reconcíliate con tu esposo.

Se le cortó el aliento. —¿Estás loca?

—Vamos… Todo esto, toda esta pataleta sin sentido es porque aún le quieres, reconócelo.

—Antes muerta —dijo con rabia.

—Algo que pudo suceder hace menos de una hora, recuérdalo. Bien que gritabas muerta de miedo. —Suspiró sentándose sobre la mesa de centro. —Mira, puedes desperdiciar los años que te queden, que le queden con esa actitud. Pero piensa una

cosa, ¿cómo te sentirás cuando muera? —Audrey palideció. —Me lo imaginaba. Déjate de estupideces e intenta reconquistarle. No te costará demasiado, te llamó gatita cuando estabas allí colgada.

Se le cortó el aliento. —¿De veras?

—Y cuando te disparé se preocupó. Si no le importaras, le daría igual que murieras. Es más, sería un alivio para él porque podría tener otra mujer, alguien que le calentara la cama y que le diera cariño. El marqués está muy solo y me propongo que sea feliz. Preferiría que fuera contigo, porque siento que vuestro amor simplemente está dormido, no muerto.

Apartó la vista avergonzada. —Yo ya no le haría feliz.

—¿Crees que hay demasiado rencor entre vosotros? —Audrey asintió. —Te equivocas. Tendrás que soportar sus desplantes hasta que esté más relajado, deja a un lado los golpes bajos y te perdonará, estoy segura.

Su futura suegra no dijo nada y se agachó ante ella. —Venga, vete a la cama. Tienes que estar descansada y radiante mañana.

—Oxton está enfadado conmigo.

—Es vuestro hijo y se ha llevado un par de sustos esta noche. Nada que el tiempo no cure.

—¿Crees de veras que…? —La miró tímida. —¿Me amará?

—¿Quieres un consejo?

—Sí —dijo ansiosa.

—Durante unos días estará furioso. Deja que se desahogue con esa ironía que ha heredado su hijo, pero en dos días, tú serás la señora de la casa y no dejarás bajo ningún concepto que te pase por encima. Si te grita, tú gritas más, si es irónico tú también, pero sin golpes bajos.

—Él no dudará en usarlos.

Richelle sonrió maliciosa y ella empezó a entender. —Quieres que se sienta culpable.

—El marqués es muy recto. Si hace algo mal tendrá remordimientos y poco a poco se acercará a ti para buscar tu perdón. —La advirtió con la mirada. —Y se lo darás. Antes de que te des cuenta vuestra relación cambiará.

—¿Cómo sabes tanto de estas cosas?

—Observando. En el colegio había dos matrimonios y también trabajaba gente que vivía en el exterior, ¿pero sabes en lo que todos eran iguales?

—No, ¿en qué?

Sus ojos brillaron. —Todos buscaban el amor. Lo necesitaban, lo anhelaban…

—¿Y tú ya lo has encontrado?

Sonrió de medio lado. —Lo supe en cuanto le vi. Supe que haría lo que fuera por conquistarle. Y será mío.

Capítulo 10

Subió las escaleras sujetándose las faldas y fue hasta la habitación de Oxton. Abrió sin llamar y le encontró mirando por la ventana. Por lo tensa que tenía la espalda fue evidente lo enfadado que estaba. Se acercó por la espalda y le abrazó rodeando su cintura para apoyar su mejilla en él. —Recapacitará.

—No me lo puedo creer. Toda la vida viviendo con ellos y creía que se odiaban por la obligación de un matrimonio concertado. Soy un estúpido.

—No, cielo. Ambos disimulan muy bien y su separación ayudó a que ambos se distanciaran.

Se mantuvo en silencio y ella se preocupó. —¿Qué piensas?

—No recordaba haberles visto juntos, no recordaba como era su relación. Tenía cinco años cuando madre se fue de Londres. Siempre venía hasta aquí solo acompañado de un tutor.

—Entiendo que todo esto te esté sobrepasando.

—Ha simulado que quería suicidarse para librarse de ir a Londres —dijo incrédulo.

—Teme sufrir.

Se volvió para mirarla a los ojos y acarició uno de sus rizos. —¿Crees que aún le ama? ¿De veras lo crees?

—Creo que tienen cuentas pendientes y no me refiero a la venganza. Cuando iniciaron su matrimonio sucedieron varias cosas que lo cambiaron todo. Necesitan otra oportunidad. Y se la vamos a dar por mucho que protesten o simulen que se odien. —Besó

suavemente su labio inferior. —Ahora descansa. Mañana tenemos que irnos a Londres.

—Duerme conmigo.

Se le cortó el aliento. —Sabes que no puedo. Aún no. —Agachó la mirada volviéndose. —Y no es justo que me lo pidas. Compartiré cama con mi marido y contigo ya he traspasado demasiadas fronteras.

La agarró por el brazo. —Vas a casarte conmigo.

Su seguridad la excitó. —Aún no te he dicho que sí.

—Preciosa, empiezo a pensar que estoy sobre arenas movedizas, que vas a jugar conmigo y que después te casarás con otro.

—Cielo, si quisiera volverte loco me encamaría contigo —dijo cortándole el aliento. —Porque te enamorarías tanto de mí, que no me costaría destrozar tu corazón.

—No hablas como una debutante, ¿a qué estás jugando?

—Tú no quieres una debutante, no quieres una virgen inocente que se sonroje cada vez que la mires. —Se acercó a él hasta que sus pechos le rozaron. —Tú quieres una mujer y yo he tenido que madurar muy pronto. No, no soy como ellas, pero no descubrirás del todo como soy hasta que me pongas el anillo en el dedo. Hasta entonces dormiré en mi cama.

—¿Has compartido lecho con otros hombres? —preguntó furioso.

—¿Te importaría? —preguntó con descaro.

La agarró por la nuca pegándola a él y Richelle sintió que el calor recorría su cuerpo. —No soy como mi padre.

—Lo sé. Y te aseguro que si a mí me molesta algo de nuestro matrimonio te lo dejaré muy claro.

Él sonrió. —Eso es casi lo mismo que decir que sí, preciosa.

Entrecerró los ojos. —No.

—Sí.

Miró sus labios. —Esto no empieza bien. No nos ponemos de acuerdo.

Él se acercó a su rostro aún más. —¿En ese colegio no te enseñaron que al marido siempre hay que darle la razón?

—Tú no eres mi marido.

La besó entrando en su boca como si quisiera demostrarle lo contrario y la saboreó con tanta pasión que medio mareada casi se entregó a él. Casi. Le agarró por la oreja y él sorprendido apartó su boca. —Mujer, te deseo.

—Y yo a ti, pero será cuando nos casemos. —Se volvió y se le dobló una rodilla. —Vaya… Me tiemblan las piernas. —Soltó una risita. —Eres un diablo, barón.

Él sonrió de medio lado. —No te resistirás a mí mucho tiempo.

—Contrólate o hablo con tu padre.

—No te atreverás.

La verdad es que no diría ni pío, porque si el marqués se enfadaba puede que le echara de nuevo y eso sí que no.

—No me provoques —dijo seductora antes de salir de la habitación.

Se tuvo que apoyar en la pared para tomar aire. —Madre mía, qué barbaridad. Con esos besos no aguantas ni una semana. Contrólate Richelle. Mente fría. Estamos hablando de tu virtud. Mente fría.

Al día siguiente sentada ante él gruñó por su mirada de picardía. Sabía que no había pegado ojo, el muy gañán. Pues a eso podrían jugar dos. Ya vería, ya. Volvió la cabeza hacia Audrey que se mantenía callada mirando por la ventana. El marqués sentado frente a ella estaba muy tenso y se acariciaba el muslo. Sus ojos pasaron por ese muslo, el de Audrey y el cabestrillo de Oxton antes de pensar en su tobillo que estaba bastante hinchado y soltó una risita.

—¿De qué te ríes, preciosa?

—De que en este carruaje estamos todos lisiados. —Oxton sonrió. —Tres cojos y un manco.

Se echó a reír a carcajadas y al ver sus caras de asombro rio aún más. —No me digáis que no tiene gracia.

Oxton sonrió. —Ya decía yo que parecía que cojeabas. Déjame verlo.

Elevó el pie como si nada y lo puso sobre su muslo. —Él levantó lentamente su vestido de viaje para mostrar su botín negro y las medias blancas. Oxton perdió la sonrisa de golpe al ver el tamaño de su tobillo. —Joder…

—Hijo, no hables así.

Sin ningún pudor Oxton subió la mano y bajó la media para mostrar el tobillo amoratado. —¿Te lo has roto?

—No, puedo andar.

—Niña, no tiene buena pinta —dijo Audrey.

—Te voy a quitar el botín.

—No, se me hinchará más y después no podré ponérmelo. He dormido con él no voy a fastidiarlo ahora.

—¿Has dormido…? —Oxton sacó el brazo del cabestrillo y empezó a desatar su botín.

—No, cielo, no lo hagas —dijo intentando apartar el pie.

—Déjale —dijo el marqués. —Seguro que está así porque no corre la sangre.

—Sí que corre, en el otro corre.

—El otro no está hinchado —dijo Audrey.

Gruñó, pero cuando Oxton le tiró del botín gritó agarrándose al asiento. —¿Pero qué haces?

—Preciosa, creo que está roto. El botín te lo sujeta por eso podías caminar.

El marqués dio un golpe al techo y la ventanita de madera que había tras él se abrió. —¡A la posada más próxima, donde haya

un médico!

—Enseguida, marqués. Estamos a pocas millas.

—No puedo tenerlo roto —dijo como si fueran unos exagerados.

—Ese morado no tiene buen aspecto —dijo Audrey.

La miró. —Eso ya lo has dicho.

—A ver si te vas a quedar coja de veras.

Jadeó mirando a Oxton. —Encima que le salvo la vida, viene a alegrarme el día.

—Madre… —dijo entre dientes. —No ayudas nada.

—Si le quitas el botín puede que le hagas más daño. Déjalo así.

—Tu madre tiene razón, hijo. Espera a ver lo que dice el médico.

—¡No puedo tenerlo roto! ¿Y mi presentación?

Los tres se quedaron en silencio. —¡Voy a tener mi presentación!

—Eso niña, como si tienes que bailar coja —dijo Audrey.

—¡Pues sí! —Se cruzó de brazos y miró por la ventanilla. —Todo lo que he hecho en ese maldito colegio era para llegar a ese día. Debo brillar con mi hermoso vestido blanco y bailaré toda la noche mientras los pretendientes se disputan mi atención. —Impotente apretó los puños. —No me lo va a quitar nadie. No me he pasado en ese colegio años acatando sus reglas para que ahora me quiten una de las noches más importantes de mi vida.

Oxton apretó los labios antes de mirar su tobillo de nuevo temiendo que no pudiera vivir esa noche. No tenía buen aspecto y lo más sorprendente es que no se había quejado ni una sola vez.

Sentada en la cama rodeada de sus amigas y su suegra, comía bollos de canela y miel a dos carrillos. La cocinera de la posada era

una artista. Entrecerró los ojos. En el futuro necesitaría una cocinera, para su nueva casa de casada. Uy, cuanto había que hacer.

Oxton entró en la habitación con un hombre y ella con la boca llena parpadeó. —Doctor Herrold.

—Es una casualidad que nos encontremos de nuevo.

Asombrada miró a sus amigas, que le observaban con desconfianza. —¿Cómo todavía por aquí? —preguntó Fely.

—Me quedé a pasar la noche y me necesitaron para un parto. Al parecer su familia necesita doctor a tiempo completo.

Se sonrojó. —Últimamente estamos algo torpes.

—No me la imagino torpe, milady. —Dejó el maletín a su lado. —¿Nos pueden dejar solos?

Todos negaron con la cabeza y Oxton sonrió. —Continúe doctor.

Levantó la falda y cuando llegó a la rodilla ella agarró el vestido para que no subiera más. —Milady necesito que baje la media.

—Ya se la bajo yo —dijo Fely a toda prisa.

Por la cara que ponía Oxton ese médico se estaba convirtiendo en un auténtico incordio.

En cuanto su amiga le bajó la media el doctor apretó los labios y abrió los cordones del botín. —Hizo bien en no quitárselo hasta que yo la viera, milady.

—¿Ves? —le dijo a Oxton que sonrió.

—No creo que esté roto. No hubiera podido dar un paso si hubiera sido así. Vamos a quitarlo.

Uy, eso iba a doler. —Pero ha dicho…

—No debe apoyarlo, milady. Al menos durante una semana.

Suspiró del alivio y Fely sonrió. —Solo una semana, es una noticia muy buena.

—Sí que lo es.

El doctor estaba quitando los cordones del botín y abrió todo lo que pudo las solapas. Delicadamente empezó a quitarlo y aunque le dolió no fue tanto como pensaba.

El doctor sonrió dejando caer el botín al suelo. —No se ha quejado.

—No ha sido para tanto.

Él cogió su tobillo y lo movió muy lentamente de un lado a otro. —¿Le duele?

—Cuando lo gira a la derecha.

—Tiene afectado el músculo. Por eso ese morado. No lo apoye, milady. Ahora se lo vendaré para evitar que se hinche. Si puede mantener la pierna en alto, mucho mejor.

Sonrió. —Muy bien. Pero en una semana podré caminar, ¿no?

—Tengo la sensación de que está pensando en su presentación y siento decirle que su tobillo no estará como para bailar toda la noche. Le dolerá. Escuche a su cuerpo, milady. Si le duele debe parar.

Asintió. —Muy bien.

El doctor cogió unas vendas del maletín y empezó a vendárselo cogiendo su pie con una delicadeza que tensó a Oxton.

—Así que vuelven a Londres.

—Sí, hay muchas tareas pendientes —dijo ella.

—Entonces iré a visitarla a casa del marqués a ver cómo se encuentra.

Es que ni sabía que decir, ese hombre no se daba por vencido.

—La visitará el doctor Creswell, no hace falta que se moleste —dijo Oxton.

—No es molestia, me preocupo por mis pacientes.

Nada, que le daba lo mismo. —Es muy amable —se sintió obligada a decir.

Él sonrió. —Es un placer.

Fely gruñó sin ningún disimulo antes de volverse hacia las demás que se encogieron de hombros.

Cuando el doctor terminó, acarició su tobillo cortándole el aliento de la sorpresa porque no había sido un toque casual ni profesional. De hecho, su mano aún tocaba la piel que estaba por encima de la venda. Richelle le miró a los ojos diciéndose que debían ser imaginaciones suyas, aunque la expresión encantada del doctor decía otra cosa. —Intente no cargar peso sobre él, milady.

Sí, su cara de satisfacción decía a las claras que lo había hecho a propósito. Entrecerró los ojos, empezaba a caerle muy gordo. ¿Creía que iba a tolerar que se tomara esas libertades? Era evidente que llevarle a Cooledge Hall había sido un error garrafal.

Su mano volvió a acariciar su tobillo y él sonrió encantado mientras la rabia la recorría. Nadie la tocaba sin su consentimiento.

—Debería quedarse aquí el día de hoy por si me necesita, milady. —Pasó la mano por su tobillo de nuevo. La otra pierna de Richelle salió disparada dándole con el botín en toda la quijada. El doctor puso los ojos en blanco antes de caer redondo al suelo.

Todos la miraron asombrados y ella hizo una mueca. —Me ha dado un tirón en la pierna. Ha sido involuntario. —Se apoyó en los codos y miró hacia abajo antes de mirar a Oxton que retenía la risa. —Cielo, ¿puedes llamar a alguien para sacarle de la habitación? —preguntó mientras sus amigas reían a carcajadas.

—No me hace falta llamar a nadie, preciosa. —Se acercó cogiéndole por el pie con una sola mano y tiró de él hacia la puerta.

—Qué fuerte eres —dijo admirada mientras Ifi abría la puerta para dejarles pasar. Después de dejarle en el pasillo pasaron de nuevo y Oxton cerró de un portazo. —Querido deberíamos irnos ya. No quiero retrasar más el viaje.

—Nos iremos de inmediato. —Se acercó a ella y acarició su tobillo. —¿Estás bien?

Sonrió. —Sí, esto no es nada.

Él se acercó y le iba a dar un beso en los labios cuando ella le puso la mano en la boca. —¿Qué haces? ¡Están aquí mis amigas y tu madre! ¡Oxton contrólate, no estamos comprometidos!

—Hijo, decoro.

Gruñó enderezándose. —Disculpen señoras, no sé qué se me ha pasado por la cabeza.

—Barón, debería ir a comprobar si todo está listo para nuestra partida —dijo Ifi.

Oxton molesto salió de la habitación y se escuchó un gemido. —Acércate a ella de nuevo y te reviento la cabeza.

—Pero si me ha llamado usted —respondió el doctor con esfuerzo.

—No te lo digo más.

Las chicas sonrieron y Mary Anne cogió el maletín abriendo la puerta para tirárselo al doctor antes de cerrar de un portazo. —Niña, lo del doctor fue un error.

—Y tanto que fue un error —dijo su suegra.

Hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Se ha convertido en un pequeño obstáculo, pero seguro que ya ha entendido que no tiene posibilidades.

—¡Primero intentabas darle celos a mi hijo con ese pesado, después haces que lo echen y ahora le noqueas! ¿No te da pena? —preguntó Audrey indignada. —¿Pero a ti qué te pasa?

Suspiró. —Claro que me da pena. Pero cuando lo conocí era una opción en caso de que Oxton no diera su brazo a torcer. No pensaba descartarlo porque sí de buenas a primeras, me agradaba. Eso fue antes de que se convirtiera en un incordio. Con lo que acabo de hacer, se dará cuenta de que hablaba en serio cuando rechacé su proposición de matrimonio. —Apretó los labios. —No me gusta utilizar a nadie. Lo siento por él, pero ya no puedo hacer nada más.

Su llegada a Londres a medianoche tomó al servicio por sorpresa y a pesar de las protestas de Oxton fue uno de los lacayos quien tuvo que llevarla a su habitación donde Page con cara de sueño y a medio vestir entró cuando la estaban sentando sobre la cama. —Gracias.

—Es un placer, milady —dijo el sirviente antes de inclinar la cabeza y salir.

—Milady, ¿qué le ha ocurrido?

—Nada de importancia. El camisón, estoy agotada.

—Sí, por supuesto.

Oxton entró en la habitación y otro lacayo le siguió con su equipaje. —¿Estás bien, preciosa?

—Sí, solo un poco cansada. ¿Y tú? ¿Te duele mucho?

—Nada que no se solucione con una buena noche de sueño. —Acarició su mejilla. —Sueña conmigo.

—Siempre.

Él salió de la habitación y Page se acercó con el camisón. —Milady, qué maravilla, ¿están ya comprometidos?

—Tendré mi presentación y me lo pedirá en dos meses. Va a cortejarme.

La doncella parpadeó. —¿Cortejarla? ¿Para qué?

—Para conocernos mejor. Un matrimonio es algo muy serio.

—Entiendo. Así que puede que le diga que no.

—No creo que sea probable. Pero tengo derecho a vivir mi temporada y la voy a disfrutar.

—Ah, es por la temporada.

—Por supuesto. —Sus ojos brillaron. —Tiene que ser perfecta.

Pues las cosas no estaban saliendo como esperaba, la verdad. Tres días después miraba pasmada al marqués. —¿Cómo que ya no

tenemos orquesta?

—Niña, al retrasar la fecha, todo se altera. Ellos tienen más compromisos y ahora ya no pueden acudir el jueves que viene. —Spencer le tendió la nota.

Oxton que estaba leyendo el periódico sentado en el sillón volvió la hoja. —Habrá más orquestas.

—Todas las demás tenían las fechas ocupadas hasta octubre. —Preocupada miró la nota donde se excusaban porque no podrían tocar en su presentación. —Rayos.

—Preciosa, me ocuparé de ello. Tendrás la mejor orquesta de todo Londres. ¿Acaso no te encontré esa?

—Pues deja el periódico —dijo impaciente.

Rio cerrando el periódico. —Tus deseos son órdenes, milady.

Fred entró en el salón. —Milady, tiene visita.

Sonrió. —¿Son mis amigas?

—No, milady. Es la señora Goulden.

Perdió la sonrisa poco a poco. ¿Qué hacía la directora del colegio allí? —Llévala a la salita azul.

—Sí, milady.

—Preciosa, ¿quieres que te acompañe?

—No, no hace falta. —Se levantó y cojeando apenas fue hasta la puerta que comunicaba con la salita cerrándola a su paso. Caminó hacia el sofá de seda azul y se sentó esperando a su visita. En cuanto entró la señora Goulden, se acercó mientras ella se levantaba. La mujer hizo una ligera reverencia. —Milady…

—Su visita es toda una sorpresa, señora Goulden.

—He tenido que venir a Londres y me he acercado a visitarla —dijo incómoda.

Miró a Fred. —Un té para mi invitada.

—Enseguida, milady.

—Por favor siéntese. —Se sentó y la mujer se sentó a su lado. —Así que de visita.

—Sé que no debería haber venido y más con un problema que no es de tu incumbencia —dijo muy envarada. —Pero solo tú puedes ayudarme, Richelle.

—Cuéntame, pero habla bajo. Mi futuro marido está al otro lado de esa puerta y no sé si sentirá interés por tu visita —dijo tuteándola por primera vez en su vida.

La mujer dejó salir el aire que estaba conteniendo. —Se trata de Dafne.

Entrecerró los ojos. —¿Dafne? ¿La alumna del colegio que tiene dos años menos que yo?

—Esa misma. Está… Esperando un hijo.

No pudo disimular su sorpresa. Esa chiquilla jamás se había saltado una sola norma. Era dulce y buena con todas. Tuvo un mal presentimiento. —¿De quién es?

—De uno de los lacayos.

—¿La obligó?

—No, dice que está enamorada. ¿Entiendes mi situación?

—Perfectamente. Como los padres se enteren de algo así, irán a recoger a sus hijas a toda prisa y tú quedarás arruinada.

—Exacto —dijo angustiada. —¿Puedes hacer algo?

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Dafne es hija de un miembro muy destacado del parlamento, lo sabes. Si me echas una mano en esto, te deberé una muy grande. —Cogió su mano. —No le dije nada al hijo del marqués de lo de ese labriego. Me lo debes y lo sabes.

Apretó los labios. —Y tú sabes de sobra que no puedes hablar de eso por la cuenta que te trae. Te ayudé muchas veces en el pasado para proteger la reputación de tu institución.

—Por favor, Richelle. Estoy desesperada.

Llamaron a la puerta y dijo —Adelante.

Fred entró con el té. —Gracias, no te preocupes, ya lo sirvo yo.

—Como desee, milady.

En cuanto se quedaron a solas sirvió el té como ella le había enseñado. —Supongo que has intentado lo de las hojas de ese té, como lo hiciste con Glory.

La señora Goulden asintió. —Fue lo primero que hice, pero no lo ha perdido. Las hojas jamás han fallado, no sé qué ha ocurrido.

—Que es más lista que Glory y no se las ha tomado —dijo con ironía. Le entregó su taza. —Así que quiere tenerlo y casarse con su lacayo. ¿Quién es el lacayo?

—Peter.

Sonrió divertida. —¿De veras? Si ha desvirgado al menos a dos que yo sepa desde que llegó al colegio hace cuatro años.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque eso no era asunto mío, no hubo resultados de esos encuentros. Además, tú eres la directora del colegio, es responsabilidad tuya.

—Dime qué puedo hacer.

—¿No es evidente? Paga a Peter para que desaparezca. Cuando se vea sola y deshonrada, te pedirá ayuda y tomará las hierbas.

—Ya lo he intentado. El muy estúpido cree que va a sacar mucho más continuando su engaño a esa descerebrada. Como si su padre fuera a aceptar ese matrimonio.

—Sí que es estúpido. Así que piensa que destrozando el futuro y la reputación de Dafne va a ganar más dinero.

—Sí.

Apretó los labios. —Muy bien, déjamelo a mí. Deberás hacer que venga a Londres.

La miró sorprendida.

—Dile que has hablado con su padre y que quiere verle aquí. Cítale en Hyde Park en dos días. Donde los árboles que hay al otro

lado del puente Serpentine. Al alba. Yo me encargaré de que deje de molestar.

—¿Cómo lo harás?

—Eso es asunto mío —dijo fríamente. —Si has venido a mí, ya sabías cómo iba a acabar esto.

Asintió y angustiada dejó la taza sobre la mesa con mano temblorosa. —Dios, soy una persona horrible.

—No seas estúpida, él sí que es horrible. Se ha aprovechado de una mujer dulce e indefensa y todo por avaricia. Tu deber es cuidar de ella, de su futuro. Y lo harás. Cuando todo pase, cerrarás la boca y te olvidarás para seguir con tu vida. Y Dafne con la suya. Le enseñarás como hiciste con Glory a simular en su noche de bodas y asunto solucionado. Y… jamás volverás a hablar del labriego ni volverás a mencionarme. Nunca me visitarás de nuevo, no quiero volver a verte, ¿me has entendido? Tus futuros problemas los solucionarás tú.

Asintió. —De acuerdo.

—Más te vale que no lo olvides —dijo fríamente. —¿Tengo que recordarte todo lo que tienes que ocultar?

—No.

—Ahora vete. Que esté en el parque pasado mañana. Puntual, al alba.

La señora Goulden se levantó y se fue rápidamente. La puerta que comunicaba con el salón se abrió sobresaltándola y se quedó sin aliento al ver que Oxton estaba furioso. En silencio fue hasta ella y se sentó delante. Richelle disimulando alargó la mano con el platillo. —¿Té?

Él cogió el plato y se sentó cómodamente. —Preciosa, ¿lo que he escuchado es cierto? ¿Acabas de comprometerte en matar a alguien?

—Has debido entender mal. Solo voy a hablar con él.

Cogió el platillo con la mano en cabestrillo y levantó la taza para darle un sorbo al té. —¿Al alba cerca de la arboleda? Suena a

duelo.

—No te imagines cosas. —Rio. —De verdad, Oxton, ¿cómo se te ocurren esas cosas?

—No me tomes por estúpido. Aunque no lo he escuchado todo, lo que sí he escuchado ha sido muy revelador.

—¿Sí? ¿Y qué has escuchado?

—Mi padre me contó lo del labriego.

Palideció. —Mientes.

—No deberías habérselo contado. Cuando te caíste del caballo, en un arranque de furia me dijo que habían intentado violarte y que por eso habías reaccionado así cuando te besé. En estos días en el campo pedí explicaciones a esa frase, quise que me lo contara todo. Al principio se resistió, pero al darse cuenta de que estaba decidido a que fueras mi esposa, me contó lo que le habías confesado.

Apretó los labios. —¿Y te parece mal?

—No —respondió sorprendiéndola. —Ese tipo no me importa en absoluto y me alegro muchísimo de que esté muerto. Lo que sí me preocupa es que tres personas murieran en mis tierras después de que alguien me disparara. De hecho, uno de ellos estaba ante mí justo en ese momento.

Levantó la barbilla. —No sé de qué me hablas.

—Preciosa, cuando salvaste a mi madre en ese balcón me di cuenta de que no eres como cualquier dama. Y más después de hablar con mi padre. La visita de esa mujer solo me ha confirmado cosas que ya sabía. —Dejó la taza sobre la mesa. —Una persona que tiene la sangre fría de disparar a mi madre solo para que entre en razón, es alguien que no duda en matar.

—¿Te ha dicho eso? Se disparó ella. ¿Acaso también la intenté tirar del balcón? No digas tonterías. No creas nada de lo que te dice, me la tiene jurada porque la dejé con el trasero al aire ante todo el servicio.

Oxton sonrió. —Así que eres inocente.

—De lo del labriego no, pero ya que te da igual…

—Entonces no te importará que te acompañe pasado mañana a tu encuentro con ese hombre. No puedes ir sola, lo sabes.

—No es necesario, gracias.

—Richelle…

Llamaron a la puerta del salón azul. —Adelante —dijo él molesto.

Fred entró en la sala. —Milord, el administrador de las fábricas está aquí.

—Que pase.

Un hombrecillo vestido con un traje de tweed marrón entró agitado en la estancia. —Milord, ha ocurrido una desgracia.

Oxton se levantó. —Hable hombre, no me deje así. ¿Un accidente?

—Sí, milord. Robert Green ha muerto.

—¿Cómo que ha muerto? —Miró a Richelle de reojo que como toda una dama bebió de su té levantando el meñique.

—Pues no lo entiendo, porque la máquina se lo tragó antes de que nadie se diera cuenta.

—¿Perdón?

—Al parecer uno de los telares tenía un hierro hacia afuera. Le enganchó de la manga de la camisa y le tragó el brazo. El resto del cuerpo fue detrás.

—Dios mío, qué desgracia. ¿Qué consecuencias legales tendrá para la fábrica?

—Ninguna, milord. Él debía arreglar la máquina, era su trabajo. Sabía que no funcionaba bien, por lo que estaba prevenido. Legalmente nadie puede reclamarle nada.

—¿Tenía familia?

—Solo a su madre, milord.

—Pues denle a la madre el sueldo de dos años y exprésele mis condolencias.

—De su parte, barón. —Agachó la cabeza. —Milady...

Ella sonrió antes de que saliera y Fred cerró la puerta. Oxton se volvió de golpe. —Preciosa…

—Qué desafortunada es la vida, ¿no crees? Uno se puede morir así, como si nada.

—¿No has tenido nada que ver?

Le miró como si estuviera mal de la cabeza. —¿Yo? ¿Pero tú te estás oyendo? ¿Cómo sabía yo en que máquina iba a trabajar? ¿Y cómo iba a entrar en la fábrica sin ser vista? —Oxton dudó. —Cielo, ¿te encuentras bien? —Se llevó la mano al pecho. —A ver si el láudano te está sentando mal. —Se echó a reír. —Ahora resulta que soy una asesina. Si estoy coja. —Perdió la sonrisa de golpe. —Lo que pasa es que ya estás buscando una excusa para no casarte.

—¡Ni hablar!

—¿Seguro? ¡Porque todo esto me resulta de lo más extraño!

—Pasado mañana iré contigo —siseó antes de señalarla. —No pienso perderte de vista.

Se sonrojó de gusto. —¿No me digas?

La puerta se abrió de golpe y sus amigas entraron en tropel en la habitación discutiendo sobre los colores de los vestidos que llevarían a su fiesta de presentación.

—Cielo, la orquesta —dijo antes de que Fely se sentara a su lado. —¿Así que irás de rojo? Estoy deseando vestirme de ese color.

Al darse cuenta de que Oxton no se iba y seguía observándola le miró. —¿Qué ocurre?

Impotente apretó los labios antes de irse.

—¿Enfadado? —preguntó su amiga.

Pensativa susurró —Empieza a descubrir cómo soy.

—¿Y le ha afectado para bien o para mal?

—No estoy del todo segura.

Capítulo 11

En la cena de la noche siguiente sentía la mirada de Oxton sobre ella. Dejó el tenedor sobre el plato y sonrió haciendo un gesto a Fred para que ordenara que los lacayos recogieran. —Tengo una sorpresa para vosotros. Para agradeceros todo lo que hacéis por mí.

El marqués sonrió. —Niña, no tenías que haberte molestado. Es un placer tenerte entre nosotros, ¿verdad?

—Por supuesto. —Oxton le guiñó un ojo sonrojándola de gusto.

Su suegra chasqueó la lengua haciendo que soltara una risita. —Sigue resistiéndote, Audrey, pero sé que me adoras.

Le robó una sonrisa y Richelle se echó a reír. —Lo sabía.

Fred salió al comedor con una fuente enorme de pastelitos de todos los colores y el marqués miró la bandeja emocionado. —¿Los has hecho tú?

—Sí, por supuesto. Mi mejor postre.

—¿Mejor que la tarta de limón?

—Mil veces mejor.

—¿De veras los has hecho tú? —preguntó su suegra impresionada.

—Es una cocinera de primera, madre. Una vez nos salvó una cena y padre quedó muy bien ante los invitados. —Alargó la mano y cogió uno para darle un mordisco dejando salir la nata que contenía. —Me vas a hacer engordar, mujer.

El marqués cogió uno de chocolate y gimió de gusto. —Es una maravilla, está relleno de brandy.

Audrey a toda prisa cogió uno blanco y le dio un mordisco. —Mermelada de frambuesa. Delicioso —dijo con la boca llena.

—Gracias. —Cogió uno de color verde y le dio un mordisco masticando con gusto.

—¿A qué sabe ese, preciosa?

—Es de manzana.

—Yo prefiero el chocolate. —El marqués cogió otro.

—Padre, prueba el resto de los sabores, se ha esforzado mucho.

—Tranquilo —dijo el marqués. —Los probaré todos.

Richelle sonrió y en ese momento Fred puso sobre la mesa una botella de brandy. —He pensado que podéis tomar el licor ahora, ¿os parece bien?

Todos asintieron con la boca llena. Cogió un pastelito rosa y dio un mordisco. Entrecerró los ojos, le faltaba merengue.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó el marqués.

—Le falta merengue —dijo molesta.

—Preciosa, están deliciosos.

—Eres demasiado perfeccionista —dijo Audrey. —Yo jamás hubiera hecho algo así.

—Eso seguro —dijo el marqués por lo bajo. —No has tocado una olla en la vida.

—No tengo que hacerlo, por algo me casé contigo.

Asombrada de que empezara a replicarle justo en ese momento, miró a Oxton que se tensó. El marqués dejó caer el pastelito sobre la mesa y sus ojos se oscurecieron de la rabia. —Sí, ya sé que lo único que motivó este matrimonio fue mi título, esposa. Y ya que yo aporté el título, tú podías haber aportado algo.

—Aporté un hijo —dijo con descaro antes de meterse un pastelillo en la boca.

Oxton y ella volvieron la cabeza hacia Spencer que apretó los puños. —Un hijo me lo podría haber dado otra. Y puede que alguno más.

—¿Seguro? Yo demostré que podía tener hijos, si dejé de tenerlos igual no era culpa mía.

—¿Insinúas que fue mía? —preguntó con rabia.

—A lo mejor si no hubieras ido repartiendo tu semilla por ahí…

—Madre, no creo que sea un tema para tratar en la cena. ¡Estáis estropeando la sorpresa de Richelle, que por otro lado no debería escuchar estas conversaciones!

—Tu novia sabe latín, hijo. Además, se ha criado en el campo, así que seguro que ya ha visto de todo.

Hizo una mueca. —Todo, todo, todo no, pero mis amigas me han instruido.

La miraron como si les hubiera dado la sorpresa de su vida y se sonrojó. —¿Qué? Alguien tenía que decirme de qué se trataba el asunto.

—Ya te lo contaría yo cuando llegara el momento.

—No me gustan mucho las sorpresas.

El marqués carraspeó. —Apuesto a que te sorprenderás, niña.

—Oh, sí —dijo su esposa. —Ni te imaginas las sorpresas que te da tu esposo cuando ya has dicho sí quiero. Es una sorpresa que te deja helada.

—Tú ya naciste con sangre fría en las venas —dijo su marido. —Pero lo demostraste bastante tarde para mi desgracia.

—Sí, tú querías que fuera una esposa callada y que te dijera que sí a todo mientras sonreía como una estúpida. Qué pena que no te dieras cuenta antes de que no era así —dijo con rabia.

—Te equivocas, querida. Quería una esposa que hablara conmigo, no que gritara como una loca exigiendo estupideces.

—Sí, algo loca debía estar para aguantar tanto tiempo a tu lado.

—Menos mal que reconoces que no estás bien de la cabeza. Tu último numerito en la casa de campo, demostró que eso no ha cambiado. Igual debería internarte.

Audrey palideció antes de mirar a su hijo. —¿Se lo has dicho tú?

—Madre, no hemos hablado de eso, pero después de lo que sucedió, padre debió pensar por sí mismo en otras alternativas.

Audrey se levantó con rabia fulminando a su marido con la mirada. —¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no me internas? ¡Total, para la vida de mierda que me has dado, más vale que me encierres! —Salió del comedor dejando el silencio tras ella.

Richelle apretó los labios. Aquello no había ido nada bien.

El marqués suspiró. —Ya no sé qué hacer. En estos cuatro días he intentado no hablar con ella para no crear un conflicto, pero es imposible. Busca el conflicto, como siempre. —Dejó la servilleta sobre la mesa. —Si me disculpáis…

Se levantó y abandonó el comedor. Preocupada esperó la reacción de Oxton, pero no dijo nada. —Cielo…

—Siento que hayan estropeado tu momento especial.

Se levantó y rodeó la mesa para sentarse sobre él y abrazarle. —Habrá muchos momentos especiales —susurró contra su oído.

Acarició su espalda. —Igual no debería haber venido con nosotros como ella quería.

—¿Has oído alguna vez que donde hubo fuego siempre quedan rescoldos?

Oxton sonrió. —¿Qué?

Se apartó para mirar sus ojos. —Se aman, pero no se entienden.

—¿Y crees que lo arreglarán?

—Claro que sí, solo necesitan tiempo. —Acarició su mejilla. —Y tú debes intentar que no te afecte. Porque si te afecta a ti, me voy a enfadar. ¿Y sabes lo que pasa cuando me enfado?

—Alguna idea tengo.

—Según mi futuro prometido, puede que los mate en un arrebato.

—Y no puedo consentirlo. —Besó suavemente sus labios. —Te meterían en prisión y te necesito a mi lado.

Le dio un vuelco al corazón. —¿De veras me necesitas?

—Ya no habría otra mujer para mí. Siento que es así.

Emocionada sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. —Nadie me ha dicho nunca que me necesitaba a su lado.

Oxton la abrazó pegándola a su pecho. —Pues yo te necesito y siempre estaré a tu lado.

Se aferró a él y una lágrima rodó por su mejilla. —Acabas de sellar tu destino.

Oxton sonrió. —¿Eso significa que sí?

Besó su cuello. —Significa que en dos meses diremos que nos hemos comprometido y empezaremos a preparar la boda.

—¿Quieres que simule que no vas a casarte conmigo durante dos meses mientras otros hombres te pretenden?

Sonrió con picardía. —Son solo dos meses. Podría pedirte toda la temporada.

—Entonces debo sentirme agradecido.

Se sentó en la mesa del desayuno con su hermoso vestido de gasa con flores bordadas en azul pálido. Estaba realmente hermosa esa mañana y cuando llegó el marqués se detuvo en seco para admirarla. —Eres una alegría para la vista, niña.

Soltó una risita. —Gracias. Te has levantado tarde, tío.

—Y tú también.

—Yo ya he ido a cabalgar.

—Niña, eres incansable. ¿Quedan pastelitos de ayer? —preguntó a Fred.

—Lo siento, milord. El servicio no pudo resistirse y acabaron con los que quedaban —dijo avergonzado.

—No te preocupes, tío. Esta noche tendrás más.

—No hace falta que te molestes, niña.

—No es molestia. Fred, ¿tú los has probado?

—No he tenido ocasión, milady —dijo apenado.

—Pues los probarás hoy.

—Gracias, milady.

El marqués se sentó y un lacayo le sirvió un té. —¿Mi hijo no se ha levantado?

—No, milord —dijo Fred. —Se acostó tarde. Estuvo con lady Richelle hablando en el salón hasta las dos de la mañana, milord.

La miró impresionado. —¿Y te has levantado temprano?

—En realidad no he dormido, tío.

—Pues yo he dormido como un tronco. Hacía mucho que no dormía así. ¿Qué te preocupa, niña?

—Es la presentación. Quiero causar buena impresión.

—Como es lógico. Pero no temas, todo irá estupendamente.

Una doncella llegó corriendo y le dijo algo al oído a Fred que se tensó. —¿Estás segura?

La doncella asintió como si estuviera asustada.

—¿Qué ocurre, amigo? ¿Qué drama hay ahora? —preguntó el marqués.

Fred muy serio dio un paso al frente—La marquesa no se despierta, milord.

Perdió la sonrisa. —¿Cómo que no se despierta?

—La han zarandeado y no se despierta.

El marqués se levantó en el acto y Richelle gimió por dentro levantándose también. Spencer cojeó hasta el hall y ella se acercó a Fred. —¿La marquesa comió más bollitos después?

—Seis, milady. Pidió que se los subieran a la habitación.

—Demasiado azúcar —dijo exasperada.

—¿Cree que es eso? —preguntó aliviado.

—Claro. Se repondrá enseguida —dijo yendo hacia la escalera.

—Lord Oxton y usted también comieron antes de irse a la cama. —Fred la siguió escaleras arriba.

—Somos más duros de pelar. La juventud, ya sabe.

—Ah…

—¡Mujer despierta! —gritó el marqués muy nervioso.

Se acercó para ver a su suegra espatarrada en la cama con la boca abierta y la baba arroyando por la comisura de la boca. No estaba muy atractiva, la verdad. —¿Respira?

De repente un ronquido resolvió sus dudas y no pudo evitar soltar una risita. —Niña, no tiene gracia.

—Tiene el sueño tan profundo que no se entera. No debes preocuparte. Se despertará cuando su cuerpo esté preparado. —Se acercó y susurró —Ayer debió beber un poco de más. El disgusto, ya sabes.

—¿Disgusto?

—Por haber discutido contigo. Es lógico que a tu esposa le disgusten esas cosas. —Se volvió y se detuvo en seco al ver a Oxton a medio vestir y con la barba incipiente. Qué guapo estaba. —Cielo, ¿ya te has levantado?

Él entrecerró los ojos. —Son casi las diez de la mañana.

—Sí. —Sonrió radiante. —¿Has descansado bien?

La cogió por el codo y la sacó a toda prisa de la habitación. —Cielo, ¿qué ocurre?

—¿Has ido al parque?

—He salido a cabalgar como todas las mañanas.

Él juró por lo bajo. —¿Le has visto?

—No ha aparecido. La señora Goulden tendrá que arreglarse sola. Una pena. —Le besó en la barbilla. —Te espero en la sala del desayuno.

—Dime que no has hecho nada.

—Cielo, no te entiendo. —Cogió el bajo de su vestido y se alejó para ir hasta las escaleras. —Fred, el desayuno.

—De inmediato, milady.

El marqués salió de la habitación. —¿No deberíamos avisar al médico?

—Soy mujer, cuando necesitamos descansar lo necesitamos. Cosas nuestras, ya sabes.

—¡Nunca la había visto así!

Se volvió para mirarle. —Tío, no has cohabitado mucho con mujeres, ¿no es cierto?

—Pues no.

—Tranquilo, tenemos nuestros momentos. Cielo, date prisa tienes mucho que hacer. La orquesta.

Oxton juró por lo bajo antes de alejarse hacia su habitación y Spencer se pasó la mano por el cabello oyendo un ronquido de su mujer. Puso los ojos en blanco antes de decir —Mujeres, qué sobresaltos dan.

Estaba pintando en el invernadero cuando Oxton entró como una tromba. —Cielo, ¿has encontrado la orquesta?

—¡Han encontrado a un tipo muerto en Hyde Park!

Ella siguió dando la pincelada. —¿Y?

—¿Cómo que y?

—Se muere gente todos los días. —Soltó una risita. —Si lo sabré yo que he pasado por siete tutores después de que murieran mis padres.

—No tiene gracia.

Bufó antes de coger más color.

—¿Era él?

—Tú dices que es un hombre.

—No me marees, ¿era él?

Le miró. —¿Y para qué quieres saberlo?

—Para saber si me caso con una asesina —dijo entre dientes.

—Uy, qué palabra más fea.

Preocupado se acercó. —Preciosa, ¿era él?

—Era alguien que no debería estar. Una anomalía que no encajaba.

—Y todo tiene que encajar —dijo como si estuviera digiriéndolo.

—Claro.

—Ay, madre.

—Cielo, no te preocupes. Nadie le echará de menos.

—No puedes ir matando personas por ahí.

Le miró enfadada. —Lady Dafne es una buena chica, dulce, agradable, una buena muchacha y le ha destrozado su futuro.

—Es algo que decidió ella.

—Engañada. La engañó de principio a fin, merecía morir, solo quería dinero. Ahora donde está ya no lo necesitará. Además, cuando se hubiera enterado su padre, le hubiera matado también.

—¡Pues que lo hubiera hecho él!

—Dafne adora a su padre, no podía hacerle eso. Su relación se resentiría para siempre.

—Preciosa, ¿te encargaste de Robert en la fábrica?

—Te estaba molestando. Era un incordio que se metió con quien no debía —dijo como si nada.

Atónito dio un paso hacia atrás. —¿Cómo lo hiciste sin que te vieran?

Le miró ilusionada. —Me disfrazo. Un muchacho con una sucia gorra se acerca a uno y le pregunta por él. Tengo un recado para Green —dijo con voz infantil. —No me costó llegar hasta su puesto. Él ni se dio cuenta porque estaba diciéndole a uno de sus compinches cómo iba a robar tres bobinas de seda para vender en el mercado. —Oxton entrecerró los ojos. —Cogí unas tenacillas y doblé un par de ganchos de la tejedora. Y dejé la tenacilla entre los hilos para que tuviera que cogerla. Y lo hizo con la máquina apagada, por supuesto, pero de repente alguien la encendió enganchándole la camisa, la mano y después….

—¿Lo viste?

—No me gusta contemplar esas cosas, pero tenía que asegurarme de que no sobrevivía, igual había que rematarle.

Oxton no salía de su asombro y se acuclilló ante ella. —Preciosa, tienes que dejar de hacerlo.

—No lo hago tan a menudo. No lo hacía desde hacía mucho, pero no sé qué pasa desde que he llegado a Londres. La maldad nos rodea.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Apartar de nosotros la maldad?

—Claro que sí. Se puede hacer de dos maneras, con información, los chantajes son muy efectivos o de esta otra manera. La mayoría acepta lo primero, pero si no dan su brazo a torcer… Un accidente y listo.

—¿De eso ha muerto ese hombre esta mañana? ¿Un accidente?

—Se ha ahogado, el pobrecito. No sabía nadar.

—¿Cómo le metiste en el agua?

Le miró divertida. —Se metió solo.

—¿Cómo?

—Le golpeé en la cabeza con una piedra y cayó hacia atrás.

—¿No te vería nadie?

—Claro que no, no soy tonta.

Él gimió por lo bajo. —Preciosa, ¿por qué empezaste a hacerlo?

—La vida en el colegio es más dura de lo que parece. Demasiadas envidias, celos… Al principio me servía con la información que conseguía, se mantenían a raya hasta que ese… —Apretó los labios. —Intentó violarme. A mí, que le había dado dinero cuando lo había necesitado para su mujer enferma. Escoria. Desde entonces pude cabalgar tranquila.

—¿A cuántas personas has matado?

Empezó a contar con los dedos y cuando pasó de una mano a la otra a Oxton por poco le da algo. —Trece —dijo satisfecha. —Y cuento a una tendera del pueblo, aunque casi se murió sola. Se llevó la mano al pecho, eso quiere decir que le estaba dando un ataque antes de que la tirara del puente abajo.

—¿Por qué la mataste?

—Le pegó una paliza a su nieta y la desfiguró. Era una niña preciosa, solo tenía cinco años. Me dio mucha pena. Esa bruja se lo merecía.

Oxton asintió. —Tienes que dejar de hacerlo. ¿Y si un día te hacen daño? ¿Y si te cogen?

Sonrió y acarició su mejilla. —No me van a coger.

—Tenía que haber ido contigo, tenía… —Entrecerró los ojos. —Los pastelitos. —Gruñó levantándose. —¡Me has drogado!

—Es que allí no pintabas nada, entiéndelo.

—¡Ni se te ocurra volver a hacerlo! —La señaló con el dedo. —¡Te lo prohíbo!

—Sí, querido —dijo como si nada antes de seguir pintando.

—¡Richelle, hablo en serio! ¡Prométeme que no volverás a drogarme!

—No volveré a drogarte —dijo como si fuera muy pesado.

—Muy bien. —Se estiró la chaqueta con un golpe seco. —Y no volverás a matar.

—¿Ni un accidente de nada?

—¡Nada!

Entrecerró los ojos. —¡No tenía que haberte contado nada hasta que nos hubiéramos casado! ¡Tendrías que aceptarme como soy!

La miró sorprendido. —Te diría lo mismo, mujer, ¿qué diferencia hay?

—¡Mucha! ¡Qué casada ya no podrías abandonarme porque siguiera haciendo lo que me diera en gana!

—No te voy a abandonar.

—Ah, entonces no lo dejo.

—Mujer, te exijo…

—¡No estás casado conmigo, no puedes exigirme nada!

Exasperado fue hasta la puerta. —Da igual lo que te diga, vas a hacer lo que te venga en gana.

Richelle sonrió. —Te has dado cuenta al fin. Cielo, ya me vas conociendo.

—No pienso quitarte ojo.

Se sonrojó de gusto. —Bien dicho.

Él gruñó saliendo y dando un portazo. Dos de los cristales se desprendieron de la puerta. —¡Oxton, mira lo que has hecho!

Muy nerviosa, aunque intentaba disimularlo se pasó las manos por la hermosa falda blanca de su vestido de presentación. Al fin había llegado el día. Agarró la falda del vestido y empezó a bajar los escalones. Oxton salió del salón guapísimo con su traje de noche y no llevaba el cabestrillo. Él se la comió con la mirada. Desde sus

rizos en perfectos tirabuzones que caían sobre su hombro hasta su hermoso vestido. —Estás preciosa.

—Cielo, tu herida —dijo llegando a su lado.

—Voy a bailar contigo esos dos bailes, así que el cabestrillo no me servía de nada. Además, ya estoy mucho mejor. Casi ni me duele. ¿Y tu tobillo?

—No me duele nada. —Sonrió radiante. —Bailaré toda la noche.

La besó en la mejilla. —Esta es tu noche, preciosa.

El marqués salió del salón apoyándose en su bastón y sonrió. —Estás tan hermosa que tendré que quitarte de encima a todos esos petimetres.

—A ver si es verdad —dijo haciéndole reír.

En ese momento la marquesa apareció en la escalera y Spencer miró hacia allí. Estaba radiante con un vestido de seda azul y volantes negros. Pero lo que les dejó de piedra fue el pronunciado escote que llevaba. Se le veía el canalillo. —Buenas noches —dijo llegando hasta ellos.

—Madre, estoy sin palabras.

Se sonrojó de gusto. —Gracias, hijo.

—Pues, pues…

Audrey miró a su marido. —¿Pues qué?

Sus ojos bajaron a su pecho. —¡Inconcebible!

—Está de moda.

—¡Inconcebible!

—Viejo anticuado.

—¿Viejo yo?

Richelle retuvo la risa antes de volverse hacia Oxton. —¿Y la orquesta?

—Se estarán acomodando en el salón de baile. La mejor de todo Londres.

—¿De veras? —Ilusionada cogió su mano. —Muchas gracias.

—Ya me compensarás después.

—Hijo, intenta olvidar esas familiaridades —dijo Audrey muy seria. —Pondrás en peligro la imagen de la niña. —La cogió por el brazo tomando el mando. —Por cierto… —Hizo un gesto a uno de los lacayos. —Ese cuello necesita algo que lo decore como se merece. —El lacayo abrió una caja de terciopelo mostrando un increíble collar de oro con rubís engarzados. —Mi madre me lo regaló el día de mi presentación y ya que no he tenido hijas, creo que debe pasar a ti, ya que serás mi nuera.

Emocionada susurró —¿Para mí?

Oxton lo cogió de la caja y se lo puso en el pecho cerrándoselo al cuello. —Perfecto —dijo Audrey tan emocionada como ella.

Richelle la abrazó. —Gracias, lo cuidaré mucho.

—Sé que lo harás.

El marqués pensativo miró su cuello y Richelle se lo tocó temiendo que no le gustara que se lo hubiera regalado. —¿Tío?

Él sonrió. —Perfecto.

Richelle sonrió aliviada y le dijo a Oxton —Sabía que tu madre me adoraba.

Rieron por lo bajo y Audrey dijo —En estos días me has demostrado que te haces querer. Fred, ¿todo está listo?

—Y rodando, milady. Solo falta que lleguen los invitados.

—Han confirmado más de doscientas personas. Espero que todo salga perfecto —dijo muy seria. —Tiene que ser la mejor presentación de esta temporada.

El marqués asintió dándole la razón a su esposa por primera vez desde que estaban allí. Richelle y Oxton se miraron cómplices.

El sonido de los instrumentos ensayando llegó hasta allí y Richelle se llevó la mano al vientre más tranquila.

Oxton se acercó a su oído y susurró —No te preocupes por nada, preciosa. Tú solo dedícate a disfrutar.

Capítulo 12

¿A disfrutar? ¿Cómo iba a disfrutar con todas las lagartas que intentaban llamar la atención de Oxton? Por Dios, ¿pero cuántas solteras había en esa ciudad? Bailando una polca con un tal Lord Latimer volvió la cabeza hacia su futuro marido, que sonreía hablando con una morena preciosa de unos treinta años. Esa era viuda, fijo. Muy molesta vio a una rubita con cara de mosquita muerta que pasaba a su lado y dejaba caer su carísimo abanico. ¿Sería posible? Oxton se agachó para cogérselo y ella soltó una risita estúpida antes de hacer que la madre que estaba a su lado la presentara. La rubita hizo una reverencia impecable antes de levantar la vista hacia él. Uy, la señora Goulden no le había enseñado a hacer eso. Tenía que espabilarse, que esas brujas le iban a quitar a su futuro marido.

—Baila como los ángeles —dijo su pareja intentando llamar su atención.

—No sabía que los ángeles bailaban.

Su pareja se sonrojó. —Si bailaran, lo harían como usted.

Sonrió como le correspondía. —Qué amable, milord.

Encantado giró pisándole sus maltratados pies. —Uy, perdón.

—No pasa nada, error mío.

Afortunadamente la pieza terminó y del brazo de su pareja sonrió a unos y a otros como le correspondía. La acercó a su nueva familia y ese insulso les dijo —Su protegida baila maravillosamente.

—Lo sé —dijo Audrey abanicándose. —Ha recibido la mejor educación. Sabe tantos idiomas que podría vivir en cualquier parte

del mundo, créame.

—La creo. —La miró a los ojos. —Bella e inteligente —dijo antes de besar su mano.

Se dio cuenta de inmediato que la había tachado de la lista por ser inteligente.

—Espero que me reserve otro baile, milady.

—Sí, por supuesto. —Abrió el carnet de baile que llevaba colgado de la muñeca. —Oh, lo siento, ya los tengo todos comprometidos. Quizás en otra ocasión.

—Lo estaré esperando impaciente, milady. —Hizo una inclinación de cabeza antes de alejarse.

—No los animes, bruja.

Audrey rio divertida. —Querida, tienen que ver que te persiguen como moscas, aún no saben cuál será tu destino.

Hablando de su destino… Miró a un lado y a otro. —¿Y Oxton?

—¿Celosa? —preguntó su suegra.

—No me fastidies —dijo entre dientes mientras Spencer reía.

—Ahí llega tu siguiente pareja.

Gruñó antes de volverse con una sonrisa en el rostro. Ni recordaba cómo se llamaba. —Es mi turno, milady.

Era guapo. Era muy guapo.

—Conde, qué gusto verle —dijo Spencer. —¿Qué tal su madre?

—Delicada.

—Cuánto lo siento. Esposa, ¿recuerdas a lord Harold Wadsworth? Su madre asistió a nuestra boda.

—No, lo siento.

—Pues ella se acuerda de usted —dijo con una agradable sonrisa. —Dijo que recordaba lo feliz y enamorada que estaba el día de su boda. Que nunca se le olvidará esa alegría.

Audrey se sonrojó. —Siento no recordarla.

Así que ese era el famoso Harold. Pues era de lo más atractivo con ese cabello rubio y esos hermosos ojos castaños. Por el rabillo del ojo vio que Oxton se acercaba. —Harold, qué sorpresa.

Se dieron la mano. —Me quedaría a hablar contigo, pero no pienso perderme este baile y ya ha empezado. —Dobló el brazo. —Milady…

Cogiendo su brazo levantó una de sus cejas pelirrojas y Oxton gruñó. —Al fin… —dijo por lo bajo alejándose.

—¿Decía algo, milady?

—¿Se lo pasa bien?

—Ahora me lo voy a pasar mucho mejor. —La cogió por la cintura antes de agarrar su mano. —Estaba deseando bailar con usted.

—¿No me diga?

—He visto que es una gran bailarina.

Era evidente que él también sabía lo que hacía. —Usted tampoco se queda atrás, milord.

—No he podido quitarle ojo, es un placer mirarla.

Se sonrojó de gusto. —No sé si es un atrevido o habla con sinceridad.

Él sonrió. —Un poco de ambas cosas.

—Me sorprende captar su atención cuando tiene la atención de casi todas.

—Igual es por eso, porque no me ha mirado ni una sola vez. De hecho, cuando nos presentaron apenas me dedicó tres segundos de sus pensamientos.

—¿He dañado su orgullo? —preguntó divertida.

—Totalmente, ¿no se da cuenta de que tiene que enamorarse locamente de mí y debe desear que pida su mano?

—¿De veras? ¿Y mi tutor le aprobaría? —preguntó poniéndolo en duda.

—Estaría loco de contento, se lo aseguro.

—No sé, no me convence.

—¿No le convence un conde?

—Hay cosas más importantes que el título. —Cuando la giró vio el rostro de Oxton y no parecía nada contento.

—¿Y qué cosas son esas?

—El amor, la familia…

Los ojos de Harold brillaron. —Eso mismo pienso yo. ¿Ve cómo somos el uno para el otro? ¿Me permitiría visitarla?

—¿Y que se haga ilusiones?

La miró intensamente. —Ya me las he hecho, milady.

—No se lo tome tan en serio, milord. Yo no lo hago.

—Es por él, ¿no es cierto? Ya se ha ganado su corazón.

—No sé de qué me habla.

—No me extraña que se haya adelantado a todos. Sería un estúpido si la dejara escapar y Oxton no es ningún estúpido. —Se echó a reír. —Tenía que haberlo imaginado por cómo nos mira.

Volvió la cabeza hacia él y gimió porque no disimulaba nada su descontento. —Será posible. ¡Va a espantarme los candidatos!

Harold se echó a reír sorprendiéndola.

—No tiene gracia, milord.

—Acabo de ganar una apuesta.

Esa frase la tensó. —¿Disculpe?

—En mi club de caballeros se ha apostado con quien se va a casar y yo voté por él. Y como es un soltero empedernido nadie apostó contra mí, sino que eligieron a otros candidatos. Yo salí varias veces en la apuesta, pero han errado porque ya ha entregado su corazón. Es una pequeña fortuna, se lo aseguro, así que debo darle las gracias.

—Todavía no cante victoria, milord. No me he casado. Aunque debo felicitarle por su estratagema de que las apuestas sigan

subiendo a su favor con este baile. Los caballeros correrán a aumentar las apuestas, ¿no es cierto? Creerán que me tiene medio enamorada y usted ganará aún más dinero. Pero eso solo sucederá si digo sí quiero con Oxton a mi lado.

Harold sonrió. —Estoy tentado a intentar conquistarla, tengo la sensación de que con usted ganaría mucho más que con esa simple apuesta.

—Deje sus galanterías, milord, ya ha descubierto sus cartas.

—¿Juega al póker? —preguntó como si fuera algo imposible.

—En el colegio había una alumna americana y era una jugadora muy diestra que sabía enseñar muy bien.

—Sería interesante verla jugar.

—Pero no lo verá. —Él baile acabó y ella hizo una reverencia. —Las damas no juegan al póker. Y siendo debutante no estaría bien visto que juegue a nada. Aunque en el futuro quién sabe. Puede que un día me anime y si quiere arriesgar su fortuna, el whist es igual de válido.

Él rio por lo bajo llevándola hacia Oxton que parecía muy tenso. —Aquí la tienes, amigo. Es un rubí entre un montón de insulsas perlas.

—Yo no lo hubiera expresado mejor. —Cogió la mano de Richelle para ponerla en su brazo. —Creo que es nuestro baile.

Se alejaron hacia la pista. —Espero que sea un vals.

—Tocarán un vals. Para nosotros solo tocarán vals.

La cogió por la cintura y en ese momento empezaron a sonar las primeras notas. Ella se echó a reír. —¿Cómo lo has hecho?

—Tenía que bailar contigo el máximo tiempo posible y eso solo se consigue…

—Con un vals.

—Exacto.

—Me encanta Strauss.

—Haré que lo toquen solo para nosotros. ¿Te estás divirtiendo?

—Me divertiría mucho más si estuviéramos tú y yo solos.

La miró como si fuera suya. —Estás a tiempo de cambiar tus normas.

—Son solo dos meses, no es para tanto. —La giró en la pista haciendo que su hermosa falda volara y ella vio algo que le llamó la atención.

—¿Preciosa?

—Es que me ha parecido…

—¿Qué?

Sonrió negando con la cabeza. —Han debido ser imaginaciones mías… Déjalo, es una tontería.

—Tú no dices tonterías.

La giró de nuevo y volvió a verle. A Richelle se le cortó el aliento y giró la cabeza para mirarle, pero de repente ya no estaba.

—Preciosa, ¿qué ocurre?

—El doctor Herrold se ha colado en la fiesta.

Oxton se tensó. —¿Estás segura?

—Sí, le he visto. —Frunció el ceño. —¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque no se da por vencido.

—¿Pero no le he dejado las cosas claras? —preguntó incrédula.

—Pues es estúpido o un inconsciente.

Empezó a molestarla de veras la actitud de ese hombre.

—No te preocupes, me encargaré de él —dijo su prometido.

—¿En serio crees que me preocupa?

Oxton reprimió la risa. —Supongo que no, pero déjamelo a mí.

—Vale, si te hace sentir mejor… Pero que le quede claro que no me voy a casar con él.

—Preciosa, le va a quedar muy claro, te lo aseguro. Y no volverás a verle nunca más.

Fely la saludó levantando su copa de champán. —Tus amigas están de lo más ocupadas poniéndote por las nubes con los invitados.

—Son maravillosas. —Le miró con picardía. —¿Sabes que iban a ayudarme a conquistarte?

—¿Y por qué iban a hacer eso? —preguntó asombrado.

—Porque al principio parecía que me detestabas.

—Yo nunca te he detestado, preciosa. Detestaba sentirme así a tu lado porque me decía que no podía ser real.

—Pues es muy real. —Su pulgar acarició su mano. —Y haré que sea real mientras vivas.

—¿Crees que me moriré primero? —preguntó divertido.

—Claro, eres más viejo.

Oxton se echó a reír a carcajadas y el marqués sonrió. —Será muy feliz con ella.

Audrey asintió diciendo tras el abanico. —¿Les has visto? Pueden pasarse hablando horas, no se cansan de mirarse el uno al otro, de tocarse… —Se emocionó recordando que ella, una vez, hacía mucho tiempo había vivido algo parecido, pero el destino lo había destrozado todo. —Espero que nada destruya su dicha como nos ocurrió a nosotros.

Spencer la observó mientras se alejaba y apretó los labios. Al ver que pasaba muy cerca de un hombre que se volvía como si quisiera ocultarse, Spencer se le quedó mirando y frunció el ceño yendo hacia él.

Oxton la giró y la giró haciendo que riera para gusto de sus amigas cuando oyeron los gritos. Richelle miró hacia el tumulto y la música cesó. —¿Qué ocurre, cielo?

Entonces vio que Audrey se acercaba corriendo y apartaba a la gente. —¡Spencer!

Oxton y Richelle corrieron hacia ellos y al ver a Spencer en el suelo con una daga en el pecho ella gritó de miedo.

—¡Padre!

—Hijo… —dijo con esfuerzo antes de toser sangre.

Richelle angustiada gritó —¡Haced algo!

—¡No le muevan! —gritó el doctor Herrold apartándola para arrodillarse a su lado. —Barón, cójalo por las piernas. Vamos a trasladarle a su habitación.

El marqués de Thirenwood se puso a la cabeza de Spencer y le agarró por debajo de los brazos. —Listo.

Entre varios hombres se lo llevaron y al ver la sangre que había quedado en el suelo la rabia la recorrió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. No, Spencer no podía morir.

Sus amigas se acercaron. —Por Dios, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Ifi. —¿Quién le haría algo así?

—No lo sé, pero lo voy a averiguar. —Se agarró las faldas y gritó —¡Fred cierra las puertas hasta que llegue la policía!

Las puertas de la sala de baile se cerraron de inmediato encerrando a los invitados allí. Los murmullos no cesaban y Richelle siseó —Distribuíos y preguntad si alguien ha visto algo.

Sus amigas se dividieron cada una en una dirección y ella miró a los que tenía alrededor que eran los más cercanos. Reflejó la angustia en su rostro. —¿Alguien ha visto algo?

Todos negaron con la cabeza.

—Yo solo le vi caer —dijo una chica de su edad.

—¿No viste a nadie que se alejaba o…?

—No, lo siento. Había mucha gente a su alrededor y no vi nada. Tenía la vista centrada en el marqués. Creí que se había tropezado y le cogí por el brazo. Entonces vi la daga en su pecho.

—¿Alguien ha reconocido la daga? Es cara, su empuñadura es de oro, ¿alguien la ha visto antes?

Todos negaron con la cabeza. Apretó los labios volviéndose y sus amigas negaron con la cabeza, pero no le extrañaba que no hubieran sacado nada de esa parte del salón porque esos invitados estaban más lejos. Agarró sus faldas y corrió hacia la puerta. Un lacayo la abrió de inmediato. —Que no salga nadie hasta que no llegue la policía.

—Sí, milady.

Corrió por el pasillo y subió los escalones de la gran escalera. La puerta estaba abierta y Royden salió de la habitación mientras se escuchaban los sollozos de Audrey. —No deberías estar aquí.

—¿Es muy grave?

Asintió. —Mucho. El doctor no cree que sobreviva. Va a hacer todo lo posible, pero la daga está en mal sitio. Cada vez respira peor.

Pálida dio un paso atrás. —No puede ser… —Entró en la habitación antes de que pudiera impedirlo y se acercó al doctor que se estaba lavando las manos a toda prisa.

—Milady, no debería estar aquí. ¡Que alguien traiga el maletín de mi carruaje, rápido!

—Tiene que salvarle.

—Haré lo que sea.

—¡No! —Le agarró por el brazo. —Tiene que salvarle, ¿entiende? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Es el único padre que he tenido. Tiene que salvarle.

El doctor apretó los labios. —Le juro por mi vida que haré lo que sea para que sobreviva.

Una lágrima cayó por su mejilla y al mirar a Oxton este frenético desvestía a su padre. No podía ayudarle en su angustia, no podía ser su consuelo. Sus ojos fueron a parar a la daga y al ver su empuñadura de oro se estremeció. La daga de un noble. Sin darse cuenta de que lloraba fue hacia la puerta pensando en los nobles que habían acudido a la fiesta. Los invitados habían sido elegidos

por Spencer. Los invitados… Salió corriendo de la habitación y Royden gritó —¿Qué ocurre?

—¡Baja, te necesito abajo! ¡Fred!

El mayordomo se acercó a la escalera. —¡Necesito la lista de invitados, rápido!

—En el despacho. La guardaba para dar las gracias por acudir a la fiesta.

Corrió hacia allí con ellos detrás. —Richelle, ¿qué ocurre?

—Spencer no invitaría a nadie con quien no se llevara bien, ¿no? —dijo frenética buscando entre las hojas que estaban allí. —No dejaba de decirme que no me preocupara, que había invitado a buenos amigos que me tratarían muy bien.

Los dos asintieron.

Levantó las hojas con los nombres. —Pues vamos a averiguar si hay más asistentes que invitaciones. Si hay alguien que no está aquí, será el primer sospechoso y tendrá que justificar muy bien su presencia, porque se enfrenta al cargo de intento de asesinato. —Rodeó el escritorio. —¡Fred, que manden llamar a otro médico, rápido!

El mayordomo salió corriendo.

—¿El doctor Herrold es sospechoso? —preguntó Royden.

—Por supuesto, no debía estar aquí. Aunque no creo que tuviera una daga de tanto valor y mucho menos la llevara con él.

—Fue premeditado.

—Eso creo. ¿Has visto el tamaño de la empuñadura? Tendría que ocultarla bajo la chaqueta y sería incómodo.

—¿No la habrá cogido en la casa?

—Fred la hubiera reconocido, ¿no? Yo no la había visto nunca y Oxton no ha dicho nada, así que tampoco la ha reconocido.

—Bien, de momento centrémonos en la lista.

Ella le entregó las hojas. —Veamos si encontramos a la rata que ha hecho esto.

Entraron en el salón de baile y ella dijo por lo bajo —Encárgate tú, te tienen más respeto.

—Damas y caballeros —dijo Royden acercándose al centro de la pista de baile. —Todos saben lo seria que es esta situación y estoy convencido que todos quieren colaborar. —Levantó las hojas. —Aquí están los nombres de los invitados a la fiesta. A medida que los vaya nombrando pasen al otro lado del salón, por favor. Los invitados con sus acompañantes.

—¿Por qué hace eso? —preguntó una mujer.

—Para averiguar si se ha colado alguien que quería hacer daño al marqués —dijo Harold. —Royden empieza con los nombres.

—¡Duques de Stradford!

La agradable duquesa y su esposo pasaron al otro lado del salón cogidos de la mano.

—¡Señores Sherman!

La mujer con su chillón vestido fucsia pasó con su esposo, en sus rostros era evidente su preocupación.

Ifi se puso a su lado. —¿Crees que esto servirá de algo?

—Eso espero.

—Tuvo un par de minutos para irse.

—¿Y qué un noble saliera corriendo? Podía verle un lacayo, alguien, lo que llamaría la atención en un caso así. No, tiene que estar aquí, entre ellos. —Miró el enorme grupo apiñado en espera a que dijeran su nombre. —Creía que nadie le descubriría pues es noble como ellos. Por eso pasaría desapercibido hasta que pudiera salir con los demás.

—Las puertas del jardín se cerraron demasiado tarde.

—Vi como tu marido y George las cerraban. Recuerda que yo llegué desde la pista de baile y no vi a nadie que se moviera del sitio. Está aquí, entre la gente. —Les miró uno a uno impacientes porque dijeran su nombre. Todos miraban a Royden. Un hombre miró hacia las puertas. —¿Quién es ese?

Ifi miró hacia el grupo. —¿Quién?

—Detrás de la rubia del vestido amarillo. Moreno, unos cincuenta años, muy delgado, casi tísico. Tiene una pequeña cicatriz en la barbilla.

La mirada de Ifi pasó por los invitados y llegó a la del vestido amarillo. Su amiga frunció el ceño antes de hacerle un gesto a Mary Anne para que se acercara. Se aproximó a toda prisa. —¿Qué ocurre?

—Sé discreta —la advirtió Richelle.

Ifi se acercó y le susurró algo a Mary Anne, que asintió antes de volverse para mirar a Royden. —¡Marqueses de Warwick!

Desde detrás de Mary Anne volvió a mirar al hombre que se había acercado sospechosamente a las puertas del jardín. Richelle se volvió y caminó hacia los lacayos que estaban en una de las puertas y le dijo al más cercano —Que algunos hombres se pongan al otro lado de las puertas del jardín. No puede salir nadie. Nadie, ¿me habéis entendido?

El lacayo asintió antes de salir del salón.

Royden seguía con la lista, que era larga, apenas había mencionado a un cuarto de todos los que estaban allí. Regresó con sus amigas y Mary Anne le dijo al oído —No sé quién es, pero su rostro me es familiar.

—¿El pariente de algún noble?

—Puede ser. Pero apostaría a que ha venido solo.

—¿Por qué piensas eso?

—No susurra ni mira a nadie. Niña, observa a los demás, murmuran preocupados con sus acompañantes. Él se mantiene en silencio y da un paso cada poco hacia las puertas del jardín. Ahí da otro.

Tras los cristales aparecieron lacayos y personal de cocina con armas en las manos y Mary Anne sonrió. —Ya se ha dado cuenta de que por ahí no podrá huir.

—Bien. —Se acercó a la mesa y cogió una copa de champán para bebérsela de golpe. —A la mierda, estoy harta de ser debutante. —Golpeó la copa contra la mesa y se rompió el cristal dejando el tallo y la base. Agarró la base con la palma de la mano dejando el tallo sobresaliendo entre los dedos anular y corazón. Y escondiéndolo entre los pliegues de su voluminoso vestido, se acercó al grupo como si les estuviera observando a todos. Se acercó a un hombre que no le habían presentado. —Puede enseñarme sus manos, ¿por favor?

El hombre las enseñó y ella asintió. —Gracias. —Sin pedirlo siquiera los siguientes le mostraron las manos y así lo hicieron los siguientes hasta acercarse a ese hombre, que le enseñó sus huesudas manos. —Gracias, milord.

—No tiene que darlas, milady —dijo con acento francés.

—Est-ce français?

—Je suis né ici mais j'ai grandi à Lyon.

Se había criado fuera de Inglaterra, aunque había nacido allí. Varios les miraban y susurraban entre ellos.

—No nos han presentado, ¿no es cierto?

—No, milady. Lord Phillip Gallagher a su servicio, hijo del conde de Weslend. Llegué cuando se escuchaban los gritos. Vine a reunirme con unos familiares. —Miró a su alrededor. —Pero al parecer no están aquí.

—¿No me diga? —Se giró para mirar a Royden que había dejado de llamar a la gente. —Dígame los nombres de sus conocidos.

—Mi prima, la condesa de Forstville.

Royden revisó la lista a toda prisa y negó con la cabeza tensándola aún más. Richelle sonrió con ironía. —Parece que su prima no está en la lista.

—Debo haberme equivocado de fiesta, milady. Entendí que vendría a esta.

—Debe ser eso. —Inclinó la cabeza haciendo una ligera reverencia y vio el barro en sus zapatos. La única zona del jardín que tenía barro era la que estaba alrededor de los setos. Así que se había escondido allí hasta que se sintió a salvo como para entrar en la fiesta sin que nadie se percatara de que se había colado. Se enderezó y mirándole fríamente a los ojos dijo —No se mueva de este lado, milord.

Se iba a volver, pero él la agarró del brazo pasándole el otro por el cuello para retenerla. —¡Atrás! —gritó al ver que Royden tiraba la lista al suelo dispuesto a ir a por él. —¡O le rompo el cuello!

Royden se detuvo en seco y Richelle sonriendo dulcemente dijo a los asustados invitados —No se alarmen, esto acabará enseguida.

—Suéltela —dijo el duque de Stradford muy serio. —No empeore las cosas.

—¿Que no empeore las cosas? —Se echó a reír como si fuera un loco.

—¡Suéltala, joder! —gritó Royden dando un paso más.

Aquel loco apretó más el brazo alrededor de su cuello. —¡Abran las puertas!

Richelle apretó la mano alrededor de la base de cristal antes de levantarla con fuerza para incrustárselo en la sien. Todos vieron la sorpresa en su rostro. Richelle salió de su agarre y se volvió para mirarle. —Es el único padre que he tenido —siseó antes de arrancárselo de la sien y clavárselo en el cuello salpicando de sangre su bello vestido. Este cayó de rodillas y Richelle le pegó una patada en la cara tirándolo hacia atrás. Se volvió y sonrió dulcemente. —Lord Royden, ¿puede seguir con la lista? Debemos averiguar si tenía algún cómplice.

El marqués sonrió. —Por supuesto, milady.

Los asistentes casi corrían al otro lado al oír sus nombres y cuando Royden terminó, solo quedaba un hombre que sudaba y todo mirándola con temor. —¿Usted es? —preguntó dulcemente

cogiendo de la mesa del buffet un cuchillo del tamaño de la palma de su mano.

—Michael Dunbar, milady. Solo quería verla, no he hecho nada malo.

Alguien sollozó y ella miró hacia una jovencita que lloraba a lágrima viva, mientras el que debía ser su padre la agarraba del brazo como si la estuviera reteniendo.

—¿Venías a verla a ella?

—Sí, milady.

—¿Su padre no te acepta?

El joven apretó los labios. —No soy noble. El marqués quiere un título para ella y al parecer mi fortuna no es suficiente. Estaría bien cuidada, jamás le faltaría de nada, aunque él dice que no es bastante.

—¡Ese tema no le importa a nadie! —gritó su padre.

—A mí me importa —dijo Richelle antes de mirarla a los ojos. —¿Tú le amas?

—¡Ni se te ocurra contestar a esa pregunta! —gritó su padre antes de tirar de su brazo hacia la puerta. —¡Nos vamos de aquí!

—No puede salir, milord —dijo Richelle fríamente. —No hasta que no haya investigado la policía.

—¡A mí no me manda nadie!

Los lacayos se interpusieron en su camino.

—¡Apartaos!

—No, marqués —dijo Royden. —No hasta que no se haya aclarado que ninguno de los que estamos aquí está involucrado en el ataque de mi amigo. ¡Ahora quédese en el grupo!

La muchacha se soltó del brazo de su padre y corrió hacia su enamorado que la abrazó con ternura para consolarla. El marqués apretó los puños con rabia antes de mirarla a ella como si fuera la culpable de todo. Regresó con el grupo a regañadientes sabiendo

que ahora su hija tendría que casarse con ese hombre. Se alegraba por ella, al menos había salido algo bueno de todo eso.

—¿Alguien conoce a este hombre? —preguntó Richelle mirando a los asistentes mientras señalaba al muerto.

Varios asintieron.

—¿Phillip Gallagher era su nombre real?

—Sí —dijo una mujer mayor que se sostenía en un bastón. —Aunque hacía muchos años que no le veía. Me costó reconocerle porque la última vez que nos encontramos fue en la boda de nuestros anfitriones. De eso ha pasado mucho tiempo.

Entonces recordó las palabras de Audrey. Ese francés… ¿Era el hombre que había matado al tío de Oxton? ¿Por qué iba a querer matar a Spencer cuando su propia esposa le había contado que no había intervenido en nada aquel día? De ahí todos sus desacuerdos posteriores. A no ser… Sin aliento se acercó a sus amigas y Mary Anne susurró —¿Crees lo mismo que yo?

—Spencer se vengó a su manera.

—Eso pienso yo —dijo Fely. —Al fin y al cabo, ese episodio había destrozado su matrimonio. ¿Crees que Spencer se quedaría de brazos cruzados? Seguro que se vengó a la manera noble.

—Le arruinó.

—Spencer es muy rico, estoy convencida de que no le costó —dijo su amiga.

—¿Y vuelve tantos años después para vengarse?

Todas se quedaron en silencio e Ifi entrecerró los ojos. —¿Y si la llegada de Audrey a Londres ha puesto algo en marcha?

—Audrey… —susurró Richelle pensando en todo lo que su suegra le había contado y el odio que destilaba por ese hombre. Si ella sintiera ese odio, nadie pararía sus ganas de vengarse. ¿Y si no había sido el marqués quien le había arruinado? Entonces se le pasó algo por la cabeza. —¿Y si no quería matar a Spencer?

—Iba a por ella y el marqués le descubrió antes. —Mary Anne se llevó la mano al pecho de la impresión. —Se dio cuenta de quien

era y se interpuso.

Apretó los puños con rabia. —Voy a ver si se sabe algo. La policía estará ya al llegar. Fely, ¿puedes decirle a tu marido que se encargue de hablar con ellos?

—Por supuesto.

Con la cabeza muy alta fue hasta las puertas y los lacayos las abrieron de inmediato. —Que no les falte de nada a mis invitados y lleven sillas a las señoras, quiero que estén cómodas mientras tienen que pasar por este trance.

—Enseguida, milady.

Se volvió hacia sus invitados y dijo como toda una duquesa —Siento este contratiempo, deseaba una noche especial y ha sido una de las peores de mi vida. Me apena que todos ustedes hayan tenido que pasar por esto. Buenas noches a todos. —Hizo una impecable reverencia antes de salir del salón.

Por las caras que ponían los invitados no sabían muy bien qué pensar de ella y sus amigas enderezaron las espaldas. —Vamos a tener que inclinar la balanza. Un mal comentario y quedará como una chiflada asesina —dijo Fely.

—Cierto, niña. —Ifi asintió cogiendo una copa de brandy y la botella. —Distribuyámonos para convertirla en una heroína. Empecemos con las más mayores. Son las cotillas más peligrosas, hay que detener la mala impresión que puedan tener de Richelle cuanto antes.

Capítulo 13

La policía hablaba con Fred y se la quedaron mirando mientras subía las escaleras, pero no la detuvieron. Antes de llegar ante la puerta de la habitación de Spencer vio a Audrey esperando abrazada a su hijo. Este intentaba consolarla pues lloraba a mares. Palideció por lo que le iban a decir. Audrey la vio llegar y asombrada se apartó de Oxton. —Por Dios, ¿qué te ha pasado?

Oxton se volvió de golpe.

—¿Ha muerto? —Su labio inferior tembló esperando su respuesta.

—No, pero el doctor no tiene esperanzas. —Oxton se acercó a ella. —Preciosa, ¿y esa sangre?

Aliviada porque aún estuviera vivo susurró —Es de quien le hizo esto. Está muerto en el salón de baile.

Oxton la agarró de los brazos. —¿Quién ha sido?

—Phillip Gallagher.

La marquesa dio un paso atrás. —¿Qué?

—Madre, ¿quién es ese hombre?

Como ella no decía nada Richelle decidió contárselo —Quien mató a tu tío en aquel duelo.

—¡No, no, no! —Audrey se llevó las manos a la cabeza volviéndose y chilló de la rabia.

—¿Qué hiciste para que quisiera vengarse? —preguntó ella.

—Madre, ¿de qué está hablando? —Audrey sollozó y su hijo la volvió de golpe. —¿De qué habla? —gritó furibundo.

Le rogó con la mirada. —Perdóname.

—¿Qué he de perdonarte?

—Al día siguiente de llegar a Londres fui a la modista y fue cuando le vi en la calle —dijo angustiada. —¡Él caminando por Bond Street y mi hermano bajo tierra! ¡No pude soportarlo! Así que hice que el cochero le siguiera. ¡Quería vengarme! ¡Necesitaba vengarme! —Miró a Richelle. —Tú lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—Me pasé toda la tarde ante su casa. —La rabia recorrió su rostro. —Le vi salir de nuevo con traje de noche para subirse a un coche de alquiler. Por supuesto le seguí y vi como recogía a una mujer de mala reputación antes de ir a una casa de juego. Así que a toda prisa le dije al cochero que regresara a casa. Llegué para la hora de la cena, nadie se había dado cuenta de nada y después de decir que me dolía algo la cabeza me fui a mi habitación mientras vosotros os quedabais en el salón. Me puse otro vestido y salí de la casa sin ser vista. Me subí a un coche de alquiler que me llevó de nuevo a la sala de juegos. Entré, debieron creer que era una mujer de mala vida y no me pusieron problemas. Cuando entré en aquel salón lleno de humo le localicé enseguida, jugaba a las cartas, estaba ganando una fortuna. Pero la ambición le pudo y lo apostó todo de nuevo. Ese cabrón… ¡Entonces lo hizo, lo hizo ante mis ojos! ¡Se guardó una carta y dos minutos después alegó que le faltaba! ¡Acusó a su contrincante de que la había robado y de repente apareció ante los pies de ese tipo como si se le hubiera caído! Hubo un gran revuelo y casi se pegan. Vi la impotencia en el rostro del otro hombre y como ese cerdo le retó a duelo. No pude evitarlo, le llamé mentiroso ante todos. Dije que había visto como había hecho trampas. Dos de los hombres del local le agarraron de los brazos y su contrincante le dio una paliza que por poco le mata, pero no quedó ahí. Le sacaron a la calle y llegó el dueño del local. Le dijo, te voy a enseñar lo que hacemos con la calaña que es como tú.

—Sollozó. —Creí que estaba muerto. ¡Parecía que lo estaba! ¡En ningún momento dijo que me hubiera reconocido!

—Pues lo hizo y en cuanto se recuperó lo suficiente como para vengarse, vino a casa. Pero tranquila, ahora sí que está muerto —dijo fríamente antes de mirar hacia la puerta. No lo soportaba más, necesitaba saber cuánto antes que se pondría bien.

Oxton la agarró por el brazo volviéndola. —¡No puedes ir matando a gente por ahí!

—No pensaba dejar que saliera de esta casa con vida —dijo entre dientes.

La puerta se abrió sobresaltándoles y el doctor Herrold dijo —Necesitamos ayuda, la doncella se ha desmayado.

Oxton entró con él cerrando la puerta. Audrey la cogió de la mano.

—Tiene que ponerse bien —dijo Richelle angustiada. Estaba tan nerviosa, tan muerta de miedo que sus ojos se llenaron de lágrimas. —Es el único padre que he tenido.

—Lo siento, lo siento muchísimo, niña. En ningún momento pretendí que ocurriera algo así.

Cerró los ojos y las lágrimas cayeron por sus mejillas. —La próxima vez que te encargues de alguien, asegúrate de que está muerto, suegra.

Audrey apretó los labios. —Te lo juro por mi vida.

Estuvieron allí dos horas y las autoridades fueron a interrogarlas sobre lo que había ocurrido. Ella se hizo la pobrecita que no había tenido más remedio que matarle, pero el detective Hudson no era tonto. —Le apuñaló dos veces, milady. Y algunos testigos dicen que su frialdad les dejó atónitos. Como… —Apretó los labios moviendo el bigote. —Como si lo hubiera hecho antes.

—Qué tonterías —dijo Audrey escandalizada.

—¿Conoce a ese hombre? —le preguntó directamente a su suegra.

—Me he quedado atónita cuando la niña me ha contado quien era. Fue un invitado de mi marido en nuestra boda. Nunca más volví a verle.

—Tengo entendido por una de sus invitadas, que ese hombre tuvo problemas en su boda. Problemas con su hermano, marquesa.

Audrey se tensó. —Qué tonterías.

—Le retó a duelo.

—Eso es mentira. Mi hermano murió por un resfriado que se le complicó. Ya estaba enfermo en mi boda y el mal le llegó a los pulmones.

—Y casualmente murió al día siguiente, ¿no es cierto?

—No, no es cierto. Se fue con mis padres al campo y murió allí. Allí está enterrado.

—¿Entonces cuál puede ser la causa de que quisiera hacer daño al marqués?

—Ninguna, no hay ninguna causa. Ese hombre debía estar loco. La tomó con mi marido como podía tomarla con cualquiera. Seguro que hay mucha gente que conocía cómo era realmente y tendrán mil historias que contar sobre él. Ahora si nos disculpa, estamos esperando a saber si mi marido sobrevivirá o no.

Él asintió. —Disculpen las molestias. —Inclinó la cabeza antes de irse, pero de repente se detuvo para mirar a Richelle. —¿Sabe, milady? Me sorprende que aún no se haya cambiado.

Se miró el vestido. —Ah, ¿sí?

—Cualquier otra mujer se hubiera limpiado la sangre de las manos al menos, pero a usted parece que no le molesta.

—Me molesta —dijo fríamente. —Pero estoy más preocupada de otras cosas.

Él asintió con la cabeza antes de ir hacia las escaleras. —Interesante.

Ambas le observaron mientras descendía. —Nos va a crear problemas, niña.

—Eso parece. Tendremos que portarnos bien durante un tiempo y aparentar que somos damas como las demás, tía.

Audrey sonrió. —Sí, niña. Al parecer sí.

En ese momento se abrió la puerta y angustiadas fueron hasta Oxton. —¿Cómo está?

—Lo ha superado, pero no está fuera de peligro. El puñal llegó cerca del pulmón. Ha sido un milagro que no le matara.

Audrey sollozó. —Es muy fuerte, lo demostró cuando ese caballo le destrozó la pierna.

Su suegra entró en la habitación y Oxton la observó cerrar la puerta. —Cuando mi padre cayó del caballo no se separó de su cama. Casi enferma de preocupación. Yo tenía diez años. No lo he recordado hasta ahora —susurró pensativo. —Es curioso, ¿no?

—Es normal, eras un niño. Solemos apartar esos pensamientos para continuar con nuestras vidas. Apartamos aquello que nos hace daño y seguro que sentiste mucho miedo por tu padre. Como ahora. ¿Crees que se repondrá?

Él la abrazó con fuerza. —Eso espero. Espero que madre tenga razón y sea tan fuerte como dice. —La besó en la sien. —Ahora quiero que vayas a descansar. Voy a ver si se han ido todos los invitados y si se han encargado del cadáver.

—Pero puedo ir yo y…

—No —dijo tajante. —Durante unos días no quiero que te vea nadie de fuera de esta casa hasta saber lo que va a ocurrir, ¿me has entendido?

No quería que su imagen se siguiera exponiendo por la ciudad. Debía ser la dama discreta que todos esperaban. —Sí, lo he entendido.

La besó en los labios suavemente. —Ve.

A regañadientes se alejó para ir hasta la puerta de su habitación y antes de entrar volvió la cabeza hacia él, que la observaba preocupado. —Todo irá bien, tiene que ir bien.

—Descansa, preciosa. Hablaremos mañana.

Entró en su habitación y Page con los ojos llenos de lágrimas se acercó a ella de inmediato. —¿Milord se recuperará?

—Eso espero, lo espero con toda el alma.

Cuatro días después todavía no podían dormir tranquilos porque Spencer no se había despertado. El doctor ya creía que algo no iba bien, que algo en su cerebro se había dañado con la falta de sangre. Ella no entendía lo que quería decir, pero era evidente que estaba preocupado. El doctor Creswell también fue a visitarle y Richelle escuchó desde su habitación como le decía a Oxton que el doctor Herrold había hecho un trabajo increíble.

A través de la rendija de la puerta, vio que Oxton le cogía del brazo para apartarle un poco de la habitación de su padre. —Dígame la verdad, ¿se despertará?

—Yo creo que sí, ahora está dormido porque su cuerpo intenta recuperarse, además toma láudano que le alivia los dolores y le hace dormir. Ahora ya no tiene una fiebre excesiva, solo necesita tiempo. Ha dejado de sangrar por la boca y respira con normalidad, creo que todo irá bien.

Oxton asintió. —Supongo que sabe todo lo que ha pasado.

—Lo he leído en los periódicos.

—La protegida de mi padre no se encuentra muy bien, no duerme y llora a ratos.

—Después de lo ocurrido no me extraña, milord. Tuvo que ser una experiencia horrible para una dama. Pero demostró una fortaleza digna de su estatus. Se habla de que la va a condecorar la misma reina.

A Richelle se le cortó el aliento. Eso no podía ser, pero Oxton asintió como si ya lo supiera. —Me preocupa, ¿puede darle algo para dormir?

—Una cucharadita de láudano antes de acostarse es mano de santo. Haré que le traigan otra botellita para que no les falte.

—Gracias, doctor.

—Es un gusto, milord. Si le parece bien volveré mañana.

—Sí, por favor. El doctor Herrold es extraordinario, pero usted tiene años de experiencia y me quedaría más tranquilo.

El doctor hinchó el pecho orgulloso. —Será un placer venir. —Inclinó la cabeza. —Hasta mañana, barón.

Oxton le observó mientras se alejaba y de repente miró hacia allí. Richelle abrió la puerta mostrándose y se miraron a los ojos. —¿Hay novedades?

Negó con la cabeza.

—El láudano es para tu madre, ¿no?

—Tengo que separarla de él o enfermará también. Se lo echaré en el té sin que se dé cuenta.

—Me parece correcto. —Se acercó y le abrazó por la cintura. —Está muy demacrada y ha adelgazado mucho.

Él acarició su espalda y después de unos segundos dijo —Nos casaremos esta tarde.

Se le cortó el aliento. —¿Cómo has dicho?

—Preciosa, hasta hoy no me he dado cuenta de que si mi padre muere pasarás a manos de otro tutor y habrá que guardar un luto de dos años —dijo muy tenso. —No pienso esperar tanto.

Se apartó para mirar sus ojos. —No hablas en serio.

—Esta tarde, Richelle. —Se apartó yendo hacia la puerta. —Ya he avisado al pastor Heiss.

—¿Y qué pensará la gente?

—Que no quería esperar tanto.

—Tu padre se enfadará.

—Dudo de que si despierta, tenga ánimos para enfadarse por eso.

Cuando desapareció de su vista apretó los labios. —Mierda.

Bueno, tampoco era para tanto. Dudaba que pudiera seguir con la temporada tal y como estaban las cosas. Además, no podría encontrar un marido mejor y que alterara tanto su corazón. Sí, era el adecuado. Aunque preferiría una ceremonia más romántica, la verdad. Ya que la presentación había salido tan mal, merecía una boda llena de flores y risas, no lo que iba a tener. Pero era evidente que ella nunca tendría una vida como las demás chicas. Apretó los labios y con la cabeza gacha regresó a la habitación sin darse cuenta de que Fred la observaba desde el hall.

Poco antes de la boda fue hasta la habitación del marqués y se acercó a la cama. Sonrió porque tenía mejor cara. Su respiración era pausada y su color no era tan ceniciento. Con cuidado se sentó a su lado y cogió su mano. —Hola, tío. Echo de menos nuestras conversaciones, ¿sabes? —Miró su mano y la acarició. —Siento que esto es culpa mía, todo el que asume mi tutoría se muere. Tendrías que haberme casado cuanto antes en lugar de intentar consentir todos mis caprichos. Hubiera sido mejor para ti. —Sonrió con tristeza. —No recuerdo mucho de cuando murieron mis padres. Tengo una vaga imagen en mi cabeza de la señora Goulden diciéndome que tenía un tutor. Ni sabía lo que era eso. Lo averigüé después, al cabo de los años, pero se murió antes de que pudiera verle por primera vez. Y así uno y otro. Nadie se molestó en conocerme, nadie excepto tú. —Se emocionó. —Ni te imaginas todo lo que me has dado. Contigo me he sentido parte de una familia, como si fuera tu hija. Has sido tan generoso conmigo, me has dado tu tiempo y es algo que no olvidaré nunca, tío. Tío… Para mí eres mucho más. Aprecio tanto lo que me has dado… Sobre todo tu cariño y compañía. Tu apoyo. Nadie me ha tratado como tú, contigo me he sentido segura, querida por primera vez en mi vida. —Sorbió

por la nariz. —Tienes que ponerte bien. Qué manía tenéis los hombres de esta familia de dormir tanto cuando estáis enfermos. Nos poneis nerviosas, ¿sabes? —Una lágrima rodó por su mejilla. —Quiere casarse ya, teme que después no podamos hacerlo. ¿Te parece bien? —Levantó la vista hasta sus ojos y se sobresaltó porque los tenía abiertos. —¿Spencer?

Él sonrió. —Te doy mi bendición, hija.

El chillido de alegría de Richelle se escuchó en toda la casa y Oxton que estaba en el salón hablando con el pastor, levantó la vista antes de salir corriendo escaleras arriba. Richelle muy emocionada besó su mano. —¿Estás bien? ¿Tienes hambre? —A toda prisa cogió un vaso de agua. —Estarás muerto de sed. —Con cuidado le cogió por la nuca para acercar sus labios al vaso. —Qué bien que estás despierto.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Oxton entró suspirando del alivio cuando vio los ojos abiertos de su padre. —Padre… —Rodeó su cama por el otro lado y cogió su mano. —¿Cómo estás?

Fred entró en la habitación.

—¡Avisen al doctor Herrold!

—Debe estar comiendo algo en el área de servicio, milord. Enseguida le aviso.

Oxton rio por lo bajo. —Nos has asustado, padre.

—Mis chicos… —dijo orgulloso. —Quiero estar presente en la boda.

—Por supuesto que estarás, no te preocupes.

Miró a su alrededor. —¿Dónde está Audrey? —Parecía decepcionado. —¿No está en la casa?

—Claro que sí —dijo ella. —Pero estaba tan disgustada que hemos tenido que darle algo para que al fin pudiera descansar. Está dormida.

—Padre, no se ha separado de ti hasta este mediodía que pude echarle el láudano en la poca sopa que ha tomado.

—¿De veras? —Sonrió más tranquilo. —Esta mujer… Cuando me rompí la pierna hizo lo mismo.

—¿Y por qué no lo arreglasteis entonces? —preguntó Richelle suavemente.

—Orgullo, el maldito orgullo que no lleva a otro sitio que al sufrimiento. Pero eso se acabó.

—Está bien que quieras arreglarlo, padre. Pero intenta no agotarte, debes guardar fuerzas.

—Sí… No quiero perderme esa boda.

—Preciosa dile al pastor que suba. La oficiaremos ahora.

—Pero hijo, ¿qué dices? Tu futura esposa merece que sea en un lugar bonito. No voy a morirme, ya no.

—Padre… Debemos casarnos cuanto antes.

Sorprendida miró a Oxton. —Se va a poner bien. Podemos casarnos en la iglesia cuando se reponga.

—No hay tiempo —dijo entre dientes.

—No entiendo que… Oxton, ¿qué pasa?

—Lord Clayton ha solicitado tu tutoría por el estado de padre.

Se le cortó el aliento antes de mirar a Spencer que apretó los labios. —¿Eso puede ser?

—Sí, niña. Si uno de los tutores tuviera impedimentos para tutelarte, cualquiera de los demás puede solicitar tu custodia. Solo quedan cuatro, así que…

Resignada se levantó. —Iré a avisar al pastor.

Oxton apretó los labios por su cara de decepción y cuando salió de la habitación miró a su padre que también la observaba pensativo. —¿Cuánto llevo inconsciente?

—Cuatro días.

El marqués juró por lo bajo y apretó la mano de su hijo. —Escúchame bien, no solo tienes que casarte cuanto antes para que el conde no ponga las manos sobre ella nunca, también debes evitar que el duque de Sellmund le haga daño, ¿me has entendido?

—Padre te acabo de decir que voy a casarme con ella. ¿Qué quieres decir con eso de que el duque le haga daño?

—Debes embarazarla cuanto antes para que su futuro esté asegurado.

—¿De qué hablas?

—Es por su fortuna.

—Explícate, por favor.

—¿Recuerdas que te enseñé parte del testamento del duque?

—Sí, la parte que se refería al tema de las tutorías. Recuerdo que yo estaba indignado porque te encargaran esa tarea.

—La parte que no conoces es que el duque en su testamento la hizo inmensamente rica. Hijo, es que ni te lo puedes ni imaginar. A lo largo de estos años varios de los tutores han intentado acceder a su herencia de un modo u otro para beneficiarse y entre su abogado y yo hemos logrado impedirlo. Pero solo un matrimonio e hijos la mantendrán a salvo, sobre todo del heredero de su padre, que ha intentado emponzoñar a todos y cada uno de sus tutores con intención de arrebatarle su fortuna. Y solo hay una manera de que pueda conseguirlo.

Oxton se tensó. —Padre, ¿me estás diciendo que la vida de Richelle está en peligro?

—Lleva en peligro desde que sus padres murieron. ¿Por qué crees que cuando al fin pude acceder a su tutoría me la traje a casa? Casi tuve que retar a duelo al conde para que no se saltara la lista. Alegó que yo era demasiado viejo para cuidarla, pero mi abogado amenazó con demandas y se echó atrás.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —preguntó alterado.

—Porque en el viaje desde el colegio hasta aquí, Richelle me hizo jurar que no le contaría a su posible futuro marido nada sobre su cuantiosa fortuna. Porque él o tú en este caso tendrías que encargarte de ese dinero y ella deseaba que la amaran por sí misma. Me ató de pies y manos, entiéndelo. Juré no hablar de la herencia. ¿Pero te das cuenta de lo que te quiero decir? Si ella muere casada

contigo, tú te quedarías con todo. Por eso tendrían que matarte a ti antes que a tu esposa. Este matrimonio te pone en peligro, por eso debéis tener hijos cuanto antes. Si tenéis hijos, todo iría a parar a ellos y el nuevo duque al fin pararía. Demasiadas muertes, todas las miradas recaerían en él.

Se le cortó el aliento. —Por eso Richelle empezó a matar…

—Lleva intentando salvar la vida desde hace muchos años. —Oxton levantó una ceja. —Dos de sus tutores no murieron por causas naturales como piensa todo el mundo. Y estoy convencido de que fue ella.

—Dios mío…

—La primera vez que tuvo que hacerlo tenía ocho años. Un hombre entró en su habitación con una navaja y se defendió tirándole una lámpara de aceite. La señora Goulden lo ocultó diciendo que se le había caído la lámpara, enterró el cuerpo y allí no pasó nada, pero desde entonces Richelle tuvo claro que para alguien su vida no valía nada.

—Y aprendió a defenderse.

—Y lo ha hecho muy bien. —Sonrió. —Cuando vino a hablar conmigo a mi despacho y me confesó que había matado a un hombre, yo ya lo sabía.

—La señora Goulden.

—Desde la muerte del duque me he interesado por ella. Una carta al mes para saber sus progresos. La mujer poco a poco, preocupada por los acontecimientos que ocurrían en su colegio, fue contándome las cosas de las que se enteraba. Cuando al fin me llegó el turno de tutelarla, estaba deseando llevármela de allí. A saber lo que la señora Goulden desconocía y que nunca pudo contarme, porque en cuanto fue lo suficientemente madura, Richelle dejó de apoyarse en ella y le ocultaba cosas.

—Temía que ella también la traicionara, de ahí que busque información de la gente para poder protegerse.

—Se convirtió en la perfecta asesina. Dulce por fuera ante la galería, pero fría por dentro cuando intentan hacerle daño, ahí no tiene piedad. Hasta su mejor amigo en el colegio intentó traicionarla y lo pagó con su vida. Richelle es capaz de camuflar sus pensamientos hasta tal punto que puedes creer que eres su mejor amigo, pero en realidad está pensando en cómo quitarte del medio en caso necesario.

—¿Me estás diciendo que no es capaz de amar?

—Oh, sí. A su amigo le quiso muchísimo.

—Pero la traicionó.

Spencer sonrió. —Desde que llegó a esta casa ha buscado nuestros puntos débiles. Pone buena cara a todo, pero estoy convencido de que ya se ha cubierto las espaldas con algún secretillo que ocultemos. Por eso fui sincero con ella desde el principio contándole parte de mi vida. Quería que se abriera a mí, pero solo me ha dicho lo indispensable. Solo una vez se abrió a mí y fue cuando se sintió amenazada por ti, cuando amenazaste con hablar con la señora Goulden. Sabía que tú intentabas desacreditarla ante mí y solo me contó lo necesario para que me pusiera de su parte. Me contó el intento de violación porque es un tema muy sensible. Es una manipuladora y hará lo que sea para mantenerse a salvo incluso a pesar de ti.

—Ella me quiere —dijo con rabia.

—Puede que sí y puede que a mí también, pero si alguno de los dos le hace daño, incluso aunque sea sin querer, su instinto de supervivencia hará que se defienda. Entonces sálvese quien pueda, porque será impredecible. Hijo, cásate, embarázala y después intenta que no te mate, ¿quieres? No me gustaría perderte.

—¡Padre, me ama!

El marqués hizo una mueca. —Si tú lo dices…

La puerta se abrió sobresaltándoles y ambos miraron hacia allí, donde el doctor Herrold sonreía mirando a su paciente. —Bienvenido al mundo de nuevo, marqués.

Oxton observando como el doctor revisaba la herida de su padre, frunció el ceño porque Richelle estaba tardando mucho. Aunque igual estaba fuera con el pastor debido a que el médico estaba allí. Impaciente fue hasta la puerta y la abrió para ver que solo estaba un lacayo que se enderezó en el acto. —Lady Richelle, ¿dónde está?

—La última vez que la vi estaba en el salón, milord. ¿Quiere que la llame?

—Sí, dile que venga.

Cerró la puerta y al volverse vio que el doctor cubría con las sábanas a su padre. —La herida está curando muy bien.

—Gracias por su ayuda, doctor —dijo el marqués.

—No ha sido nada.

—No diga eso —dijo Oxton. —Sé que ha sido muy difícil salvarle la vida, ha hecho un milagro.

—Es muy amable, pero tuve mucha ayuda del doctor Creswell. Él le revisará a partir de ahora, ya lo hemos hablado y lo hará con gusto.

—¿Y eso? —preguntó Oxton.

—Yo me voy de la ciudad —dijo con tristeza. —Me han ofrecido ser médico rural y he aceptado. La vida de Londres cada vez me gusta menos y sé que allí seré feliz.

—Pero en Londres se necesitan cirujanos como usted —dijo su padre.

—En los pueblos también somos necesarios, milord.

El marqués se sonrojó. —Sí, por supuesto, pero… Aquí tendría un futuro muy prometedor.

—Eso no me interesa. —Inclinó la cabeza. —Ha sido un gusto conocerles.

—Lo mismo digo, doctor —dijo Oxton pensativo.

Cuando el marqués y su hijo se quedaron a solas, Spencer susurró —Qué extraño.

—¿El qué, padre?

—Tenía la sensación de que no se daría por vencido con la niña.

—Ella se lo dejó muy claro en la posada, padre. De hecho, durante estos días solo se le ha acercado para saludarla formalmente. Yo estaba presente y casi no le dirigió la palabra cuando hablaba de tus pocos progresos. Casi siempre se dirigía a madre o a mí.

—Sí, igual esa patada fue algo humillante. —El marqués soltó una risita. —Esta niña. Por cierto, ¿dónde está?

—Eso me gustaría saber a mí. —Abrió la puerta de nuevo para ver que el lacayo subía las escaleras corriendo e iba hacia la habitación de Richelle. —¿Qué ocurre?

El lacayo se volvió. —No la encuentro, milord.

—¿Cómo que no la encuentras? —Se acercó a la barandilla para gritar —¡Fred!

El doctor ya en el hall se detuvo y el mayordomo apareció abajo. —¿Sí, barón?

—¿Dónde está mi prometida?

—No lo sé, milord.

El pastor salió del salón. —Vino a decir que en unos minutos subiríamos, pero no ha regresado.

Page salió de la habitación de Richelle. —Aquí no está.

Empezó a alarmarse. —¡Buscadla!

—Hijo, ¿qué pasa?

Metió la cabeza. —Padre, tú no te preocupes que estará en el invernadero. Seguro que ha ido a buscar algo y no nos oye.

—¡Si te oyen desde High Park! ¡Dónde está la niña!

Su hijo desapareció y escuchó como abría las puertas llamándola a gritos.

—No, no… —El marqués cerró los ojos. —Esto no puede estar pasando. >

Capítulo 14

Asegurándose de que la capucha de su capa tapaba su rostro, tiró de la campanilla. Una doncella sonriendo abrió la puerta y al verla se hizo a un lado de inmediato. —Milady, no la esperábamos.

—¿Dónde está?

—En el salón, milady, tomando el té.

Fue de inmediato hacia allí y cuando su hermano la vio, chilló de la alegría corriendo hacia ella para abrazarla con fuerza. —¡Estás aquí!

Se apartó para mirar su rostro y acarició su mejilla sonriendo por su cabello pelirrojo despeinado. —No he podido venir antes. —Su institutriz se levantó de la silla. —Señora Mortimer…

—Todo va bien, milady.

—Me alegro mucho de oírlo.

Su hermano de diez años cogió su mano y tiró de ella. —Ven que te enseñe los cuadros nuevos.

—No, no tengo mucho tiempo. —Se agachó cogiéndole por los hombros. —Ha llegado el momento.

Los ojos de su hermano brillaron de la ilusión. —¿Ya no tendré que ocultarme más?

—No, me voy a casar. Mi marido nos protegerá. Reclamarás tu título y serás duque.

—Milady, habíamos pensado hacerlo cuando fuera lo bastante mayor para defenderse —dijo la mujer preocupada.

—He cambiado de opinión. —Miró a su hermano a los ojos tan iguales a los suyos que era como mirarse al espejo. —¿Crees que estás preparado?

—¿Confías en tu prometido?

—Sí, y en su padre también.

—Yo confío en tu criterio, hermana —dijo muy serio demostrando lo maduro que era. —Si tú quieres dar este paso, es porque crees que estamos preparados.

Levantó la vista hacia la mujer. —Prepárelo todo.

—Muchas cosas aún están sin desempacar, no tardaremos nada.

—Me llevo a mi hermano. Seguidnos hasta la casa cuando estéis preparadas.

—Como diga, milady.

Cogió la mano de Charlie y tiró de él hacia la puerta. —Vamos…

Al llegar a la entrada su hermano se puso la gorra y cogió su abrigo. —¿Son simpáticos?

Sonrió. —Lo suficiente, te gustarán.

Su hermano la miró de reojo abrochándose el abrigo y Richelle se agachó ante él. —¿Tienes miedo?

—Sí —dijo tímidamente.

—No lo tengas, yo estaré a tu lado.

—¿Y si no les agrado?

—Tú agradarías a todo el mundo.

—¿Por qué ahora?

—Porque he descubierto que el marqués haría lo que fuera por ayudarme y su hijo también.

—¿Le amas o solo te casas con él porque nos ayuden?

Sonrió. —He tenido muchísima suerte de conocerle. Y sí, le amo.

—¿Más que a Melissa?

Asintió con la cabeza. —Mucho más.

—¿Más que a mí?

Le abrazó. —Nunca amaré a nadie más que a ti.

Charlie la abrazó por el cuello con fuerza. —Nunca me dejes.

—Jamás. —Le besó por toda la cara y cuando se apartó vio las lágrimas en sus ojos. —No llores, debes ser fuerte, vas a ser duque.

—¿Lo haré bien?

—No habrá un duque mejor que tú en toda Inglaterra. —Limpió sus mejillas con los pulgares. —Ahora sonríe porque…

—Tu sonrisa ilumina mi vida.

—Exacto. —Se enderezó y cogió su mano. Respiró hondo antes de abrir la puerta sabiendo que todo iba a cambiar y bajaron los escalones para ir hacia el coche de alquiler. Esperaba que Oxton no estuviera muy enfadado.

Los gritos llamándola se oían desde fuera de la casa y gimió por dentro antes de mirar a su hermano. —Están algo nerviosos porque me he ido sin avisar. Si Oxton grita no te preocupes.

—¿Como aquella vez que me caí en el río y te pusiste histérica?

—Exactamente. —Llamó con el puño de bronce de la puerta y esperó.

Esta se abrió de golpe y lo primero que vio Richelle fue a Oxton, que agarraba al doctor Herrold de las solapas como si quisiera arrancarle la cabeza. Ambos miraron hacia una antes de bajar la vista hacia el otro. Los dos hermanos con los ojos bien

abiertos esperaron su reacción, pero Oxton solo suspiró del alivio soltando al pobre hombre y pasándose la mano por la nuca como si intentara relajarse. —Preciosa…

Entró en la casa tirando de Charlie. —Tenía que traerle. Mi hermano tenía que estar en la boda. Es la única familia que me queda.

Oxton apretó los labios asintiendo antes de mirar a Charlie. —Duque de Sellmund, es un placer conocerle.

El niño sonrió. —El gusto es mío, barón.

—Veo que me conoces, ¿cuándo te ha hablado tu hermana de mí?

—Nos vemos casi todos los días.

Asombrado miró a Richelle.

—No necesito dormir mucho.

—¡Te escapas de noche!

—Más bien al alba.

—Tus paseos a caballo. ¡Al parecer les sacas mucho jugo!

Hizo una mueca. —Hago lo que puedo.

El barón la cogió del brazo y ante la mirada atónita de medio servicio y del doctor, la llevó hasta el salón con su hermano detrás. En cuanto pasaron cerró de un portazo. —Vivía en el campo, ¿no es cierto?

—Cerca del colegio. La señora Mortimer, mi primera institutriz, vive con él desde que era un bebé. Mi madre dio a luz dos días antes de morir. El duque sabiendo que también estaba enfermo, hizo que sacaran al niño de su casa de campo. Temía que no llegara a Londres con vida, sabía que su heredero podía intentar quitarle del medio. La mujer después de poner a salvo a mi hermano, se enteró de la muerte de mi padre, así que fue hasta mi colegio para recogerme y que después fuéramos a Londres a buscar al abogado para que se encargara de todo. Pero entonces cuando me iba a subir al carruaje alguien me disparó, intentaron matarme. Yo ni me di cuenta de lo que ocurría. La señora Mortimer evitó que me diera la

bala y me regresó al colegio para intentar mantenerme a salvo. Entonces se enteró de que nadie sabía de la existencia de mi hermano, no salía ninguna noticia en el periódico sobre el testamento de mi padre. De hecho, decían que mi hermano había muerto antes de que mi madre le diera a luz, por lo que la señora Mortimer intuyó que el servicio había mentido al nuevo duque por orden de mi padre y me convertí para todos en la única heredera de su fortuna. La supervivencia de mi hermano y salvaguardar el título se convirtió en una prioridad. Con el dinero que le había dado mi padre, la niñera alquiló una casa cerca de mi colegio. Quería protegerme, pero no sabía cómo sin poner en peligro a mi hermano. Así que le crió como si fuera su hijo lejos del pueblo. Cuando cumplí ocho años me visitó de nuevo en el colegio y me advirtió que tuviera cuidado. No quería asustarme, era muy niña, pero apenas tres noches después un hombre entró en mi habitación para matarme. Y fui muy consciente de que para alguien mi vida no valía nada e intenté defenderme como pude. Dos años después la señora Mortimer regresó y fue cuando me dijo que tenía un hermano. Fue la primera vez que vi a Charlie. Nadie nos relacionó nunca porque yo jamás iba por allí a una hora que pudiera ser vista y esa costumbre se alargó. —Apretó los labios. —Hasta ahora.

Miró al muchacho que sonrió. —Es evidente que no hay ninguna duda de su parentesco contigo.

—Por si hubiera alguna duda, mi padre escribió una carta que tengo a buen recaudo. Quien debe ostentar el título no está en duda, lo que hay que lograr es mantenerlo con vida para que pueda dirigir sus propiedades.

—¿Por qué no has matado a esa rata?

Sus ojos se tornaron fríos como el hielo. —¿Crees que no lo he pensado? Pero me di cuenta de que si le mataba, el título pasaría a su hijo que es igual que él, no a mi hermano. Habría una disputa judicial y puede que la reina no se pusiera de nuestra parte. Además, si Charlie consiguiera el título no tendría herederos. Pero si yo…

—Si tuvieras hijos el título ya estaría seguro. Serían sus sobrinos y futuros herederos hasta que él tenga descendencia.

—Exacto.

—Nos oíste hablar, ¿no es cierto? Me oíste hablar con mi padre en su habitación…

Asintió y harta de esa situación le rogó con la mirada. —¿Vas a ayudarnos? Jamás he pedido ayuda a nadie y ahora te la pido a ti. ¿Serás su tutor y mi marido?

La abrazó a él con fuerza sabiendo lo que le había costado hacer esa pregunta. Ya era hora de quitar ese peso que llevaba sobre sus hombros y que empezara a vivir. —Sí, preciosa. Lo seré.

Sentada ante el espejo de su tocador, apartó unos rizos de su hombro y respiró hondo mirando su reflejo mientras la puerta de su habitación se abría. Oxton entró. La luz de la lámpara de aceite que tenía sobre el tocador, resaltaba el color de su largo cabello suelto sobre su camisón blanco. Ella miró sus manos sintiéndose nerviosa y al ver su hermoso anillo acarició la esmeralda. Lo había comprado especialmente para ella. Oxton llegó tras ella y apartó su cabello mostrando su cuello. —¿Estás nerviosa, esposa? —susurró.

Le miró a través del espejo. Aún llevaba el traje que se había puesto para su boda. Una boda preciosa, porque aunque había sido en la habitación del marqués, Fred había puesto muchas flores y había estado su hermano y Audrey. No había podido avisar a sus amigas, pero en esas circunstancias era lo que había. Recordó los ojos de Oxton cuando dijo el sí quiero. Recordó su propia dicha cuando él dijo que sería su marido. Aquello era un sueño y no se podía creer que le hubiera conseguido. —Me gusta que me llames esposa. Suena maravillosamente en tus labios.

Oxton sonrió y se sentó a su lado. —Me gusta decirlo. —Se acercó y besó suavemente sus labios para mirarla como si fuera

suya. Richelle se sonrojó de gusto. —¿Sabes? A pesar de todo por lo que has pasado, hay algo en ti que es muy inocente, preciosa.

—¿De veras? —preguntó provocadora.

La besó de nuevo. —Me vuelves loco.

Acarició su cuello empezando a relajarse. —Eso está bien, milord.

La miró a los ojos. —¿Por qué querías esperar dos meses a que nos casáramos?

—Tenía que asegurarme de que eras perfecto para mí. Tenía que saber si me aceptarías como soy y sobre todo…

—Tenías que mantenerle a salvo.

—Sí. —Se sonrojó de nuevo. —Además quería mi presentación, tenía derecho a ella.

—Sí que la tenías. —Acarició su mejilla apartando un mechón de su cabello. —También tenías derecho a una boda de la que se hablara durante años.

—No ha habido suerte, no pasa nada.

Sabía que aunque intentaba disimular que no le importaba, le dolía y mucho. —Te compensaré, preciosa. Compensaré todo lo malo que te han hecho.

Emocionada susurró —¿De veras?

Él besó sus labios con ansias y Richelle se abrazó a su cuello deseando sentirle, deseando por una vez en su vida olvidarlo todo solo para estar con él. Oxton la cogió en brazos y sin dejar de besarla la llevó hasta la cama. La tumbó con una delicadeza que la conmovió y cuando se apartó de ella se quitó la chaqueta dejándola caer al suelo. —Te toca a ti.

Sorprendida se miró. —Solo llevo el camisón.

—Qué mala suerte —dijo comiéndosela con los ojos.

Sintiéndose muy deseada se puso de costado y levantó el camisón hasta mostrar parte del muslo. —Confórmate con eso.

Él pasó la mano por su suave piel desde la pantorrilla al muslo y Richelle suspiró de gusto. Pero cuando llegó al borde del camisón ella detuvo su mano. —Ah, no, ese no era el trato.

Oxton se enderezó sonriendo y se llevó las manos hacia atrás para tirar de su camisa quitándosela por la cabeza. A Richelle se le cortó el aliento por su duro torso y deseando tocarle, se sentó de rodillas para alargar la mano. Ese vello entre sus pectorales la volvió loca y lo acarició haciendo que la piel bajo sus dedos se tensara a su paso hasta llegar a su ombligo. —Ah, no —dijo él con voz ronca. —Ese no era el trato, preciosa.

Sintiendo que el calor la recorría de pies a cabeza elevó la vista hasta sus ojos y su mano fue hasta los lazos en su pecho para empezar a tirar de uno de los extremos. El nudo se abrió y su dedo tiró de la lazada hasta abrirla del todo mostrando el canal de sus pechos.

La mano de Oxton entró por su escote y Richelle cerró los ojos por la suave caricia antes de que acunara su pecho. Su pezón ya erecto se endureció como una piedra y cuando pasó su pulgar por él, Richelle recibió una descarga tan intensa que le robó el aliento. La mano de Oxton empezó a bajar por su vientre y sorprendiéndola llegó a su sexo. Impresionada le miró a los ojos y cuando él acarició sus húmedos pliegues de arriba abajo Richelle creyó que moriría de placer. Oxton se agachó sin dejar de acariciarla y susurró en su oído. —Ya basta de juegos, esposa. —Un dedo entró en su interior y sorprendida se elevó sobre sus rodillas para agarrarse a sus hombros. —¿Te gusta? —Su dedo volvió a entrar en ella y Richelle cerró los ojos inclinando su cuello hacia atrás. Oxton besó el hueco entre sus clavículas. —Estás muy mojada, preciosa. Eso debe ser que te gusta. —Besó su cuello antes de llegar a su barbilla mientras su dedo la volvía loca y de repente su pulgar acarició el botón de su placer haciendo que una fuerza sorprendente la recorriera hasta hacerla gritar en una liberación increíble. —Pues esto no es nada. —Besó su barbilla antes de llegar a sus labios. —Cuando acabe contigo me suplicarás por más y cuando esta noche termine tendrás en tu vientre ese hijo que tanto deseas.

Disfrutando de un placer que no sabía que podía existir ni se dio cuenta de cómo tiraba hacia arriba de su camisón dejándola desnuda ante él. —Eres tan hermosa que me quitas el aliento.

Abrió los ojos y estos refulgían de deseo. —Ámame…

Oxton dejó caer los pantalones y su miembro endurecido la apuntó directamente. Fascinada por él alargó la mano y sin pudor lo recorrió haciendo que Oxton se tensara de inmediato. —Preciosa, tus caricias son maravillosas, pero quiero derramarme dentro de ti.

Sintió unas ganas enormes de saborearlo, ese pensamiento la encendió y sin pensar preguntó —¿Puedo chuparlo?

Asombrado vio que se agachaba y que sus labios se acercaban a su miembro. Ver como sacaba la lengua casi le lleva al clímax y sin saber cómo, Richelle de repente estaba tumbada en la cama con él encima. Gimió de gusto al sentir su piel sobre ella y se movió bajo su cuerpo sintiendo que su sexo rozaba el suyo, lo que era maravilloso. —Te siento. —Elevó las caderas y su miembro encontró la entrada. Oxton gruñó entrando en su ser lentamente hasta encontrar la barrera de su virginidad. —Preciosa, te va a doler un poco. —Empujó con fuerza, pero su esposa en lugar de gritar sonrió maravillada. —Eres increíble, mujer.

Richelle abrió los ojos y acarició su mejilla. —Me encanta lo que me has hecho.

Oxton elevó una ceja. —Creía que tus amigas te habían hablado de esto.

—Y lo hicieron. Dijeron que era maravilloso y lo ha sido.

Su marido reprimió la risa. —¿Eso crees?

—Sí. —Oxton se movió en su interior y abrió los ojos de la sorpresa. —Oh…

—Has adelantado el final, preciosa.

—Oh… —Cuando se movió de nuevo abrió aún más los ojos.

—Ahora viene lo mejor.

Movió las caderas con firmeza y un placer inmenso llenó todo su cuerpo. Pero no se detuvo ahí porque cada vez que se deslizaba

en su interior ese placer aumentaba. No le daba tiempo a recuperarse de todo lo que experimentaba, cuando una nueva oleada la arrastraba. Llegó a un punto que le faltó el aliento y necesitó asirse a sus hombros temiendo perder la cordura, hasta que un último empellón cortó el fino hilo que la unía a la realidad, todo su cuerpo estalló y realmente creyó que había muerto porque aquello tenía que ser el paraíso.

Su marido cayó a su lado con la respiración agitada y Richelle con una sonrisa en los labios tardó varios minutos en recuperarse. Cuando empezó a ser consciente de lo que acababa de ocurrir, se dijo que sus amigas se habían quedado muy cortas, tendría que reprenderlas por mentirosas. Un beso en los labios le hizo abrir los ojos y sonrió a su marido. —¿Siempre es así?

—Cuando nos conozcamos un poco más será mucho mejor.

La miró de una manera que la sonrojó. —¿Qué?

—Te amo, preciosa.

Perdió algo la sonrisa y sin saber qué decir farfulló —Bien.

Oxton frunció el ceño. —¿No me lo vas a decir a mí?

—¿Tengo que decirlo en voz alta? Las palabras no sirven de nada, son los hechos los que importan.

Él elevó una ceja y como un tomate siseó —Sí, ¿de acuerdo? Te amo.

Oxton sonrió provocando un vuelco en su corazón y rio cogiéndola por la cintura para colocarla sobre él. —Estás loco.

—Loco por ti, preciosa.

Vistiéndose al día siguiente, hizo una mueca porque la luz que entraba por detrás de las cortinas decía a las claras que debía ser mediodía por lo menos. Pero qué noche, había sido una maravilla, aunque no se había sentido tan cansada en su vida. Y tenía un ligero

dolorcillo entre las piernas bastante molesto. ¿No sería algo de lo que preocuparse? No, claro que no.

Page terminó de abrocharle el vestido y Richelle impaciente fue hasta el tocador para que la peinara. —¿El niño se ha levantado?

—Sí, milady. Y muy temprano. La señora Mortimer le ha estado entreteniendo con una lección de latín.

Eso le recordaba que su hermano necesitaba un buen profesor. La señora Mortimer hacía lo que podía, pero temía que su educación estuviera resintiéndose y eso no podía ser.

—Ha desayunado muy bien y está deseando verla. —Cogió el cepillo, pero antes de que pudiera empezar su ama ya se había levantado. —Pero milady…

—Me he retrasado. ¡Yo nunca me retraso!

Descendió las escaleras sujetándose las faldas y jurando por lo bajo porque tenía también doloridos los músculos de las piernas. Al parecer hacer el amor afectaba a distintas partes del cuerpo. Se sonrojó. Y de qué manera. Qué noche.

Escuchó la voz de Charlie en el salón y allí que fue. Cuando entró su hermano estaba ante el piano gruñendo porque odiaba esas clases. —Es parte de tu educación, cielo.

Él se volvió sonriendo radiante al verla y corrió hasta ella para abrazarla por la cintura. —Ya te has levantado, ¿vamos a montar a caballo?

—Es tarde. Tengo cosas que hacer y tú también. —Miró a la señora Mortimer que sonreía. —¿Está bien acomodada?

—Una habitación maravillosa al lado del duque, milady. Jamás he estado mejor.

—Me alegro. Cualquier cosa que necesite se la pide a Fred, no quiero que le falte de nada.

—Es muy amable, milady.

Besó a su hermano en la frente y le dio un ligero empujón. —A tocar.

Charlie gruñó de nuevo yendo hacia el piano y Richelle le hizo un gesto a su institutriz para que la siguiera. Esta lo hizo de inmediato y en el hall escucharon las estridentes notas del piano. La mujer hizo una mueca. —Es rebelde.

Soltó una risita. —Sí que lo es, y eso le vendrá estupendamente para que sea un duque como Dios manda. Necesitamos alguien que instruya su educación de ahora en adelante, espero que no se ofenda.

El alivio en su rostro fue evidente. —Gracias a Dios. Es demasiado listo y yo no doy para más.

—Me alegra que piense así. Necesitamos a alguien que le instruya en otros idiomas como el francés o el alemán, que le enseñe esgrima, piano, arte, aparte de las materias habituales. ¿Cree que le encontraremos?

—Por supuesto, milady. Con el sueldo adecuado no habrá problema.

—Póngase con ello ahora mismo. Debemos solucionarlo cuanto antes.

Audrey salió del comedor y dijo —Ah, menos mal que te has levantado. Niña, tenemos un problema.

Se volvió hacia ella. —Dime.

—Hay un motín en la cocina.

Parpadeó. —¿Perdón?

—Al parecer tu cocinera tiene más carácter de lo que creías.

—Ahora voy.

Fred llegó en ese momento. —Marquesa, su esposo pide que suban, se aburre.

—Audrey, sube tú, que cuando solucione el tema de la cocina le visitaré.

Su marido salió del despacho hablando con Royden y este le sonrió. —Felicidades, baronesa.

Se puso como un tomate. —Discúlpame que no os avisáramos, pero dadas las circunstancias…

—Lo entiendo perfectamente y mi esposa también lo entenderá. —Rio por lo bajo. —Pero eso no significa que no venga de inmediato con toda la tropa a reprenderte.

—Lo aguantaré. —Miró a su marido a los ojos. —¿Has…?

—Estoy en ello. Ahora nos vamos al abogado.

El marqués de Thirenwood sonrió. —Esto ha sido toda una sorpresa.

—¿Crees que habrá problemas?

—En cuanto mostremos la carta de tu padre no los habrá. Por cierto, ¿dónde está?

—Oh… —Para sorpresa de todos fue hasta un pequeño óleo colgado cerca de la puerta de entrada, lo descolgó y levantó el papel de estraza para sacar un sobre amarillento.

—¿Lo has dejado ahí? —preguntó Oxton atónito.

—Si tenía que irme a toda prisa solo tenía que agarrar el cuadro. Y aquí no miraría nadie, estaba seguro. —Se acercó a él y le tendió la carta.

Oxton a toda prisa desdobló la hoja y leyó la carta. Apretó los labios al llegar al final. —No solo es una carta, es un testamento nuevo. Y es muy específico. —Levantó la vista hasta sus ojos. —Todo va a parar a tu hermano, incluso tu herencia.

—¿El duque le hizo heredero universal? —preguntó Royden asombrado.

—Sí —respondió su marido muy tenso.

Algo nerviosa se apretó las manos. —¿Eso es un problema?

Su marido negó con la cabeza. —Me encargaré de todo, no te preocupes.

Parecía que era sincero. Que no le importara su herencia era un alivio. No muchos hombres serían tan comprensivos al verse de repente sin miles de libras que ya creían suyas. —Gracias.

Él sonrió acercándose y la besó en la frente. —Te veo luego, no salgáis de la casa.

—Tranquilo, no lo haremos.

—Volveré cuanto antes.

Fred abrió la puerta y Richelle observó cómo iban hacia el coche de caballos. Cuando se alejaron sintió un gran alivio porque su secreto ya estaba a punto de salir al mundo, pero también sintió pena y rabia.

Audrey se puso tras ella y acarició su hombro. —Vamos niña, tenemos mucho que hacer antes del revuelo que provocará todo esto.

Cerró la puerta y asintió antes de ir hacia la cocina. —Veamos qué ocurre.

El motín en la cocina se basó en que dos de las ayudantes de la cocinera no aceptaban su nuevo estatus y la trataban como si siguiera siendo una ayudante más, lo que provocaba conflictos continuos porque le restaban autoridad. Nada como amenazar con el despido para que dejaran a la pobre muchacha en paz. Después subió a ver a Spencer que tenía mucho mejor aspecto. Se sentó a su lado mientras Audrey le leía y cuando se quedó dormido, se levantó sin molestarle para regresar a su habitación para peinarse. El sonido del piano le crispaba un poco los nervios. Debía hablar con Charlie cuanto antes para que cambiara esa actitud.

Al entrar en su habitación se detuvo en seco porque la cama no estaba hecha. Page ni siquiera había abierto las ventanas para ventilar. Empezando a enfadarse agarró la gruesa cortina para abrirla cuando vio a Page al otro lado de la calle tras un gran seto del parque, pero lo que más la sorprendió es que estaba medio escondida hablando con un hombre y por el aspecto de su sombrero era un hombre de dinero. ¿Sería su enamorado? A él nunca había

llegado a verle, pero le parecía un sombrero muy caro para alguien de su estatus. Oculta tras la cortina le miró bien, parecía enfadado y de repente la agarró por la muñeca asustando a Page que intentó soltarse. Richelle entrecerró los ojos viéndola cruzar la calle corriendo. Observó al hombre que miró hacia la casa. Demasiado mayor para ser su Jimmy. Además, era un caballero. Un caballero que no conocía y por como miraba la casa, allí había algo que le interesaba mucho. El hombre se alejó cruzando el parque y cuando le perdió de vista dejó la cortina como estaba. Fue hasta el tocador y se sentó esperando que su doncella llegara. Page entró a toda prisa y al cerrar la puerta suspiró sin darse cuenta de que ella estaba allí. Corrió hacia las cortinas y las abrió a toda prisa antes de correr hacia la cama para empezar a quitar las sábanas. Las cogió entre sus brazos y al volverse se detuvo en seco. —Milady…

Se volvió para mirarla y cuando Page vio sus fríos ojos azules y la pistola que llevaba en las manos, palideció dejando caer las sábanas al suelo. —¿Quién era ese hombre, Page?

—Por favor, milady, yo no quería meterme en esto.

—Pero ya estás metida, así que habla si no quieres que una bala te reviente la cabeza. —Se levantó y Page dio un paso atrás. —¡Habla!

—¡Me encontraron el trabajo aquí! ¡Estaba desesperada y hubiera dicho que sí a cualquier cosa!

Entrecerró los ojos. —Explícate.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Mi padre murió hace tres años y tengo cuatro hermanos, necesitan comer. Y busqué trabajo, le juro que sí, pero nadie quería una doncella de mi edad sin instruir y los otros trabajos estaban muy mal pagados. Fui lavandera un tiempo, pero solo comíamos una vez al día. No me quedó otro remedio que… ir con hombres.

Asintió porque por el sufrimiento que expresaban sus ojos no había sido fácil. —Continúa.

—Entonces le conocí, frecuentaba la casa de juego donde ofrecía mis servicios. Me convertí en su favorita y me propuso un

trato. Si entraba a trabajar aquí y le informaba de todo, él me daría un sueldo extra que me vendría muy bien para el futuro. —Sus ojos brillaron. —Era mi oportunidad de volver a ser decente. Al principio no tenía mucho que contar, pero de repente llegó usted y todo cambió. Se volvió más exigente, quería saber cada detalle y esta mañana he tenido que encontrarme con él, así que… —Se sonrojó con fuerza. —Le he dicho lo de su hermano.

—¿Cuál ha sido su reacción?

—Se ha puesto furioso. Ha dicho que miento, que su hermano murió a causa de la enfermedad de su madre. Me ha amenazado como no cuente la verdad. Dice que está harto de mi incompetencia.

—¿Su nombre?

Apretó los labios mostrando su angustia. —Me matará.

—Si no te mata él, lo haré yo, ¿qué prefieres?

—Lord Jeremy Goldwell.

Se le cortó el aliento. —El hijo del primo de mi padre.

—El hijo del actual duque de Sellmund. —Se apretó las manos. —Milady, no he hecho mal, se lo juro. Todo el mundo se enterará en unas horas, ¿no es cierto? El barón lo sacará a la luz y todo el mundo lo sabrá. No podía mentirle, entiéndame, si alguien más de la casa le informa podía perder la vida.

Dejó caer la mano con el arma y se sentó pensando en ello. —¿Cómo te consiguió trabajo aquí?

—No lo sé, solo dijo que me presentara un día a una hora y que dijera que venía para el puesto de doncella. Tenía que decir que había trabajado en casa de una dama que había fallecido hacía poco, hasta me dio una carta de recomendación.

—¿Quién te atendió?

—Fred, milady. Sabe que no tenemos ama de llaves, él se encarga de todo.

Sí, y era demasiado trabajo para una sola persona. Igual se había sentido desbordado y la había contratado sin comprobar sus

credenciales. Algo que le venía estupendamente a su primo.

Se acercó al llamador y tiró de él.

—Milady, por favor, no me delate, me despedirán y estoy muy a gusto aquí. Además, Jimmy… —Sollozó. —Si se entera de esto no querrá casarse conmigo.

—Entonces no será el hombre que necesitas, porque no te ama lo suficiente como para ignorar esta tontería.

—No, lo que no perdonará es lo otro. —Como un tomate susurró —Lo de los hombres.

—Yo no se lo voy a contar, ¿y tú?

—No, claro que no.

—Pues eso.

Llamaron a la puerta y Richelle dijo —Adelante.

Una doncella entró en la habitación.

—Que venga Fred. Ahora.

—Sí, milady.

Richelle empezó a caminar por la habitación. —Sabían que el marqués sería mi tutor, por eso te colocaron aquí, sabían que mi protector anterior moriría.

—Bueno, milady, según tengo entendido era muy viejo, no fue algo sorprendente.

—¿Mi primo te comentó algo de eso?

—No, milady. Solo me dijo que tuviera los ojos abiertos y que le informara de cada novedad de la casa.

—No quiso darte detalles.

Negó con la cabeza. —Todo lo que sé, lo he averiguado aquí. Y me he dado cuenta de que era lo que más le interesaba, por supuesto. El hijo del duque me hacía preguntas.

—¿Como cuáles?

—Antes de su llegada, milady, eran sobre las cartas que recibía el marqués. Tenía que revisarlas todas para saber quién se

las enviaba. A quién invitaba a cenar y esas cosas. Pero desde su llegada, todas las preguntas están relacionadas con usted. Sobre su carácter, su belleza, qué le gustaba hacer… Durante un tiempo creí que estaba pensando en pedir su mano.

Parpadeó. —¿Perdón?

—Le juro que sí.

Fred entró en la habitación y ella ocultó convenientemente la pistola entre los pliegues del vestido.

—Milady, ¿ocurre algo?

—Tengo una duda, amigo. ¿Por qué no hay ama de llaves en la casa?

—Tengo entendido que tuvo un problema con la marquesa hace muchos años y se fue, milady. El marqués dijo que no quería otra mujer que mandara en la casa y ya no hubo más. Cuando llegué yo, las cosas estaban así y lo acepté.

—Pero eso te carga de mucho trabajo.

—Cierto, pero hay que tener en cuenta que la casa no es tan grande como la casa de campo, somos muchos menos empleados. —Preocupado dio un paso hacia ella. —Milady, ¿ocurre algo? ¿No he hecho bien mi trabajo?

Sonrió. —Impecablemente, como siempre.

Él más tranquilo se enderezó. —Gracias, milady.

—Es que Page me ha comentado cómo se la contrató y me ha llamado la atención que la entrevistaras tú.

—Creo recordar que el marqués no estaba en la casa, milady. Una de las doncellas se había casado y necesitábamos otra.

—Comprendo, ¿revisaste sus credenciales?

—Por supuesto, milady. —Entonces frunció el ceño. —Oh, no, disculpe mi lapsus. Su anterior ama había muerto, es cierto. En su casa ya no vivía nadie, estaba a la venta. —Miró a Page. —¿Has hecho algo malo?

—No —susurró tímidamente agachando la mirada.

—Fred, no debes preocuparte. Solo era una pregunta porque como ya sabes la seguridad de mi hermano debe ser prioritaria.

El mayordomo enderezó la espalda. —Lo sé, milady. El barón me ha informado.

—A partir de ahora se comprobará cada carta de recomendación de todo empleado que empiece a trabajar aquí.

—Por supuesto, milady.

—Puedes irte, Fred. Tienes mucho trabajo preparando todo para la comida.

Él inclinó la cabeza. —A sus pies, milady.

Cuando se quedaron a solas la miró y su doncella no elevaba la cabeza. —Oh, por Dios, no te voy a despedir.

La miró ilusionada. —¿De veras?

—De hecho, me vas a venir muy bien. —Fue hasta el tocador dejando la pistola a un lado. —Ahora péiname, tengo mucho que hacer antes de que lleguen mis amigas a reprenderme.

—¿Y piensa permitírselo?

—Bah, así se desahogan.

Capítulo 15

—¡Serás bruja! —exclamó Fely entrando en el salón donde estaba bordando. —He tenido que enterarme por una que pasaba por la calle.

—¿Y cómo se enteró ella? —preguntó asombrada.

—Porque su marido estaba en el despacho del abogado y el barón no dejaba de pegar gritos —dijo Ingrid divertida.

—Muy discreto.

—Así es tu marido.

—Me alegra verte.

—Y a mí también, siento no haber venido antes, pero con todo lo que pasó con tu suegro no sabía si era muy oportuno. Al parecer nos hemos perdido tu boda y un montón de cosas más.

Mary Anne entró gruñendo. —¡Nos hemos perdido la boda! ¡Inconcebible! ¡Siempre asisto a todas las bodas de mis protegidas!

Puso los ojos en blanco. —Lo siento.

—Más te vale que la repitas —dijo Ifi divertida. —O no te lo perdonará jamás.

—¿Cómo voy a repetir la boda? —preguntó asombrada mirando a Fely.

Esta se encogió de hombros. —A mí no me mires, no se lo quita de la cabeza.

—Tenía que casarme. Me reclamaba mi nuevo tutor.

Eso las dejó con la boca abierta y se lo contó rápidamente. Apenas acababa de terminar cuando apareció su hermano en la

puerta y vio como todas discutían su situación. Richelle sonrió y alargó la mano. —Ven que te presente a mis amigas.

Su hermano se acercó a ella y le sentó a su lado. Sus amigas miraron hacia ella antes de mirar a su hermano con los ojos como platos. —Sois igualitos —dijo Ingrid asombrada.

—Sí. —Le acarició la mejilla. —Os presento a Charles Robert Goldwell Tercero, décimo segundo duque de Sellmund.

Las damas se levantaron a toda prisa para hacer una reverencia. —Es un placer conocerle, duque —dijo Fely.

—Saluda a la marquesa de Thirenwood.

—Es un honor, milady.

Todas sonrieron mientras las iban presentando poco a poco y Richelle vio como fascinado saludaba a aquellas importantes damas. —Son todas muy hermosas.

Las chicas se echaron a reír. —Te las acabas de ganar, hermano. —Le guiñó un ojo. —Ahora vuelve con la señora Mortimer, después iré a verte a tu habitación.

Su hermano fue hacia la puerta, pero antes de salir se volvió y se inclinó como todo un duque. —Ha sido un placer conocerlas.

Todas sonrieron. —El placer ha sido nuestro, duque —dijo Ifi encantada con él.

Se alejó y todas la miraron. —Le has educado muy bien, Richelle.

—Desgraciadamente el mérito no es mío, sino de la señora Mortimer. Gracias a Dios la he tenido a ella apoyándome en todo momento.

—Supongo que la compensarás.

—Por supuesto, eso ya está previsto.

En ese momento escucharon un portazo en la entrada y todas estiraron el cuello hacia allí para ver que Oxton iba hacia el salón seguido de Royden y no traía muy buena cara. Preocupada se levantó. —¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? ¡Que me has mentido! —Le tiró la carta a la cara. —¡Es falsa!

Perdió todo el color de la cara mirando la carta en el suelo y la recogió a toda prisa. —¿Pero qué dices?

—¡Esa no es la letra del duque! ¡En cuanto leí la carta me di cuenta de que algo no iba bien, porque mi padre me había enseñado el testamento y no recordaba sus jotas así, pero en cuanto llegué al abogado no tuve duda!

Royden muy tenso tras él dijo —Es cierto, el abogado al principio se lo creyó, pero cuando sacó el testamento del duque, Oxton se dio cuenta de que no era la misma letra. Algo sorprendente porque se parece muchísimo, yo creí que era la misma letra. Pero tu marido se dio cuenta de inmediato, aunque no dijo nada. Fue cuando se dobló la hoja cuando hubo algo que llamó la atención del abogado.

—¡El sello de lacre que cerraba la carta! —gritó Oxton. —¡No era el sello ducal! ¡Y en un documento tan importante jamás faltaría para asegurar su veracidad!

Apretó los labios volviendo la carta para ver el sello roto en una esquina, pero al unir las dos partes era cierto que no había un escudo, solo una letra G de Goldwell. —Usaría otro sello.

—¡No es su letra! —La agarró por el brazo. —¿A qué estás jugando?

—A nada —dijo pálida. —Te juro que es su hijo.

—Eso no sirve de nada si las pruebas son tan dudosas, niña —dijo Mary Anne. —Jamás te aceptarán esa carta en un tribunal.

—Dios mío…

—¡Conmigo no te hagas la tonta que te conozco muy bien! ¡Este engaño es cosa tuya!

—Te aseguro que no —dijo impresionada.

—¡Mujer, estoy perdiendo la paciencia! ¡Quién es ese niño!

—¡Es mi hermano!

—¿Quién te dio la carta?

—La señora Mortimer, ella le trajo desde la casa de campo, ya te lo he contado. —Sus ojos se llenaron de lágrimas porque era evidente que no la creía. —Nunca había visto una carta de mi padre, no sabía lo del sello.

—Exacto, no lo sabías. —Soltó su brazo con rabia. —Así que tu engaño no ha tenido éxito.

—¡Te digo que yo no he tenido nada que ver en esto! ¡Tienes que estar equivocado! ¡Mi padre estaba enfermo, igual cogió otro sello o escribía con menos firmeza, no lo sé!

—Lo que yo sé es que tu hermano nunca conseguirá el ducado con esa carta —dijo entre dientes.

Pálida dio un paso atrás. —No, eso no puede ser.

—¡Lo que no puede ser es que me hayas tomado por estúpido! —Furioso fue hasta la puerta y gritó —¡Fred, que venga la señora Mortimer!

Impresionada miró a sus amigas que la miraban con desconfianza. Se le cayó el mundo encima. —¿Tampoco me creéis?

—Usurpar un título es un delito muy serio —dijo Mary Anne. —Si tienes algo que decir…

—¡No he mentido! —gritó frustrada.

La institutriz llegó hasta su marido y en su rostro mostraba que estaba asustada.

—¡Venga aquí! —gritó Oxton sobresaltándola. —Ahora va a explicarme muchas cosas. ¿De dónde sacó la carta?

—Me la dio el duque en su casa de campo. Ordenó que la guardara hasta llegar a Londres. La estaba guardando en el bolsillo de mi vestido cuando me dio una saca de oro y me dijo que cogiera a su hijo para sacarle de allí cuanto antes. Debía evitar que enfermara.

—¿Vio cómo escribía la carta?

—No. Simplemente me la entregó.

—Miente.

—Barón, yo…

—¡Miente! ¡Diga la verdad!

—La carta me la dio el duque. —Levantó la barbilla. —Lo juro por Dios.

—¿Y también juraría que es hijo suyo?

—Sí —dijo sin dudar. —Charlie es hijo del duque. Yo misma ayudé a dar a luz a la duquesa.

—Y sin embargo era una mujer muy enferma, ¿cómo consiguió parir?

—Lo hizo.

—¿Y dio a luz un hijo sano?

—Sí, fue un milagro, la duquesa sacó fuerzas de donde no las tenía. Creí que se moría muchas veces hasta que pudimos sacarle y cuando lo hicimos no tardó en morir más de dos días. El duque no se separó de su lado en ningún momento cogiendo su mano. Fue terrible. —Sus labios temblaron. —Terrible y para el duque fue devastador. Estaba mejorando y en cuanto murió su esposa no dejó de empeorar. Creo que no quería vivir.

—Enternecedor…

—Oxton, por Dios —dijo su madre, que desde la puerta lo había oído todo.

—No te creas todo lo que oyes, madre. ¡Está hablando de un hombre que envió a su hija de siete años a una institución! Mucho no quería a su familia.

—¡Tu padre dice que fue un gran hombre! —gritó Richelle furiosa.

—¿Un gran hombre? —preguntó con ironía. —¡Ese gran hombre dejó dinero a mi padre cuando se casó, fue quien financió su primera fábrica! ¡Y lo tenía que devolver a un gran interés, preciosa! ¡Tu padre no tenía amigos, tenía negocios a espaldas de todos! ¡Y si asumieron tu tutoría fue porque aún debían a tu padre

una gran cantidad de dinero y era una forma de pago, una forma de liquidar su deuda! ¡Por eso se aseguró de que nunca pudieran tocar tu dinero y contrató a ese abogado para que fuera el albacea de tus bienes!

Perdió todo el color de la cara. —Tu padre ya no le debía nada. No tenía que sentirse obligado a…

—¡Sí que tenía! Porque si ha conseguido tanto en la vida fue gracias a su dinero. ¡Se lo debía!

—Mientes, ¿por qué me haces esto?

—¿Por qué lo haces tú? ¡Eres la única que no ha dejado de mentir desde que llegaste! ¡La experta en el engaño! ¡Aparentabas ser una dulce e inocente dama, pero no eres así en absoluto! ¿Ahora debo creerte?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Eres mi marido. —Su voz expresó su dolor. —¿Si no me crees tú quién va a creerme?

Furioso siseó —¿Quién escribió la carta?

—Mi padre —respondió mientras las lágrimas caían por sus mejillas de la decepción, porque lo único que estaba demostrando en ese momento es que no la quería. Ella había derribado todas sus defensas, había confiado en él, le amaba y todo para nada. Oxton no sentía lo mismo. Los ojos de su marido se tornaron aún más fríos helándole el alma porque parecía que la odiaba. —Créeme.

—¡Vete a tu habitación a esperar a la policía!

Fely se levantó. —¿Pero qué dices?

Royden apretó los labios. —El abogado estaba más que dispuesto a denunciar este asunto. Oxton intentó impedirlo, sería un gran escándalo, pero fue imposible hacerle cambiar de opinión. Dice que no puede ocultar algo así, su reputación está en juego.

—¿Te das cuenta de lo que va a pasarte? —siseó Oxton fuera de sí. —¡Irás a prisión como no demuestres que tu padre escribió esa carta!

Con el corazón destrozado no le miró, no era capaz y caminó hacia la puerta del salón intentando retener las lágrimas mientras en

su mente retumbaba el pensamiento de que no la amaba. Había puesto sus vidas en sus manos, había confiado en él y la trataba así. Jamás debió confiar en él, jamás debió entregarle su corazón, pero ahora ya no había vuelta atrás, ahora había que enfrentarse a todos. Sus ojos se oscurecieron de la rabia porque como si tenía que acabar con media Inglaterra, que su hermano ocuparía el puesto que merecía.

Con las manos engrilletadas seguía a un hombre vestido con traje gris y un cinturón negro de piel del que colgaba una porra. La llevó del brazo por un pasillo y abrió una puerta. Richelle vio la gran sala redondeada y descendiente del tribunal. Estaba llena de gente que murmuró cuando la vieron pasar. El hombre de gris le hizo bajar unos escalones hasta donde estaba su abogado, un hombre pequeño, con gafas y gran bigote llamado Peter Manhoff. No pudo evitar mirar su peluca blanca porque jamás había visto algo igual, como tampoco había visto nunca a nadie con una toga negra con el lacito blanco. Supuso que los abogados tenían que vestir así.

—¿Le gusta?

—Pintoresco.

Este sonrió cuando la pusieron a su lado. —Pues usted está preciosa, milady, el azul es su color.

—Gracias —susurró intentando no demostrar lo nerviosa que estaba. Miró hacia arriba donde el juez ya sentado con una toga roja y una larga peluca la miraba fijamente.

No desvió la mirada, no tenía nada que ocultar. El hombre entrecerró sus ojitos castaños antes de mirar al otro lado de la sala. —Señor Flynn, puede empezar con su exposición.

—Este caso es sencillo —dijo a unos hombres sentados en dos filas justo a continuación del juez, aunque unos escalones por debajo. La impresionó lo bien estructurada que estaba la sala, donde no quedaba ninguna duda de quien mandaba con el juez arriba del todo, desde donde no se perdería nada. Volvió la vista hacia el

jurado, que la observaba como si estuviera analizándola. —¡Lady Richelle Anne Cooledge ha intentado manipular al abogado de su padre para arrebatarle el título al duque de Sellmund! ¡Ha falsificado una carta que según ella venía del puño y letra de su padre, ha engañado a su reciente esposo y ha pretendido que esa prueba falsa fuera dada por buena con el testimonio también falso de una trabajadora del difunto duque! ¡Su manipulación, su descaro no tiene límites, señoras y señores! ¡Presentaré testigos que hablarán de lo manipuladora que era ya en el colegio, donde con sus artimañas perjudicó a sus compañeras! ¡Presentaré expertos que dirán que esa carta no fue escrita por el duque! ¡Presentaré testigos de su carácter, que no dejarán ninguna duda sobre lo dañina que la acusada puede ser! —La gente murmuró y sintiendo que su corazón se retorcía de dolor se miró las manos.

Su abogado se acercó y susurró —Levante la barbilla, milady. Usted no tiene nada que reprocharse.

Levantó la barbilla mientras aquel hombre que no la conocía en absoluto la ponía verde. Igual se lo merecía.

—Señor Manhoff su turno.

—Renuncio a mi exposición, señoría. A lo largo del juicio entenderá el por qué.

—¿Está seguro de esto?

Sonrió divertido. —Absolutamente.

—Entonces la fiscalía puede llamar a su primer testigo.

El hombre se levantó. —Llamo a declarar al duque de Sellmund.

El público murmuró y por un pasillo dos metros por debajo de ella apareció el duque que había usurpado el título de su hermano. Richelle miró al público y sus ojos se encontraron con los de Fely, que forzó una sonrisa. No le correspondió volviendo la vista hacia el duque que en ese momento juraba la biblia.

—Duque, cuéntenos, ¿cuándo se enteró de la muerte de su primo?

—Estaba en mi casa de campo, la epidemia corría por Londres y me llevé a mi familia a lo que era un lugar más seguro. Allí recibí la carta de su abogado informándome de la muerte del duque, de su esposa y de su hijo no nato.

La gente murmuró porque acababa de decir bien claro que Charlie nunca había llegado a nacer.

—¿Qué hizo usted?

—En ese momento no podía hacer mucho. Me quedé en el campo.

—Temiendo por su salud, ¿no es cierto?

—Exacto. Si nos íbamos del campo corríamos un riesgo. No había motivos para salir de allí.

—¿Y Lady Richelle?

—Ella estaba interna en un colegio de señoritas desde unos meses antes, allí estaba bien cuidada. Además, como me informó el abogado, su tutoría no me correspondía a mí sino a los hombres que su padre había asignado en una lista muy detallada.

—Cuéntenos algo sobre esa lista.

—Mi primo era un hombre muy concienzudo y cuando hizo su testamento preveía que puede que alguno muriera, así que escribió doce nombres. Empezó a tutelarla el primero de la lista y a medida que fueron muriendo se les sustituyó por el siguiente hasta llegar al marqués de Conwfall, que fue su tutor hasta que se casó con su hijo el barón de Hedbung.

—¿Por qué cree que el duque lo hizo así en lugar de dejarle a usted su tutoría?

—Nunca me lo dijeron, pero yo saqué mis conclusiones.

—Dígalas, por favor.

—Deduje por el patrimonio que yo heredé, que la fortuna que le dejaba a su hija era inmensa. —Los murmullos de asombro recorrieron la sala. —Y mi patrimonio ya era muy grande como para encargarme de todo. Esa fue la conclusión que saqué entonces y no creo que estuviera errado.

Richelle bufó con desprecio. —Maldito estúpido —dijo por lo bajo.

Su abogado sonrió sin recriminárselo. —Tranquila, ahora me toca a mí.

—Y si milady ya era muy rica cómo demostraremos, ¿para qué iba a querer también su título y propiedades que iban ligadas a él?

—¿Avaricia?

Su abogado se levantó. —Protesto, señoría.

—Aceptada, intente no especular, esto es un juicio, aquí queremos certezas.

—Entonces no lo sé. No sé cómo alguien puede contradecir la ley para intentar perjudicarme. El título lo he heredado legítimamente y ha puesto en entredicho mi buen nombre, pero no sé la razón. —La miró con desprecio. —Supongo que esa razón solo la sabrá ella y la tendrá oculta en su retorcida mente.

—No hay más preguntas, señoría —dijo el fiscal satisfecho.

Su abogado se levantó. —Milord, ¿cuántas veces ha visto a lady Richelle en su vida?

—Esta es la primera vez.

Los murmullos escandalizados recorrieron la sala y su abogado mostró sorpresa. —¿Jamás la había visto antes?

—No. No fue necesario, no estaba a mi cargo.

—Ya, eso lo hemos entendido. Pero era la hija de su primo, tenía siete años cuando se quedó huérfana, ¿y usted no tuvo la sensibilidad de ir a verla, de consolar a una pequeña huérfana que no sabía lo que estaba pasando?

El duque se sonrojó. —Repito, no era mi responsabilidad.

—Cierto, su única responsabilidad era recibir su gran título de duque y sus preciadas posesiones. —El abogado levantó una hoja mientras el público no disimulaba su disgusto.

—¡Silencio! —ordenó el juez.

—Déjeme leerle una cosa… Presento la prueba A. Es una carta del duque, del anterior duque a la directora del colegio de milady. La señora Goulden. En ella dice… "Mi primo jamás debe quedarse a solas con mi hija en caso de que fuera a visitarla. De hecho, nadie de mi familia deberá quedarse a solas con ella bajo ningún concepto."—Miró al duque. —¿Por qué cree que su primo le exigió eso a la directora del colegio de su hija? ¿No se fiaba de usted?

Rojo como un tomate farfulló —Pues no sé.

—De hecho, ha mentido a este tribunal, ¿no es cierto? ¡Sí que fue a visitarla! —Levantó otras dos hojas. —¡En dos ocasiones donde intentó llevarse a la niña!

—No, eso no es cierto.

—Claro que sí, el duque le había legado posesiones que no podía vender y el dinero se lo había dejado a ella. ¡Más de un millón de libras!

Fely abrió la boca del asombro al igual que los demás. —¡Era muy rica y usted necesitaba ese dinero! ¡La señora Goulden impidió que se la llevara del colegio y amenazó con que si volvía llamaría al alguacil! ¡No se dejó intimidar por muy duque que usted fuera!

—¡Esa mujer miente!

El abogado levantó dos hojas. —Tengo aquí dos declaraciones de trabajadores del centro que tuvieron que sacar al duque a rastras en esas ocasiones y varios testigos lo vieron, entre ellos varias ladies de la alta sociedad, señoría. Pruebas B y C. Pero continuemos desenmascarando falsedades. Dice que se quedó en el campo cuando falleció el duque… —Le miró confundido. —¿Se ratifica en esa declaración?

—Sí.

—Vuelve a mentir, milord, porque en Sellmund Hall recibieron su visita apenas dos días después del entierro del duque. —Miró al juez. —Tengo testigos que lo verifican. A pesar de la enfermedad que a usted le asustaba tanto, corrió hacia la finca de su primo para hacerse cargo de su propiedad. —Volvió la vista hacia el jurado. —¿Y

quieren saber lo que hizo su esposa que le acompañó? ¡Ordenó quemar los retratos de la familia! —El asombro del jurado fue evidente para todos. —Y no solo eso, su bien amada esposa corrió escaleras arriba y entró en la habitación de la duquesa, revisó cada armario, cada cajón de su cómoda y se quedó con todo lo que le correspondía a mi cliente.

—Eso es mentira —dijo rojo de furia.

—¿De veras? —Le hizo un gesto a uno de los hombres que estaban allí que se volvió para coger de la pared algo. Al girarlo todos vieron que era un cuadro donde aparecía una dama. —¿Esa es su esposa?

—Sí, pero…

—Todos pueden ver el collar que luce en su cuello. ¿Saben a quién pertenecía ese collar? ¡A la madre de mi clienta!

—¡Se le enviaron joyas!

—Pero no todas, ¿no es cierto? ¡Solo lo que su esposa había desechado! ¡Las realmente valiosas se las quedó!

—¡Ese collar va ligado al título!

—¿Dónde lo dice? ¿En su testamento? Yo no he leído nada de eso.

—¡Es un collar que pertenece a la esposa del duque mientras viva!

—Vuelve a mentir, señoría. Ese collar se lo regaló el padre de mi clienta a su esposa el día de su boda. —Levantó una hoja de periódico donde salía un dibujo del duque entregándole el collar a su esposa. —Y hay testigos de ello, decenas que estuvieron delante en ese momento.

—¡Pertenecía a la familia! ¡No miento! ¡Se lo dio en la boda, pero antes había sido de su madre y antes de su abuela!

—Vuelve a mentir. —Levantó una hoja. —Este es el testimonio del joyero que hizo el collar y lo recuerda perfectamente a pesar de su edad porque fue su mejor trabajo, señoría. Al parecer el duque miente más que habla.

Varios rieron en la sala sonrojando al duque todavía más. —¿Cómo se atreve?

—¡Duque compórtese! —El juez le fulminó con la mirada. —¡Conteste a las preguntas cuando se las hagan y nada más!

—¡Está agraviando mi honor!

—¡Lo está agraviando usted solo, con su falta de respeto a este tribunal al mentir descaradamente! ¿Se cree que esto es una broma? ¡No dude que terminará con los huesos en la cárcel como siga mintiendo con tanto descaro!

El duque palideció.

—¿Puedo continuar, señoría? —preguntó su abogado.

—Por supuesto.

—Ahora acerquémonos a la vida más reciente de lady Richelle, a dos años antes de salir del internado. ¿Conoce a una joven llamada Page Wilson?

El duque perdió todo el color de la cara. —No.

—Es una doncella de la casa del marqués de Conwfall. ¿No es cierto que su hijo, su primogénito, chantajeó a la señorita Wilson para que les contara todo lo que ocurría en la casa del marqués? ¿Que su hijo se interesó en lord Cooledge porque era el siguiente de la lista en tutelar a milady?

—No, eso no es cierto —dijo muy tenso.

Levantó una hoja. —¿Quiere que lea la declaración de la señorita Wilson? Yo no tengo problema.

—No será necesario —dijo rápidamente.

Su abogado sonrió. —Lo suponía, pero de todas maneras la voy a leer. —Miró la hoja. —"No sé cómo lo hicieron, pero me consiguieron un trabajo en la casa a cambio de que les contara todo lo que ocurría en ella. Su interés aumentó cuando lady Richelle fue a vivir con el marqués. Entonces me preguntó mil cosas sobre ella. Desde qué colores prefería al vestirse hasta lo que le gustaba comer. Si era culta, si era tan hermosa de cerca, hubo una vez que hasta me preguntó si dormía desnuda…" —El abogado levantó una ceja. El

público estaba escandalizado. —Toda una invasión a la intimidad de mi clienta, señoras y señores. ¿Cuál era el fin?

El duque apretó los labios y el juez gritó —¡Conteste a la pregunta!

—¿Curiosidad?

—Para una persona que ha dicho que no le interesaba su vida porque ya estaba bien cuidada, cambió radicalmente de parecer, ¿no cree, duque?

Este le miró con rabia y el abogado sonrió. —Su fin no sería que su hijo se casara con mi clienta, ¿no es cierto?

—¡No!

—¿No? Yo creo que sí y muchos de los que estamos aquí también lo creen. La pena fue que no les invitaran a su presentación, que fue el único acto público en el que milady apareció. Como todos sabemos por las noticias, intentaron matar a su tutor y milady valientemente salvó su vida matando a ese criminal. ¿Qué hubiera dicho él en caso de que hubiera podido declarar, duque?

—¡No sé de qué me habla!

—Ya lo suponía. Desgraciadamente no tengo un testigo que refute el resto de sus mentiras. No hay más preguntas, señoría.

—Puede retirarse.

El duque salió de allí con rabia y su abogado sonrió palmeando su mano. —Se ha ido calentito. No tendrá donde meter la cabeza a partir de ahora.

—Gracias.

—No tiene que darlas, milady. Le aseguro que es un auténtico placer.

—Llamo a declarar a la señora Molly Mortimer.

Apretó los labios porque esa traición no se la hubiera esperado nadie, pero era lógico que hubiera salido huyendo del barco cuando este se hundía. La amenaza de la policía a meterla en

prisión por colaboradora, la había asustado tanto que cualquiera se hubiera retractado y hubiera dicho que todo había sido idea suya. Miró hacia el público donde sus antiguas amigas no se perdían detalle de lo que ocurría abajo. Su padre tenía mucha razón, no debía fiarse de nadie. Sintió que la rabia que la consumía desde su detención, se avivaba hasta retorcerle las entrañas.

—Destrózales —dijo por lo bajo.

El abogado sonrió. —Lo haré.

—Señora Mortimer, ¿puede decir al tribunal cómo conoció a la acusada?

—Fui su niñera los primeros siete años de su vida —dijo con la voz acongojada.

—¿Y después qué ocurrió?

—El duque decidió que tenía que irse a un colegio.

—Era muy pequeña, ¿no? ¿Qué dijo la duquesa?

—La duquesa estaba enferma, no podía decir mucho al respecto sobre la educación de su hija.

Hubo murmullos a su alrededor. —¿Estaba enferma? —preguntó el fiscal confundido.

—Antes del cólera la duquesa sufría una afección que le provocaba muchos dolores de cabeza. Migrañas terribles que a veces le quitaban hasta la visión. Si tenía un buen día, perfecto, pero como lo tuviera malo no podíamos ni hablar en el segundo piso. La niña, como todas las niñas, quería ver a su madre, quería jugar y reír, así que el duque tomó una decisión por el bien de su amada esposa. La envió fuera.

Richelle sintió la mirada de sus amigas sobre ella, pero siguió mirando al frente intentando aparentar que no le importaba.

El fiscal asintió. —Entiendo. Cuéntenos algo más de la duquesa, ¿qué ocurrió cuando el cólera la afectó?

—No la afectó solo a ella, más de diez personas de la casa murieron antes que los duques. Mi señor estaba muy preocupado, fue el primero en enfermar de los dos, pero luego pareció mejorar.

Cuando la duquesa embarazada como estaba enfermó, creyó que se volvía loco. —Sonrió con tristeza. —Pero la duquesa le animaba, decía que todo pasaría. Pero no pasó, recuerdo que esa misma noche los dolores de vientre la hacían gritar de dolor. Fue terrible, paría mientras vomitaba, ni sé cómo pudo tener el bebé.

—Así que lo tuvo —dijo el abogado sorprendido. —En su declaración a la policía dijo que no, que la acusada se lo había inventado todo.

—Me obligaron a decir eso —dijo con rabia. —¡Me amenazaron con encerrarme y mil cosas más! ¡Tuve miedo, pero me he dado cuenta de que la verdad solo tiene un camino! ¡Milady no hizo nada malo!

—Así que asevera que el duque le dio la carta.

—¡Lo juro por mi vida! ¡El mismo duque me dio la carta al día siguiente de la muerte de su esposa, me dio dinero y me ordenó recoger a la niña camino a Londres!

—Pero no la recogió.

—Lo intenté, pero casi nos matan. Nos dispararon.

—¿Quién? —preguntó el fiscal incrédulo.

—Nunca lo supe. Alguien que no quería que la niña saliera con vida del colegio. Nos dispararon y corrí al interior del edificio.

—Señoría, es evidente que miente.

—Señor Flynn, es su testigo.

Varios se echaron a reír. —¡Es una testigo hostil! ¡Esto que dice no tiene nada que ver con su declaración anterior!

—¿Piensa continuar con el interrogatorio o no?

—¡No, si no dice la verdad no!

El juez chasqueó la lengua. —Abogado, su turno.

Este se levantó. —¿Dónde estaba el niño mientras usted estaba en el colegio con lady Richelle?

—En una posada, al cuidado de la dueña. Le pagué bien para que cuidara al que creía mi hijo.

—¿Qué hizo entonces?

—Temí por los niños, pero mi obligación era cuidar a Charles, así que cuando llegó la noche salí a escondidas del colegio para regresar a la posada. Me llevé a Charles y dejé a Richelle allí.

—¿Por qué no hizo llamar al alguacil para que la protegiera?

—El duque me había dicho que no me fiara de nadie. Y de su primo menos. Debía decirle solo a su abogado que el niño era su hijo. Solo a él.

—¿Cuándo habla del abogado, habla del mismo hombre que denunció a milady?

—Sí.

Todos murmuraron. —¿Usted leyó la carta del duque?

—No —dijo escandalizada. —Era para el abogado.

—¿Y quién la abrió?

—Richelle, no soportó la curiosidad. Cuando con diez años le presenté a su hermano, también le enseñé la carta. Desde entonces ella la ha guardado, lo que fue un alivio porque yo temía perderla. —Miró hacia ella y sonrió. —Y lo hizo muy bien, el duque estaría orgulloso porque ha demostrado ser mucho más fuerte que cualquier dama que hubiera conocido. Ha protegido a su hermano, le ha mantenido con su asignación en lugar de comprarse vestidos y ha procurado que tuviera una buena educación para el puesto que iba a ocupar en el futuro. —Richelle emocionada por su entregada defensa no pudo evitar las lágrimas. —Sí, se hubiera sentido muy orgulloso de ella.

—¿Por qué no avisaron al abogado más adelante?

—Porque a milady intentaron matarla en el colegio al menos en dos ocasiones que yo sepa. —La miró a los ojos. —Puede que haya más, siempre ha sido muy reservada. De todas maneras, no avisamos al abogado porque ella aún era una niña, que tenía su destino en manos de desconocidos. Si hubiéramos revelado que el duque estaba con vida, el tutor de lady Richelle tendría que encargarse de los dos y no nos fiábamos de nadie como para

arriesgar la vida de Charlie. Así que ella afrontó su destino como muro de contención para proteger la vida y el título de su hermano. Todas las miras estaban sobre ella, pues para todos era la heredera de una gran fortuna, sin saber que el verdadero duque estaba con vida y a buen recaudo. Por eso intentaron matarla tantas veces.

El público murmuró escandalizado. —¿Puede hablarnos de esas dos ocasiones que usted conoce?

—Con ocho años la visité de nuevo en el colegio para asegurarme de que estaba bien y advertirla de que tuviera cuidado. Apenas unos días después fue atacada en su habitación por un hombre y pudo salvar la vida de milagro. Con doce años envenenaron su comida. Estuvo muy enferma, mucho. Casi la perdemos.

—¿Qué hubiera pasado si hubiera muerto?

—Como la gente no sabía que tenía un hermano, su dinero, toda su fortuna hubiera ido a manos del heredero de su padre.

La gente estaba que no salía de su asombro.

—En caso de que se hubiera sabido que su hermano estaba vivo, todo el dinero hubiera ido a parar a él. Lord Charles lo heredaba todo en caso de su fallecimiento al ser su hermano.

—Pero en la carta que milady dio a su marido decía que todo ya le pertenecía a Lord Charles, señora Mortimer.

La miró a los ojos y Richelle asintió. La mujer sonrió elevando la barbilla. —Pero es que esa carta no es la que escribió el duque, milord. No era la carta que yo recibí de manos del duque. Esa carta era un señuelo, como otras tres que milady siempre repartía por su casa para que en caso de que alguien se la reclamara con malas artes tenerla preparada.

Fely dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Pero qué dice esta mujer?

—Que es mucho más lista de lo que creíamos —dijo Royden satisfecho. —Quería comprobar quienes eran sus verdaderos aliados cuando llegara el momento.

El juez miró hacia ella. —Es cierto lo que dice esta mujer. ¿Existe otra carta?

Le miró a los ojos. —Sí, señoría.

—¿Y dónde se encuentra?

—¿Me jura que la salvaguardará con su vida si hace falta?

El juez enderezó la espalda. —Se lo juro por Dios y por lo que más amo que es mi familia, milady.

—¡Señoría, esto es inaudito! ¿Por qué si había otra carta no la mostró antes?

—Porque no se fía de nadie —dijo el juez empezando a entenderla. —Abogado, llame a declarar a quien tenga la carta.

El abogado dijo bien alto —Mando a declarar a Lady Melissa Carter, hija del conde de Brinhill y mejor amiga de mi clienta, señoría.

Melissa preciosa con un traje de día beige entró en la sala y le guiñó un ojo haciéndola sonreír. Y es que era imposible no ser feliz en su presencia. Dio gracias a Dios porque ese rayo de luz se había cruzado en su camino. Melissa se acercó al estrado y como le dijeron juró ante la biblia.

—¿Usted tiene la carta? —preguntó directamente el juez.

Melissa se quedó en silencio.

—¿Ocurre algo? —preguntó el juez.

—Yo también quiero contar mi historia. A eso se viene aquí, ¿no? Pues quiero contar lo que sé de mi adorada Richelle.

El juez sonrió. —Muy bien, pues empiece por el principio.

—La conocí con doce años. Tuve que dormir en su habitación porque en aquel momento no había otras libres y cuando llegué me encontré a una niña tímida, retraída y triste que no confiaba en nadie. Que nunca había tenido amor y que pasaba las vacaciones sola en aquel sitio lúgubre. Yo casi le tenía miedo, ¿saben? Casi no me hablaba. Pero un día le ofrecí un caramelo. Un simple caramelo y sus ojos brillaron. Nunca había comido ninguno. Ella me dio las

gracias tímidamente y se fue a su cama para comérselo en silencio. —Los ojos de Fely y de las demás se llenaron de lágrimas. —Al día siguiente me pegaron. Una de las niñas me tiró del pelo y me arañó la cara porque ya no me quedaban más caramelos. Richelle se le tiró encima y le arrancó un mechón de pelo antes de arañarle la cara por lo que me había hecho a mí. Cuando la apartaron soportó el castigo. Tres días sin comer nada más que un pedazo de pan al día. No podía hablar, no podía jugar durante esos tres días, solo podía estudiar. Y lo hizo sin una sola queja. Cuando terminó el castigo, me acerqué a su cama y le di las gracias porque ya podía hablar. Ella me miró a los ojos y sonrió. Nunca olvidaré lo que me dijo. —Emocionada añadió —"Eres buena, no podía dejar que te pegara". Y es que Richelle es así, puede que creas que no te quiere cerca, que te ignora, pero no se le pasa nada desapercibido y odia las injusticias, daría la vida por las personas que aprecia. Nos hicimos inseparables. Cada una con una personalidad, pero unidas como si tuviéramos la misma sangre. Cuando teníamos catorce años lo hacíamos todo juntas, todo excepto cabalgar. Nunca ha dejado que cabalgara con ella, decía que quería estar sola. Se levantaba muy temprano y un día el caballo la tiró de regreso al colegio. Volvió cojeando y se sentó en la cama. Seguíamos compartiendo habitación porque ambas habíamos querido, así que me senté en la mía y la observé durante unos minutos. Se había quedado con la mirada perdida mirando el suelo y asustada me acerqué. Le pregunté si estaba bien y susurró, si a mí me pasa algo, ¿qué será de él? No entendía lo que quería decir. Y entonces me miró a los ojos. Tienes que ayudarme, me dijo. Entonces me contó la historia y le juro por mi vida que jamás me sentí más llena que en ese momento. Mi amiga del alma me confiaba lo más preciado que tenía en su vida. Era un honor y una responsabilidad que asumí con gusto. —Abrió los botones de su chaquetilla y todos vieron como sacaba una tela acolchada del tamaño de un sobre. —Le hice esto para que no se estropeara. —Lo abrió, sacó una carta tan amarillenta como la anterior y alargó la mano para tendérsela al juez, pero no llegaba. Richelle sonrió por sus esfuerzos. —Espere, que subo. —A toda prisa fue hasta las escaleras y las subió como una exhalación para dársela en la mano

al juez. Cuando dejó de tenerla en sus manos respiró hondo. —Al fin ha terminado.

—Gracias —dijo Richelle mirándola con cariño.

—Ha sido un placer, amiga. Un verdadero placer.

El juez levantó el sobre mostrando el lacre. —Es el escudo del ducado. —La abrió a toda prisa y la leyó muy concentrado.

Richelle, que se la sabía de memoria, miró a su abogado. —Gracias por llegar hasta aquí.

—Como ha dicho su amiga, ha sido un placer ayudarla.

El juez se levantó dejándolos a todos sin aliento y la miró. —Levántese, milady.

Ella lo hizo y respiró hondo.

—Según esta carta, el abogado antes de emprender ninguna acción legal, debía esperar a que usted fuera lo suficientemente mayor como para ordenarle que se casara, para protegerse usted y para proteger a su hermano. Como milady ya había leído la carta, esperó pacientemente antes de ponerse en contacto con el abogado. Ahora entiendo mucho mejor por qué la señora Mortimer tampoco se puso en contacto con él a lo largo de los años. La entonces niña sabía todo lo que tenía que hacer, porque así lo había especificado su padre. En la actualidad ya ha cumplido el trámite de su matrimonio y ahora es baronesa, así que ordeno que se lleve a cabo la última voluntad el duque de Sellmund. Le doy a usted lady Richelle Goldwell, ahora lady Richelle Cooledge, baronesa de Hedbung, la custodia de su hermano hasta que él tenga la mayoría de edad. Durante ese periodo usted deberá hacerse cargo de toda su fortuna. La de ambos. —La gente jadeó y el juez apretó los labios. —Las especificaciones de su testamento ya las sabe la interesada, así que no las mencionaré. Pero debido a los últimos acontecimientos dispongo algo más. Ni su marido ni nadie más podrá tocar su dinero ni sus bienes sin su consentimiento. Jamás. En caso de fallecimiento de su hermano los bienes irán a parar a usted y viceversa, a no ser que alguno de los dos disponga algo en contra, pues en el futuro uno o ambos pueden tener herederos. En caso de

que su hermano y usted mueran sin descendencia, sus bienes pasarán a la corona y será la reina quien disponga de ellos para repartirlos entre los pobres de esta ciudad. ¿Le parece bien, milady?

Emocionada susurró —Sí, me parece bien.

—Es una manera de protegerla de indeseables y creo que es lo correcto. —Cogió el mazo. —¡Se levanta la sesión! La detenida queda libre sin cargos por este tema ahora y en el futuro. ¡Mi sentencia es firme y no cabe apelación!

Se levantó y el guardia que la había llevado hasta allí le quitó los grilletes. Cuando se apartó Melissa ya estaba a su lado y la abrazó con fuerza. —Al fin ha terminado tu pesadilla. Al fin eres libre.

—Gracias, gracias —dijo con los ojos llenos de lágrimas. La soltó para abrazar a su abogado y al mirar al público que ya se iba, vio a Oxton pálido al lado de su padre. Se le detuvo el corazón porque estuviera allí, creía que iría a declarar en su contra como había dicho la policía en sus interrogatorios. Sin dejar de mirar sus ojos se apartó de su abogado y Melissa que siguió su mirada hasta su marido susurró —Vámonos amiga, no merece uno solo de tus pensamientos.

Tenía razón. Agachó la mirada intentando no reflejar su dolor y cogió a Melissa del brazo. —¿Tienes un caramelo?

Melissa rio. —Iremos a comernos el más grande de todo Londres, que nos lo hemos ganado.

Capítulo 16

Sentados en el salón del marqués nadie sabía qué decir. Y Oxton menos que nadie, que mirando el jardín desde la ventana estaba muy tenso.

—Es evidente que es muy lista —dijo Ifi. —Nos la ha jugado a todos.

—Querrás decir que nos ha dejado con el culo al aire —dijo Fely.

—Y nos ha utilizado —dijo el marqués antes de mirar a su hijo. —A Oxton más que a nadie.

—Joder, no digas eso, padre.

—¡Sabes que es así! ¡Si hubiera sido sincera respecto a la carta, asunto solucionado! ¡Pero mintió para ir a ese absurdo juicio y dejarnos mal a todos por no haberla apoyado!

—Nos lo merecemos —dijo Ifi. —No la apoyamos.

—Mujer… —dijo Charles intentando que callara.

—¡No la apoyamos! ¡En cuanto hubo dudas de la carta, le recriminamos lo grave que era el asunto! ¡No le dimos tiempo a defenderse!

—No hables por todos —dijo Mary Anne arrepentida. —Fui yo la que hablé.

—Eso ahora da igual. —Fely miró a su marido. —Es evidente que lo que quería era que demostráramos nuestra amistad como lo hizo Melissa y no hemos estado a la altura. Es más, con nuestra actitud le dimos la oportunidad de que todo saliera a la luz legalmente y acabar con el problema de la herencia.

—El juez le ha cubierto las espaldas para siempre —dijo Royden. —Al menos ya puede vivir tranquila.

—Vivir tranquila —dijo Oxton con una sonrisa irónica en el rostro. —La noche antes le prometí que me encargaría de todo, quería quitarle ese peso de encima. ¿Y qué hice al primer obstáculo? Humillarla ante sus amigas, exponerla ante la opinión pública y juzgarla como los demás. —Entrecerró los ojos. —Y me atreví a confesarle mi amor —dijo con desprecio de sí mismo.

—Hijo, tú no sabías… —Audrey apretó los labios cuando su hijo se fue del salón dando un portazo. —Dios mío… —dijo muy preocupada. El silencio la estaba volviendo loca. —¡Decid algo!

—Ya no hay nada que decir, esposa. Se acabó.

—Tiene que haber una manera de solucionarlo.

—Ella no le perdonará —dijo Fely. —Y lo sabes. Cuando salió detenida de esta casa, él no dijo una sola palabra para defender a su esposa. Es más, la miraba con desprecio. No, no le perdonará.

Audrey se echó a llorar tapándose el rostro con las manos. Spencer se levantó para abrazarla. —Nunca más será feliz —dijo su mujer apenada.

—Lo sé, pero es algo que tendrá que asumir. Está casado con una mujer que nunca será su esposa de nuevo. Vivirá nuestra vida, lo que es nuestra peor pesadilla, pero así están las cosas. Y no podemos hacer nada para evitarlo, así que deja de llorar, no quiero que enfermes.

—Pobre niña…

Fely se levantó. —Os dejaremos solos, necesitáis descansar.

El marqués la miró agradecido y Fely sonrió antes de alejarse con su marido. En el hall su esposa se ponía el sombrero rodeada de sus amigas y Royden dijo divertido —¿Pensáis dejarlo así?

—Antes muerta —contestaron a la vez antes de salir decididas.

Sus maridos rieron por lo bajo siguiéndolas y dispuestos a todo para ayudarlas.

Fely se levantó impaciente y en ese momento llegó Mary Anne al salón con la respiración agitada. —¿Has averiguado algo? ¡Llevamos dos semanas sin noticias de ella!

—Déjame tomar aliento, niña. —Se sentó y se abanicó con la mano.

Ingrid la miró divertida. —Deja de hacerte la interesante. Seguro que tampoco sabes nada.

—Viven en la casa de su padre en Londres, hermosa.

—Eso ya lo suponíamos, Mary Anne —dijo Rose con una pasta en la mano. —Es lógico que se mudaran a la casa que han heredado.

—El anterior duque destrozó media casa antes de irse. Al parecer cogió el atizador y se lio a pegar golpes a diestro y siniestro. Lo que Richelle sintió muchísimo porque al parecer rompió partes del hermoso piano de su madre. La niña lloró y todo. ¿Eso lo sabíais?

Las tres negaron con la cabeza.

—Afortunadamente lo ha enviado a restaurar. Hay un artesano a las afueras de Londres que hace maravillas.

—Al grano Mary Anne —dijo Fely frustrada. —¿Sabes a dónde irá? ¿Alguna fiesta? ¿Merienda?

Sus ojos brillaron. —Irá a la presentación de su mejor amiga, por supuesto. Ya ha confirmado su presencia.

Fely jadeó. —¿Tenemos invitación para eso? ¿La tenemos? —Corrió hasta la chimenea donde tenía todas las invitaciones y empezó a pasar una tras otra.

—No te molestes, no nos han invitado. El padre de su amiga quiere tener a Lady Richelle contenta ya que es el personaje de la temporada. Así que no, no nos ha invitado.

Fely frustrada dejó caer los brazos. —¡Esto es inaudito! ¡Soy marquesa!

—Y la niña tiene muy mala leche —dijo su madre haciéndola gruñir.

—Sí que debe estar enfadada —dijo Ingrid asombrada. —Si nosotras no hicimos nada.

—Exacto, no hicimos nada de nada cuando la detuvieron. —Mary Anne gruñó. —Y es algo que no me perdono.

—Deja de fustigarte. —Fely se sentó a su lado y cogió su mano. —No fue culpa tuya.

—Sí que lo fue, no tengo perdón.

Ifi llegó con la respiración agitada y los ojos brillantes de la ilusión.

—Va a ir a la presentación de Melissa. No te molestes, nos lo ha dicho Mary Anne.

—¡La he visto! —Se quedaron sin aliento. —¡Estaba en Bond Street y la he visto! ¡Y me ha saludado amablemente!

Fely entrecerró los ojos. —Uy, esta… Quiere vengarse.

Las demás gimieron.

—¿Eso creéis? —Ifi dio un paso hacia ellas. —Pues fue muy amable. —Se quitó el chal y se sentó en la butaca que usaba Royden. —Me dijo que iría a la fiesta de los Carter que es pasado mañana. Está muy ilusionada, se ha hecho un vestido rojo para la ocasión. Estaba muy contenta.

—Sí, quiere vengarse, si en el juicio ni nos miraba —sentenció Ingrid antes de mirarlas horrorizada. —¿No querrá liquidarnos?

—Somos demasiadas —dijo Fely. —No se atrevería.

—Uy, esta se atreve a todo.

—Que no… ¿Creéis que quiere hacer las paces? ¿Deberíamos visitarla?

—Sí, hija, el no ya lo tienes. —Rose se levantó. —Pero mejor ir pocas, no vaya a ser que la pilléis de mal talante y saque la pistola. Que vaya Mary Anne.

La marquesa jadeó. —¿Yo?

—Eres la más vieja, es lo justo.

—Oye maja, no tiene gracia.

Todas rieron por lo bajo mientras Rose se acercaba a la puerta y gritaba —¿Por qué llora mi nieto? ¿Eh? ¿Por qué llora?

Fely puso los ojos en blanco. —Está obsesionada —dijo por lo bajo haciendo reír a sus amigas.

Rose se volvió. —Panda de inútiles. —El niño dejó de llorar y molesta regresó a su sitio. —¿Por dónde íbamos? Ah sí, Mary Anne va a ir a verla.

—Pues iré contigo —dijo Ifi. —A mí me ha tratado bien.

—Pues yo no me lo pierdo —dijo Fely. —Todas miraron a Ingrid que escurrió el bulto. —¡No me lo puedo creer!

—¡Oye, que mi Lucas no quiere quedarse viudo! ¡Y cuando le conté cómo era realmente, después de lo que me dijisteis de vuelta a Londres, no creas que se quedó muy contento! ¡Y después de su presentación menos! ¡Así que no estuvo muy de acuerdo con lo que sentenció el juez! Dice que no me acerque mucho a ella por si acaso.

—No mata mujeres —dijo Ifi incrédula por su posición.

—Eso no lo sabes. En la fiesta de su presentación no midió mucho a la hora de clavar el cristalito ese. Leche, qué frialdad a la hora de matar, me dejó de piedra.

—¿Le tienes miedo? —preguntó Fely.

—Respeto, que es muy distinto. —Levantó la barbilla. —Además, mis amigas sois vosotras no ella. No creáis que tengo mucho interés en conocerla ni en ayudarla. Si lo hago es por vosotras.

Fely sonrió. Sabía que desde la presentación de Richelle, Ingrid había estado incómoda con todo aquello. —No tienes que ayudarnos, ¿sabes? No dejaremos de quererte por eso.

Sus ojos brillaron. —¿De veras? ¿No os enfadáis conmigo? Lucas no deja de darme la tabarra con el tema y no para de decirme que no me meta.

—Lo entendemos, niña —dijo Ifi con cariño. —Nuestra Richelle no es como las demás candidatas que hemos tenido.

—Y que lo digas. Fue capaz hasta de engañar a su propio marido para conseguir su objetivo. Cualquier hombre se hubiera enfadado con sus mentiras.

—Ese no es el problema, Ingrid —dijo Fely. —El problema es que a pesar de todo no la apoyó como debería.

Ingrid apretó los labios. —Como le prometió que haría.

—Exacto. Su marido no iba engañado a ese matrimonio, sabía perfectamente cómo era. Y aun así cuando supo que le había mentido le dio la espalda. En el fondo Richelle tiene valores mucho más importantes que los nuestros. Su amistad se basa en la lealtad, lealtad ciega y por encima de todo como hizo la señora Mortimer y su amiga Melissa, que demostraron estar a su lado contra viento y marea.

Ingrid gimió. —Soy una persona horrible.

—¡No! —dijeron todas a la vez. —Solo tienes miedo de que no merezca nuestra amistad —dijo Ifi. —Y lo que debes preguntarte es si la merecemos nosotras.

Todas se quedaron en silencio y Fely bufó. —¿Tenías que decir eso?

—Me ha salido solo.

Ingrid apretó los labios antes de mirarlas decidida. —Bien, ¿ideas?

En ese momento se escuchó relinchar a un caballo en la parte de delante de la casa y Fely corrió hacia la ventana para ver su hermoso caballo blanco. —Al parecer ella ya nos ha enviado un mensaje.

—¿Te lo ha devuelto? —preguntó Ingrid sin salir de su asombro.

—Sí, tiene que estar muy cabreada para devolver esa hermosura —dijo Rose.

Fely apretó los labios enderezándose. —Esta no sabe con quién trata. ¡Soy gallega! ¡Yo no me doy por vencida! —Fue hasta la puerta.

—¿A dónde vas?

—¡A su casa!

Se miraron las unas a las otras antes de salir corriendo tras Fely y Rose que oía a su nieto llorar gruñó antes de gritar —¡Me vais a oír! —Empezó a subir las escaleras y todas la ignoraron para coger sus sombreros antes de salir de la casa sin ponérselos siquiera.

Las cuatro ante la puerta de la casa del duque de Sellmund esperaron impacientes a que les abrieran. —La gente nos está mirando —dijo Ingrid por lo bajo.

—Nos abrirán, no nos hará este feo —dijo Fely convencida antes de que la puerta se abriera.

Un mayordomo muy tieso dijo —¿Sí?

—Venimos a ver a lady Richelle —dijo Fely con desparpajo antes de entrar en la casa.

—Milady no atiende a nadie.

—Déjalo Richards, con ellas no podrás.

Todas miraron hacia arriba para ver a Richelle en la barandilla, más hermosa que nunca con un vestido azul pavo real que resaltaba el color de su cabello. —Mis amigas no se conforman con un no como todo el mundo —dijo con ironía empezando a bajar por las escaleras con una elegancia que las dejó con la boca abierta.

Fely fue la primera en reaccionar. —¿Te has cambiado el peinado?

—He cambiado muchas cosas en mi vida —dijo antes de pasar al salón sin esperarlas. —Richards sírvenos un jerez, seguro que mis amigas lo apreciarán.

Todas caminaron hacia allí y se detuvieron en seco al ver un retrato de una mujer preciosa encima de la chimenea. Ella se sentó justo debajo mostrando que no tenía nada que envidiar a la que fue su madre. —¿Dónde lo conseguiste?

—Lo he hecho guiándome por un camafeo que afortunadamente no le interesaba a la mujer de mi primo y lo tenía en una caja en el desván. —Apretó los labios. —Cuando lo encontré al fin pude ver la cara de mi madre. —Cogió la copa que le ofreció su mayordomo. —¿A qué se debe esta visita?

—Me has devuelto el caballo —dijo sentándose en el sofá.

—Sí, creí que querías que te lo devolviera. Como no hablamos desde hace tanto… —Entrecerró los ojos. —Dos meses, ¿verdad? Sí, porque estuve mes y medio en prisión, así que han sido dos meses.

—Siento no haber ido a verte, pero no permitían visitas.

—Mi abogado me llevaba cartas de la señora Mortimer, de Melissa y de Charlie cada día. —Sonrió dulcemente sonrojándolas. —Pero no pasa nada, me creíais culpable.

—¿Vas armada? —preguntó Ingrid haciéndola reír, lo que la sonrojó aún más.

—Qué graciosa, duquesa.

—Bueno, hablemos claro. —Fely se quitó el sombrero. —Hemos sido malas amigas, pero debes tener en cuenta que con tus antecedentes no eras muy de fiar. No tuvimos tanto tiempo para conocerte como Melissa.

—Por supuesto. —Sonrió de una manera que les puso los pelos de punta antes de beber de su jerez.

—¡Oh, por Dios deja de hacer eso! —Fely se levantó. —Si estás cabreada grita, pero no te pongas así que me sacas de quicio.

Levantó una de sus cejas pelirrojas. —Nada la retiene aquí, marquesa.

—¡Sé que tu educación no te permite ir de frente, pero que expresaras un poco de mala leche no vendría mal!

—¿Has venido a mi casa a gritarme?

—Y a que nos demos de guantazos si hace falta.

Sonrió divertida. —¿Qué?

—Para que te lleves alguna satisfacción. —Se levantó y empezó a arremangarse. —Venga, estoy dispuesta.

Ingrid la miró asombrada. —¿No pretenderás que después me deje pegar? ¡Lucas me mata como llegue a casa con algún rasguño!

Richelle se echó a reír a carcajadas sorprendiéndolas. —Me doy por satisfecha, gracias.

—¡Eso es mentira! —Fely empezaba a cabrearse de veras. —Venga, un par de puñetazos y en paz. —Puso los brazos ante ella. —Mi padre me enseñó algo de boxeo, se me da genial.

—Así que encima quieres pegarme.

—Si me pegas por las buenas no sentirás ninguna satisfacción. Me defenderé un poquito.

Suspiró levantándose. —Muy bien, como quieras. —Tiró el jerez en su cara antes de darle un puñetazo que la lanzó al suelo.

Las tres con los ojos como platos la vieron desmayada sobre la alfombra y Mary Anne alargó el pie para tocarle el brazo. —¿Fely?

—Tenía razón, me siento mucho mejor. ¿Quién es la siguiente?

—Ni de broma —dijo Ingrid haciéndola reír a carcajadas.

—Es evidente que su padre le enseñó poco boxeo —dijo Ifi. —Necesitaba unas cuantas clases más.

—¡Fely despierta! —Ingrid empezó a asustarse y se arrodilló a su lado. —¿No la habrás matado?

—Qué va. —Se sentó de nuevo. —¿Y vosotras qué vais a hacer para compensar vuestra falta?

—Pide por esa boquita —dijo Mary Anne encantada con que negociara.

—Mmm…

—¿Qué puede querer si tiene de todo? ¡Fely! —gritó antes de acercarse a su rostro. —Por Dios, no respira.

—Claro que respira. —Richelle se tensó. —¿Fely?

—¡Te digo que no respira!

Se levantó a toda prisa y se arrodilló a su lado volviéndola. Fely la miró con malicia. —Pillada.

Puso los ojos en blanco y la marquesa se apoyó en sus codos. —Haces que no, pero te importo.

—Serás tonta —dijo antes de echarse a reír. —Siempre tienes que ganar, ¿no es cierto?

—Pregúntaselo a mi marido, que por cierto… —Se pasó la mano por la barbilla. —Ya verás cuando te pille.

—Muy bien, niña —dijo Ifi impaciente. —¿Qué quieres? Estoy dispuesta a todo.

—Esto no tendrá que ver con que temes que me chive del noviete que tuviste de soltera, ¿no?

Se sonrojó. —No, claro que no.

—¡Temes que lo cuente!

—Vale, pégame un puñetazo.

—¡No! —gritaron todas haciéndola reír de nuevo. Se levantó y volvió a sentarse en su sitio.

Fely se sentó al lado de Mary Anne. —Bien, ¿qué quieres que hagan?

—Quiero que destruyáis a mi marido —dijo como si nada dejándolas de piedra. —Quiero que no le reciba nadie en esta ciudad. —Cogió la copa de jerez que le ofreció el mayordomo y sonrió con maldad. —Quiero que tenga que irse de este país, ¿me he expresado con claridad?

—Sí que debes odiarle —susurró Ingrid.

La fulminó con la mirada. —¡Unas horas antes de que me detuvieran, me hizo el amor, dijo que me amaba! ¡Y demostró que no era así! Tiene que pagar y lo va a hacer. Pero si me ayudáis lo pagará mucho antes. ¿Sí o no?

Ifi que acababa de coger su copa se la bebió de golpe.

—Richards deje aquí la botella, que la vamos a necesitar. —De inmediato el mayordomo hizo lo que Fely le mandó y las dejó solas cerrando la puerta. —¿Te fías de él?

—Trabajaba para mi padre. El día que entré de nuevo en esta casa lloró.

—¿Ese hombre lloró? —preguntó Fely pasmada.

—Y me abrazó como si fuera su hija. Daría la vida por mí y por mi hermano si hiciera falta. —Suspiró. —¿Vais a hacerlo? —Fely miró a sus amigas. —¿Estáis de mi lado o del suyo? Tenéis que decidiros.

—¿Antes puedo decir algo? —preguntó Mary Anne.

Asintió. —Por supuesto.

—Está muy afectado y arrepentido por no haberte apoyado.

—¿Por qué estás tan furiosa? Lo hiciste a propósito para revelarlo todo ante el juez y muchos testigos de la alta sociedad —dijo Ingrid. —¿Por qué estás tan furiosa?

—Porque él era la única persona que tenía que haberme creído cuando dije que esa era la carta de mi padre. Era quien tenía que haber dado la vida por mí si hubiera sido necesario. Él debía estar de mi lado y fue quien me puso en la picota. —Hizo una mueca. —Era muy consciente de que el abogado me denunciaría. Es un hombre demasiado recto en sus quehaceres, pero mi marido, la persona a la que amé y me entregué, debía haberse comportado de manera muy distinta a como lo hizo.

—No es justo, le mentiste.

—¿Y no se preguntó la razón? —Las chicas la miraron con sorpresa. —¿No se preguntó por qué mentía? Todo lo que he hecho en esta vida ha sido para proteger a mi hermano y su patrimonio, ¿no le dio por pensar que todo tenía una razón? No, simplemente creyó que era un fraude, que quería quedarme con algo que no me correspondía. Pensó lo peor de mí cuando yo lo hubiera dado todo por él. Por eso quiero destruirle. Si alguien es un fraude aquí, ese es él.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Ifi.

La campanilla de la puerta de entrada sonó y todas miraron hacia el hall. —Ahí está, como cada tarde en estos últimos diez días —dijo irónica. —Igual tenía que haberme mudado a otro sitio.

—¡Le he dicho que no puede pasar, milord! ¡No me obligue a echarle de nuevo! —gritó Richards.

Todas corrieron hasta las ventanas y Richelle siguió bebiendo su jerez como si nada. A Fely se le cortó el aliento por la frustración del barón al bajar los escalones. Ansioso miró hacia las ventanas y no disimuló su sorpresa al verlas allí. Fely forzó una sonrisa y le saludó con la mano sin que le viera Richelle. Él apretó el sombrero que tenía en las manos y Mary Anne le hizo un gesto para que se fuera.

—¿Todavía no se ha ido? —preguntó Richelle con aburrimiento.

—Sí. —Fely se volvió para regresar a su lado. —Ya se ha ido. ¿Así que te visita desde hace diez días?

—Cada maldito día. —Sonrió divertida. —Tiene la esperanza de que le perdone, eso no va a pasar.

—Conseguirá abordarte.

—Entonces que se prepare para el más absoluto de los ridículos, porque pienso ser letal. —Se levantó. —Me aburre esta conversación. Si queréis ayudarme muy bien, sino no volváis por aquí.

Las cuatro vieron como abandonaba el salón y Fely apretó los labios. —Nos pone entre la espada y la pared a propósito.

—¿Y qué vamos a hacer?

Fely sonrió maliciosa. —Mentir como bellacas. ¿Ella no duda en mentir a sus amigos para conseguir sus objetivos? Nosotras tampoco.

Al lado de Melissa saludó a un invitado con una inclinación de cabeza. —Una fiesta preciosa, amiga. Lo mejor de lo mejor.

Su amiga soltó una risita. —Padre no ha escatimado. Quiere que me case bien.

—¿Y ya tienes alguien en mente?

—Si no conozco casi a ninguno. —Se sonrojó. —Además, sabes que esto me avergüenza mucho. No les hablo demasiado.

—Pero si no hay quien te calle.

Su amiga sin tomárselo a mal se echó a reír. —Ellos no son como nosotras.

—No, nosotras somos más listas. ¿Tu madre qué dice?

—Le gusta el conde de Pronham. Dice que es lo máximo a lo que puedo aspirar.

—Qué tontería, puedes aspirar a un príncipe.

Melissa sonrió. —Eso piensas tú.

—¿Te agrada el conde? —preguntó mirando hacia él que reía con unos amigos.

—No demasiado.

—Puedo preguntarle a Ifi, dicen que tiene ojo para formar matrimonios felices.

—¿Podrías? —Sus ojos brillaron de la ilusión.

—Claro. —Miró hacia la puerta y chasqueó la lengua. —De hecho, se acaba de colar en tu fiesta.

Jadeó del asombro volviéndose. —Menudo descaro.

—Nadie le prohibiría la entrada ni a ella ni a sus amigas y lo saben de sobra. Acerquémonos para saludarlas. Que la gente vea que están de nuestro lado. Eso te beneficiará a la hora de conseguir marido.

—Te las sabes todas, amiga.

—Lo intento.

Abanicándose se acercó a las recién llegadas que iban custodiadas por sus maridos. Al ver la barbilla de Fely jadeó. —¿Pero qué te ha pasado?

—Me caí, me tropecé con el bajo del vestido.

—Qué fatalidad —dijo exageradamente para que la escucharan todos.

—Ya hablaremos tú y yo —dijo Royden entre dientes.

—Poco he hecho para lo que habéis hecho vosotros, así que no me retes, marqués —dijo con una sonrisa en los labios.

—Me cago en la…

—¡Ifi, qué alegría verte! —La abrazó sorprendiéndola. —Tengo una tarea para ti. —Se alejó mostrando a Melissa. —Búscale un buen marido, ¿quieres?

Todas vieron su oportunidad. —¡Qué buena idea! —exclamó Ingrid.

—Bueno, tengo que conocerla un poco.

—Es hermosa, buena persona y fiel —dijo Richelle muy seria. —¿Tienes que saber algo más?

—No, por supuesto que no. —Sonrió a Melissa. —¿Un buen candidato? Déjame pensar lo que hay libre esta temporada…

—Mujer, ¿y el conde de Pronham? —sugirió su esposo.

—Ah, no. No me gusta nada para ella.

Richelle miró a su amiga. —Descartado.

—A mi madre le gustaba.

—Niña, es un jugador empedernido.

—Ah, no —dijo Ingrid tajante. —Entonces no.

Los ojos de Ifi brillaron. —Ya sé. ¡Ya sé! —dijo emocionada.

Dieron un paso hacia ella impacientes. —¿Quién es?

—El conde de Presbutt.

A Melissa se le congeló la sonrisa. —Ay madre…

—Es el mejor soltero de la temporada —dijo Richelle loca de contenta, lo que las hizo sonreír.

—Gracias por su ayuda, baronesa. —Dio un paso atrás como si quisiera huir. —Tomaré en cuenta sus consejos y…

Richelle la cogió del brazo deteniéndola. —Si Ifi dice que es él, es que es él. Ha acertado con todas.

—Menos contigo.

—Bueno, es que yo ya me había decidido, no le dejé meter baza.

—Eso es cierto —dijo Ifi orgullosa. —No me pidió consejo, ya lo daba todo por hecho.

—Cierto, me encabezoné un poco.

—Yo esto no lo veo. Uy, que empieza otro baile y estoy desatendiendo a mis invitados.

Fely la agarró por el brazo para volverla. —Mírale.

—Ya le he mirado, ya. Es mucho para mí.

—Qué tonterías. ¿Crees que yo hubiera conquistado a mi Royden si me hubiera dado por vencida?

Melissa entrecerró los ojos mientras aquel apuesto hombre sacaba a una de las debutantes más destacadas de esa temporada a la pista de baile. —Eso es, eres una fiera y no dejarás escapar a tu presa.

Royden reprimió una sonrisa y Richelle le fulminó con la mirada haciéndole carraspear mientras Fely seguía hablando —Puedes hacerlo, solo necesitas comportarte como lo hiciste en ese tribunal, directa y con valor.

—Tengo valor, tengo valor…

—Eso es.

—En cuanto te conozca no podrá evitarlo. Perderá su corazón por ti —dijo Richelle convencida. —Bien, ¿cómo les aproximamos?

Royden sonrió. —Eso es cosa nuestra, chicas.

Los hombres se alejaron y Richelle se asustó porque Melissa empezaba a palidecer. —¿Se te revuelve el estómago?

—Voy a vomitar.

—Vomita cuando está nerviosa.

—No, no. —Fely la agarró por la barbilla. —¿Sabes por qué te pones así? Porque te importa, ¿no es cierto?

Ella asintió. —Le vi en el juicio, cuando salimos de la sala a Richelle la reclamó su abogado y el juez para cosas legales, así que me fui a casa. Había muchísima gente. Él fue muy amable al escoltarme hasta mi carruaje y me ofreció la mano para subir.

A todas se les cortó el aliento. —¿Te ofreció la mano?

Asintió. —Y dijo que lo había hecho muy bien. Que amistades como la nuestra eran las que merecían la pena.

Richelle sonrió. —Eso es bueno, ¿no?

—La admira, eso es muy bueno —dijo Mary Anne loca de contenta. —Esto va a ser facilísimo.

—Ay, mamita… —Melissa se llevó la mano al vientre.

Fely se acercó a ella. —Si te desmayas que sea ante él. Se vuelven muy protectores cuando estamos enfermas.

—Esposa, ¿te acuerdas de lord Wadsworth?

Fely sonrió mirando tras Melissa. —Por supuesto… —La rodeó pues esta no fue capaz de moverse. —Es un placer volver a verle.

—El placer es mío, marquesa —dijo mirando hacia Melissa que no se daba la vuelta.

Richelle le dio un codazo a su amiga y esta se volvió porque no le quedó más remedio. —Milady, ¿se encuentra bien? Está muy pálida.

—Los nervios de las debutantes —dijo Richelle a toda prisa.

—Usted no tiene que preocuparse por eso, milady. —Sonrió agradablemente. —Le irá muy bien. ¿Quiere bailar conmigo para pensar en otra cosa?

—Ay madre… —Salió corriendo y agarró una ponchera de plata para vomitar hasta la primera papilla.

—Cubridla, cubridla —dijo Ifi.

Todos la rodearon cubriéndola con sus cuerpos y Harold le ordenó a un camarero. —Agua para milady, rápido. —La agarró por la cintura. —Por Dios, está a punto de desmayarse.

Richelle miró a su alrededor y vio la puerta al jardín. —Sáquela, rápido. El aire le vendrá bien.

El conde la cogió en brazos y todos les siguieron hasta que salieron. Suspiraron del alivio cuando desaparecieron de la vista de la gente y Richelle dijo —¿Creéis que ha ido bien?

—Chica, esos se casan antes de tres meses —dijo Mary Anne. —¡Si ya está enamorado! Jamás he visto algo igual.

Richelle se alegró mucho por su amiga. —¿Eso crees?

Fely agarró a Ifi del brazo y la apartó. —¿Cuando dijiste el nombre del conde como mejor candidato mentiste o dijiste la verdad?

—Dije la verdad.

Suspiró del alivio. —Menos mal porque como hiciéramos que Melissa se enamorara de él para que luego se llevara un chasco, Richelle nos mata. No nos libraba nadie.

—Niña, que no soy tonta. Además, Melissa es la clave para que dé su brazo a torcer. ¡Es perfecto! —dijo loca de contenta. —No sé cómo no se me ocurrió antes.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién crees que es el mejor amigo de Oxton, niña?

Separó los labios de la impresión. —No.

—Uña y carne. Por mucho que intente odiar a su marido, lo tendrá difícil si su mejor amigo es el marido de su mejor amiga. Es perfecto.

—Pues cuando fue el baile de presentación de Richelle parecían rivales.

—Solo quiso probarla. Harold haría lo que fuera por su amigo.

—Pero si no fue a la casa ni una sola vez cuando Richelle estuvo allí.

—Tuvo un viaje al continente. Su abuelo vive allí, ni se enteró de que habían herido a Oxton. Si se hubiera enterado hubiera ido a la finca, estoy segura.

Fely se mordió el labio inferior. —Esto tenemos que aprovecharlo.

—Y tanto que sí. —Se volvieron hacia la madre de Melissa que miraba a su alrededor como si la estuviera buscando. —Hablemos con nuestra anfitriona, ya que confía tanto en Richelle sería bueno que fuera su carabina.

—Amiga, no se te escapa una.

Richelle sonrió. Melissa locamente enamorada miraba a los ojos a Harold mientras bailaban un vals para alegría de su madre que estaba que no se lo creía. —Ay, que mi niña se casa. Y qué partido.

Al ver como Harold correspondía su mirada, era evidente que habría proposición de matrimonio tarde o temprano. —Mírela, es tan feliz…

Su madre se emocionó y pasó su pañuelo por su nariz. —Esto tiene que salir muy bien. Ya se ha enamorado, sufriría mucho si no llegara a pedirle matrimonio.

Entrecerró los ojos. Eso no podía ser. —Claro que se lo pedirá.

—Deben verse mucho, tenemos que hacer que esta relación fructifique.

—Averiguaré a dónde va a ir, no me será difícil.

—Gracias. —Agarró sus manos. —Soy tan feliz. ¿Te encargarás de todo?

—¿Perdón?

—Para ser su carabina. Ya sabes que mi marido está enfermo, no asistimos a muchas fiestas. Y no puedo dejarla en manos de nadie más. No me fío. ¿Me harías el favor de acompañarla?

—Por supuesto que la acompañaré. —La mujer iba a decir algo. —Y cuidaré de su reputación, no se preocupe.

—Sé que puedo confiar en ti. Jamás harías nada que dañara a mi niña. —Sorbió por la nariz. —Qué alegría más grande. Sueño con el día que recorra el pasillo de la iglesia vestida de blanco.

—Estará preciosa. —Miró hacia su amiga y sonrió por lo feliz que era. Había vuelto del jardín siendo otra y Harold no se había separado de ella ni un solo segundo dejando claro que no existía más pretendiente que él. Richelle volvió la vista hacia sus amigas que reían bebiendo champán. Estaban muy contentas, demasiado. Cuidado Richelle, te la quieren jugar. A ver lo que se les había ocurrido ahora.

Capítulo 17

Estaba pintando una acuarela mientras su hermano la pintaba a ella, cuando Richards entró en el invernadero. —Milady, tiene visita.

—Ahora estoy ocupada —dijo concentrada.

—Es su suegra, milady.

Se quedó con el pincel en alto porque eso no se lo esperaba. —¿Mi suegra?

—Ruega que la vea. Al parecer es importante.

Richelle dejó el pincel en el tarro y se levantó. —Bien, veamos qué quiere. Cielo, llevas horas pintando, sal al jardín a tomar el aire.

—Sí, hermana.

Salió del invernadero con Richards detrás. —¿Parece disgustada?

—Parece que ha llorado, milady. Tiene los ojos enrojecidos.

—Rayos. —Caminó más aprisa y al llegar al salón la vio de pie ante el retrato de su madre. —¿Audrey?

—La conocí, ¿sabes? No recordaba quien era hasta que la he visto en este retrato. Era muy hermosa, realmente lo era.

—¿De veras? —Se acercó a ella. —¿Cuándo la conociste?

—Fue antes de irme al campo definitivamente. Tu madre aún era una jovencita, tan llena de vida… —Sonrió con tristeza. —Estaba en mi modista acompañando a su madre y recuerdo que pensé que no había visto un cabello tan hermoso nunca en la vida. Me sentí una anciana a su lado y solo debía llevarle diez años, ¿no es increíble?

—Le has dejado de nuevo, ¿no es cierto?

Audrey cerró los ojos como si intentara contener el dolor. —Parecía que todo empezaba a ir bien entre nosotros, pero me he enterado de que sigue manteniendo a su amante.

Separó los labios de la impresión. —No.

—Ayer por la tarde fue a verla.

La cogió por el brazo para llevarla al sofá porque parecía a punto de desplomarse. —Dios mío, Audrey, lo siento muchísimo.

Intentó reprimir las lágrimas. —Venía a despedirme y a pedirte perdón.

—No tienes que pedirme perdón.

—Estaba en shock. No me creía lo que estaba pasando y no supe reaccionar a lo que hizo mi hijo.

—Lo entiendo, no te preocupes. ¿Te vas al campo?

—Sí. —Sollozó. —Allí no hay dolor.

—¿Y te vas a ir sin luchar?

—¿No crees que ya he luchado bastante? —preguntó ofendida. —Y no es que tu hayas luchado mucho. Te acababas de casar y te largaste. ¡Yo al menos aguanté cinco años!

Suspiró. —¿Seguro que fue a ver a su amante?

—¿Te crees que soy tonta? ¡Le seguí! ¡Y entró en su casa!

—¿Y cómo sabes que era la casa de su amante?

—¡Porque el alquiler de esa casa lo paga mi marido!

La verdad es que era sospechoso. —No me lo creo.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Spencer no tiene una amante —dijo incrédula. —Si en todo el tiempo que viví en su casa no se vio con una sola mujer.

—¿Entonces por qué paga su alquiler?

—¿Cómo sabes que lo paga?

—Lo he visto en los libros de su administrador. Le invitó a comer con él y dejaron los libros sobre la mesa de su despacho. Yo

buscaba unas hojas para mi correspondencia y tuve curiosidad. Y la curiosidad mató al gato —dijo antes de echarse a llorar de nuevo. —Por eso le seguí.

—¡Oh, por Dios deja de llorar! —Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro. Era evidente que tenía que hacer algo. No podía dejar las cosas así. —¡No te vas a ir al campo, te vas a vengar!

A su suegra se le cortó el aliento. —¿Vengarme?

—Sí, y no con frases hirientes ni nada por el estilo como cada vez que os veíais en el pasado, una venganza que le deje temblando de miedo.

Sus ojos enrojecidos brillaron. —¿Y qué puedo hacer?

Sonrió maliciosa. —Ir a buscar tu equipaje.

Audrey se subió al carruaje y golpeó el techo para que se pusiera a andar. —¿Y bien? —preguntó su hijo sentado junto a su padre.

Sonrió. —Pan comido.

—Esa es mi mujer, una mentirosa nata a la hora de dejarme mal.

—Muy gracioso, marido.

—¿Pero qué te ha dicho? —preguntó Oxton impaciente.

—Que me mude con ella.

—¡Bien!

—¿Seguro que te ha creído?

—Marido, se lo ha tragado totalmente. Lo de los libros de cuentas fue definitivo.

Oxton asintió. —Bien, tú podrás ablandarla un poco. Harold hará lo demás con ayuda de Royden y su esposa.

Audrey sonrió. —¿Qué puede salir mal? Tranquilo hijo, que tarde o temprano te perdonará. Si en el fondo tiene un corazón de oro.

Melissa parpadeó. —Será una broma. —Agarró su mano y tiró de ella hasta el jardín. Lo que fue un alivio porque aquella fiesta estaba atestada. —¿Y la has metido en casa?

—¿Qué podía hacer? Ten a tus amigos cerca, pero más cerca aún a tus enemigos. Quiero saber hasta dónde van a llegar.

—¿Cómo la descubriste?

—Al parecer en una ocasión vio a mi abuela en la modista cuando llevaba muerta años. La marquesa ve fantasmas —dijo irónica haciendo reír a su amiga a carcajadas.

Se detuvieron ante una estatua romana enorme y Richelle miró hacia la casa. —Ahí tienes a tu enamorado.

Melissa se sonrojó de gusto. —¿Crees que sus sentimientos también son mentira?

—No —dijo convencida. —Pero eso no significa que no vayan a utilizarle. Ponle a nuestro favor, le necesitamos.

—Hecho. —Se alejó yendo hacia él. No, la sonrisa del conde no era mentira, se alegraba mucho de verla y cuando llegó a él su manera de coger su mano con tanto mimo no dejaba ninguna duda de que la trataría como una princesa.

—Hola, preciosa.

Se sobresaltó casi soltando un chillido y miró a su derecha para ver allí a su marido. Y guapísimo, por cierto. Se tensó cogiendo el bajo de su vestido y dando un paso hacia la fiesta, pero este le bloqueó el paso. —Ah, no, vamos a hablar.

—Apártate de mi camino —dijo entre dientes. Dio un paso a un lado y este hizo lo mismo. —¿Quieres que grite pidiendo ayuda?

—Quiero que hablemos de lo que ocurrió.

—Tú y yo no tenemos nada que decirnos. —Le pegó una patada en la rodilla que le hizo gemir, pero antes de que se escapara la agarró por los brazos y la pegó a su pecho. —Suéltame.

—¿Quieres otro escándalo? Por mí perfecto.

Su reputación no podría tolerar otro escándalo, bastante era que después de todo lo que había ocurrido, estuviera separada de su marido viviendo en la misma ciudad. Tenía que pensar en Charlie y en ella misma, en su futuro, por mucho que le gustaría escupirle a la cara en ese momento. —Muy bien, te escucho. Ahora suéltame.

Pero él no lo hizo mirándola con una intensidad que le cortó el aliento. —Habla de una maldita vez.

—Lo siento, preciosa.

Sonrió con desprecio. —Me importa poco que lo sientas. Me abandonaste a mi suerte. Ni siquiera me ayudaste a buscar un abogado.

—Interesante que digas eso cuando ya tenías abogado de antemano.

—Soy una mujer previsora, ya lo sabes.

—Me utilizaste. Te casaste conmigo por tu hermano y organizaste un escándalo para que la verdad saliera a la luz.

—La verdad… Es muy relativa, ¿no crees? Aunque da igual lo que hubiera dicho porque lo que importaba fue lo que dijiste tú.

Él apretó los labios. —Sé que no cumplí con mi palabra, pero...

Le miró con rabia. —Mes y medio tuviste para retractarte mientras estaba en esa celda de mala muerte. —Furiosa se soltó de mala manera. —¡Mes y medio en el que no hubo ni una maldita visita a esa esposa que decías que amabas! ¡Eras a la única persona que dejaban pasar por ser mi esposo y no fuiste!

Oxton palideció. —Creí…

—¡Tenías que haber confiado en mí! —gritó sin importar quien la oyera. —¡En mí!

—Si me lo hubieras dicho, todo hubiera sido muy distinto.

—Por supuesto, como eres de fiar tenía que habértelo contado.

Él se tensó por el insulto. Dio un paso hacia Oxton sin intimidarse y siseó —Supe que me traicionarías en el mismo momento en el que leíste la carta.

—No.

—No me mientas. Recuerdas detalles que otros no pueden, te diste cuenta de inmediato de que la carta era falsa. Otro, un marido enamorado de veras, me hubiera llevado aparte y hubiera hablado conmigo, pero tú no, tú decidiste ir al abogado y exponerme ante todos. Contaba con tu traición —dijo con desprecio.

Él dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —Eso no fue así.

—¡Fue exactamente así! ¡Si hubieras hablado conmigo en lugar de irte al abogado, te lo hubiera contado todo, pero fue una prueba que no superaste!

—¿Cuándo decidiste jugármela para comprobar mi lealtad?

Sonrió con desprecio. —¿No es evidente?

—Por favor, dímelo.

—En el mismo momento en que puse mis ojos en ti, cielo. Si no confías en tu marido, ¿en quién vas a confiar? —Dio otro paso hacia él. —¡Yo lo hubiera dado todo por ti, arriesgué mi vida por ti al enfrentarme a aquellos hombres que te atacaron! —Pálido apretó los puños. —Vengué a tu padre, ¿y qué hiciste tú? Entregarme a los perros. Eres la peor decisión de mi vida, pero es algo que tendré que asumir.

—Escúchame, por favor.

Le escupió en los pies antes de alejarse hacia Fely que preocupada la esperaba en la puerta del baile. —¿Estás bien?

Sonrió con cinismo. —Era inevitable, este momento tenía que llegar. —Abrió su abanico con elegancia. —Y más vale que no pase de nuevo, amiga. O tendré que tomar otro tipo de medidas.

A Fely se le cortó el aliento viéndola pasar y saludar a una invitada como si nada. Sintió a Oxton a su lado y él dijo sin dejar de observar a su esposa —Me odia.

—Ten cuidado, amigo, no tenses la cuerda, porque puede que la rompas y tu esposa pierda la paciencia. Y ya sabes lo que pasará entonces.

Como si nada cogió una copa de coñac de una bandeja. —¿Me ha amenazado?

—Lo ha dejado caer.

—Se arrepentiría.

—Seguramente sí, pero ya estaría hecho y sería una pena que no conocieras a tu hijo.

La miró con sorpresa y Fely sonrió. —¿Sorprendido?

—Sí, no voy a negarlo. ¿Te lo ha dicho ella?

—He tenido hijos, hay síntomas que la delatan como por ejemplo que ya no sale a cabalgar por las mañanas. Por eso me devolvió el caballo.

—¿Eso cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes, el servicio habla. En dos semanas ni una sola vez ha montado y ambos sabemos que después de estar en prisión debía estar deseándolo. Además, se le revuelve el estómago con los perfumes fuertes, se abanica con frecuencia. También me pasaba a mí.

Oxton observó a su hermosa mujer que saludaba a una pareja con una agradable sonrisa en el rostro y decidido fue hasta ella.

Fely chasqueó la lengua. —Los hombres no tienen paciencia. —Ifi y Mary Anne la flanquearon mientras Oxton besaba a su esposa en la mejilla, antes de decirles algo a las personas con las que Richelle hablaba y como si tuviera todo el derecho del mundo, casi la arrastró a la pista de baile.

Mary Anne reprimió una risita. —La cara que pone la niña… Parece que se ha tragado un palo.

Richelle con ganas de arrancarle la cabeza, tuvo que girar en la pista al ritmo que marcaba la música. —¿Qué haces? —preguntó entre dientes.

—Sería raro que no bailara con mi esposa —respondió con esa ironía que la ponía de los nervios.

—Muchas parejas no bailan.

—Muchas parejas no se aman como nos amamos nosotros.

—Oxton, no me retes.

—Pero es que tú quieres jugar duro, preciosa. Sé hacerlo tan bien como tú. ¿Sabes qué? Vamos a poner las cartas sobre la mesa. ¿Crees que no sé lo que estás haciendo? Intentas utilizar a nuestros amigos contra mí —dijo divertido. —Y eso no va a funcionar porque están de mi parte.

—Más quisieras —dijo entre dientes.

—No voy a intimidarme, jamás me harías daño a sabiendas como yo no te lo haría a ti.

—¿De veras?

—¿Sabes lo que voy a hacer?

—No me interesa lo que hagas.

—Oh, esto te interesa mucho porque mañana me voy a mudar a tu casa.

Se tensó con fuerza. —No te atreverías.

—Me voy a atrever a eso y a mucho más —dijo comiéndosela con los ojos. —Porque si no me permites la entrada, pienso convencer a mi querido amigo Harold de que ese matrimonio que tramáis no es una buena idea.

—Repito —dijo con rabia. —No te atreverías.

—Repito, yo también se jugar duro. ¿Arriesgarías la felicidad de tu amiga del alma? Lo dudo mucho.

—Muérete.

Él se echó a reír. —Me echarías de menos.

Levantó la barbilla. —Sabes que siendo viuda no tendría tantos problemas, ¿no?

—Odias ir de negro.

—A ti no te guardaría el luto, querido. —Sonrió maliciosa. —De hecho, no te estoy guardando la ausencia.

Oxton se detuvo en mitad de la pista. —Que ni se te pase por la cabeza, preciosa.

Se acercó a su rostro. —¿Recuerdas al doctor Herrold? Hace maravillas en el lecho. Él me ha enseñado mucho más que tú.

—¿Te das cuenta de que te estás comportando igual que mi madre cuando se enfadó con su marido?

—Ahora la entiendo mucho mejor.

La pegó a él cortándole el aliento. —Yo no soy como mi padre, preciosa. El resultado no va a ser el mismo. Da igual con quien compartas lecho porque acabarás en el mío para siempre.

—No disimules conmigo, barón. Te mueres por saber si es verdad y te aseguro que lo es. De hecho… —Soltó una risita. —No, esto no te lo cuento.

—Deja de inventar, querida. No vas a conseguir nada.

—Entonces no te molestará lo que voy a decirte. Esta mañana mi abogado ha presentado una petición de divorcio ante la corte.

Oxton palideció y ella rio más alto. —Pretendemos casarnos cuando me libre de ti.

—Mientes…

—Habla con tu abogado, mi amor. Prepárate para el escándalo.

—¿Quieres un escándalo? —Atrapó sus labios y ella intentó resistirse por lo que separó sus labios para protestar, hecho que él aprovechó para entrar en su boca y saborearla como si necesitara fundirse con ella. Richelle se mareó y todo. Antes de darse cuenta le correspondía con pasión mientras la gente de su alrededor les miraban con la boca abierta. Él se apartó lentamente y aún disfrutando de su beso suspiró con los ojos cerrados. —Ahora sí que están escandalizados.

Abrió los ojos de golpe y al mirar a los que tenía al lado gimió. ¡Es que hasta se había parado la música! Como un tomate

enderezó la espalda antes de fulminarle con sus preciosos ojos azules brillantes de deseo. —¡Gañán! —Agarró las faldas y se volvió. Escuchó la risa de su marido y las debutantes suspiraron viéndole ir tras ella.

Ifi levantó una ceja. —A este no hay quien le pare.

—Buena táctica para convencer a la niña de que sí que le importa. —Mary Anne miró hacia Melissa, que con la sorpresa en su rostro no se separaba de su pretendiente que le decía algo que la sonrojó hasta la raíz del pelo. —Sí, creo que todo va bien.

Al llegar al pasillo se dio cuenta de que no podía irse, era la carabina de Melissa. Con rabia se volvió para encontrárselo detrás. —¿Qué haces?

—¿No es evidente? Seguirte.

—¿Para qué?

—Para que te des cuenta de que no te vas a librar de mí.

—Vuelve ahí dentro y discúlpate con nuestros anfitriones

—¿Con los Sherman? —Se echó a reír. —Si su hija besa a su marido en cuanto tiene ocasión. Querida, te aseguro que de todos los que están ahí son de los que menos se han escandalizado.

—Oh, por Dios… Me disculparé yo.

—¿Sí? Cierto, discúlpate tú, que también colaboraste. Y con ganas. Preciosa, ¿quieres que nos vayamos? Te aseguro que esta noche no la olvidarás nunca —dijo seductor.

Se acaloró y todo. —Eres imposible.

Él se echó a reír viendo como entraba de nuevo en el salón. Roja como un tomate forzó una sonrisa pasando entre los invitados. Algunos soltaban risitas estúpidas mientras que otras, las más mayores la miraban como si fuera Jezabel. ¡Es que era para matarle! Logró acercarse a Melissa que dejaba que su pretendiente le susurrara cosas al oído. Gimió por dentro porque cuando se enterara

su madre de lo del beso, adiós a que fuera su protectora. ¿Qué iba a proteger ella si perdía el norte con su marido ante toda la buena sociedad? Se plantó ante Melissa que sonrió radiante. —¿Has hecho las paces?

¡Parecía que lo estaba deseando! —No.

—Lo estamos arreglando —dijo su marido tras ella.

—Oh, por Dios, ¿es que voy a tenerte detrás toda la noche como si fueras mi sombra?

—Sí, querida. Estoy intentando comportarme como un buen marido.

Harold rio por lo bajo. —Yo que usted cedería, baronesa, cuando mi amigo se propone algo no hay quien le pare. —Miró a Melissa con adoración. —Lo mismo que yo.

Melissa la miró emocionada. —Le va a pedir la mano a mi padre.

—Felicidades, amigo. —Oxton le estrechó la mano. —Es una noticia estupenda.

—Gracias. Espero que su padre no ponga impedimentos.

Muy contenta con la alegría de su amiga negó con la cabeza. —No lo hará. Solo quiere la felicidad de su hija. —Abrazó a Melissa y le dijo al oído —Felicidades, te mereces que te quieran por encima de todo.

Melissa emocionada susurró —Tú también. Eso no lo olvides nunca.

Se apartó y pasó un camarero. —Celebrémoslo. —Harold cogió copas de champán para todos y elevó la suya. —Por el largo y dichoso camino que vamos a emprender, puede que haya piedras que nos lo dificulten, pero lo importante es ir juntos de la mano para impedir que el otro caiga y se haga daño. Por un matrimonio lleno de risas, deseo y amor.

—Amigo, los discursos no son lo tuyo.

Se echaron a reír, todos excepto Richelle que bebió su copa de un trago. —Si me disculpáis, voy a hablar con Fely. Tengo algo

que decirle.

Los tres vieron cómo se alejaba. —No, los discursos no son lo mío.

Oxton apretó los labios porque su amigo no había estado muy fino con eso de cogerla de la mano e impedir que cayera en el camino, porque le había hecho daño. Pero haría lo que fuera para que le perdonara.

Encontró a su mujer en el jardín sentada en un banco. Bajó los escalones de la terraza y se acercó a ella. Pensativa observaba el agua que salía de la fuente que tenía ante ella. Supo que se había dado cuenta de que estaba allí porque su espalda se irguió como si se pusiera alerta, pero no dijo nada, simplemente siguió mirando el agua que reflejaba la luz de la luna. —Cuando era niña y mi padre me envió al internado lloré y lloré porque no entendía por qué ya no me querían. Siempre digo a todo el mundo que no los recuerdo, pero es mentira. Recuerdo perfectamente como mi padre me metió en el carruaje y me puso mi muñeca en los brazos. Me besó en la frente y dijo que nos veríamos pronto. Pero nunca más volví a verle. —Una lágrima rodó por su mejilla. —Después me dije que les odiaba por haberme abandonado, por haber muerto, soñaba con que uno de mis tutores me quisiera tanto que deseara ser mi padre.

Oxton apretó los labios.

Sonrió con tristeza. —Eso nunca pasó. Jamás le interesé tanto a alguien como para que llegara a quererme, solo a Melissa. Pero es un amor distinto, ¿no es cierto? Es mi amiga. No es como el amor de un padre a un hijo, un amor infinito por el que darías todo lo que tienes… Cuando fui más mayor me dije que con Charlie y Melissa ya tenía mucha suerte. Era afortunada de tenerles en mi vida, no debía ser egoísta. Cuando tu padre llegó al colegio creí sinceramente que sería un tutor más. —Sonrió. —Su rostro muestra que es buena persona, me di cuenta al instante. Había llegado el momento de encontrar el marido que necesitaba y le estaba muy agradecida

porque me ayudaría. Pero te conocí. No eras el mejor candidato para mis planes. —Rio con tristeza. —Ni de lejos. Necesitaba a alguien con mucho más poder que tú y que perdiera la cabeza por mí.

Se sentó a su lado. —Y podrías haberlo conseguido.

Volvió su rostro hacia él. —Sí, podría, pero ya no quise otro. Aunque me negaba a reconocerlo mi corazón fue tuyo desde que te conocí.

—Preciosa…

—Fue un error —dijo cortándole en seco. —Un error monumental. Pero me has enseñado mucho. Contigo he aprendido que no hay que hacer caso a los impulsos del corazón, porque eso puede llevarte al dolor más intenso y desgarrador que sentirás jamás.

—Perdóname, preciosa, te juro que no volverá a pasar.

—Sí que volverá a pasar. Tienes ese poder y de mí depende que lo sigas utilizando. —Se levantó para apartarse de él. —No voy a volver contigo. Jamás —dijo dejándole de piedra. —Si algo me ha enseñado ese maldito colegio es disciplina. Puede que mañana te mudes a mi casa, estás en tu derecho al ser mi marido ante la ley, pero te aconsejo que no lo hagas porque no vas a conseguir nada. Nada en absoluto. Yo pienso seguir con mi vida y tú ya no formas parte de ella.

—Intento reparar el daño —dijo desesperado acercándose a ella. Le miró con pena. —¡Joder, no me mires así! —Agarró sus manos. —Lo arreglaremos, preciosa. Te juro que todo volverá a ser como aquella noche.

—Eso ya no va a pasar porque nunca confiaré en ti de nuevo. Además, una noche no tiene por qué trazar el resto de nuestras vidas. Fue solo una noche.

—¡Fue mucho más! —Besó sus manos. —Te juro que haré lo que sea.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. —Catorce minutos.

—¿Qué?

—Esos son los minutos que tuviste para regresar a casa a pedirme explicaciones antes de visitar al abogado. Por curiosidad hice el trayecto mirando el reloj, ¿sabes? Catorce minutos en los que llevabas esa carta en el bolsillo teniendo la certeza de que era falsa. ¿Si tanto me amabas cómo fuiste capaz de entregarle esa carta sabiendo que iría a prisión?

Pálido susurró —Creí que me habías engañado.

—¿Y en catorce minutos no tuviste dudas?

Él incapaz de aguantar el sufrimiento en su rostro, se volvió llevándose las manos a la cabeza. Richelle sonrió con desprecio. —Ya veo que no. —Se limpió la cara con las manos. —Puede que pienses que por un beso he cambiado de opinión, pero no es así, porque en cuanto pasa el deseo solo queda la traición. Y esa prevalecerá siempre. Igual deberíamos estar un tiempo sin vernos para que se te aclaren las ideas y sigas con tu vida. Sí, igual es lo mejor. —Miró a su alrededor. —Esto no es tan divertido como pensaba. Igual un viaje es lo que necesito.

Se volvió. —Por favor, no te vayas.

—Es lo mejor y lo sabes.

—Pues déjame ir contigo. Dame una oportunidad, solo una.

—Tuviste catorce minutos de oportunidades, no voy a darte ni un minuto más.

Se alejó de él y subió los escalones de la terraza. Ni una sola vez volvió la cara para mirarle, lo que le retorció el corazón porque en ese momento fue consciente de todo el daño que le había hecho.

Capítulo 18

—¿Italia? —preguntó su hermano ilusionado. —¿Alquilaremos una villa?

—Sí, frente al mar. Ya le he enviado carta al abogado para que busque una para dentro de dos meses —dijo ella untando una tostada con mantequilla.

—¿Por qué tenemos que esperar tanto?

—Cielo, tengo compromisos. Melissa se casará en breve, su prometido me lo aseguró ayer noche, luego podremos irnos. —La miró enfurruñado. —Eh, nada de morritos, niño. ¿Quieres que me enfade?

Charlie hizo una mueca antes de seguir comiendo.

—Italia, no lo conozco —dijo Audrey sentada al lado del niño. —¿Puedo ir contigo?

—Por supuesto.

—Milady, dado su estado igual hace mucho calor por entonces, ¿no cree? —preguntó la señora Mortimer sentada a su izquierda.

Simulando que no veía la cara de sorpresa de su suegra dijo —Bah, seguro que no es para tanto.

Llamaron a la puerta y ella le dio un buen mordisco a su tostada. Masticando vio que su marido entraba en la casa guapísimo con un traje marrón y que ordenaba que subieran el equipaje a la habitación de su esposa. Separó los labios de la impresión viéndole entrar en el comedor como si tuviera todo el derecho del mundo.

—Buenos días —dijo tan contento antes de acercarse y darle un beso a su madre en la sien.

—Buenos días, hijo. ¿Qué tal tu padre?

—Algo gruñón últimamente. —La miró y se agachó a su lado para susurrar a su oído. —No pongas esa cara, sé que te alegra verme. —Le dio un beso en la mejilla. —Estupendo, me muero de hambre. Por cierto, preciosa, Fely tuvo la amabilidad de enviarme a mí el caballo y lo he traído conmigo. —Se sentó al lado de la señora Mortimer que no salía de su asombro. —Tranquila, mañana nos sentaremos como corresponde —dijo con descaro sentándose a su lado. —Richards, un té.

—Enseguida, barón.

Atontada miró al mayordomo. —No me mire así, milady, la ley le ampara. Me lo acaba de dejar muy claro con una carta de su abogado, que amenaza con hacer que me arresten si no le dejaba pasar.

—Sí, le he visitado esta mañana y fíjate, no sabe nada de esos planes tuyos de divorcio que me comentaste anoche. Pero nada de nada, ¿no es increíble? Incluso se ha acercado a la corte para preguntar. Menudo misterio, ¿no? ¿O me has vuelto a mentir, preciosa?

Gruñó para masticar a toda prisa y cuando tragó dijo —El equipaje del barón lo quiero lo más alejado posible de mi habitación.

—¿Estás segura de que quieres hablar de esto delante del niño?

—Ya soy un hombre —dijo el duque ofendido.

—Sí, por supuesto, pero hay ciertos temas que mejor que no trates de momento.

—Hermana, ¿él puede mandarme?

—No.

Charlie sonrió con descaro. —¿No me digas?

—No, por ley no puedo mandarte, solo puede hacerlo tu hermana, pero como soy su esposo yo puedo mandarla a ella, ¿así

que cómo nos deja eso?

El niño entrecerró los ojos antes de gruñir y seguir comiendo.

—Chico listo.

—¿No hablamos ya de esto, marido? —preguntó ella con dulzura.

—Hablaste tú, yo solo escuché. Intenté hablar, pero no estabas muy receptiva. Espero que hoy te hayas levantado de mejor humor.

Su madre reprimió una risita y al ver que todos la miraban carraspeó. —Me pica la garganta.

—Richards, miel para la marquesa.

—Enseguida, milady.

—¿Sabes, hijo? En dos meses nos vamos a Italia —dijo ilusionada.

—Estupendo, lo prepararé todo. Un viaje lejos de Londres es lo que necesitamos.

—El objetivo del viaje era estar alejados el uno del otro, marido.

—Creo que mi presencia aquí demuestra que no pienso hacerte ni caso.

La señora Mortimer jadeó. —¿Pero cómo se atreve?

Lentamente volvió la cabeza hacia ella. —Agradezco mucho la ayuda que le brindó a mi esposa y a su hermano, pero no olvide que soy su marido. En esto usted no tiene nada que decir.

—¡Molly puede hablar de lo que quiera! —protestó Charlie.

Entendía que para él era como una madre y parte de la familia, pero debía poner límites. —En mis temas, señorito, no se mete ni mi madre ni mi padre, así que mucho menos voy a permitir que se meta una mujer que apenas conozco, ¿ha quedado claro?

Todos se quedaron en silencio y Richelle rabiosa se levantó haciendo caer la silla. Observó cómo se iba del comedor y la señora Mortimer dijo con rabia —Ya le ha fastidiado el desayuno.

—Richards, que a la baronesa le lleven una bandeja a donde haya ido.

—Al invernadero milord. Se pasa las horas allí.

—¿Hijo? —preguntó su madre preocupada.

—Nos estamos adaptando, madre. Llevará un tiempo hasta que me acepte. —Charlie le observaba con el ceño fruncido, pero él lo ignoró para servirse unos huevos que seguramente le sabrían a serrín pues todas las miradas estaban puestas en él. —Por cierto, madre, padre está deseando que vuelvas a casa.

—¿Ya no tengo que convencerla?

—Teniendo en cuenta que ya estoy aquí, creo que lo mejor es que la convenza yo.

—Más quisiera —dijo la institutriz furiosa.

Oxton suspiró. —Buena mujer, no sea fastidiosa, esta situación ya es lo bastante delicada como para que usted meta baza.

—Y se atreve a llamarse marido —dijo con rabia levantándose. —Charlie…

El niño cogió un bollo y la siguió corriendo. Audrey suspiró. —¿Estás seguro de esto?

—Totalmente, madre. No pienso permitir que me aparte de su vida.

—¿Y si la hubieran condenado? ¿Lo hubieras permitido? —Audrey negó con la cabeza mientras su hijo sin contestarle apretaba los puños. —Intenta no presionarla demasiado, eres el único hijo que tengo.

Llamaron a la puerta y Richards fue a abrir. Al ver quien entraba en el salón con una sonrisa en los labios, Oxton dejó caer el tenedor de la impresión. El doctor Herrold miró hacia allí y amplió su sonrisa. —Buenos días.

—¿Qué coño hace usted aquí? —gritó levantándose.

El doctor perdió la sonrisa poco a poco. —¿Disculpe? No entiendo la pregunta.

—¡Pues está muy clara! —Su madre gimió. —¿Sabías que la visitaba?

—Sí, hijo. Pero decidí no comunicártelo para que no te pusieras así.

—¿Pero usted no se iba de Londres? —preguntó a voz en grito.

—Oh, pues sí, pero milady me ha hecho su médico personal y no hay color, donde va a parar…

Asombrado miró a su madre. —¿Me ha dicho eso a la cara?

—Sí, hijo. Te lo ha dicho.

Richards apareció en ese momento. —Doctor, milady la espera en el invernadero.

—Maravilloso —dijo encantado antes de alejarse como si supiera el camino muy bien.

Oxton se acercó al mayordomo. —¿Cuánto viene?

—Una vez al día.

—¿Una vez al día? ¡Esto es inaudito!

Audrey carraspeó como si estuviera incómoda. —Está practicando con ella una rama de la medicina que se llama psiquiatría. Tengo entendido que es algo que todavía no se ha estudiado mucho. Su objetivo es que aclare su mente y sea más feliz dejando atrás los problemas. Eso he entendido.

Entrecerró los ojos. —¡Y dejar atrás los problemas me incluye a mí!

—Sí, supongo que sí. —Su madre reprimió la risa. —A ti te ven como un problema de los gordos.

—Madre, no tiene gracia.

—Desayuna, las sesiones son privadas. Nadie puede estar allí, así que no puedes hacer nada.

—Sesiones privadas. —Sus dientes rechinaron. —Lo que me faltaba por oír. —Miró a Richards. —¿Y de qué hablan?

—Es algo así como si fuera un confesor, milord. No sabemos de lo que hablan.

Que le contara sus cosas a ese hombre le revolvía las tripas, pero también le asustó que confiara en él y le contara algo que la pudiera meter en algún problema en el futuro, como por ejemplo lo de la muerte de los tres hombres de sus tierras. Salió del comedor en el acto y su madre suspiró. —Va a meter la pata. Los hombres de esta familia no dejan de meter la pata. Uy, voy a hacer el equipaje.

Richelle caminaba de un lado a otro con ganas de gritar y el doctor sentado en la silla simplemente la observaba. —Háble me, milady, no se lo deje dentro.

—Que no me lo deje dentro —siseó antes de agarrar el cuadro y empezar a dar golpes con él sobre la mesa hasta destrozarlo.

—¿Se siente mejor?

—Pues no mucho, la verdad. —Gimió mirando el lienzo. —Bah, tampoco me estaba saliendo muy bien. —Tiró lo que tenía en las manos al suelo para seguir caminando de un lado a otro. Su mirada cayó en la bandeja y agarró un bollo mordiéndolo con saña. —¿Ahora va a ejercer de marido? ¿Ahora?

—Bueno, no es que lleven mucho casados y usted estuvo unos días en prisión, así que…

—¡Ya es demasiado tarde!

—Eso digo yo, es muy tarde. —Forzó una sonrisa. —¿Por qué no se sienta?

—¿Le pongo nervioso?

—Pues ya que lo dice…

—¿Tiene algún problema? —Dio un paso hacia él con cara de loca. —Se me da estupendamente solucionar problemas. Normalmente solo tengo que llegar hasta ellos… ¡Y zas! —Dio una fuerte palmada sobresaltándole.

—¿Zas?

—¡Zas! Como cuando matas una mosca. Rápido y con sigilo. Así trato yo los problemas. —Puso los brazos en jarras y entrecerró los ojos. —Debería planteármelo en serio.

—¿El qué?

—¡Yo qué sé!

—Milady, está un poquito alterada, es evidente que la terapia no funciona. Tiene algo que llamamos histeria. No es que antes estuviera muy bien, pero es evidente que la llegada de su marido la ha alterado todavía más. Le sugeriría unos masajes.

Parpadeó. —¿Masajes?

—Le aseguro que le harán sentir mejor. Un conocido mío los está empezando a practicar con sus pacientes y los resultados son increíbles —dijo emocionado. —Las pacientes salen de consulta mucho más relajadas.

—Sí, necesito un masaje de esos. ¿Los da usted?

—Soy médico, estoy muy capacitado para hacerlos.

La puerta se abrió de golpe y allí estaba Oxton con cara de querer matar a alguien. —Así que va a practicarle esos masajes a mi esposa.

—Oxton, ¿nos estabas espiando? —preguntó indignada. —¡Estoy con el doctor!

—Precisamente. —Se acercó a él y le agarró por las solapas levantándole de la silla. —¡Yo soy el único que le da masajes a mi mujer!

—No, no se los da y teniendo en cuenta el estado de milady no debe alterarse, así que le sugeriría que yo…

—¡Usted no me sugiere nada, hombre! —gritó fuera de sí.

Richelle no entendía nada. —Claro que sí, es médico.

—Preciosa, te aseguro que no te iban a gustar esos masajes.

—¡Si él dice que los necesito, los necesito!

—¡Pues te los daré yo!

—¡No dejaría que me tocaras ni con un palo!

—¿Prefieres que te los dé él? ¿De veras?

—¡No sé por qué te pones así, ni que tuvieran algo de malo!

—Dígale a mi mujer donde son esos masajes —siseó a punto de arrancarle la cabeza.

El doctor se sonrojó y ella se acercó con el ceño fruncido. —Dígalo, hombre. ¿En la espalda? Dicen que en los pies también son muy agradables.

—No precisamente, milady.

—¡Dígaselo!

—Entre las piernas, milady.

Ella pensó en ello. —¿Entre las piernas? ¿En los muslos?

—Más arriba.

Richelle jadeó tapándose la boca antes de mirar a su marido asombrada. —¿Quiere tocarme el sexo?

—Yo no lo hubiera expresado mejor, querida.

—¿Pero cómo se atreve? —Agarró una silla y Oxton divertido le soltó para ver como su mujer perseguía al doctor como una furia con la silla en alto. —¡Por quién me ha tomado! ¡Yo soy una mujer decente! ¡Sinvergüenza!

Richards asombrado vio como su ama pasaba con silla y todo ante él persiguiendo al doctor que se libró por los pelos cuando le tiró la silla a la cabeza. —¡Ahí solo me toca mi marido! —Corrió hacia la puerta principal y la abrió para gritar desgañitada. —¡Y no vuelva por aquí! No quiero ni verle, ¿me oye? ¡O le pegaré un tiro!

—Preciosa…

Se volvió. —¿Qué?

—Si quieres te los doy yo.

Se puso como un tomate. —No será necesario, gracias. —Con la cabeza muy alta pasó ante él.

—Tengo entendido que funcionan muy bien.

Se detuvo en seco. —¿De veras? Pero esas mujeres…

—Esas mujeres van al médico porque su marido no sabe o no quiere hacerlo, pero yo sí sé.

Se le cortó el aliento volviéndose. Tenía no sé qué dentro que la tenía en un sin vivir y si él podía ayudarla con el tratamiento… —¿Seguro que sabes?

Él sonrió. —Ni te imaginas lo bien que se me da.

Con desconfianza entrecerró los ojos. —Pero esto no tiene nada que ver con lo que se hace para tener hijos, ¿no? No será como lo que hiciste la otra vez.

Carraspeó. —No, no se parece nada en absoluto. Son cosas distintas.

—Ah… —Se sonrojó. —¿Seguro?

—Absolutamente. Con esto no se tendrían hijos jamás.

Asintió más tranquila. —¿Dónde has oído hablar tú de esos masajes?

—He conocido a alguna viuda que iba a que se los hicieran. Y es cierto que ese tratamiento funciona.

—Qué interesante.

—¿Quieres que te lo haga ahora? Preciosa, pasa al salón.

—¿En el salón?

—Se puede hacer en cualquier parte.

Sonrió encantada y entró en el salón. Él miró a Richards. —Que no nos molesten bajo ningún concepto.

—Por supuesto, milord.

—Como si Inglaterra entra en guerra, ¿me ha oído?

—Me ha quedado muy claro, milord.

Cerró ambas puertas y se volvió para ver a su mujer de pie ante el sofá con cara de no saber qué hacer. —Preciosa, siéntate.

Ella se dejó caer a plomo sobre el sofá de seda azul. —No tendrás tanta suerte en tu vida —dijo él por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—Nada, estaba pensando. Mejor cierro un poco las cortinas para que no haya tanta luz y puedas relajarte mejor.

—Vale —dijo como si le importara un pito.

Cerró las cortinas lo suficiente como para que solo entraran unos rayos y que no se quedasen totalmente a oscuras. —Bien… —Se acercó a ella como si nada y se sentó sobre la mesa de centro. —Será algo muy rápido e indoloro, no te preocupes. —Cogió el bajo de su vestido y para sorpresa de Richelle lo posó sobre sus muslos mostrando sus medias. Su marido la cogió por el interior de las rodillas y carraspeó. —Tengo que abrirlas un poco.

—¿Seguro que esto no tiene nada que ver con lo que hicimos en la noche de bodas? —preguntó con desconfianza.

—No, ya lo verás. Ni siquiera voy a tocar piel.

Sorprendida preguntó —Ah, ¿no?

—A no ser que tú quieras, claro. En ese caso lo haré, pero te prometo que no antes.

—Ahora me siento más tranquila.

—Cielo, estoy para ayudarte.

—Gracias.

Él metió la mano entre sus piernas mientras le decía suavemente —Recuéstate hacia atrás, estarás más cómoda. Eso es importante para relajarse. Y si cierras los ojos mejor.

Richelle ser reclinó hacia atrás y cerró los ojos respirando hondo. —Eso es, preciosa. Debes estar tranquila por ti y por el bebé.

Abrió los ojos. —¿Quién te lo ha dicho? Ha sido tu madre, ¿no? Me ha pillado por el comentario de antes.

—No, no ha sido mi madre. Soy tu marido, te conozco bien.

—No sé qué contestar a eso.

—Cierra los ojos.

Ella cerró los ojos y al sentir el roce de su mano entre los muslos sintió que la recorría un calor muy parecido al de la luna de

miel. Pero se sintió tan bien que le dejó hacer y separó más sus piernas. —Así tengo mejor acceso. —Su mano rozó el cabello de su sexo por encima de su ropa interior y Richelle se sobresaltó. —Tranquila, no pasa nada. —Los dedos de su mano empezaron a hacer círculos por encima de su vello y la verdad es que era muy agradable. Y no tocaba más abajo. Empezó a relajarse porque de momento estaba cumpliendo con su palabra. Suspiró de gusto. —¿Es agradable?

—Sí.

Él siguió haciendo círculos hasta que su respiración se agitó y Richelle abrió más las piernas sin darse cuenta elevando la pelvis para que ejerciera más presión. Él lo hizo y Richelle empezó a gemir de gusto. —Qué bueno…

—Haré lo que sea para que te sientas mejor, preciosa —dijo con voz ronca.

—Gracias.

Entonces cambió el masaje y empezó a mover la mano arriba y abajo presionando con el dedo corazón. —¡Oh! —dijo ella con sorpresa porque el gusto aumentó. Y a medida que seguía acariciándola iba a más. Su respiración agitada demostraba que el masaje estaba funcionando y él gruñó frotando con más presión. Richelle sintió que su cuerpo se iba tensando poco a poco como cuando su marido le hizo el amor, pero no quiso pensar en eso y se dejó hacer. Entonces Oxton empezó a mover la mano más deprisa y dejó de pensar. Era tal el placer que agarró su antebrazo, pero él no dejó de frotar hasta tal punto que creyó que la tensión la rompería en dos y entonces su dedo pulgar presionó haciendo que su interior estallara por los aires.

Débil y laxa se quedó allí tumbada mientras él seguía frotando para alargar su placer. Y cuando apartó la mano aún tardó unos segundos en abrir los ojos. Le miró sorprendida. —Funciona. Me encuentro mucho mejor.

—Te lo dije, preciosa —dijo sudando y todo. Carraspeó levantándose y fue hasta el mueble bar para quitarle el tapón de

cristal a la botella de coñac y darle un buen sorbo. Carraspeó de nuevo. —Es lógico que no quieras hacerlo con el doctor, es una parte delicada.

Ella sonrió. —Además, tú me sales gratis y ya que estás aquí…

—Cuando lo necesites de nuevo, solo tienes que pedirlo.

Se levantó dejando caer las faldas y sonrió radiante. —Gracias, marido.

—Lo que sea para que te encuentres mejor.

Asintió antes de ir hacia las puertas y abrirlas de par en par. —Este masaje es una maravilla —dijo ella por lo bajo alejándose.

Oxton suspiró antes de bajar la vista a su entrepierna que estaba en pie de guerra. —Menos mal que no te ha visto. Amigo, habrá que tener paciencia. Mejor vamos al club a despejarnos un poco.

Esa noche en la cena solo estaban los de la familia, porque la señora Mortimer había decidido cenar sola en su habitación. —Pobrecita, no se encuentra muy bien. A veces está un poco melancólica —dijo sentada a la derecha de su marido.

—Igual el médico debería visitarla —dijo divertido antes de meterse la cuchara en la boca.

—Podrías darle uno de tus masajes. —Sus ojos brillaron de la ilusión mientras él se detenía en seco. —¿No crees que la beneficiarían como a mí?

—Preciosa, es mejor que se los dé el médico. Es una zona muy delicada y se puede sentir incómoda. No es lo mismo que nosotros que somos marido y mujer.

—Tienes razón.

—¿Qué zona es? —preguntó su hermano.

Richelle se sonrojó. —Una que tú no verás en mucho tiempo. Cena.

—Es que las zanahorias no me gustan.

—Me da igual, tienes que comer de todo.

Su marido asintió antes de terminarse la sopa y coger su copa de vino. —¿Sabes que este sábado hay una carrera de globos aerostáticos a las afueras de Londres? —Los ojos de los hermanos brillaron. —Podríamos ir a verla. Una vez fui a la salida y sus colores son impresionantes.

—¿Podemos ir? —preguntó su hermano con ilusión. —¿Podemos ir?

—Solo si te comes la sopa.

Su hermano empezó a comer con ganas y Richelle sonrió. —Tengo entendido que son enormes.

—Lo son. Lo pasaremos bien, hay puestos de comida y música.

—Podríamos ir con nuestros amigos —dijo ilusionada. —Ahora que ya están comprometidos Melissa puede ir con Harold y seguro que las demás también querrán venir.

—Me parece bien. Y como es en el campo podemos hacer un picnic.

—Qué bien —dijo Charlie loco de contento.

—Me extraña que esta noche no hayas asistido a la cena que han hecho los padres de Melissa por su compromiso.

—Oh, es que era algo familiar, y no me apetecía mucho.

—Preciosa, para ellos tú eres de la familia —dijo preocupado.

—Sí. —Forzó una sonrisa. —Claro que sí. Pero con tantas fiestas cada noche, hoy me apetecía descansar.

Se la quedó mirando y al ver que la incomodaba el tema, asintió haciendo que sonriera. —Además, así podía cenar con Charlie. —Su hermano sonrió. —Cuéntanos, ¿qué has hecho esta tarde?

—Pintar.

Se pasaron hablando toda la cena y fue muy agradable. Hasta divertida. Richelle estaba de lo más sorprendida viéndole hablar con su hermano porque se le daban muy bien los niños. Encajaban a la perfección. Y se dio cuenta de lo que su hermano deseaba una figura paterna porque le observaba en todo y hasta intentaba imitarle, lo que la enterneció.

Cuando el niño se fue a la cama, ellos fueron al salón para que el servicio pudiera recoger el comedor. Sirvió el té y su marido dijo —Estás muy callada.

—Pensaba en Charlie.

—Me alegra que saques el tema, es un niño estupendo. Lo has hecho muy bien, Richelle.

Se sonrojó de gusto. —El mérito no es mío.

—Sí que lo es, te has encargado de que no le falte de nada y apuesto que has aportado mucho de su educación.

—¿Pero?

—Ya sabes lo que voy a decir. —Suspiró sentándose ante ella. —Tiene que ir a un colegio donde se relacione con otros iguales.

—Ni hablar. —Cogió su taza y se sirvió.

—Preciosa, es importante que se relacione con otros niños de su condición. Mis mejores amistades las forjé en el colegio. ¿Dónde crees que conocí a Harold?

Ella agachó la mirada cogiendo un pastelito de limón que había hecho esa tarde y se lo ofreció. Sorprendido lo cogió a toda prisa. —Cómo los echaba de menos.

Sonrió viendo como lo comía con gusto. —Me gusta cocinar.

—No cambies de tema.

Suspiró con su taza en la mano y cogió el asa para dar un sorbo. —Sé que tienes razón. —Pareció sorprendido. —Eh, que soy una persona muy razonable.

—Pero…

—No quiero perderle, sé que es egoísta pero no nos hemos criado juntos y le quiero conmigo.

—Te entiendo muy bien, pero en un año como mucho tendrá que ir. Será duque, preciosa. Debe aprender a cómo tratar a los suyos y no lo hará encerrado todo el día en esta casa. Será beneficioso para él conocer a otros niños, relacionarse con ellos. Hoy se ha pasado toda la tarde pintando. Y estoy seguro de que lo hace a menudo. —Ella se sonrojó. —Debería correr, reír, jugar con otros niños, lo sabes muy bien. Ya ha estado encerrado mucho tiempo.

—Él no querrá.

—Ninguno quiere, tienen miedo a lo desconocido. Pero eres su tutora y debes hacer lo mejor por su educación. Además, le verás en vacaciones y te prometo que cuando él esté aquí será nuestra prioridad. No le perderás.

Ella apretó los labios y asintió.

—Cuando regresemos del viaje de Europa miraré cuál es el mejor colegio de Inglaterra y lo hablaremos de nuevo —dijo él. —No quiero que te entristezcas.

—Era como una cárcel —susurró. —No quiero que se sienta así.

—Para ti era una cárcel porque no te ibas en vacaciones. Yo disfruté mucho de mi estancia en el colegio, de mis amigos. No voy a negar que al principio fue un gran contraste, pero en cuanto me acostumbré lo pasé muy bien. —Ella agachó la mirada ocultando su tristeza. —Preciosa, háblame. Su experiencia no será como la tuya, te lo aseguro.

—Es mi familia.

No debía presionarla. Bebió de su té, pero no pudo evitar decir —Yo también soy tu familia. Y Melissa.

—No quiero hablar más de esto.

—Les guardas rencor, ¿no es cierto?

Le miró con sorpresa. —¿De qué hablas?

—Melissa se iba de vacaciones y nunca te invitó a ir con ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Ni se te ocurra intentar ensuciar mi amistad con Melissa. Es lógico que quisieran estar en…

—¿Familia? —Apretó los labios molesto, aunque intentó disimularlo. Entiendo.

—¡Tú no entiendes nada! —Dejó la taza sobre la bandeja y se levantó. —¡Hablas y hablas cuando no entiendes nada! —dijo con rabia. —¡Melissa me quiere como una hermana!

—Esta noche había una cena para celebrar su compromiso y no has ido. Si eres como una hermana para ella no lo entiendo.

—¡Ahora soy una egoísta! —gritó. —¡Jamás lo he sido! ¡Pregúntaselo a ella!

—Preciosa, no te alteres. Intento entenderte.

—¡No quiero que me entiendas!

—¿Por qué no has ido?

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Vamos dilo, sácalo de una vez, preciosa. ¿Por qué no has ido a la cena de esa que consideras una hermana? Era una noche importante para ella, estabas invitada y has declinado, ¿por qué? Dices que es como de la familia, pero marcas distancias como si temieras que te hicieran daño. Háblame…

Sollozó tapándose el rostro con las manos y él preocupado se acercó para abrazarla. —Debe ser muy duro ver que todos se van del colegio y que a ti no te recoge nadie. No quiero ni imaginármelo, preciosa, porque ahí te dabas cuenta realmente de lo sola que estabas.

Se abrazó a él con fuerza y Oxton cerró los ojos porque por primera vez demostraba lo que le necesitaba. La besó en la coronilla. —Ahora todo será distinto. Y si no quieres que Charlie vaya a un colegio lo hablaremos más adelante. No te preocupes por eso. Hay buenos colegios en Londres.

—Sí que me invitó en unas vacaciones.

Se le cortó el aliento. —¿Y por qué no fuiste?

—Tenía que pagar la renta de la casa de Charlie. No tenía dinero para los regalos de Navidad y me avergonzó presentarme con las manos vacías. Además, aunque sus padres son muy agradables…

—Te hubieras sentido incómoda. No querías que sintieran pena por ti.

Asintió. —Melissa no me invitó más para no ponerme en un compromiso.

—Entiendo. —Se alejó para mirar su rostro y acarició sus mejillas. —Ahora eso ha pasado. ¿Te apetecía ir a la cena?

—No sé, están en familia…

Él sonrió. —Y Melissa es casi como tu hermana, debes estar allí. Además, yo estaré contigo.

—¿Crees que debemos ir?

—Vamos, ponte un chal que vamos a verles. Les felicitaremos formalmente.

Soltó una risita antes de salir corriendo. —¡Seryl, un chal! —Se volvió hacia él. —¿Crees que este vestido de noche será suficiente?

—Estás preciosa.

Se sonrojó de gusto antes de llevarse las manos a las mejillas. Él se acercó a la puerta del salón para ver cómo se miraba al espejo de la entrada intentando que un rizo no se le saliera del recogido. Él se puso tras ella. —Estás muy hermosa. Richards, mi carruaje.

—Enseguida.

Su nueva doncella le llevó un chal negro con abalorios que combinaba perfectamente con el vestido que se había puesto esa noche. Oxton se lo puso por los hombros antes de coger su sombrero de copa. —Vamos a disfrutar de la velada.

Capítulo 19

Y disfrutaron, vaya si disfrutaron porque cuando llegaron ya habían cenado, pero empezó una pequeña fiesta. Oxton había encargado que llevaran una caja de champán de la casa de su padre y bailaron, rieron y jugaron. Se sintió tan bien porque él estaba a su lado, que no pudo evitar varios gestos cariñosos que a Melissa no le pasaron desapercibidos. Su amiga la acompañó a la puerta mientras los hombres se despedían. —Veo que las cosas han mejorado, me alegro mucho.

—No sé de qué hablas.

Melissa la giró para mirarla a la cara. —Sé que te hizo daño, que te defraudó, pero todos cometemos errores. Le engañaste, eso tienes que admitirlo y le culpas porque creyó lo peor de ti. Tenía una prueba en sus manos y no dejaste de mentir hasta que terminó el juicio. Sé por Ifi que está muy arrepentido de haberte fallado. ¿Todavía no ha pagado su penitencia?

—Pues no.

Su amiga rio por lo bajo. —¿Y cuánto es demasiado? ¿Te das cuenta de que mientras te mantienes alejada de él, dejas de ser feliz? Está aquí, a tu lado y eso es lo que importa.

Se volvió para verle reír con su amigo antes de que este le diera una palmada en la espalda. Melissa le susurró al oído —Tienes muchos años para torturarle, piénsalo bien, prefieres una hora de riña o treinta años con diez minutos al día, que te sale más a cuenta.

Interesante teoría. —Eres un demonio, amiga.

Rio. —No se lo cuentes a Harold, le espantarías.

Oxton se acercó a ella. —¿Vamos, querida? Debes estar agotada.

—Sí, ha sido un día largo pero maravilloso. —Besó a Melissa en la mejilla. —Y no hubiera podido terminar mejor. Felicidades, amiga, te deseo toda la felicidad del mundo.

—Lo sé. —Cogió del brazo a su prometido.

Les observaron mientras subían al carruaje y se despidieron con la mano. Richelle sonrió satisfecha. —Ha sido una velada muy entretenida.

—Cierto. Y ha sido de lo más productiva. Harold ha querido invertir en la fábrica nueva.

Se le cortó el aliento. —Dios mío, vas a hacerlo, ¿verdad? ¿La vas a comprar? Ya verás cuando se entere Royden.

Sonrió malicioso. —Se enterará muy pronto. Cerraré el trato por la mañana.

—¿Crees que se enfadará?

—Como dijiste, querida, él me hubiera hecho la competencia a mí y yo no me hubiera enfadado.

—Bah, le hemos hecho un favor. ¿Qué sabe él de telas?

—Por cierto, tengo en el almacén unas sedas maravillosas y solo las lucirás tú en la ciudad pues el resto se venderán en el continente.

Sus ojos brillaron de la alegría. —¿De veras?

—Y podrás tapizar y cambiar las cortinas de toda la casa si quieres.

—Me gustaría cambiar algunas cosas.

—Pues usa las telas que te plazca, preciosa. Eres libre de elegir.

Puede que eso del matrimonio no estuviera tan mal. —¿Y no serán demasiadas fábricas de lo mismo, cielo?

—No, de hecho, he cerrado un trato con Sherman para vender en América. Me falta producción.

Sonrió satisfecha. —Bien. Por cierto, ayer en el baile escuché a ciertos caballeros hablar sobre que un par de tiendas en Bond Street van a cerrar. Al parecer están en muy buena zona. Estoy pensando en comprarlas, ¿qué opinas?

—Que el negocio inmobiliario en esa zona siempre es una buena inversión. Te ayudaré en lo que sea.

Sonrió. —Estupendo. —Sí, puede que tener un marido como él no estuviera nada mal, aunque eso ya lo sabía cuando le eligió.

—¿Quieres que eche un vistazo a las inversiones de tu herencia y la de tu hermano?

—Cada penique está justificado. Lo único que no me gusta es que se haya invertido en una plantación en Jamaica. —Apretó los labios molesta. —Quiero deshacerme de ella.

—Preciosa, ya se abolió la esclavitud en el treinta y tres.

—Lo sé, pero he leído mucho al respecto y no me gusta. Siguen esclavizados de otro modo. Les presionan con la vivienda y alquileres excesivos para que sigan trabajando de sol a sol, no la quiero.

—Muy bien, me ocuparé de ello. No te preocupes por eso, no será difícil de vender. Muchos nobles compran plantaciones, nos la quitarán de las manos. —Sonrió. —Eres muy progresista en tus pensamientos, esposa. —Se adelantó. —Me gusta.

Se sonrojó. —No sé qué opinarían de eso los de tu sindicato.

Su marido se echó a reír. —Eres un caso, esposa.

Se acercó a él. —Lo mismo digo.

—Somos la pareja perfecta. —Se la comió con los ojos.

Chasqueó la lengua apartándose, aunque se moría por besarle. —Hemos llegado. Menos mal, estoy agotada.

El carruaje se detuvo y de inmediato se abrió la puerta. Su marido fue el primero en bajar y después le dio la mano para ayudarla a ella. Mano que no soltó para colocársela en su brazo. —Preciosa, me preguntaba…

—¿Sí?

Él carraspeó. —¿El masaje aún te mantiene relajada?

Sonrió. —Totalmente. Es más, creo que dormiré como un angelito. Gracias, marido.

—Me alegro mucho de haberte ayudado. —Gruñó. —Si quieres más no dudes en pedirlos.

Le dio el chal a la doncella sin contestar y él se volvió para darle su sombrero al mayordomo susurrando —¿Has cambiado mi equipaje?

—Teniendo en cuenta que milady no ha ordenado que le eche a patadas, sí, barón. He ordenado cambiar su equipaje a la antigua habitación del duque, justo al lado de la de su esposa que pondrá el grito en el cielo en cuanto se entere.

Sonrió. —Dudo que se queje. —Le dio un manotazo en el brazo que casi le tira. —Hay que hacer más ejercicio, Richards.

—Procuraré hacerlo a pesar de todas las tareas que tengo pendientes, milord.

Oxton se volvió para ver que su mujer subía las escaleras parloteando con su nueva doncella y dejó que entrara en la habitación antes que él. —¿Miedo, milord?

—Quiero que duerma relajada. El descanso es importante. Cuido del bienestar de mi esposa.

—Qué considerado. Pero milord… Le oirá. Milady tiene un oído muy fino.

—Puedo ser muy silencioso cuando quiero. —Empezó a subir las escaleras y cuando pasó por delante de su puerta la escuchó reír. Sonrió entrando en su habitación y su valet le esperaba dispuesto a ayudarle. Él puso el dedo ante la boca y Josh frunció el ceño. Caminando de puntillas se quitó la chaqueta y se la tendió. Su valet fue hasta el armario también de puntillas y lo abrió con un gran chirrido antes de que la puerta cayera al suelo de madera con un gran estrépito. Oxton le fulminó con la mirada y este se sonrojó a la vez que se abría la puerta de comunicación. Su esposa con el

vestido desabrochado por la espalda entró en la habitación con el arma en la mano y al verlo jadeó antes de apuntar a su valet con la pistola.

—¡No, preciosa!

—¡Está robando!

—¡Es mi valet!

Exasperada miró a su marido —¿Que es tu qué? ¿Y por qué no está en tu habitación? ¡Creía que le habías sorprendido!

Carraspeó. —Aquella habitación es muy fría, preciosa. Y está muy lejos, cada vez que subo y bajo tardo una eternidad. Además, es más trabajo para el servicio y Josh no tiene muy bien las rodillas.

—Ay… —dijo su valet exageradamente llevándose la mano al muslo.

—¿No me digas? Entonces tendrás que cambiarlo.

El valet se enderezó de golpe. —Ya no me duele nada, milord.

—Ya lo suponía —dijo ella antes de volver a su habitación cerrando la puerta.

Oxton suspiró del alivio y encantado se frotó las manos. —Esto va bien.

La puerta se abrió de nuevo y Richelle entró con un montón de troncos en las manos que le puso en los brazos antes de decir —Para que calientes tu habitación. ¡La habitación donde estabas!

—Milady, ¿de veras me va a hacer cambiar todo el vestuario de mi señor de nuevo?

Giró la cabeza lentamente. —¿Has dicho algo?

Se sonrojó. —No, milady.

—Preciosa, estoy agotado, al menos déjame dormir aquí esta noche. La chimenea ya está encendida.

Gruñó porque era muy tarde. —¡Mañana te cambias!

Cuando se fue, Oxton sonrió dándole los troncos a Josh. —Ni se te ocurra cambiar nada mañana, ya la convenceré. Y arregla el armario, tiene que estar contenta.

—¡Lo he oído! —gritó su mujer desde el otro lado.

—Sí que tiene un oído fino —dijo por lo bajo.

Richelle tumbada en la cama miraba la tela del dosel sintiéndose inquieta. Se giró abrazando la almohada, pero a los dos minutos se giró para mirar hacia el otro lado. Estaba casi amaneciendo, ¿por qué no se dormía? La culpa era de Oxton, antes de que llegara dormía como un tronco. Entrecerró los ojos y se sentó en la cama antes de gemir dejándose caer sobre el colchón.

La puerta de comunicación se abrió y volvió la cabeza como un resorte para ver a su marido en bata. —¿Te ocurre algo? Preciosa, el cabecero de la cama no deja de rebotar en la pared.

—Pues no haberte mudado.

Él miró la enorme estructura de la cama. —Haré que la revisen mañana, no sé porque se mueven los postes. —Reprimió la risa. —Debe ser que está muy usada.

Se puso como un tomate. —No seas zafio.

—¿Zafio? Preciosa, ¿estás enfadada todavía? ¿Necesitas relajarte?

Se mordió el labio inferior y como no le respondía a Oxton se le cortó el aliento. —¿Quieres que te ayude?

—No —dijo con la boca pequeña.

—Ya que te has enfadado por mi culpa, es mi deber ayudarte.

—No tengo ropa interior, así que no.

—Puedo hacerlo por encima de la sábana —dijo con la voz enronquecida.

Se le alteró la respiración. —¿Seguro que eso es lo que haría el médico?

—Claro que sí, ¿por qué crees que te miento?

—Es que…

Se sentó a su lado. —¿Qué?

—De esto nunca me hablaron en el colegio. Ni mis amigas.

—No es algo que se cuente mucho por ahí. Sus pacientes son discretas.

—Se parece a lo que me hiciste en la noche de bodas.

—Sentiste algo similar, pero con eso no se hacen niños.

—Y solo disfruté yo.

—Verte disfrutar me hace disfrutar a mí. —Apartó las mantas. —Aunque si quieres que disfrutemos los dos podemos hacerlo, estamos casados. —Acarició su muslo por encima del camisón. Además, ya estás en estado no cambiaríamos nada.

Se le secó la boca mientras esa mano seguía subiendo.

—Me ha sorprendido un poco que nadie esta noche mencionara que esperas un hijo.

—No quería que todo el mundo hablara de ello —dijo casi sin voz.

—Sí, es mejor esperar un tiempo, así no te molestarán con tonterías. —La mano llegó a su entrepierna y la acarició. —Dime preciosa, ¿quieres que disfrutemos los dos?

Con los ojos vidriosos de deseo se sentó para atrapar su boca abrazándole por el cuello y tiró de él. Sorprendido apartó sus labios. —Mujer, tienes mucha fuerza.

—Es de subir a los árboles —dijo sin aliento antes de besar su cuello.

Él tiró hacia arriba de su camisón. —Es bueno que hagas ejercicio. —Con deseo se colocó entre sus piernas y su bata se abrió. Richelle al sentir su miembro rozándola gimió cerrando los ojos y él besó su cuello entrando en su ser de un solo empellón. Ambos gritaron de placer y abrió los ojos para encontrarse con los de su marido. —¿Esto es mejor que el masaje?

—¡Dios, sí!

Sonrió malicioso. —Pues aún no has visto nada, esposa.

Al día siguiente se despertó sola y recordó que su marido tenía negocios que atender. Aseándose en el aguamanil hizo una mueca porque cuando se enterara Fely de lo de la fábrica iba a poner el grito en el cielo. Bueno, tenía que pagar haberle dado la espalda, además esa compra estaba totalmente justificada. Seryl la ayudó a vestirse con un hermoso vestido de mañana de gasa azul que resaltaba el color de sus ojos. —Está muy hermosa, milady.

Se sonrojó de gusto. —Gracias Seryl, eres muy amable.

En ese momento llamaron a la puerta. —Adelante.

Una doncella la abrió. —Milady hay una chica en la puerta que pide verla. Se llama Page.

Frunció el ceño. —Dile que suba.

La chica hizo una reverencia y salió a toda prisa. ¿Qué habría ocurrido? Se sentó en su tocador y Seryl empezó a peinarla con su nuevo estilo.

La puerta se abrió sin llamar y su antigua doncella entró vestida de calle. —Milady, gracias por recibirme.

—Me alegra verte. —Page se puso a su lado mirándola a través del espejo. —¿A qué se debe esta agradable visita?

—Me caso.

Sonrió. —Me alegro muchísimo. ¿Tu prometido ha conseguido el trabajo en el periódico?

—No, su padre ha dado su brazo a torcer y aprueba el matrimonio. Y quería agradecérselo, esto ha ocurrido gracias a su intervención.

—Bah, no he hecho nada. Además, yo tengo mucho más que agradecerte porque tu declaración, fue muy importante para el juicio.

Se sonrojó. —Es lo menos que podía hacer. Le juro milady, que nunca quise perjudicarla.

—Tranquila. —Se volvió. —Así que te casas.

—Sí, después de que la detuvieran a usted mi prometido estuvo enfadado conmigo, pero ya se le ha pasado. Dice que no puede vivir sin mí. —Richelle sonrió. —Supongo que es como el barón que no puede vivir sin usted.

Su corazón dio un vuelco en su pecho. —¿Cuándo has oído eso?

—Milady, no hacía falta que lo dijera. Mientras usted estuvo en prisión estaba como loco. No comía, no dormía pensando en usted. Tuvo largas conversaciones con el marqués y su madre. Quiso ayudarla y...

—¿Cómo que quiso ayudarme?

—Sí —dijo sorprendida. —¿No lo sabe?

—Cuenta, no dejes a milady con la intriga —dijo Seryl muerta de curiosidad. Las dos miraron hacia ella que se sonrojó. —Cuanto antes lo sepa mejor, milady.

Page soltó una risita. —Había preparado una fuga.

Separó los labios de la impresión. —¿Qué?

—De veras, milady, una fuga de New Gate. Hasta compró una casa en una isla del Caribe para que se fueran a vivir allí y que nadie la mirara mal por haber sido condenada.

Se llevó una mano al pecho de la impresión.

—Incluso pensó en su hermano y en llevárselo también hasta que fuera lo bastante mayor para hacerse cargo de su título y propiedades. Y le alquiló un barco al señor Sherman. Un barco solo para ustedes, ¿sabe? Los marqueses pensaron en acompañarlos porque para qué iban a quedarse en Londres sin ustedes. El marqués decía que eran una familia y que las familias se mantenían unidas pasara lo que pasara. —Los ojos de Richelle se llenaron de lágrimas. —Que si usted había mentido, jamás pretendió beneficiarse usted, sino beneficiar a su hermano y eso había sido un acto de amor. Que puede que la carta fuera falsa, pero no había ninguna duda sobre el parentesco. Que fueran hermanos nunca lo dudaron. Si se parecían tanto era porque son hijos de los mismos

padres. Así que si falsificó la carta, lo hizo con toda la razón. El barón estaba muy disgustado porque usted no le hubiera contado sus planes, pero entendió que casi no se conocían y por eso no había confiado en él. Sintió no haberla apoyado desde el principio, ¿sabe? Lo sintió mucho.

—¿De veras?

—Estaba muy frustrado porque no podía verla. Sus amigas le dijeron que no podía ir, ¿sabe? Cuando se enteró por su abogado que podía visitarla fue dos días antes del juicio, pero el marqués dijo que no era sitio para arreglar sus diferencias. La había fallado al ponerla en evidencia ante todos con la carta, cuando lo que tenía que haber hecho era hablar con usted e intentar averiguar las razones para su comportamiento. ¡Y encima no fue a verla ni una sola vez a prisión! El pobrecito no dejaba de decir que le había dado la espalda cuando era inocente. No dejaba de beber. Estuvo más de una semana que el marqués no sabía qué hacer con él.

Una lágrima cayó por su mejilla. —¿De veras?

—Sí, llevó muy mal que usted no quisiera verle y que le hubiera mentido. Pero dado su comportamiento entendía que no hubiera confiado en él. —Page sonrió. —La ama mucho, milady.

Cogió un pañuelo que le ofrecía Seryl que también lloraba a lágrima viva. Richelle se limpió y le pasó el pañuelo de nuevo. Seryl se sonó los mocos con fuerza y cuando ambas la miraron se sonrojó. —Oh, milady, no me he dado cuenta de que era el suyo. Que historia tan bonita y emocionante —dijo sin dejar de llorar.

—Sí que lo es—Richelle sonrió a Page. —Ahora vas a contarme la verdad.

La sonrisa de Page se congeló mientras Seryl dejaba caer la mandíbula del asombro. —Mierda. ¿Nos la ha colado, milady?

—Sí, porque da la casualidad de que mi abogado me informó en prisión de que se había ido de la casa del marqués dos días después de mi detención. Y se fue con su amado, según tengo entendido.

—Jo, milady. Usted se entera de todo.

Fulminó a Page con la mirada. —¡Llevas casada unas cuantas semanas! ¿Crees que me chupo el dedo? ¡Si hasta llevas alianza!

Se puso como un tomate mirándose la mano. —Mi hombre es muy detallista. ¿Le gusta, milady?

—¡Al grano! —gritó sobresaltándola.

—No se enfade conmigo, milady. Ellos me obligaron.

—¿Ellos?

—¡Todos! Se reunieron en su casa todas sus amigas con los maridos, con los marqueses y con mi suegro delante me obligaron a venir. Claro, como a mi suegro no puedo decirle que no…

—¿Cuándo fue eso?

—¡Hace una semana! Usted no recibía al barón y ya estaban desesperados.

Se echó a reír porque fue después de que las recibiera en su casa y Fely se llevara un puñetazo. Cuando ella había dado el ultimátum y debían apoyarla para destruir a su marido. Estaba claro que no se daban por vencidas. Al ver la cara de su antigua doncella que era obvio que no entendía nada se echó a reír aún más fuerte.

—Iban a dar marcha atrás cuando se enteraron de que el barón ya estaba aquí, pero al final me obligaron porque dijeron que así se le ablandaría el corazón. Afuera los tiene a todos metidos en los carruajes esperando a que salga.

—¿No me digas? —Se levantó para ir a toda prisa a la ventana y era cierto que al final de la calle estaban sus carruajes. —Será posible. —Se echó a reír más fuerte. —Es evidente que quieren que triunfe el amor.

—Milady, no se enfade. Solo quieren que sean felices.

Se volvió con una sonrisa maliciosa. —Pues les vas a decir esto.

Capítulo 20

En la cena su marido estaba de lo más tenso. Muy consciente de que podía haber pelea había hecho que el niño cenara antes y ya estaba acostado. Oxton llevaba veinte minutos intentando una conversación fluida, pero solo sacaba de ella monosílabos como si lo de la noche anterior no hubiera pasado. Estaba que se subía por las paredes después de que Page le dijera que no tenía ninguna posibilidad de reconciliación. Ya no sabía qué hacer para acercarse a ella. —Preciosa, ¿hoy no tenías una fiesta?

—Melissa va con Harold, ya no me necesita. Además, su madre los acompañará para presumir de yerno. Todas se morirán de la envidia.

Él gruñó. —Tampoco es tan buen partido.

—Oh, sí que lo es, querido. El mejor de la temporada, ¿no fue lo que decíais vosotros? —De repente sus ojos brillaron y le cogió por el brazo. —¿Sabes? Le ha regalado un collar que ya quisieran muchas. Con unas esmeraldas enormes porque su marido dice que hacen juego con sus ojos.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes mirando de reojo su anillo de boda.

—Oh, sí. Y le ha dicho que se harán un retrato juntos para su casa, que puede redecorar a su gusto. Sin límite.

—Qué generoso.

—Lo es. Melissa es muy feliz. Está viviendo un sueño, pero su futuro marido dice que dos meses como mucho hasta la boda, ni un día más. —Soltó una risita. —Sí que está enamorado, ni va a esperar

los seis meses de rigor. —Cogió su copa de vino y suspiró exageradamente. —La trata como una princesa.

—Fascinante.

Tuvo que reprimir echarse a reír porque parecía que le estaba saliendo una úlcera. —Me ha dicho Melissa que tienen una casa cerca de Escocia que tiene doscientas habitaciones. ¡Doscientas! Dice que es hermosísima, ha visto una pintura de ella y su futuro esposo le cambiará el nombre para poner el suyo, ¿no es todo un detalle?

Horrorizado dijo —¿Le va a cambiar el nombre de la familia por Melissa?

Perdió la sonrisa de golpe. —Melihall o algo así, todavía lo están pensando. ¿Te parece mal?

—¡Pues sí! Esa hacienda pertenece al título, ¿qué dirán sus descendientes?

Jadeó ofendida. —No tienes ni una pizca de romanticismo. —Bebió de su copita de vino y la dejó sobre la mesa. —Aunque eso ya lo sabía, no sé de qué me sorprendo.

Se hizo un tenso silencio y ella le hizo un gesto a Richards. —El postre.

—Sí, milady.

En ese momento se abrió la puerta que comunicaba con la cocina y salió una tarta de tres pisos con pajaritos de azúcar rodeándola. Ella apretó los labios mientras se la ponían ante su marido que parecía realmente impresionado. —Mujer, qué manos tienes.

—¿No me digas? —dijo molesta antes de levantarse para su asombro. —Que te aproveche, yo me voy a la cama.

En cuanto la baronesa se fue dejando a su marido con la palabra en la boca, el mayordomo le fulminó con la mirada. Oxton carraspeó. —¿Está molesta?

—Será por lo bien que la trata, milord —dijo con ironía. —Por los increíbles regalos que ha recibido de usted para conquistarla, la

gran boda de ensueño que toda mujer desearía y su inicio de matrimonio en New Gate. Sí, creo que todo eso la ha maravillado. Y ese romanticismo… Insuperable, milord. Siga así.

—Ya me gustaría a ti verte en mi lugar. —Se levantó con mala leche.

—Va a sudar sangre para que le perdone.

Tomó aire antes de ir hacia las escaleras y al ver que su valet salía de su habitación con un montón de ropa en las manos subió los escalones de dos en dos. —¿Qué haces?

—Milady, que no está a gusto con su traslado. Barón, me ha defraudado. A usted se le daban bien las mujeres —dijo pasmado.

—¡Y se me siguen dando bien!

—Su mujer no.

—Es una pequeña crisis, nada más. Vuelve a llevarlo dentro, lo arreglaré.

—¿Seguro?

—Josh, no me fastidies —dijo entre dientes antes de abrir la puerta de la habitación de su esposa.

—Milord, su esposa no está lista.

—Fuera —ordenó a la doncella que la miró a ella esperando su orden.

Ante el espejo del tocador se quitó una horquilla del pelo. —Seryl, ya no te voy a necesitar esta noche.

Hizo una reverencia. —Que descanse, milady.

Dejó caer su larga melena y se levantó poniéndose de espaldas a su marido. Apartó sus rizos rojos. —¿Me desabrochas?

—Preciosa, no te enfades.

—¿Enfadarme? No estoy enfadada, ¿por qué piensas eso?

—Será que te has ido de la cena sin terminar.

—Ya no tenía más hambre.

—Lo normal es esperar a que los demás terminen —dijo acabando de desabrochar el vestido. —Y yo no había terminado. Si hubiera estado el niño…

—Pero el niño no estaba, así que no tengo que aparentar.

Oxton se tensó. —¿Aparentar qué?

—¿Ya sabes? Que somos un matrimonio. —Dejó caer el vestido al suelo con las enaguas y pasó por encima para cogerlas dejando a su marido una buena vista de sus turgentes pechos. Se incorporó y tiró el vestido sobre el diván antes de volverse de nuevo para que le desabrochara el corsé.

—Así que no somos un matrimonio.

Rio por lo bajo. —No como los de mis amigas, eso seguro.

—¿Esto es porque no cambio el nombre de ninguna de mis fincas?

—Claro que no. —Tiró el corsé sobre el vestido y fue hasta la cama donde estaba su camisón y su bata.

—Preciosa, me estás mintiendo. Sigues enfadada y estás aprovechando que el estúpido de mi amigo hace tonterías para echármelo en cara.

—¿Tonterías? —Se quitó la camisola sin ningún pudor. —Es detallista.

Llegó por detrás y la cogió por la cintura pegándola a él antes de acariciar sus pechos con deseo. —Y yo no soy como él.

Suspiró de gusto cerrando los ojos mientras Oxton amasaba sus pechos. —Déjame amarte, preciosa. Puede que no sea como los demás, pero te querré como ningún hombre te amará jamás.

Esas palabras embriagaron su alma. Se volvió para atrapar sus labios y Oxton ansioso la cogió en brazos. Pensaba hacer que le perdonara, lo lograría. Lograría que esos momentos que compartían, le hicieran entender poco a poco que daría todo por ella.

Se bajó del carruaje y separó los labios de la impresión al ver lo grandes que eran los globos.

—¡Mira Richelle! —gritó su hermano muy emocionado. —¡Tiene los colores del arco iris!

Impresionada cogió el brazo de su marido que reía encantado. —¿Pero cuántos hay?

—Más de cincuenta. Eso dice el periódico. No sabían el número exacto porque dos estaban en duda.

Fascinada miró hacia arriba. —Son enormes.

—¡Richelle!

Volvió la cabeza hacia Fely que se acercaba a ella con cara de mala leche. —Uy, ya se ha enterado de lo de la fábrica…

Fely les señaló. —Sois, sois…

—¿Buenos comerciantes? —preguntó Oxton divertido.

—¿Cómo os enterasteis?

—Deja de beber, amiga, lo digo por tu bien.

Jadeó. —Yo nunca me emborracho, maja. Que tomo queimada y me quedo tan pancha.

Royden llegó hasta ellos con una sonrisa en los labios. —Esta me la voy a cobrar en el futuro.

Richelle soltó una risita. —No, no lo harás o se me soltará la lengua. ¿Recordáis vuestro viaje a América?

—Ni se te ocurriría. ¡Somos amigas!

—Eso lo descubrí antes de que fuéramos amigas y no me lo contaste tú, no sería un quebrantamiento de amistad.

—¿Pero tú te estás oyendo?

—Oye, bonita. Que hace un mes no éramos tan amigas.

—Haya paz —dijo Royden.

Richelle sonrió. —Además, si aquí alguien iba a traicionar una amistad, esos erais vosotros haciéndole la competencia a mi hombre.

Fely miró a su marido de reojo. —Te lo dije.

—Así que estamos en paz —dijo tan contenta. —¿Los demás no han llegado?

—Ya están en la mesa bebiendo vino esperando hasta la salida. Nosotros queríamos dar una vuelta. —Fely cogió del brazo a su marido.

—Vamos Richelle —dijo el niño emocionado señalando uno de los globos. —¡Aquel tiene pintado un barco pirata!

—Como el de tu libro. Es hermoso. ¿Te gustaría subir?

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿Puedo?

—Claro. Busca uno de color rojo con cuadros blancos.

—¿Richelle?

Miró a su marido. —Una pequeña sorpresa para él.

—Pero no despegará con él dentro, ¿no?

—Claro que no. Despegará con todos dentro.

Fely chilló de la alegría. —¿Nosotros también?

—Si te atreves. La cesta es grande, al parecer cabemos todos.

—Oh, no —dijo Royden deteniéndose en seco. —Ni hablar.

—Por favor, será emocionante —le suplicó su mujer.

—Piensa en los niños. ¿Qué harán si nos pasa algo?

Fely perdió algo la alegría. —Muy bien, entiendo lo que quieres decir. —Royden suspiró del alivio. —Quédate tú.

—¿Cómo has dicho?

Fely salió corriendo y Richelle se echó a reír cuando su marido empezó a perseguirla.

—Será una broma. —Oxton parecía de lo más divertido.

—No.

Perdió la sonrisa de golpe. —Mujer no tiene gracia. Tu hermano depende de ti, eres lo único que tiene.

—Por eso subirá conmigo.

—Para que os descalabréis los dos.

—Ah, que no piensas subir.

En ese momento un globo se soltó y varios gritaron pasando ante ellos intentando coger las sogas.

—¿No puedes verlo desde abajo como todo el mundo?

—Vamos, será divertido. —Perdió algo la sonrisa. —¿No puedes hacer esto por mí?

Juró por lo bajo porque le había quitado parte de la alegría. —Haría lo que fuera por ti, preciosa.

Richelle sonrió y miró hacia arriba. Ante ellos tenían el globo rojo y blanco donde Fely intentaba subirse mientras su marido hacía lo posible por impedírselo sin llamar demasiado la atención. Pero Royden perdió la paciencia y la agarró por la cintura cargándosela al hombro haciendo reír a Fely a carcajadas que gritó —¡Será la próxima vez! ¡Os veremos desde aquí!

Se despidió con la mano y llegaron hasta la cesta. —Preciosa… ¿Estás segura de esto?

Le miró a los ojos. —Sí, ahora sí lo estoy.

Oxton asintió cogiéndola por la cintura y la subió a la cesta. También metió al niño y saltó con agilidad apoyándose en el borde para subirse también. —Cielo, ¿conoces a Lord Prescott? Ha sido muy amable al permitirnos ir con él.

—Gracias por esta experiencia.

—Es un placer, barón. Su mujer me ha contado lo importante que es esto para usted.

Miró a su esposa. —Ah, ¿sí?

—Dice que lo desea más que nada.

Richelle soltó una risita. —¿Verdad que sí, mi amor?

—Verdad, verdad…

—Pues vamos allá. —Miró por el borde de la cesta y gritó a los muchachos —¡Atentos a la sirena!

La gente gritaba la cuenta atrás y Lord Prescott gritó —¡Sujétense! ¡Se va a mover un poco!

Oxton se puso tras ellos y dijo —Sujetaos. Cielo, sujétate. Charlie agarra esa soga. —Asintió cuando el niño lo hizo. La miró para cerciorarse que estaba bien agarrada y se dio cuenta de que le miraba a él. —Preciosa, te lo vas a perder.

Emocionada miró al frente. Estaba allí, tras ellos como si quisiera protegerlos. Como haría un padre, como haría un marido. El sonido de la sirena la sobresaltó y la cesta empezó a flotar. Gritaron del miedo y de la alegría rodeados de aquellos bonitos colores.

—Joder, es impresionante. —Oxton tras ella la besó en la sien. —Gracias por convencerme, preciosa.

—¡Mira, hermana! —gritó el niño. —¡El barco pirata va el primero! —De repente el niño frunció el ceño. —¿Nos estamos alejando?

—¡Nos ha pillado otra corriente de aire! —gritó Lord Prescott. —Tranquilos, no pasa nada. Enseguida les alcanzamos, el viento está a favor.

—Preciosa…

Acarició su mano que agarraba la soga. —Todo irá bien.

Sobrevolaron unos campos y fascinada susurró —Es muy distinto verlo desde aquí, ¿no es cierto?

—Es tan hermoso… —dijo su hermano. —¡Mirad! —gritó señalando algo con el dedo.

Richelle volvió la vista hacia su marido que entrecerraba los ojos como si no se creyera lo que estaba viendo. Sobrevolaban los campos de una gran casa de campo y ante el hermoso edificio unos troncos colocados estratégicamente decían: *"Bienvenidos a Oxton Hall"*

Asombrado la miró a los ojos y ella preguntó tímidamente —¿Te gusta? La he comprado para ti.

Él la abrazó con fuerza por lo que eso significaba. —Preciosa, te juro que te amaré siempre.

Emocionada susurró —¿Y tan intensamente como te amo yo?

—Más, mucho más. Y no te arrepentirás de nuevo de haber aceptado mi mano. —La besó suavemente en los labios. —Gracias, mi vida.

—No, gracias a ti, porque contigo he conseguido ser feliz y sé que a tu lado me sentiré así para siempre.

Epílogo

Oxton no dejaba de dar vueltas por el salón y furioso le dijo a Royden —¿Pero dónde está, por Dios?

—Ten paciencia. —Bebió de su copa de brandy. —Esto lleva horas, te lo digo por experiencia.

—Hijo, cuando tu madre dio a luz estaba tan asustado como tú, pero luego llega la alegría. Un nieto —dijo orgulloso.

—O una nieta —dijo Royden divertido porque Oxton no les hacía ni caso pensando en lo que ocurría en el piso de arriba. Como el médico no llegara pronto le iba a dar algo.

—¡Richards!

El mayordomo apareció en la puerta como si estuviera ya esperando. —¿Y el médico?

—Pues no lo sé, milord. Ya se le ha avisado dos veces.

—Que vuelvan a avisarle. ¡Ya! ¡Y que lo traigan a rastras si hace falta!

La campanilla de la puerta le hizo suspirar del alivio. —¡Al fin está aquí! ¿Qué hace ahí parado? Vaya a abrir a… —Al ver al doctor Herrold dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Pero qué hace usted aquí?

—El campo no es lo mío. Lo he intentado de nuevo, pero no… Me faltaba algo —dijo dándole el abrigo al mayordomo. —¿Milady está bien?

—¡Está a punto de parir!

—Uy, qué interesante, un parto. Seguro que con su hermosura tendrá un bebé precioso.

Asombrado miró a su padre. —No me libro de él.

—Eso parece, hijo.

—¡Dónde está el doctor Creswell! —gritó de los nervios.

El médico hizo una mueca. —Ha muerto.

—¡No! —Horrorizado dio un paso hacia él. —Eso no puede ser.

—Desgraciadamente sí que puede ser. Le ha atropellado un coche de caballos. Es que no somos nadie. Pero sus pacientes pueden estar tranquilos, que estoy aquí.

Un grito de su mujer le puso los pelos de punta. —Uy, la parturienta me reclama.

El médico salió pitando y su padre reprimió la risa.

—No tiene gracia —siseó.

—Hijo, no puedes negar que es un buen médico, a mí me salvó la vida. Y a ti… Le debemos mucho. Si me da un nieto habrá que recompensarle.

—¡El nieto lo habré hecho yo, no él! Él solo, solo… —Se llevó las manos a la cabeza recordando como había querido hacerle a su mujer un masaje terapéutico. —Voy a subir.

—Te van a echar —dijo su padre.

Sin hacerle caso salió del salón como una exhalación y cuando llegó arriba entró en la habitación de su esposa que estaba rodeada de mujeres.

—Hijo deberías esperar abajo.

El médico aún con el maletín en las manos miró entre las piernas de su mujer. —Milady aún queda mucho.

—Vale.

Él metió la cabeza entre Fely y la doncella para ver a su mujer con un plato de pastelitos en la mano comiendo a dos carrillos. —¿Pero qué haces, mujer?

—¿No le has oído? Va para largo.

—¡Me va a dar algo, échalo ya!

Le miró con los ojos como platos. —Espera. —Hizo que empujaba y que empujaba más fuerte. —Pues no, no sale. ¡Deja de presionarme!

—Milord, creo que es mejor que espere abajo —dijo el doctor arremangándose la camisa. —¿Quiere que le dé algo para templar los nervios?

Le agarró por la camisa y le pegó a él. —Usted mire ahí abajo lo justo, ¿me oye? ¡Nada de masajes!

El doctor se sonrojó. —No, por supuesto que no.

—¡A mi mujer solo le doy masajes yo!

Richelle soltó una risita. —Cierto.

Le soltó de malas maneras y se acercó a su esposa sentándose a su lado. —Mi amor…

Con la boca llena dijo —¿Sí, cielo?

—Te molesta que el…

Miró hacia el doctor que se hacía el loco como si no escuchara nada. —Seguro que ya no me pretende, ¿a que no?

—No, milady. Ya estoy casado.

El barón suspiró del alivio. —Menos mal.

—¿Por qué crees que le hice venir, cielo?

La miró sin comprender. —Necesitábamos otro médico personal. El doctor Creswell ya estaba muy viejo.

Su marido separó los labios de la impresión. —Muy viejo.

—Sí. —Sonrió radiante. —Pero Austin es un gran médico y opera muy bien.

—Austin.

—Sí, el doctor Herrold. Hemos tenido correspondencia durante estos últimos meses. No le gustaba vivir en el campo. Muchos le pagaban con gallinas y cosas así. —Soltó una risita.

—Pobre hombre. Aquí tendrá un trabajo mucho mejor. Y nos cuidará muy bien.

—Por supuesto milady, por usted lo que haga falta.

¡Seguía enamorado de su esposa! Es que era para matarle. Y ella le había animado a volver, que era lo que más de piedra le dejaba, la verdad. Pero lo de la muerte del doctor le escamaba, le escamaba y mucho. Richelle acarició su mejilla trayéndole al presente. —Cielo, estás muy nervioso, aún queda mucho, ¿por qué no vas abajo con tus amigos y te tomas un jerez?

No, imposible, ella estaba allí postrada, ¿cómo iba matar ella al doctor? Es que los nervios le estaban haciendo perder la cabeza.

Frunció el ceño preocupada. —Cielo, ¿estás bien?

—Milord, está preocupando a su esposa. —Austin se acercó a él. —Le aconsejo que salga. Este es un momento muy delicado para la baronesa, por favor no la inquiete más.

Richelle sonrió. —Todo va bien, cielo. Antes de la noche le tendremos con nosotros.

Él asintió y le dio un suave beso en los labios. Al pasar al lado de Fely esta susurró —¿Qué hace este aquí?

—¿No lo has oído? Lo ha traído ella.

—¿De qué habláis? —preguntó Richelle con desconfianza.

—De nada, cielo. Tu amiga intentaba animarme.

Richelle sonrió. —Fely siempre está en todo.

Lo dijo en un tono que le puso alerta y por la cara que ponía Fely a ella también. Richelle sonrió. —Amiga, ¿por qué no te vas a comer algo? Además, seguro que tu marido querrá comer también.

—¿Seguro?

—Claro, está aquí el doctor, Seryl, mi suegra… Estoy bien cuidada.

—Muy bien, vuelvo enseguida.

Ella no contestó y en cuanto salieron de la habitación Fely se llevó la mano al pecho. —¿Has visto lo que yo?

—No te imagines cosas. Nunca hace lo que hace sin una buena razón.

—¡Veo que lo has pensado!

—¡También he pensado que tenía algo que ver en la muerte del doctor, pero es absurdo! ¡Si está en cama! —Carraspeó. —Además, debemos confiar en ella.

—Cierto, es mi amiga, jamás me haría daño.

—¿Qué hacéis?

Asombrados se volvieron para encontrarse tras ellos a Richelle que con el cabello húmedo y el camisón empapado que mostraba su abultado vientre daba mucho miedo. —¿De qué habláis?

—¡Por Dios, mujer! —Oxton la cogió en brazos y la volvió a meter en la habitación. —¿Por qué te has levantado?

Los ojos de Richelle se llenaron de lágrimas y él dijo —No, preciosa, no llores.

La tumbó en la cama y ella sintió un dolor muy fuerte que la dobló. Oxton palideció cogiendo su mano y cuando se le pasó Richelle se dejó caer sobre las almohadas y abrió los ojos para mirarle. Él sabiendo lo que pensaba dijo —¿Podéis dejarnos solos unos minutos?

—Pero hijo…

—Tengo que hablar con mi esposa.

—Vamos, vamos —les apuró la marquesa.

Acarició su mano y Richelle se emocionó. —Eh, no llores. Todo va bien entre nosotros. —Besó su mano.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro por mi vida. Jamás miraría a otra mujer como te miro a ti. ¿Por qué iba a hacerlo si eres la más hermosa, valiente, inteligente e irritante de todas?

Sin dejar de llorar soltó una risita. —¿Sigo pareciéndote hermosa?

La miró sorprendido. —¿De veras me preguntas eso cuando no puedo quitarte las manos de encima?

—Hablas mucho con ella.

—Es nuestra amiga, es tu amiga. Y lo ha demostrado.

—Si no fuera tan bonita... —dijo entre dientes.

Oxton sonrió. —Daría lo mismo porque nadie me importa más que tú.

—No sé qué me pasa últimamente —dijo molesta consigo misma. —Me inquieta todo.

—Tienes el cuerpo alterado por el bebé, pero eso está a punto de acabar y volverás a montar a caballo, iremos a alguna fiesta y tendremos a nuestro hijo que nos entretendrá bastante.

Sonrió radiante. —Nuestra familia.

—Esa familia que tanto querías.

—¿Y si es niña?

—Si es niña será lo mismo porque la amaré tan intensamente como te amo a ti. Este fin de semana lo celebraremos con tu hermano, haré que le traigan del colegio.

Emocionada susurró —Gracias.

Él besó sus labios y al apartarse carraspeó. —El doctor Creswell no te caía muy bien, ¿no?

Se sonrojó. —No, qué va.

—No querías que te asistiera en el parto. No te gustaba.

—Bueno… Debo reconocer que me enfadé cuando me dijeron que no había atendido a aquella mujer porque era pobre y que la había dejado morir ante la puerta de su casa. Me enfadé muchísimo.

—Lo sé, cielo. Me lo dijiste, ¿recuerdas? Pero era el mejor de Londres.

—Ahora sí que tenemos al mejor de Londres y esa mujer descansará tranquila.

Gruñó. —¿Cómo lo has hecho?

—¿Hacer el qué, cielo?

—Has sido tú, ¿no es cierto?

Se mordió el labio inferior y pasmado se enderezó. —¿Cómo?

—Seguro que ayer por la noche alguien le echó unas gotitas de veneno en el vaso de agua de encima de la mesilla y estoy convencida de que el hombre perdió un poco la estabilidad y el buen juicio. Qué fatalidad, ya me ha dicho el doctor Herrold que se lo ha llevado un carruaje por delante. Seguro que cruzó sin mirar. Y no hay que hacerlo, querido, es peligroso. Los peligros nos rodean.

—Preciosa, no vuelvas a hacerlo. —Le rogó con la mirada. —Ya nos la hemos jugado mucho cuando le diste una lección a la hija de la condesa de Petterton. Se pasó tres meses postrada en la cama.

Entrecerró los ojos. —Ese fue un error de cálculo imperdonable. La lámpara le tenía que haber caído encima de pleno. Tranquilo, que no volveré a fallar.

De repente su marido se echó a reír a carcajadas sorprendiéndola. —¿De qué te ríes?

Cuando se calmó la miró con todo su amor reflejado en sus ojos. —¿Cómo puedes tener celos de otra cuando no hay ninguna que sea como tú, mi amor?

Se sonrojó de gusto. —Así que me sigues amando. Yo también te amo. —Acarició su mejilla. —Cada día más.

Él besó suavemente sus labios. —No puedo ser más afortunado.

—Sí, cielo, espera solo unos minutos y verás.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)

2- Brujas Valerie (Fantasía)

3- Brujas Tessa (Fantasía)

4- Elizabeth Bilford (Serie época)

5- Planes de Boda (Serie oficina)

6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)

162- Dulces sueños, milady (Serie Época)

163- La vida que siempre he soñado

164- Aprenderás, mi amor

165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)

166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)

167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)

168- Sólo he sido feliz a tu lado

169- Mi protector

170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)

171- Algún día me amarás (Serie época)

172- Sé que será para siempre

173- Hambrienta de amor

174- No me apartes de ti (Serie oficina)

175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)

176- Nada está bien si no estamos juntos

177- Siempre tuyo (Serie Australia)

178- El acuerdo (Serie oficina)

179- El acuerdo 2 (Serie oficina)

180- No quiero olvidarte

181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)

183- Novia Bansley I (Serie Texas)

184- Novia Bansley II (Serie Texas)

185- Novia Bansley III (Serie Texas)

186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)

187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)

188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)

189- Lo que fuera por ti 2

190- ¿Te he fallado alguna vez?

191- Él llena mi corazón

192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)

193- No puedes ser real (Serie Texas)

194- Cómplices (Serie oficina)

195- Cómplices 2

196- Sólo pido una oportunidad

197- Vivo para ti (Serie Vikingos)

198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)

199- Un baile especial

200- Un baile especial 2

201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

202- Lo siento, preciosa (Serie época)

203- Tus ojos no mienten

204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)

205- Sueño con un beso

206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)

207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)

208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)

209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)

210- No soy lo que esperabas

211- Eres única (Serie oficina)

212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)

213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)

214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)

215- La intensidad de lo que siento por ti

216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)

217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)

218- Mi otra cara de la moneda

219- Ni tú conmigo, ni yo sin ti

220- No necesito más, si te tengo a ti (Serie Oficina)

221- Me enfrentaré a todo por tu amor (Serie época)

222- Algo único (Serie Australia)

223- Volver a enamorarte

224- Empezar de nuevo (Serie oficina)

225- Nunca seré tuya (Serie Vikingos)

226- Sería imposible olvidarte (Serie Vecinos)

227- Juramento de amor 2 (Serie época)

228- Siento tu corazón

229- ¿Has pensado en mí?

230- La oportunidad de enamorarle

231- No dañes mi corazón (Serie Escocia)

232- Te siento mío (Serie Texas)

233- El uno para el otro

234- Mi sueño eres tú

235- Déjame amarte, preciosa (Lo siento, preciosa 3)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4

5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Juramento de amor 2
12. Una moneda por tu corazón
13. Lady Corianne
14. No quiero amarte
15. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.